

Dan Mooney

El insólito final del señor Monroe



Cuando piensas que todo ha pasado, la vida
te regala una última y gran aventura

Traducción de Milo J. Krmpotić



«Si vas a terminar con todo, más vale que lo hagas a lo grande. Nada de tirarse de un puente. Es indigno de hombres de nuestra solera. O lo haces a lo grande o no lo haces. Tiene que ser algo profundo, teatral, maravilloso, un compendio de todo. Algo que deje huella. Algo de lo que se hable, de lo que se siga hablando.»

Joel vive en la Residencia de Ancianos Hilltop y la odia con toda su alma. Solo hay otra cosa que odie con más fuerza, y es que le digan lo que tiene que hacer y cuándo debe hacerlo. Cuándo tiene que comer, cuándo es hora de irse a la cama, cuándo debe tomarse las pastillas... Junto a su nuevo compañero de habitación, Frank, un actor de culebrones retirado, emprenderá la más singular de las aventuras: la de poner fin a su vida de una manera digna.

En el transcurso de esta misión suicida, Joel y Frank descubrirán que quizá nunca es demasiado tarde para experimentar la magia de los primeros momentos, y es que cuando piensas que todo ha pasado, la vida te regala una última y gran aventura.



© Legend Press

Dan Mooney es escritor, controlador aéreo y director de cine *amateur*. Es un gran amante del teatro, del rugby y de los gatos. Empezó a publicar a los 10 años, cuando escribió su primera pieza de ficción para un periódico local, y desde entonces no ha parado de escribir. Es autor de *Me, Myself and Them* (2017). Vive en Limerick, Irlanda.

El insólito final del señor Monroe

Dan Mooney

Traducción de Milo J. Krmpotić



*Para todos los abuelos, estén donde estén, y muy especialmente los míos.
Daniel Patrick Mooney y Joseph Michael Keane.
Creo que a los dos os habría gustado este libro.
Y para Christine, una santa de paciencia infinita.*

Capítulo uno

—Miller —susurró Joel a través del espacio que separaba las dos camas—. ¿Cómo es que no te has muerto todavía?

Miller, que llevaba más de dos años en coma, no contestó. En su lugar, su pecho nudoso y decrepito se limitó a elevarse y caer, apenas perceptible bajo las finas sábanas de algodón.

—Vale. Tú sigue así.

Miller le ignoró.

Joel Monroe había puesto pegas a la presencia del señor Miller desde el mismísimo primer día en que lo trajeron a su habitación. Tampoco es que nadie prestara la más mínima atención a sus protestas. Un año antes de que entrara la camilla con el cadáver-que-no-era-tal, Lucey vivía en esa cama. Joel se iba a dormir cada noche sabiendo que ella estaba allí, y se despertaba cada mañana para ver que ya estaba levantada, vistiéndose, limpiando, yendo de aquí para allá y conversando en voz baja con los miembros del personal que entraban y salían con el desayuno.

Lucey había hecho que la vida en la residencia pareciera soportable, divertida incluso, en vez del desfile de humillaciones e insultos en que se había convertido después de su muerte. Ella embellecía el lugar. Flores en algún viejo jarrón que había recuperado de un mercadillo de garaje, fotografías de su pequeña familia, los tres en la playa, con la diminuta Eva entre los brazos de él. Las colchas de colores brillantes que ponía sobre las camas neutralizaban la esterilidad del lugar, lo volvían agradable. Era lo mismo que había hecho durante toda su vida en común: que la existencia de él fuera más atractiva. Llevaba la luz allí donde iba, y su risa daba calidez a cualquier habitación en la que estuviera. A ojos de Joel, Lucey no había manifestado nunca la menor evidencia del paso de los años, pues se mostraba tan enérgica y radiante como siempre, una fuerza de la naturaleza que no ofrecía señales de remisión. Él, por otro lado, se había ido consumiendo lentamente mientras estuvieron allí, y el proceso se aceleró después de su muerte. Sin ella, el lugar era frío. Las fotos seguían colgadas en las paredes, pero con el paso del tiempo Joel les iba prestando cada vez menos atención. En ocasiones, le lanzaba una mirada al bebé que fue Eva entre sus brazos y se preguntaba qué había hecho para merecer el estar atrapado en aquel lugar, atrapado sin su Lucey.

La humillación de que la reemplazaran con Miller fue un insulto que se le había quedado clavado. Joel les había dicho que no quería a Miller. Que no quería a nadie.

Pero, al cabo de un tiempo, resultó que era fácil acostumbrarse a él. No hacía demasiado ruido al masticar, no le importaban los programas que Joel viera en la televisión, no le daba por charlar sobre cosas triviales ni interrumpía durante los partidos de fútbol. Más allá de los momentos en que el personal de enfermería entraba a ver cómo estaba, lo movían y lo limpiaban, el tipo era

absolutamente encantador. Tenía una conversación espantosa, pero era un buen compañero de habitación. Aquello no impedía que Joel se sintiera resentido con el personal por haberle endosado a Miller, pero al menos la convivencia entre ambos era fácil.

—Si no te vas a comer el desayuno, ¿te importa si me quedo con tus huevos?

Miller, por supuesto, no dijo nada.

—¿Ya está hablando con el señor Miller de nuevo, señor Monroe? —preguntó el enfermero Liam mientras entraba apresurado con el desayuno de Joel sobre una mesita plegable. La superficie del zumo de naranja apenas se ondulaba en las firmes manos del muchacho. Juveniles, inmaculadas, para nada retorcidas como las suyas.

—No he conocido hombre más maleducado —refunfuñó Joel—. Desde que llegó aquí no ha abierto la boca.

El enfermero Liam sonrió ligeramente ante la broma. No era nueva. Nada en la residencia lo era. Todo era viejo y estaba gastado, a punto de romperse. Todo, comenzando por los muebles, reflejaba su edad y su debilidad. Joel intentaba no pensar en ello, pero tenía la sensación de que, allí donde pusiera la mirada, había algo achacoso e inútil.

—Es hora de desayunar, Joel —le dijo Liam, como si él no lo supiera.

—Soy plenamente consciente de la hora, enfermero Liam —contestó Joel malhumorado—. Llevo cinco años viviendo aquí. A las ocho de la mañana no pasa nada más que el desayuno. Durante mil ochocientos días y los que resten, a las ocho de la mañana se desayuna.

—Vale, vale. No hace falta que te pongas picajoso. Solo te daba conversación.

—Bueno, si esa es tu idea de dar conversación, muchacho, te quedan muchas cosas por aprender.

Liam suspiró e intentó esbozar una ligera sonrisa mientras colocaba la mesita sobre el regazo de Joel. Ya estaba acostumbrado a él. Quizá hasta le caía bien. A veces. Un poquito.

Liam odiaba que le llamaran «muchacho», lo cual, como es natural, llevaba a que Joel encontrara con frecuencia la oportunidad de hacer uso de esa palabra. No es que no le gustara aquel joven enfermero, más bien lo contrario; siempre había disfrutado de su compañía. El problema era que había algo en la manera en que tanto él como el resto del personal de la residencia se dirigían a Joel a la hora de las comidas, o cuando repartían los medicamentos, o a la hora de irse a dormir. Una especie de tono falso, una cualidad de sonsonete sobre cuya voluntad alegre y optimista Joel no tenía ninguna duda, pero que de algún modo le sonaba a la voz que usaría un maestro al controlar los deberes de un niño de diez años. Abrió la boca para lanzar otra crítica, pero se lo pensó mejor. El enfermero Liam formaba parte del número cada vez menor de cosas relacionadas con la residencia que a Joel le agradaban.

A veces, a la gente le costaba saber cuándo a Joel le gustaba algo, porque su comportamiento no variaba un solo ápice.

Liam tenía treinta y muchos, era cuarenta años más joven que Joel, pero el aspecto de su rostro era de persona mayor. Tenía que ver con sus ojos, una especie de cautela que sugería que había transitado caminos más difíciles de lo que debería. En todos los demás aspectos resultaba bastante corriente. Era un tipo atractivo, dueño de un rostro alargado y estrecho, y de sonrisa fácil. Era alto

pero no de manera amenazante, y delgado sin parecer escuálido. En él no había nada particularmente especial, salvo por esos ojos azules y su naturaleza avejentada. Movía las manos con destreza, con la calma firme y la seguridad de un hombre que lleva muchos años trabajando en su campo. Y en ellas había también un toque de gentileza, una familiaridad respecto a las cosas frágiles y delicadas. Joe se preguntó si él sería una de esas cosas frágiles. Supuso que sí.

Liam pareció percibir que Joel se mordía la lengua, que reprimía el ansia por pincharle un poco más. Su sonrisa, tensa y forzada, se relajó, se volvió más genuina, y con descaro remitió una servilleta en la parte superior del pijama de Joel y se alejó rápidamente de él antes de que el anciano pudiera arrancársela y arrojársela.

—Pequeño insolente... —comenzó a decir Joel furioso.

—Voy a traerte un té —dijo Liam entre risas mientras salía de la habitación.

Joel se enfurruñó. Y pensar que, llevado por algún sentido de la lealtad, había decidido no burlarse de él solo para que viniera este gilipollas y le enajenara un babero, igual que a un niño. Y lo que era peor, había estado a punto de hacer que Joel soltara un taco. Joel odiaba las palabrotas.

—¿Te lo puedes creer, Miller? ¿Puedes creerte la arrogancia de los chavales de hoy en día? ¿Su falta de respeto?

Miller respiró. Inspiró y espiró.

—Miller, si estás completamente de acuerdo conmigo, no hagas absolutamente nada.

Miller no hizo absolutamente nada.

En ese sentido, era un buen chaval. Solía coincidir con Joel en todo lo que tuviera que decir sobre los temas más diversos.

—Me alegra volver a tenerte de mi parte, colega. Cuando entre de nuevo quiero que lo ningunees como solo tú sabes. No le digas una sola palabra.

—¿Un té, señor Monroe? —preguntó Liam mientras entraba otra vez.

—No vamos a dirigirte la palabra —le dijo Joel al enfermero sin demostrar ninguna emoción.

Después del desayuno, Joel se aseo y se vistió. Recientemente había descuidado su apariencia, y en cierto modo se sorprendió al darse cuenta de ello. A lo largo de toda su vida se había mostrado bastante quisquilloso con su aspecto. Su vestuario era un símbolo de su posición en la sociedad. El dueño de un pequeño negocio. Un hombre trabajador. La ropa era para él como un uniforme que permitía a los transeúntes conocer su rango y su posición. Después de levantarse, como preparativos para ir al trabajo, luego de lavarse, afeitarse y peinarse, se ponía una camisa y una corbata y se iba al garaje. Camisa y corbata pese a saber que para ganarse la vida tendría que tirar de mono y ensuciarse. El mono también era un símbolo de su rango, de su utilidad. Un hombre vestido con un mono sucio rara vez es un hombre ocioso.

Las primeras fases de su jubilación no habían sido diferentes; se vestía con elegancia, se afeitaba a diario. No cesó en sus rituales. Hasta la muerte de Lucey. Entonces le pasó algo, una parte de su fuerza vital se fue con ella, y de repente Joel se encontró en la sala de invitados a las cinco de la tarde, en pijama y en bata, mirando unos culebrones que detestaba porque le tocaba a otra persona decidir qué canal de televisión iban a ver todos en la sala común. Para Joel, solo

había algo peor que la intolerable estupidez de las tramas de los culebrones: el número de gente que parecía tragárselos. La Residencia de Ancianos Hilltop había reunido a un pequeño grupo de adictos acérrimos a los culebrones.

Pero aún eran peores los días en que se quedaba en la cama, sin levantarse, dando vueltas sin fin por los canales del pequeño televisor que tenía en la habitación, insatisfecho siempre con cualquier cosa que pusieran, insatisfecho con respecto a todo. Demasiado infeliz y falto de motivación como para apagar la televisión y buscar algo que hacer.

Cuando por casualidad el día anterior vio su reflejo sobre el protector de cristal del bufete de ensaladas a la hora de la comida, Joel se quedó conmocionado al reparar en la pelusa de sus mejillas y las manchas de su pijama. Le pareció que esas mejillas estaban especialmente huecas, esqueléticas incluso, pese al hecho de que le quedara algo de carne en los huesos. Odió ese reflejo. Como reacción, decidió frenar su decadencia, así que, después de desayunar, lleno de determinación, Joel se arrastró fuera de la cama y comenzó a asearse y a vestirse.

Se arrancó los pelos de la nariz. Se afeitó las mejillas. Se peinó el cabello hacia atrás con la cera que su nieto Chris le había regalado por Navidad, casi seis meses atrás. Ya limpio, se vistió. Una camisa blanca, una sencilla corbata de color marrón y una chaqueta de lana. Pantalones de vestir marrones y zapatos marrones. Enderezó la espalda y se repasó con la mirada. No estaba mal, decidió. No era una estampa imponente, bajo ningún punto de vista, pero tampoco era terrible.

Joel no había desarrollado una chepa significativa. Su padre, un hombre en ocasiones violento, se había mostrado inflexible en tres cosas: los buenos modales, la ausencia de tacos y una postura correcta. Solía recompensar con generosidad cualquier exhibición de esas tres cualidades. Y castigaba su incumplimiento de manera furiosa. Como resultado, Joel seguía pareciendo bastante alto, con su metro ochenta largos. Los años de trabajo manual y de jugar al fútbol le habían fortalecido, así que seguía teniendo un cuerpo sólido, en el que la panza apenas asomaba en torno a los botones de la camisa. Seguía teniendo mucho pelo. De momento, al menos. Su padre había muerto calvo. Joel fingía que no hallaba satisfacción en ello, pero mentía. Estaba ligeramente encantado.

—Quédate aquí vigilando el fuerte, Miller. Yo me voy a dar una vuelta.

En la Residencia de Ancianos Hilltop, a las nueve de la mañana los pasillos comenzaban a cobrar toda la vida posible en un lugar donde la muerte aguardaba potencialmente a la vuelta de cualquier esquina. Después de desayunar, los residentes comenzaban su jornada y se visitaban en sus habitaciones. El personal de enfermería, que acababa de comenzar su turno sirviendo los desayunos, se encontraba lleno de energía y de entusiasmo. Eso iba a remitir, desde luego, siempre era así. A veces, después de tener que convencer a Rose de que la casa al otro lado de la calle no pertenecía a su hermano, o tras la primera bronca con los familiares de uno de los residentes por la medicación que estos debían tomar, o después de tener que cambiar el primer pañal de adultos del día. El gesto positivo con el que acometían cada jornada iba decayendo. El enfermero Liam solía mantenerse de buen humor, y Angelica, la chiquita filipina, cuya risa podía oírse desde la otra punta del edificio, tampoco acababa de desgastarse, aunque Joel lo había visto suceder una o dos veces. Con el tiempo suficiente, Hilltop desgastaba a todo el mundo. O la vida. La vida era lo

que desgastaba a todo el mundo, ¿no?

Y, entre todos, esa verdad se cumplía de una manera terrible con la Rino. La vida la había transformado en algo diferente. En algo duro e implacable y, aunque Joel no lo iba a admitir jamás delante de nadie, ligeramente aterrador.

Florence Ryan, *la Rino*, cuando volvía la cabeza, era tanto la jefa de enfermería como la dueña de Hilltop. Parecía poco apropiado llamar la Rino a una mujer tan pequeña, su tamaño apuntaba a algo mucho más delicado, pero su tamaño mentía. Había recibido ese nombre por la crueldad y la determinación con la que cargaba por los pasillos, haciendo que residentes y empleados por igual tuvieran que dispersarse.

Hilltop había pertenecido a sus padres, y ella había crecido allí. Había trabajado allí toda la vida, había estudiado Enfermería y había heredado el negocio familiar, y ahora gobernaba la institución con una autoridad que habría llenado de orgullo a Pol Pot. Se desplazaba por la residencia como una tormenta de hielo, con una energía fría e implacable. Amenazando siempre con destruir todo cuanto entrara en contacto con ella. Incluso Liam y Angelica se ponían firmes cuando la Rino estaba en movimiento, sus sonrisas bondadosas eran reemplazadas por expresiones más austeras, casi severas, como si la misma vieja Rino fuera de algún modo contagiosa. Las familias de los residentes, que solían quejarse de manera ruidosa cuando trataban con otros miembros del personal de enfermería, pisaban de puntillas al lidiar con La Rino, suavizaban el tono de voz y la adulaban un poco. Y, cuando acababa de retorcerlos como un trapo húmedo, La Rino retomaba su furioso saqueo.

Joel recordaba con un escalofrío el día en que La Rino encontró a un pariente del Viejo Tim Badger intentando entrar de contrabando una botella de *whisky*. Bajo su mirada, la mujer pareció ganar tamaño, fue hinchándose mientras el hijo del Viejo Tim se encogía ante ella, contrayéndose sobre sí mismo hasta que pareció que estaba a punto de desaparecer dentro de su ropa. Ella blandió la botella de *whisky* como si fuera un garrote. Y, cuando acabó con él, Joel hubiera jurado que la mujer había ganado sesenta centímetros de altura, mientras que el hijo del Viejo Tim parecía estar a punto de echarse a llorar. Literalmente. Joel se estremeció al recordarlo.

Intentó parecer despreocupado mientras inspeccionaba el pasillo en busca de señales de la Rino, pero lo único que pudo ver y oír fueron los sonidos de los residentes y del personal al comentar felices la jornada.

—Creo que aún no ha llegado —le dijo Una desde la puerta.

—¿Perdón? —contestó Joel.

—Estás buscando a la señora Ryan, y creo que aún no ha llegado.

Una Clarke llevaba más tiempo incluso que Joel residiendo en Hilltop. Había sido amiga de Lucey, con la que había formado equipo de bridge. Era una mujer atractiva, que no aparentaba haberse rendido aún al malestar general que parecía atenazar en algún momento a todo el mundo en Hilltop, y se vestía bien. Nunca había sido una mujer pudiente, y algunas de las prendas que seguía vistiendo habían pertenecido a Lucey. Eso ponía a Joel de los nervios, pero no podía hacer nada al respecto.

—De ningún modo estaba buscando a la señora Ryan. No tengo el menor interés en las idas y

venidas de esa mujer —mintió Joel mientras de manera subrepticia seguía buscándola con el rabillo del ojo.

Una se rio entre dientes.

—Hoy tienes muy buen aspecto, Joel. Se te ve muy acicalado cuando te dignas a vestirme en vez de quedarte en pijama. ¿A qué debemos la ocasión?

Joel se tragó una réplica.

Una llevaba el pulcro cárdigan de color azul oscuro con grandes botones dorados que Lucey solía ponerse los sábados cuando iban al mercado. Los sábados por la mañana siempre tocaba mercado. Lucey lo había arrastrado una vez con ella, y a él le había sorprendido descubrir que la vitalidad del lugar le resultaba cautivadora. Desde ese momento pasó a anhelarla. Era como una pequeña cita matutina con su esposa. Ella con su cárdigan y él con el suyo. Ella solía escoger alguna fruta o verdura extraña y la colaba en la comida. A él no siempre le gustaban, pero las quejas no servían de nada con Lucey. Había oído tantas con el paso de los años que le resbalaban, sonreía ante sus gruñidos y de todos modos acababa cocinando lo que le daba la gana. Su sonrisita era algo hermoso.

A Una le sentaba bien el cárdigan. Él odiaba que le quedara bien. Deseaba decirle que le quedaba bien. También deseaba decirle que dejara de ponerse la ropa de su mujer.

—Me apetecía —balbuceó, en lugar de eso.

Una no era el enemigo. Ahora que lo pensaba, a Joel le costó identificar quién era el enemigo.

—Es un cambio agradable. Me alegra verte motivado.

Motivado. Joel no se sentía motivado. Lo que sentía era algo diferente.

Algo más oscuro, malévolo pero intangible. Algo que no podía explicar y que parecía descansar un poco más allá de la frontera de sus sentidos, a la espera. No era la primera vez que lo sentía, pero en ese momento se presentaba de manera más inmediata, como algo más inminente. Un vacío que se expandía con la densidad de una nube a su alrededor, invadiendo su espacio, su mente. Tenía la esperanza de que se le pasaría.

—Sí. Bueno. Pensé que me iría bien un afeitado y todo eso —dijo, buscando la forma de poner fin a la conversación.

—Recuerdo esa chaqueta. ¿No era la chaqueta de las ocasiones especiales? —preguntó Una.

La mujer pensaba claramente en una época en la que Lucey escogía la ropa por él. Joel no recordaba cuáles de sus prendas podían calificarse de especiales. No quería pensar en ello, ni en la manera en que ella le arreglaba el cuello de la camisa mientras la abotonaba con sus suaves manos. Lucey lo había vestido para el bautizo de Eva. Él intentó escapar, principalmente para guardar las apariencias, porque le encantaba que se preocupara por atenderle, y cuanto más intentaba escapar más se preocupaba ella por hacerlo. Eva gorjeaba y hacía gorgoritos en el moisés.

Qué día tan espléndido fue aquel. El sol brillaba. Lucey estaba más bella que nunca. Su familia y todos los vecinos ahí fuera, para celebrar la ocasión. Pero parecía haber pasado mucho tiempo, y era como si, de algún modo, el recuerdo le perteneciera a otra persona. A alguien más feliz.

—Es solo una chaqueta —balbuceó Joel mientras sentía que se le aceleraba la respiración.

—Entonces, ¿qué tienes planeado para hoy? —preguntó Una al darse cuenta de su semblante taciturno.

—¿Qué puede tener uno planeado en este lugar cualquier día de la semana? —contraatacó amargamente—. ¿Ver la tele en la sala común hasta que nos metan en el comedor como ganado exangüe? ¿Leer un libro y escuchar la cháchara incoherente de Jim, *el Poderoso*? —No acababa de entender por qué su voz sonaba tan alto—. ¿Encontrar una esquina en la que quedarme frito con la esperanza de que al despertar haya transcurrido la mayor parte del día y no tenga que aburrirme viviéndolo? —Eso último lo dijo casi a gritos.

Sus palabras le tomaron por sorpresa. Tomaron a Una por sorpresa. Ambos se pasaron un minuto mirándose, asombrados y avergonzados. Joel las había oído salir de su boca, así que sabía que las había dicho, pero lo que no sabía era que pensara de ese modo.

—Eh... Lo siento. No sé de dónde ha salido eso —intentó explicarse en voz baja.

—¿Hay algo de lo que quieras hablar? —preguntó ella.

—No. En serio, debo disculparme. Ha sido algo inesperado.

Ella lo miró genuinamente preocupada.

—Quizá hoy haya algo bueno en la tele, ¿eh? —sugirió él, esforzándose por imprimirle algo de jovialidad a su tono, intentando sonar con normalidad—. Y el programa ese que vimos la semana pasada estaba bien, ¿verdad?

Una seguía mirándolo con preocupación.

—Quizá deberíamos llamar al enfermero Liam... —Comenzó a moverse.

—No, no, no —se interpuso él—. Quizá me arriesgue a jugar una partida de ajedrez con Jim, *el Poderoso*.

Se marchó antes de que ella pudiera contestar, su zancada larga le llevó fuera de la zona de peligro antes de que Una pudiera insistir en llamar al enfermero Liam. Intentó pensar de dónde habían salido aquellas palabras. Quizá se debieran a que había visto a Una con el viejo cárdigan de Lucey. O quizá se tratara de su miedo callado a la Rino. Podía haber sido su frustración ante el hecho de que lo trataran como a un niño. Pero Joel sospechó que se debía a ese algo vacío que se le había instalado dentro. Una parte de él deseaba analizarlo, entenderlo, pero a la vez lo temía, le daba miedo inspeccionarlo muy de cerca. Se sacudió esas ideas de encima y fue en busca de Jim, *el Poderoso*.

Aquella tarde, mientras leía atentamente el tablero de ajedrez en la sala común, Joel intentó ignorar la agobiante sensación que le había estado molestando desde su estallido de la mañana. Su mente no dejaba de regresar a ella en cuanto perdía el control de sus pensamientos.

—Lo que digo es relativo. No debería convertirse en un callejón sin salida... —susurró Jim, *el Poderoso* para sí mientras esperaba el turno de Joel, que desde hacía mucho tiempo había dejado de intentar comprender lo que decía aquel hombre de mayor edad que él. Llevaba casi una década en la residencia y tenía la anciana cara llena de arrugas, la espalda encorvada y las manos nudosas e incapacitadas por la artritis. Su mente había abandonado aquel cuerpo roto muchos años atrás, y ahora balbuceaba cosas sin sentido allí donde iba, siempre con una gran sonrisa llenando su rostro

maltratado.

Joel se acordaba de cuando Jim, *el Poderoso* era el alcalde Jim Lincoln. Un político agudo y perspicaz que vestía trajes elegantes, lucía un semblante serio y tenía siempre un apretón de manos para quienes se cruzaban con él. Había sido un símbolo de fuerza, autoridad y mando, un tótem de la masculinidad. Ahora estaba irreconocible, y Joel pensaba que era la mejor opción para Jim. El recuerdo de aquel antiguo alcalde perduraría bajo la imagen de un hombre poderoso, y no de esa cosa vieja y encorvada que padecía demencia y que presentaba una sonrisa torcida de manera casi permanente.

En el momento en que permitió que su mente vagara, la nube de fatalidad regresó y se fusionó alrededor de su cabeza, llenándolo de negatividad y desesperación. Era casi una sensación física. Ya se había sentido aislado anteriormente; de hecho, se había sentido aislado desde que Lucey lo dejó allí solo, pero la nube era algo nuevo, algo nuevo y aterrador.

En parte, concluyó, tenía que ver con la expresión de sorpresa y preocupación en el rostro de Una. Desde el fallecimiento de Lucey, Una se había mostrado atenta con él. Le preguntaba cómo se encontraba, había intentado que se uniera al Club de Jardinería, le pedía su opinión sobre los culebrones y le traía crucigramas inacabados para solicitar su ayuda. Joel había dejado la escuela a los quince para comenzar su formación como mecánico, así que los libros no eran su fuerte. Leía a menudo, pero no cosas intelectuales. Esa era la especialidad de Lucey. Él no tenía respuesta para las preguntas de los crucigramas de Una, pero experimentaba una oleada de gratitud ante el hecho de que ella pensara igualmente en él, pese a sus continuadas y evidentes limitaciones en ese terreno. No le gustaba la idea de incomodarla, después de toda su bondad. Pero no se trataba solo de eso. En su rabia inexplicable había más de lo que lograba identificar. Principalmente era la terrible desesperación que le había caído encima por sorpresa, una desesperación de la que al parecer no podía desprenderse. Un estudio más cercano, quizá unos instantes de introspección le habrían ayudado, pero ese tipo de cosas estaban muy lejos de su terreno, así que optó en cambio por intentar ignorarlo todo de nuevo.

Joel puso su caballo en posición con cuidado. Tras centenares de partidas con Jim, *el Poderoso*, aún no había ganado una sola. Fuera cual fuera la terrible aflicción que se había apoderado del cerebro de su contrincante, aún no se las había apañado para alcanzar la parte de él que recordaba cómo se jugaba al ajedrez. Para su propia frustración, tampoco había perdido nunca. Las partidas contra Jim, *el Poderoso* tenían el predecible encanto del patrón que se repite: Jim salía al ataque, aniquilaba la mitad de las fuerzas de Joel y, a continuación, le ahogaba y la cosa quedaba en tablas. En cada ocasión, Joel se decía a sí mismo que estaba harto de aquella estupidez y se prometía dejar al anciano solo con sus memeces inútiles, y días después se encontraba inevitablemente de vuelta ante la mesa, decidido a vencer esa vez. Al menos una vez.

—Simplemente tenemos que alcanzar una comprensión más elevada —le dijo Jim con seriedad mientras movía su alfil a una posición cercana al mate.

—Desde luego —contestó Joel mientras ponderaba cómo escapar a la inevitable escabechina.

A su espalda, un estallido de risas brotó de un grupo de mujeres. Una estaba sentada en el medio de todas ellas. Las carcajadas hicieron que le rechinaran los dientes.

—¿Qué demonios les parece tan gracioso? —le preguntó malhumorado a Jim, *el Poderoso*. Joel hacía muchas cosas malhumorado.

—La mentira romántica en su cerebro —respondió Jim con sabiduría.

Joel asintió. Se preguntó distraídamente cuánto comprendía Jim, y cuánto esperaba Jim que él comprendiera.

—Entonces ¿las risas no te molestan? —le preguntó.

—El noventa por ciento de la gente religiosa de este mundo se equivoca —contestó Jim mientras su amplia sonrisa se abría paso. Se rio un poco para sí mismo, entusiasmado, y devolvió la mirada al tablero.

Su felicidad también hacía que a Joel le rechinaran los dientes. ¿Exactamente qué motivos, se preguntaba Joel, tenía aquel viejo diablo para sentirse feliz? Estudió la anciana y arrugada cara que tenía delante durante un momento. Parecía feliz. Genuinamente feliz. Su sonrisa, a veces torcida, no era un efecto falso; simplemente no veía, o no le importaban, las condiciones en las que vivía. No le importaba su propio y lento declive, o el de los residentes que tenía a su alrededor. No le importaban los postres mediocres ni el flujo constante de pastillas que le embutían. Estaba completamente senil, y estaba completamente encantado con ello. «La ignorancia es de veras una bendición», pensó Joel para sí.

Al otro lado de la sala, algunos de los residentes se habían vuelto a reunir para ver los culebrones y estaban embebidos delante del televisor. Joel negó con la cabeza mirándolos y se puso a pensar su siguiente movimiento. Tenía que haber una manera de derrotar a Jim, *el Poderoso*.

Algo más tarde fue a sentarse a la sala común junto a una ventana que ofrecía una vista hasta el pie de la colina. Era, a su pequeña manera, un paisaje hermoso, con esos altos árboles que rodeaban el jardín y que habrían sido majestuosos de no habersele antojado paredes demasiado altas como para sortearlas. Fue pasando las páginas de la novela criminal que estaba leyendo, disfrutando de la sensación de verse transportado lejos de Hilltop. Aquello le permitió abstraerse agradablemente de la persistente sensación de que algo andaba terriblemente mal, una sensación que parecía estar filtrándose hacia el interior de su mente, distrayéndolo y transgrediendo su consciencia. Joel se concentró en la lectura. En algún lugar de su cabeza, razonó que si leía las palabras con mayor rapidez sería más improbable que le distrajera lo que fuera que intentaba imponerse sobre él.

Estuvo leyendo hasta aburrirse. Entonces salió a dar un paseo por el largo camino que llevaba hasta la entrada de Hilltop deambulando por el sendero que recorría por el exterior la línea de altos árboles que rodeaban el vasto jardín. Estuvo caminando hasta aburrirse.

Por la tarde, a la hora señalada, que era siempre la misma hora, Joel cenó en su habitación para poder ver el fútbol por la tele. La comida estaba buena, aunque le habría gustado quejarse de ella. No le cabía duda de que la Rino había hecho una buena inversión al contratar a Cook. Era evidente que aquella mujer amaba su trabajo; llevaba años en la residencia, y Joel pensaba que una mujer con su talento podría haber escogido entre muchos sitios donde trabajar, alguno considerablemente más glamoroso que Hilltop. Renegó del partido mientras comía.

—No sé si es el entrenador, que es malo, o los jugadores, que son una mierda, pero por un motivo u otro somos un equipo horrible, ¿eh, Miller?

Miller guardó silencio. Nunca decía una sola palabra durante la cena.

—De verdad, alguien comenzará a preocuparse por tu salud mental si sigues hablando con el señor Miller, Joel.

Liam había entrado con la medicación. Otra vez. Iba a insistir en quedarse allí hasta que Joel se la tomara. Otra vez. De golpe, a Joel aquello le pareció exasperante.

—Déjala en la mesita, por favor, Liam —le dijo Joel bruscamente.

—Las cosas no funcionan así, señor Monroe, y lo sabe.

Señor Monroe. Siempre era el señor Monroe cuando le decían lo que tenía que hacer. Oh, estaba bien ser «Joel esto» y «Joel lo otro» cuando el enfermero Liam se hacía el simpático pero, en el momento en que se ponía a dar órdenes y a lanzar exigencias, de repente se convertía en el señor Monroe. Joel odiaba la hipocresía del asunto.

—Sobre la mesita, por favor —dijo con mayor firmeza.

—Por supuesto —contestó Liam, cambiando de táctica. Dejó la medicación sobre la mesita que había al lado de la cama, se cruzó de brazos y se quedó allí plantado.

—¿Te puedo ayudar en algo? —preguntó Joel.

—No. No tengo que ir a ninguna parte y no tengo nada que hacer.

—Tu turno se acaba dentro de una hora. Puedo esperar.

—Aún le sacaré unas horas extras, señor Monroe. No me muevo de aquí hasta que no se tome las pastillas.

El hecho de que Joel necesitara esas pastillas era absolutamente irrelevante. Que hubiera tenido un infarto, uno pequeño según todas las versiones, pero aun así un infarto, y que la medicación fuera probablemente lo único que impedía que sufriera una contingencia mucho más seria, eran aspectos secundarios respecto al hecho de que Joel Monroe odiaba poderosamente que le dijeran lo que tenía que hacer. Y tanto daba que eso pudiera o no salvarle la vida.

Se quedaron mirándose el uno al otro. Con sus manos firmes y esos ojos azules, el enfermero parecía implacable. Y era una discusión inútil. Joel iba a perder. Lo sabía. Para comenzar, tenía muy poco que ganar enzarzándose en esa pelea, pero una energía amarga se había adueñado de él y lo volvía belicoso.

Acabó cediendo, pero se negó a interrumpir el contacto visual, y no lo hizo siquiera mientras estiraba el brazo en busca de las pastillas y del vaso de agua. Tampoco parpadeó mientras se las tragaba, pero sí hizo una mueca al ver que el enfermero Liam asentía ligeramente, satisfecho. Se volvió hacia el televisor, indignado.

—¿Te pasa algo, Joel? —preguntó Liam.

Joel otra vez. Después de hacer lo que le habían indicado, como un buen chico, ya volvía a ser Joel.

—No sé a qué te refieres —contestó Joel, pero en su interior lo sabía. Llevaba todo el día evitando desesperadamente hacerse esa misma pregunta.

—No eres el de siempre. Quiero decir que estás picajoso y todo eso, lo que no es ninguna

novedad, pero es como si hubiera algo más.

—No me pasa nada que no se pueda solucionar con un poco de paz y de silencio, chico —dijo Joel devolviéndole el disparo.

—¿Estás seguro? Es solo que Una me ha comentado que...

Antes de que pudiera terminar la frase, Joel explotó por segunda vez aquel día.

—Bueno, quizá tanto ella como tú deberíais ocuparos de vuestros asuntos —gritó—. Quizá mi problema sea que no os basta con dirigir mi vida. Cómete esto, cómete aquello, tómate esto, bébete esto, bébete aquello... Además, todos vosotros parecéis creer que tenéis derecho a saber lo que me pasa por la cabeza. Quizá mi problema sea que aquí no hay nada parecido a la intimidad, y que no se me permite pensar nada sin que todo el mundo venga a fisgonearme.

Liam pareció quedarse estupefacto, pero era enfermero de carrera, con un largo historial de trabajo en Hilltop. Había visto cosas peores, se había encontrado con cosas peores. Lo superó con rapidez. Su rostro amable pareció absorber la sorpresa.

—Creo que los dos sabemos que hay un montón de pruebas que demuestran que te pasa algo, Joel —dijo con suavidad y empatía—. Si quieres hablar de ello, estaré aquí por la mañana. Mientras tanto, ¿te apetece una taza de té?

Liam estaba tranquilo. Había sido capaz de amoldarse. Si el estallido le había ofendido en algo, no dio señales de ello. Fue suficiente para que Joel se enfureciera. ¿Acaso Liam lo consideraba tan poco importante que ni se molestaba en ofenderse cuando le insultaba?

—No quiero ese maldito té —mintió.

Liam asintió y se retiró. Joel trató de volver a centrarse en el fútbol. El partido seguía disputándose, los jugadores iban de aquí para allá, pero Joel no vio nada de eso. En cambio, intentó dar respuesta a la pregunta que le había hecho Liam. ¿Qué le pasaba?

Joel se quedó frito a última hora de la tarde, tras el final del partido, sin respuestas. Le despertaron varias horas después los suaves pasos de la enfermera Angelica, que había entrado para apagar el televisor y ver cómo estaban Miller y él. Supo que era ella por su perfume y por el ligero canturreo que era su tarjeta de visita. Joel mantuvo los ojos cerrados y fingió que dormía. Seguía molesto por haber perdido el control dos veces a lo largo del día, y seguía sin saber qué había provocado aquellos arrebatos. No quería meterse en una charla intrascendente, como a veces hacía durante la noche, cuando no podía dormir, pero tampoco quería acabar insultando a aquella filipina de voz suave. Era una mujer bondadosa, y le preocupaba mostrarle la parte más afilada de su lengua.

Ella apagó el televisor y estuvo moviéndose por la habitación. De repente, se detuvo. Pudo oír que se le aceleraba la respiración.

Algo iba mal. Cuando abrió los ojos la vio inclinada sobre Miller, comprobándole el pulso. Algo iba terriblemente mal. Angelica pulsó la alarma de la cama de Miller y salió corriendo de la habitación. Joel observó a su compañero de habitación en busca del revelador sube y baja de su pecho. No se movía. Sintió que un pánico creciente lo atenazaba, lo paralizaba. Rezó en silencio para que el pecho se moviera, para que el viejo cuerpo de Miller se retorciera o tuviera espasmos

o hiciera cualquier cosa menos yacer ahí, tan terriblemente inmóvil.

Recordó la espantosa inmovilidad del cadáver de Lucey, tumbado en esa misma cama, la expresión floja de su rostro. Sin vida tenía un aspecto espantoso y aterrador. Entonces Joel también se quedó paralizado.

Angelica volvió a entrar en la habitación tirando de la otra enfermera, muy activa, con movimientos rápidos. Alarmantemente rápidos. Joel observó cómo retiraban las sábanas que cubrían el frágil y huesudo cuerpecito del viejo Miller, completamente consumido por los años que había pasado en coma. Observó cómo rasgaban el pijama de algodón y comenzaban a hacerle la RCP. Sus manos actuaron con rudeza sobre el cuerpecito cenceño, tanto al tirar de las sábanas y la ropa de aquella manera como al arremeter urgentemente contra su pecho. Él parecía una ramita y las manos de ellas, mazos. Joel temió que pudieran romper al pobre hombre, tan frágil e indefenso contra su actitud implacable.

El aspecto más espantoso del cadáver de Lucey fue su fragilidad. Ella había sido dinámica, de sonrisa rápida, cálida, abierta. Y su cadáver inmóvil parecía tan delicado que daba la sensación de que fuera a romperse en pedazos o a desmigajarse si se lo tocaba.

Comenzaron con las compresiones en el pecho, las grandes manos de Angelica empujaban arriba y abajo con fuerza. Hizo una pausa para controlar las vías respiratorias. Joel sintió un chispazo de esperanza que murió nada más nacer, en cuanto ella volvió a hacer presión sobre los huesos de Miller.

Se puso a llorar en silencio, viendo cómo intentaban resucitar a su compañero de habitación. Lloraba por Miller, pero también por sí mismo. La sensación omnipresente que le había incomodado durante todo el día estaba saliendo a la superficie.

Ahora actuaban frenéticas, intentaban desesperadamente devolverle la vida a empellones a aquel pecho cuyo movimiento había representado la única forma que Joel tenía de saber que su compañero de habitación era un ser vivo. Su sube y baja constante, aunque sutil, había significado la conexión de Joel con otro ser humano, y ahora lo estaban golpeando, el cuerpecito rebotaba contra la cama bajo aquel brusco auxilio.

Nadie intentó resucitar a Lucey. En el momento de morir ya estaba muerta, y eso fue todo. Muerta y frágil y fría e inmóvil.

Joel no sabía si deseaba que tuvieran éxito con el señor Miller. ¿Quizá el anciano estuviera mejor muerto? ¿A qué tipo de vida pretendían devolverlo? Si pudiera opinar al respecto, ¿querría que lo trajeran de vuelta? Joel se puso a llorar más fuerte porque no sabía si el señor Miller estaría mejor muerto.

Pero ellas seguían apretando. Apretaban como si pudieran devolverle al señor Miller la vida que lo había abandonado, presionando. Joel lo observaba confundido, pensando que el hombre estaba mejor muerto y a la vez rogando en silencio para que no se detuvieran, para que dieran con la manera de traerlo de vuelta y así Joel pudiera mirar su pequeño y quebrado pecho mientras subía y bajaba.

Esa cama iba a llevarse una nueva vida. Se iba a llevar a Miller tal y como se llevó a Lucey. En silencio. Sin avisar. Furtivamente.

De repente hubo un punto de inflexión. Se detuvieron. El señor Miller era ahora un cadáver. La diminuta chispa de vida que habitaba en él había desaparecido y, aunque sabía que habían intentado salvarlo, Joel imaginó que las enfermeras se la habían arrebatado a porrazos.

Mientras Joel intentaba controlar las lágrimas, las enfermeras se consolaron entre sí con abrazos y golpecitos en la espalda. Lo habían intentado, lo habían dado todo, él lo sabía, pero irracionalmente las odiaba por haber parado. Su mente era un confuso batiburrillo de emociones.

Estiró el brazo por el espacio entre las dos camas. No supo por qué. Las enfermeras no lo vieron. Miller no lo vio. En cambio, Angelica volvió a vestir al señor Miller con cuidado y reverencia, y tiró de la sábana para cubrirlo con ella. Mientras la otra enfermera salía de la habitación para hacer las llamadas telefónicas y los preparativos de rigor, Angelica se quedó y se puso a rezar en murmullos por el fallecido. Cuando acabó, al volverse para salir, sus ojos se encontraron con los de Joel, por los que seguían fluyendo las lágrimas. Angelica abrió la boca para decir algo, pero fuera lo que fuera se le quedó en la punta de la lengua, porque Joel se dio la vuelta para poder llorar en paz.

Capítulo dos

A la mañana siguiente, el enfermero Liam entró sin prisas en la habitación a la hora habitual, cargado con el desayuno de Joel. No hizo bromas ni tonterías con la servilleta. No sacó el tema de las pastillas. Miró detenidamente a los ojos a Joel, enrojecidos por haber estado llorando y por la falta de sueño, y se limitó a darle unos golpecitos en el hombro y a marcharse.

Joel se sintió agradecido. Un contacto era suficiente, un asentimiento silencioso ante su deseo de intimidad, que lo dejaran solo para llorar el fallecimiento de un amigo con quien nunca había hablado. El amigo más agradable que hubiera tenido.

Ignoró la comida y miró el lecho vacío al otro lado. Habían venido a por Miller esa mañana, temprano, y se lo habían llevado para desecharlo con una celeridad que rayaba en lo alarmante. Ahora, allí donde estaba su amigo silencioso había un silencioso vacío. También habían venido a por Lucey de aquella manera. Estaba ahí y al cabo de un instante había desaparecido. Recordó el momento, tres años atrás, en que, desde la misma cama en la que se encontraba, contempló el mismo vacío al otro lado de la habitación, allí donde había estado su esposa.

Se había quedado despierta hasta tarde, dijo que no podía dormir, y cuando la enfermera de noche vino a ver cómo estaba se pusieron a hablar entre susurros para no molestar a Joel. Él había sido ligeramente consciente de su charla, un ruido acallado que lo mantuvo al filo del sueño. Lucey le pidió una taza de té a la enfermera, que se fue a prepararla; apenas pasó tres minutos fuera de la habitación y, cuando regresó, Lucey Monroe se había apagado en silencio, dejando atrás la cáscara que había ocupado anteriormente. Faltaba solo un año para que cumplieran los cincuenta de matrimonio y de repente ya no estaba, y Joel se quedó y tuvo que abrirse paso por la vida sin la capitana de su barco.

Lucey había sido el verdadero eje de la familia. Él nunca había tenido una relación fantástica con su hija, ni en consecuencia con sus nietos, pero disfrutaba de sus visitas y le gustaba ir a comer a su casa de vez en cuando. Sin Lucey, todas las debilidades del padre distante habían quedado al descubierto, así que Joel había perdido a su esposa y, a todos los efectos, a una hija y dos nietos.

Las cosas no siempre habían sido así. Hubo una vez, cuando Eva era pequeña, en que ambos estuvieron jugando en el garaje propiedad de Joel. Ella se pasó el día hablándole con una vocecita llena de seriedad, y a él le impresionó ver lo lista que era. Podía recordar episodios como ese a millares, pero de algún modo no lograba recordar el momento en que Eva se le escurrió entre los dedos.

Cuando seleccionaron a Miller para instalarlo en su habitación, tuvieron muy en cuenta los sentimientos de Joel. Habían dejado que transcurriera un año de luto antes de ponerle alguien

nuevo. En cierto modo, Miller se había convertido en un amigo transitorio para Joel. Y ya no estaba. La cama que había sido de su esposa y luego de Miller volvía a estar vacía, y Joel, que seguía allí, que seguía vivo cuando todos los demás estaban pasando por caja, se sentía exactamente igual de vacío.

Había más de cincuenta residentes viviendo en Hilltop. Algunos, como Jim, *el Poderoso*, eran inaccesibles, pero la mayoría de ellos, como Una Clarke, estaban en perfecta forma y mentalmente sanos. El personal contaba con quince enfermeros en rotación. Gente agradable, bondadosa, cariñosa y considerada. En total, más de sesenta y cinco personas, además de los huéspedes que iban y venían, y, a pesar de todo, Joel se dio cuenta de que estaba aterradora, devastadoramente solo.

Esa era la respuesta a las preguntas que se había estado haciendo el día anterior. Esa era la insidiosa nube de oscuridad sobre el horizonte de su mente. Le había alcanzado, se había instalado encima de él y lo había envuelto: era un viejo solitario y asustado. Peor que eso: era un viejo solitario que había perdido la voluntad de vivir.

Se incorporó. El té siguió enfriándose sobre la mesita de noche mientras Joel Monroe observaba la cama vacía que había contenido a su esposa y decidía que iba a suicidarse.

Iba a acabar con su vida antes de que otra cosa acabara con él.

Capítulo tres

Pensó que sería capaz de hacerlo. Se imaginó intentándolo. Lo visualizó, desconectó el pensamiento de sus emociones e imaginó cómo lo haría. No se veía ahorcándose. Había oído que los hombres a menudo vaciaban sus intestinos una vez se habían ahorcado, y la idea de que el personal de enfermería lo encontrara cagado le parecía más que repugnante. La sobredosis no era una opción a considerar, ya que las pastillas estaban muy controladas y lo observaban mientras se las tomaba. Aunque, si pudiera salir de Hilltop, pensó que podría hacerse con una pistola. Había contratado a un hombre en su garaje que aún le debía un favor, y pensó que quizá podría conseguir una pistola a través de él. Eso encajaba mejor. Le gustaba imaginarse con un arma. Era una gran idea. Sería como Charlton Heston pero sin su acento cavernoso.

El río también era tentador. La idea de deslizarse bajo el agua, de sentirla cerrándose a su alrededor, envolviéndolo, llevándose. Había oído que el ahogamiento era indoloro. Pensó que aquella era la mejor opción de todas. Simplemente tenía que tirarse desde el puente.

Y al irse podría ver lo que había al otro lado.

Joel visualizó su suicidio hasta convertirlo en algo firme, real. Podía hacerlo. Podía encontrar la fuerza necesaria, si ello significaba dejar aquel lugar. Era casi una idea excitante. Una especie de pensamiento mareante y seductor. Podía hacerlo esa misma tarde, si quería. Su padre le había dicho siempre que querer es poder. Su rígido, brutal y maligno padre era, aparentemente, un hombre bastante sabio. Esa misma tarde podría librarse de aquella vida y de aquella espantosa residencia que había vuelto a robarle tanto. Quizá Lucey estuviera esperándole.

Lucey.

Pensar en ella lo apaciguó. Si le estaba esperando, le amonestaría bastante salvajemente por haberse suicidado. La idea de que su fantasma se ganara una reprimenda por mal comportamiento le provocó una mueca. Podía verla en ese momento, su forma etérea, fluida, flotando en el inframundo, con los brazos cruzados sobre el pecho, malhumorada.

—¿Qué significa exactamente esto? —le preguntaría, tal y como se lo había preguntado tantas veces antes, cuando él rehuía sus responsabilidades o hacía el payaso con su hija hasta arruinarle la ropa.

Su fantasma intentaría no parecer demasiado avergonzado mientras sus zapatos transparentes rozaran el suelo del más allá. Sonrió con tristeza al pensar en ella y en su reprimenda espectral. La decisión podía esperar. El suicidio podía esperar, al menos un poco.

Durante su vida en común, no sucedió a menudo que le llamara la atención. Cuando se pasaba el domingo mirando el fútbol en vez de jugar con sus nietos, o cuando fruncía el ceño ante los jóvenes que se presentaban preguntando por Eva, Lucey le había soltado algunas palabras duras,

pero entre ellos la mayor parte de las cosas fueron amables y dulces y encantadoras. Eso se debía en parte, pensó, a que la idea de decepcionarla o de fallarle en cualquier sentido le resultaba repugnante.

En su lugar, Joel se pasó el día intentando no sentir nada. Para lo que suelen ser los ejercicios mentales, lo encontró sorprendentemente fácil. Sentía un vacío en la mente, la ausencia de algo, una herida abierta pero indolora. Cuanto más pensaba en ello, más le daba la sensación de que podía precipitarse dentro de esa nada y no salir nunca más de allí.

Se preguntó si eso era lo que le había sucedido a Jim, *el Poderoso*. ¿Se había adentrado en un agujero de su mente para no salir nunca más de él? Era una idea singularmente aterradora. Peor que la muerte, en realidad. La humillación que implicaba. El miedo espantoso a que una diminuta parte de su mente pudiera sobrevivir dentro de ese agujero, sin volver a descubrir nunca la salida. Un prisionero dentro de su propio cuerpo. Más solo que nunca.

Joel se retiró del umbral de la nada y en su lugar se puso a mirar la televisión. La encendió por un concurso. Ya lo había visto antes, pero no le importó. Se quedó sentado ahí, ignorando la cama vacía y sus propias emociones, hasta que volvió a ser la hora de dormir.

—Le echaré de menos, señor Miller —susurró al fin hacia la habitación a oscuras después de apagar la luz.

El sueño no llegó con facilidad. Joel durmió de manera intermitente, interrumpida por largos períodos de vigilia en los que su mente vagó de vuelta a la noche anterior. Al modo en que las gruesas y carnosas manos de las enfermeras aplastaron el diminuto e insensible cuerpo del señor Miller. Al hundimiento en la cama cada vez que el cadáver rebotaba bajo el furioso esfuerzo que hacían por salvarle la vida. Se preguntó, ociosamente, a las cuatro de la mañana, mientras miraba la cama vacante, si no le habrían roto algunas costillas al viejo señor Miller mientras intentaban resucitarlo. Cuando volvió a amanecer, su humor se había ennegrecido a lo largo de la noche, y se encontró pensando de nuevo en el suicidio.

Sería tan fácil, conveniente, rotundo... Se preguntó si cuando llegara la hora iba a tener la fuerza para hacerlo. Pensó en Jim, *el Poderoso* y su arduo descenso hacia la senilidad, y decidió que sí.

—¿Estás bien, Joel? —le preguntó el enfermero Liam esa mañana, al traerle las pastillas en su tacita.

—Estoy bien.

—No parece estar bien.

—¿Ahora también eres psicólogo? —le preguntó Joel.

—Debe de ser duro para ti, sobre todo si tenemos en cuenta...

—¿No tienes nada que hacer? —le interrumpió Joel.

Lo último que necesitaba era que el enfermero Liam se acercara demasiado al meollo de la cuestión. Ahora que había tomado la decisión de que quería morir, tenía que guardar el secreto cuidadosamente. Si se enteraban no harían más que intentar detenerle.

—No, en este preciso momento no. Tú eres mi prioridad, Joel. Solo quiero que sepas que aquí hay gente que está contigo. Estoy seguro de que esto te ha afectado. Parte de mi trabajo también

consiste en estar pendiente de la salud mental de los residentes. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Por qué demonios tendría que afectarme? —exclamó Joel, ignorando la cuestión. El enfermero Liam y sus preguntas y sus sentimientos y su semblante bondadoso...

—Porque el señor Miller...

—Era un cadáver cuando llegó aquí —ladró Joel—. Algo menos animado que los cadáveres vivientes que conservamos en este lugar, pero un cadáver igualmente. Un conversador pésimo, un comentarista futbolístico terrible y un jugador de ajedrez absolutamente incapaz.

Lamentó aquellas palabras nada más decirlas. La verdad era que Miller había sido un tipo francamente agradable, y Joel suponía que en algún momento habría sido una buena persona. Quizá incluso un jugador de ajedrez decente, pero no iba a permitir que la simpatía y la suave voz del enfermero Liam le indujeran a expresar sus emociones.

—Eso no es propio de ti, Joel —le dijo Liam con algo que aparentaba quizá acercarse a la rabia.

Nunca había visto al joven enojado. Impaciente una o dos veces, sin duda un espectáculo poco común; algo irritado por la matraca inconexa de Jim, *el Poderoso*, de vez en cuando; y estresado algunas veces más, por las idas y venidas tempestuosas de la Rino, pero nunca enojado.

Joel apartó la cara e intentó no parecer avergonzado. Se quedó mirando por la ventana, hacia el largo paseo que conducía a la entrada. Una ligera brisa desplazaba las copas de los árboles del jardín, haciendo que se mecieran muy suavemente. El enfermero Liam intentó esperarle, pero al final se rindió y salió de la habitación. Solo de nuevo, Joel decidió ver la televisión; estuvo cambiando de canal distraídamente hasta que encontró uno de deportes en el que emitían la repetición de algunos combates clásicos. Pero, como entre su mal humor, su corazón pesado y su escasa paciencia no encontró nada que mantuviera su atención, decidió volverse a dormir. Se tumbó de lado y se quedó mirando la cama al otro lado de la habitación.

Cuando despertó un rato después, figurándose que sería primera hora de la tarde, Joel observó dos cambios significativos. Uno era que alguien había cambiado el canal de deportes para poner un ridículo culebrón. El segundo era que, junto a la cabecera de la cama al otro lado de la habitación, ahora había un sombrerero alto ocupado en su totalidad por pañuelos para el cuello, al menos quince serían. Había uno de seda de color azul oscuro con espirales azul cielo, uno broncíneo de lino con un diseño floral, uno de lana de color escarlata y uno blanco con lunares negros. El sombrerero era un remolino de colores chocantes que colgaban hasta el suelo. De su dueño no había señal. Joel los contempló receloso durante un rato antes de que el barullo del culebrón, un episodio antiguo a juzgar por la calidad de la grabación, interrumpiera sus pensamientos. Estiró el brazo en busca del mando para cambiar de canal solo para descubrir que no estaba en la mesita en la que había vivido los últimos tres años. Con un gruñido, Joel se arrastró fuera de la cama y lo encontró precisamente donde temía que estuviera. Sobre la cama del otro lado de la habitación. Las sábanas estaban ligeramente arrugadas, como si alguien hubiera yacido sobre ellas: el dueño de los pañuelos, conjeturó Joel.

Cuando miró el reloj de la pared, vio que eran más de las tres. Había dormido casi siete horas, sin duda recuperando el sueño perdido durante la insomne noche anterior, y durante ese rato se le

había colado un intruso. Mientras cambiaba de canal y se acostaba de nuevo, en la habitación de al lado sonaron unas risotadas, seguidas por el sonido de varias voces que hablaban a la vez. Entre quienes se reían, reconoció el buen humor del enfermero Liam y la elegante risita de Una; los demás eran irreconocibles, pero por encima de ellos sonaba la risa profunda y atronadora de un hombre. Era una voz de barítono resonante, una risa de amistosa camaradería, y no tenía lugar en Hilltop, no al menos en un momento tan delicado. Joel supo que era la risa del intruso. No supo cómo lo supo; simplemente lo supo.

Sería típico de su suerte verse atrapado en la misma habitación que aquella risa.

Se acomodó sobre la cama para mirar emisiones deportivas y dejó el mando encima de la mesita, allí donde debía estar, preguntándose si se saldría con la suya en caso de encadenarlo a su lado de la habitación, dispuesto a esperar al recién llegado. Intentó escuchar las conversaciones procedentes de la otra habitación, pero estas sonaban demasiado incoherentes e ininteligibles para sus oídos, que ciertamente ya no eran perfectos. Por lo que pudo oír, no obstante, el hombre sonaba afable, amistoso incluso. Se desplazó sobre la cama inclinándose a un lado, en dirección a la puerta abierta.

Desgraciadamente para Joel, había sobreestimado su propia habilidad y comenzó a resbalar por la cama. Estiró el brazo para recuperar el equilibrio mientras su trasero se deslizaba fuera de las sábanas, y todos los pensamientos sobre el intruso se desvanecieron al tratar de no estrellarse contra el suelo. Sus brazos hicieron un molinillo en su intento por encontrar cualquier tipo de asidero que le diera estabilidad, tiró la mesita de noche y solo logró enderezarse cuando se sujetó al armazón de la cama.

Al caer, la mesita se había llevado consigo el mando, el té sin terminar de la mañana, el vaso de agua para sus pastillas y una fotografía enmarcada de Lucey, y todo ello se estampó contra el suelo. El estrépito alertó al grupo de la habitación de al lado, y al silencio inmediato le siguió el sonido de unos pasos apresurados. Joel se enderezó y se arregló el pijama y el cubrecama antes de que llegaran ante él, intentando ofrecer el aspecto más despreocupado posible. Que su dignidad quedara reflejada en su semblante tranquilo.

—¿Todo bien por aquí, Joel? —preguntó Liam mientras se dirigía afanosamente hacia él para remover las mantas e inspeccionarle en busca de heridas.

—Estoy perfectamente, gracias.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Una al reparar en la taza y el vaso rotos, y en el líquido que se había derramado.

—Nada —contestó Joel, antes de darse cuenta de lo espantosamente estúpido que había sonado aquello. Como era demasiado tarde para echarse atrás, optó por mantener esa línea.

—¿Nada? —preguntó Liam escéptico.

El intruso parecía estar intentando sofocar una carcajada. Joel se volvió hacia él con frialdad.

—¿Le parece divertido? —preguntó.

—No —contestó el intruso, casi entre risitas.

Una reprimió una sonrisa, e incluso Liam pareció estar a punto de echarse a reír. Joel apretó la mandíbula y clavó una mirada desdeñosa en el intruso. No era alto, pero tampoco particularmente

bajo, de estatura media. No obstante, su aspecto no era el de un hombre corriente. Había envejecido bien; su rostro estaba tan marcado y arrugado como el de cualquier otro residente de Hilltop, pero había en él una frescura, una naturaleza energética y vital que parecía desmentir todas aquellas arrugas. De algún modo, en su cabello gris seguía habiendo franjas de color marrón oscuro, y lo llevaba ondulado, con un largo casi femenino, de modo que se arremolinaba alrededor de sus orejas y sobre su nuca. Para ser sinceros, era un tipo atractivo. El traje que llevaba, aunque claramente viejo y de poca calidad, estaba limpio, y lo complementaba un chaleco que albergaba un pequeño reloj de bolsillo. Lo primero que le vino a Joel a la cabeza fue la palabra «fantoche», y así fue que la dijo.

—Fantoche.

—No, señor —le contestó el intruso—. Me llamo Frank de Selby —hizo una pausa, y a continuación añadió—. Sí. El Frank de Selby.

Se quedó allí a la espera, como si tuviera que llegar un aplauso. Una le dedicó una sonrisa alentadora, mientras que la de Liam fue tolerante. Joel le dirigió otra mirada fulminante pero, si De Selby había percibido su desprecio, no le prestó atención; en su lugar, siguió aguardando la ovación de la que aparentemente se creía merecedor. Joel se preguntó por la cantidad de cerebro que aquel lunático habría perdido. Su momento, no obstante, se vio arruinado por la oportuna llegada de la Rino.

—¿Señor Adams? —preguntó con gesto práctico la mujer mientras se acercaba a De Selby.

Este tosió avergonzado.

—Sí, bueno... De Selby es mi nombre artístico. Sí. Me llamó Frank Adams. —Le ofreció la mano.

Joel resopló una carcajada ante el fantoche. De Selby, claro. Menudo capullo.

La incomodidad de Frank duró apenas un instante, de golpe el brío y el encanto regresaron a él. Le dedicó a la Rino una sonrisa de oreja a oreja y, cuando ella aceptó darle la mano, él se la besó en el dorso mientras estiraba una pierna hacia atrás para hacer una reverencia ostentosa. La Rino levantó una ceja.

—¿Entiendo que las pertenencias que hay fuera, en el pasillo, son tuyas? —preguntó, ignorando el beso y al fantoche y su estúpida reverencia. No esperó a que De Selby o Adams o como se llamara le respondiera—. Si necesita que le echen una mano para transportarlas, pídale ayuda al enfermero Dwight. Enfermero Dwight, ocúpese de limpiar esto, por favor, y a continuación ayude al señor Adams con sus pertenencias. Y métase la camisa por dentro del pantalón. —La mujer exigía de su personal una apariencia impecable.

Sin molestarse en esperar una respuesta, la Rino se marchó tan bruscamente como había llegado.

—Bueno —dijo Adams con una ceja levantada—, parece que esta mujer es una fiesta.

A continuación le dirigió un guiño descarado a Una, que se rio ante su coqueteo.

Joel volvió a mirarlo de manera amenazadora. Nadie lo había consultado con él. De nuevo. Nadie le había solicitado su opinión, ni habían buscado su permiso, ni siquiera le habían avisado. De nuevo. Igual que después de la muerte de Lucey, le habían encajado en su habitación a la

siguiente persona de la lista de espera sin más ni más, y de todos los candidatos posibles le había tocado aquel excéntrico advenedizo con sus quince pañuelos de cuello y sus guiños a Una y sus culebrones sin sentido. Era un insulto absoluto hacia Joel. Pero, antes de que pudiera expresar su oposición, Adams se agachó —con una flexibilidad sorprendente para un anciano— y recogió la fotografía de Lucey. Se sacó un pañuelo bordado del bolsillo, y se puso a limpiar delicadamente el marco del té y el agua que se habían derramado sobre él. Pulió el cristal de su parte frontal, y lo colocó delicadamente en la estantería que había sobre la cama. Incluso su pañuelo era excesivo.

—¿Tu esposa? —le preguntó a Joel sin el menor rastro de su sonrisa descarada e irritante.

—Lo fue.

El tiempo pasado era evidente y espantoso.

—Te acompañé en el sentimiento —le dijo Adams con absoluta sinceridad.

Joel examinó el rostro del hombre en busca de señales de burla o de crueldad. No las encontró. Se quedó atónito. Había ternura en ese acto, y una emoción genuina. Algo que a Joel le resultaba ajeno. Quizá el intruso fuera tolerable. Pero los culebrones, no. Eso sí iban a tener que discutirlo.

—Bueno, enfermero Dwight, sé un buen chico y ve a buscar mis cosas. Creo que la señora Clarke, aquí presente, quiere quedarse a solas conmigo un minuto —le dijo Adams al enfermero Liam, recuperando el engolamiento—. Correremos la cortina para que no tengas que verlo, compañero —acabó, volviéndose hacia Joel con otro largo guiño.

—Ay, es que eres terrible —volvió a reír Una.

Terrible: Joel coincidió con ella.

Capítulo cuatro

Frank Adams, *el Terrible* —Joel estaba decidido a no referirse a aquel hombre como «De Selby»—, resultó ser un parlanchín. Después de dos años de convivencia con el más conveniente de los compañeros de habitación, de repente Joel se encontró bajo un bombardeo de preguntas.

—¿Qué haces para divertirte, Joel? —le preguntó Frank con jovialidad después de que los presentaran oficialmente en la sala común a la hora de la comida.

—¿Divertirme? ¿Aquí? —preguntó Joel incrédulo—. Esto es una residencia de ancianos. Aquí no se divierte nadie.

—Parece que todos los demás se lo están pasando bien —contestó Adams mientras paseaba la mirada por la sala, donde residentes y enfermeros charlaban amigablemente. Jim, *el Poderoso* estaba engullendo la comida, con pequeñas pausas de vez en cuando para sonreírle a nadie en particular. Algunos de los residentes habían acabado de comer y jugaban a las cartas. Otros leían en los viejos pero confortables sillones que había desperdigados por la habitación.

—Todos los demás se están engañando a sí mismos —le dijo Joel, que no estaba de humor para que le corrigieran.

—¿Alguna vez ha venido a cantar uno de esos grupos juveniles? No hay nada como un buen concierto.

—Sí. Sí que vienen. Grupos de Iglesia con sus sonrisas falsas.

—¿No te gusta la Iglesia, Joel?

—Me da igual —dijo Joel recordando los años que pasó yendo a misa con su padre. Por obligación. Seguidos de los años que pasó obligando prácticamente a Lucey a que fuera con él. Años perdidos.

—¿Hay algo que te guste, Joel? —le preguntó Adams con una sonrisa.

—Me gusta comer en paz —contestó él, volviendo a su plato con determinación.

Esa misma tarde, sentados delante del televisor en su habitación, Adams volvió a la carga.

—Los deportes, Joel. Sin duda te gustarán los deportes... Esta mañana, cuando he llegado, tenías puesto un canal deportivo.

Joel suspiró e intentó ignorarle.

—A mí me gustan los dramas.

—No me importa.

—Hice mis pinitos en la televisión. Jamás llegué a interpretar los personajes que quería.

Conseguí algunos pequeños papeles en películas. Estuve cerca en un par de ocasiones. Acabé en un culebrón.

—No me extraña —gruñó Joel.

—¿Alguna vez has visto *Días de gloria*?

Joel apretó los dientes. A Lucey le encantaba *Días de gloria*. La veía religiosamente cada noche. Él la veía a veces con ella, aunque por lo general simplemente se ponía a leer. Le gustaba estar en la misma habitación que ella. Sentados en el salón, él con un libro, la pequeña Eva tumbada boca abajo y Lucey con su té y una sonrisa, mientras *Días de gloria* pasaba ante sus ojos. Frank Adams, *el Terrible*, había honrado muy probablemente su salón. Al recordar aquellos tiempos, cuando Eva era su niñita y Lucey era su esposa, sintió un agujonazo en el estómago. Tiempos mejores. Le lanzó una mirada a la foto, que volvía a estar sobre la mesilla de noche. Seguramente, ella habría disfrutado de la cháchara implacable de Adams. Probablemente le habría preguntado todo tipo de cosas sobre su paso por la televisión, sobre el programa, sobre la personalidad real de los actores.

—No veo culebrones —dijo, en vez de contarle a Adams todo aquello.

—Yo tampoco es que sea un gran fan. Formación clásica. No quiero parecer un esnob, pero elegiría un drama puro cuatro veces de cada tres.

—Esta mañana estuviste viendo un culebrón —le corrigió Joel.

—Estuve reviviendo mis días de gloria —le dijo Adams con una sonrisa—. Si me permites el juego de palabras.

Joel intentó no sonreír, pero fracasó.

Había algo en el parloteo de aquel hombre... En la superficie parecía inane, inútil, pero había en Adams una cualidad que parecía sugerir que era demasiado inteligente para aquella charla insípida y trivial. A Joel le daba la sensación de que se estaba riendo de una broma que nadie más podía captar, y que toda su cháchara, sus tanteos, sus preguntas eran medios para alcanzar un fin. Eso lo volvía interesante de una manera que Joel no acababa de identificar.

—Me gusta el fútbol —acabó diciendo Joel.

—A mí también. Es un drama tremendo, el fútbol.

¿Drama? ¿El fútbol? Tonterías.

—No tiene nada que ver con el drama, Adams —le corrigió Joel—. Tiene que ver con la condición física.

—Ah, para... ¿a quién crees que estás engañando con eso? ¿Acaso ves los campeonatos de atletismo?

—¿Cómo? No... —Joel advirtió demasiado tarde que le había tendido una trampa.

—Verás, si fuera por la condición física, lo habrías superado como un sarpullido, pero no es así. O quizá forme parte de ello, seguro, pero es el drama lo que hace que los deportes sean interesantes. Los altibajos, las debacles, el estímulo de las victorias inesperadas, la chulería de los campeones...

Mientras hablaba, su tono se elevaba y caía, era la voz de un contador de historias con la declamación de un actor.

—... Hay héroes y villanos, y a veces los primeros ganan y nos encanta, y a veces pierden y también nos encanta, aunque se nos haya partido el corazón. Es un drama tremendo. Mejor que ningún culebrón.

—Pero principalmente va sobre la condición física —le dijo Joel obstinado.

—Dios mío —gimió Adams desesperado—. ¿Va a resultar que eres una de esas personas que te dicen que no está lloviendo cuando están ahí fuera, empapándose contigo?

—¿Cómo? No.

—Vaya que sí. De eso se trata, ¿no? Te gusta llevar la contraria. Cuando todo el mundo dice negro, tú dices blanco.

—No seas ridículo —farfulló Joel.

—Oh, sí. Conozco a los que son como tú. Sinatra: ¿bueno o malo?

—Un gánster.

—No te pregunto por su vida personal. ¿Buen cantante o mal cantante?

—Buen cantante —dijo Joel apretando los dientes.

—¡Ja! Querías decir malo, pero entonces me ibas a dar la razón, y eres tanto de llevar la contraria que no puedes mostrarte de acuerdo ni contigo mismo, así que has dicho bueno.

—¿Eres así de irritante con todo el mundo? —le preguntó Joel, sintiendo que su enojo crecía.

—¿Y tú, eres así de cascarrabias con todo el mundo?

—Yo no trato con nadie. Toma castaña.

—Pues si no tratas con nadie y eres así de cascarrabias conmigo, puedo declarar en toda lógica que eres así de cascarrabias con todo el mundo.

Cuando se volvió para lanzarle una réplica rabiosa a su nuevo compañero de habitación, Joel se dio cuenta de que aquel hombre le estaba provocando deliberadamente, con una gran sonrisa en la cara. Le había estado dando cuerda, disfrutando con ello de principio a fin. Alguien le dijo una vez a Joel que discutir con cierta gente era como pelearse con un cerdo; al cabo de un rato te dabas cuenta de que el cerdo se lo estaba pasando bien. En vez de picar otra vez, Joel volvió a ponerse de cara al televisor y subió el volumen.

—Oh, no seas así... —le dijo Adams, riéndose para sí mismo.

Joel subió el volumen un poco más. Si aquello molestó a Adams, este no lo dejó traslucir, sino que se rio entre dientes y cogió su libro. Se trataba de un volumen antiquísimo, de portada maltratada; Joel estuvo seguro de que sería un libro pretencioso y desmesurado. Igual que el hombre que lo leía.

A la mañana siguiente, Joel despertó cuando el enfermero Liam le trajo el desayuno a Adams. Era la primera vez en tres años que se despertaba sin estar rodeado de silencio. Su primera reacción fue de irritación, por la presencia del intruso, pero a esa sensación le siguió de inmediato otra diferente.

Era alivio. Joel se sintió aliviado. Y aquello le irritó.

—¿No podríais hacer un poco más de ruido? —les preguntó a Adams y a Liam.

—Puff. Mira quién habla. Te has pasado toda la noche roncando como si estuvieras talando árboles.

—Yo no ronco —le dijo Joel indignado.

—Entonces qué, ¿te has tirado ocho horas aclarándote la garganta? Menos mal que no necesito dormir mucho.

—Bueno, ¿y entonces de qué te quejas?

—Ay, Dios misericordioso, ¿tenemos a Joel quejándose de que alguien se esté quejando?

—¿Cómo te atreves? —preguntó Joel sin animosidad, enderezándose sobre la cama—. Un hombre al que apenas conozco...

—Llevo aquí menos de veinticuatro horas y ya es como si te conociera desde hace demasiado tiempo —contestó Adams, también sin malicia.

El enfermero Liam les sonrió a los dos.

—¿Y tú por qué sonríes? —gruñó Joel.

La sonrisa de Liam aumentó de tamaño. Al igual que Adams, tenía la terrible costumbre de parecer que estaba al tanto de una broma de la que nadie más participaba.

—Voy a por tu desayuno, ¿te parece, Joel? —preguntó pacientemente.

Joel hizo una mueca, lo que provocó una nueva sonrisa por parte del joven. Antes de que este se marchara, Joel se volvió hacia Adams.

—¿Nada más para usted, señor De Selby?

Adams le ofreció una sonrisa fingida y negó con la cabeza. Era una sonrisa manifiestamente simulada, no como el día anterior, cuando su alegría resultó empalagosa. Entonces al menos había parecido convincente. Pero esa sonrisa era distinta. Tenía un componente mórbido.

Era curiosa, aquella sonrisa falsa. Su morbidez. En menos de un día, Adams había mostrado que podía tener un trato fácil con todo el mundo. Ni siquiera la Rino, que era imponente y a veces aterradora, había conseguido que se inmutase, pero había algo en esa sonrisa, algo inquietante. Joel se preguntó qué sería.

—¿No te gusta el enfermero Liam? —preguntó.

—Oh, ya sé que a ti no, Joel. A ti no te gusta nada —contestó Adams fríamente.

—Eh, estaba hablando de ti. A mí de hecho me cae bien el enfermero Liam.

—¿En serio? Guau. Tienes una curiosa manera de demostrarlo.

—No lo entenderías. No llevas aquí el tiempo suficiente.

—Tampoco creo que muchos de los residentes vayan a estar aquí demasiado tiempo —contestó Adams riéndose.

Joel no sonrió. No pensaba permanecer allí mucho tiempo más. No tendría que soportar a Adams, ni sus preguntas ni sus chistes. Pensaba dirigirse hacia aquello que le esperara al final de la vida, y, fuera lo que fuera, Joel calculó que sería mejor que estar allí.

El comentario también se había acercado demasiado a la realidad de la vida en Hilltop. La Muerte se paseaba por el lugar con gesto despreocupado, elegía a alguien y se lo llevaba cuando le daba la gana. Pero no sería así con Joel. Joel iba a elegir a la Muerte antes de que la Muerte lo

pudiera elegir a él.

—Lo siento —dijo Adams, que había perdido de nuevo la expresión pícaro—. Me olvidé del último tipo. Miller, ¿no? Ha sido una falta de sensibilidad.

—Mmm. La sensibilidad no parece estar muy arriba en la lista de prioridades de un tipo como tú —le dijo Joel, como si Adams no hubiera limpiado la foto de Lucey con tanta delicadeza el día anterior.

—Soy lo que soy, y lo que soy no requiere de excusas —contestó Adams. El brillo había regresado a sus ojos, la sonrisa sardónica volvió a extenderse por su rostro.

—La de Miller fue una amistad rara —dijo Joel, aunque no supo por qué—. Nunca dijo una sola palabra. No se movía, no se reía, no cantaba, no leía libros pretenciosos, no hacía nada. Pero era reconfortante tenerlo aquí. Y ahora ya no está.

—Y ahora estás atrapado aquí, conmigo —dijo Adams con una sonrisa.

—Así es. Que Dios me ayude.

Adams se rio entre dientes y Joel sonrió ligeramente. Sintió una nueva oleada de alivio, esta vez sin irritación. Una agradable sensación de camaradería, algo de lo que no había disfrutado desde hacía tiempo. Era una buena sensación, e intentó conservarla. No pudo. Joel no lograba mantener vivo ni siquiera su buen humor. Notó que se escurría lejos de él y esperó que no se le notara en la cara. Se quedó ahí sentado con una sonrisa fija. Si Adams reparó en ello, no hizo ningún comentario al respecto.

A la mañana siguiente, Adams volvió a ser el primero en despertarse. Estaba sentado en la cama, leyendo algo procedente de su alijo de libros pretenciosos, riéndose ruidosamente para sí mismo. Era un libro sobre teatro, y Joel tuvo la convicción de que lo leía únicamente para que lo vieran leyéndolo. ¿Quién querría leer un libro sobre teatro?

Consideró la posibilidad de decirle eso mismo a aquel fante pero, antes de que surgiera la oportunidad, llegó una visita.

Una Clarke.

De nuevo se había vestido con elegancia. Llevaba una chaqueta de color rosa sobre una blusa blanca y unos pantalones negros. Siempre se ponía algunas de sus joyas, incluso cuando había salido solo a pasearse por Hilltop; pendientes de perlas y collares varios que le habían regalado sus hijos y sus nietos.

—Ay, cielos, querida... —exclamó Adams con su voz más teatral—. Pero no puedes entrar aquí cuando estamos en un estado cercano a la desnudez. Lo nuestro es indecoroso, y tu radiante presencia no hace más que remarcarlo.

—Menudo granuja está hecho usted —le sonrió Una. Había entendido lo que había detrás de la adulación, pero de todos modos disfrutaba del cumplido—. Solo he venido a ver cómo se encuentran los dos, y de qué humor estaba Joel.

—La vida y el alma de la fiesta se acaba de despertar y está rebosante de buen humor. Me ha fulminado con la mirada dos veces y creo que se ha tirado un pedo.

El chiste hizo que Una se sonrojara. Era terriblemente remilgada para esas cosas. Una cualidad que Joel consideraba encantadora.

—Creo que eso es más probable que el que esté de buen humor —dijo con una sonrisa.

Había sido una broma a la ligera, y Joel se obligó a sonreír. Qué descaro, acusarle de no tener sentido del humor. Se enfureció por dentro ante aquel insulto.

—El viejo Joel sabe sonreír, querida. Es solo que nos escatima sus dones, nada más —le dijo Adams con una sonrisa.

—¿He oído correctamente? ¿Estuvo usted en *Días de gloria*, señor De Selby? —preguntó Una.

«Así que ha venido por eso —pensó Joel irónicamente—. Para hacerle la pelota a la estrella televisiva de cuarta categoría.»

—Por favor, Una, llámame Frank.

—Y su apellido es Adams, no De Selby —metió baza Joel.

En vez de molestarse por la interrupción, Adams se inclinó hacia un lado de la cama, le sacó la lengua a Joel e hizo una pederreta.

Joel soltó una carcajada a su pesar. Fue un momento curioso. No recordaba la última vez que se había reído.

—Vejestorio —le dijo Adams antes de volver a centrarse en Una—. Sí, querida, pasé dos años en ese programa haciendo de Andrew Duggan, el tendero del lugar. Fue en la década de los ochenta. Dudo que una mujer tan joven como tú se acuerde de algo que pasó hace tanto tiempo.

—Oh, claro que me acuerdo. Ahora que lo dices, creo que veo el parecido. ¿Por qué lo dejaste?

—Me mataron. Me asesinaron despiadada, implacablemente. Una muerte de guion. Me dieron un ataque al corazón.

—Oh, qué pena.

—Para nada, querida mía —la tranquilizó él—. Ya estaba cansado. Debo admitir que no soy un gran fan de los culebrones. Quería regresar a las bambalinas. Allí donde destaqué por completo. El teatro. Mi verdadero amor.

—Además de tú mismo —volvió a meter baza Joel. Aquella conversación iba a tener lugar le gustara o no. Su habitación había carecido de ellas durante tanto tiempo que le pareció curioso descubrir que le agradaba escuchar una de nuevo.

—Joel, no seas desagradable —le dijo Una con firmeza.

Él aguantó el golpe.

—Para nada, Una, para nada —dijo Adams al rescate—. Con el señor Monroe, aquí presente, estoy aprendiendo a estar a las duras y a las maduras. De momento ha demostrado ser muy gracioso. ¿Y sabes qué? Creo que le caigo bien.

—No es verdad —farfulló Joel, desprevenido. A regañadientes, pues tal era la única manera en que Joel Monroe podía admitir algo, tuvo que aceptar que Adams no estaba del todo equivocado. No era lo peor con lo que Joel se hubiera encontrado.

El enfermero Liam volvió a entrar para salvarle del sonrojo, cargado con su desayuno y sus pastillas. Complejos vitamínicos, aceite de hígado de bacalao, betabloqueantes, un diurético tiazídico... Un cóctel que los médicos llevaban años suministrándole para prevenir el derrame que todos menos Joel sabían de camino. Joel ya no era consciente de lo que se tomaba.

Simplemente, le dejaban las pastillas y él se las metía en el buche.

—Bueno, Joel —dijo Liam alegremente, demasiado alegremente para aquella hora de la mañana—. Es hora de desayunar, y por supuesto...

Joel sintió que se le volvían a erizar los pelos del cogote.

—Puedes dejarlas en la mesilla de noche, gracias, Liam —dijo, mirando al enfermero a los ojos.

—Señor Monroe...

Otra vez «señor Monroe». Siempre el maldito «señor Monroe» cuando había que dar órdenes.

—Te he dicho que las dejes en la maldita mesilla de noche, Liam —ladró Joel.

—Joel... —comenzó a decir Una.

—No. No me vengas con Joel. Claro que voy a tomarme las malditas pastillas. Pero me las tomaré cuando yo quiera.

—Yo le escucharía —intercedió Adams—. Esta mañana se ha levantado con el pie izquierdo. Eso sí, creo que Joel tiene dos pies izquierdos.

Otra broma. Maldito bromista.

—Joel —le suplicó Liam—, tú no eres así. Ya sabes cómo va el tema. Yo te las dejaría, pero tengo que asegurarme de que te tomas las pastillas. No es opcional. Es por tu propio bien.

Como si esa gente supiera lo que le convenía a Joel Monroe.

—Bueno, más vale que lo conviertan en opcional pronto. Porque no pienso dejar que ni tú ni este maldito bromista vengáis a decirme lo que tengo que hacer, joder —les dijo, apuntando con el dedo a uno y luego al otro.

—Señor Monroe —dijo Liam, intentando tomar el camino de la firmeza. Joel pudo ver el destello de rabia que asomaba en sus ojos por lo general bondadosos—. Este comportamiento no es aceptable. Por favor, tómese las pastillas y cómase el desayuno.

Haz esto. Tómate esto. Cómete esto. Ahora duerme. Ahora levántate. Ahora muérete. Joel había tenido suficiente.

—Lo haré en la puta tumba —ladró, sorprendido por su propia ordinariez.

Una y Liam dejaron escapar gritos ahogados. Adams emitió una de sus carcajadas profundas y estruendosas. Y ahí estaban todos, atrapados en un punto muerto. Era demasiado tarde para volverse atrás. Joel los miró a los tres, negándose a ceder. Podía vencerlos por pura determinación, por su rechazo instintivo a doblegarse. Y, justo cuando pensaba que iba a poder con ellos, entró la Rino.

La Rino, que se movía afanosamente dentro de sus immaculadas ropas de matrona, con el cabello recogido en un moño severo.

—¿A qué se debe este jaleo? —preguntó.

Liam se mostró reacio a contestar. Por mucho que estuviera en medio de una discusión personal, sabía que nadie deseaba ser receptor de uno de los estallidos de la señora Ryan, y no quería meter a Joel en eso. Joel vio su vacilación y lamentó haberse enfadado. Liam podría haberle tirado a los pies de los caballos, pero ahora buscaba desesperadamente la manera de evitarlo. Decidió ahorrarse la molestia.

—El jaleo se debe —contestó Joel, intentando suavizar el tono en la aterradora presencia de la mujer— a que estoy hasta la coronilla de que me digan lo que tengo que hacer todo el maldito tiempo, así que no pienso tomarme esas medicinas hasta que decida qué quiero hacer.

Para ser una mujer tan diminuta, que su presencia resultara tan imponente resultaba sencillamente increíble. Joel sintió que el gusano del miedo se arrastraba por su interior.

—Señor Monroe —dijo la Rino en voz baja, tranquila y amenazadora—. Se va a tomar esas pastillas y se las va a tomar ahora mismo. ¿O quiere que llame a su hija?

Llamar a su hija. Como si fuera una especie de niño descarriado.

—Me las tomaré cuando yo quiera —contestó, frunciendo el ceño y preparándose para la reacción violenta de la mujer.

—Miren —intercedió Adams de nuevo—, yo estoy aquí, no me pienso ir a ninguna parte. ¿Y si dejamos las pastillas ahí y yo me aseguro de que se las tome?

—No se meta en esto, señor Adams —le espetó la Rino—. Señor Monroe, tómese las pastillas ahora mismo o pagará muy caro este comportamiento.

Ahí estaba de nuevo, el tipo de tono que se usaría para castigar a un niño, no a un hombre de setenta y seis años. Lo conocía demasiado bien. Él lo había usado con Eva cuando quería que limpiara su habitación, o que hiciera los deberes, o que se fuera a la cama.

—A tomar por culo —le dijo con un gruñido, y él mismo se sobresaltó.

—¿Cómo se atreve a...? —comenzó a decir ella.

—No —ladró Adams de repente—. ¿Cómo se atreve usted?

Toda la habitación se volvió para mirar al actorcillo.

—¿Cómo se atreve a hablarle a este hombre con ese paternalismo, como si fuera un crío? —prosiguió Adams—. ¿Cómo se atreve a despacharme como si yo no fuera merecedor de la más elemental cortesía? Debería avergonzarse de sí misma.

Su tono era imponente, era un desafío emitido con voz resonante, la de un intérprete de calibre. Joel se quedó estupefacto. Por su propia bravata y por la disposición de Adams a involucrarse en ella. Una parecía pasmada ante toda aquella maldita escena.

—Ya veo —anunció la Rino con tranquilidad— que ha sido un error ponerlos a los dos en la misma habitación.

—O quizá no —declaró Adams dramáticamente—. Joel, colega, ¿tendrías la amabilidad de tomarte esas pastillas? Hazlo por mí, no me gustaría nada que te pusieras enfermo.

Joel se volvió admirado hacia su nuevo compañero de habitación. Le estaba ofreciendo una salida. Examinó a Adams en busca de señales de desdén, y no encontró ninguna. En su lugar vio la sonrisa juguetona que tiraba de las comisuras de sus labios y reconoció lo que había tras aquella indignación fingida. De veras era un bromista.

—Desde luego —acabó contestando Joel, como si el resto de la habitación no existiera—. Haría lo que fuera por ti, Frank, mi viejo amigo.

Estiró el brazo y se metió las pastillas en la boca con tranquilidad, en silencio. A continuación, lenta y deliberadamente, se sirvió un poco de leche en el té. La Rino les dirigió una mirada fría a los dos y salió airada de la habitación. Liam se relajó de manera visible, aunque negó con la

cabeza, decepcionado con los dos, antes de marcharse con un suspiro que Joel asumió como de alivio.

Le habían salvado. Adams lo había hecho con una sonrisa camuflada. Joel experimentó una enorme oleada de gratitud hacia aquel hombre, y una calidez que creía haber olvidado en algún punto del camino. Sonrió ampliamente pese a su turbación, y a lo horrorizado que estaba por su blasfemia puntual. Cuando reunió la confianza suficiente para levantar la mirada de su té, vio que Frank le dirigía una gran sonrisa a Una, quien se reía entre dientes a su pesar.

—Vosotros dos... —les dijo—. Sois terribles.

Capítulo cinco

—Es una jugada audaz por parte de Monroe —le dijo Frank a la habitación con un susurro sonoro y dramático—, rascarse la nariz de esa manera, como si no supiéramos todos que está intentando sacarse un moco.

El puñado de personas que había sentadas en la sala común se rio disimuladamente con el nuevo comentario de Frank. Joel se limitó a ignorarlo. Durante el primer par de semanas de Frank en Hilltop, Joel había descubierto que el actor retirado le iba cayendo cada vez mejor. Desde el incidente con la Rino, los dos habían coincidido con frecuencia creciente.

Para alarma de Joel, tras lo que había parecido una eternidad de meras cortesías pasajeras con el resto de residentes y del personal, se había descubierto a sí mismo entablando conversaciones. No del tipo unilateral que mantenía con el señor Miller, sino hablando de verdad. Al principio le había costado, pero al cabo de quince días Frank Adams había conseguido colarse entre los afectos de Joel, de modo que la lúgubre monotonía de su existencia le parecía ahora más soportable. Joel no se preocupó demasiado por calcularlo, pero sospechaba que la última persona con la que había mantenido una conversación que durara más de cinco minutos había sido Lucey.

Lo que Joel hubiera podido llamar sus rutinas, por mínimas que fueran, se habían visto interrumpidas por la presencia de Frank y la energía constante que lo acompañaba. Se movía muchísimo; sus manos, su cabeza, sus hombros estaban siempre en movimiento, como si los llenara un vigor incontenible. A Joel le resultaba gracioso e irritante a partes iguales. Gesticulaba al hablar, asentía animadamente durante las conversaciones, sus hombros se movían arriba y abajo cada vez que soltaba una de sus estruendosas carcajadas. De algún modo, esa energía actuaba como un baluarte contra la nube de desesperación y las ideas suicidas de Joel. Estas seguían acosándolo, presentándose de hurtadillas en los momentos de calma, obligándole a añorar los tiempos en que era un simple viejo deprimido, en vez de un viejo deprimido con un terrible deseo de acabar con su vida.

De alguna manera, Adams repelía la nube que seguía a Joel, hacía que se desperdigase con su interminable serie de preguntas estúpidas y chistes inanes.

Los chistes eran la otra cuestión. Fluían a través de Frank tan constantes como incesantes eran sus movimientos. Por lo general, eran bromas secas, sarcásticas, que contaba con voz grave por la noche, cuando los dos se sentaban en sus camas a ver el fútbol o a leer, pero Frank sabía adaptarlas a la medida de su público, así que en presencia de Una eran mucho más aceptables socialmente, con apenas una pizca de descaro para provocar a aquella mujer tan formal y remilgada. Era reveladora la rapidez con la que podían cambiar de forma para amoldarse a su audiencia. La enfermera Angelica aullaba de la risa y resoplaba cada vez que Frank imitaba a los

demás residentes. Cada resoplido le provocaba nuevos ataques de risa, y no era la única. La popularidad de Frank era tal que el personal de enfermería y de limpieza, e incluso las visitas de los demás pacientes, se pasaban por la habitación que compartía con Joel, a quien aquello apenas le irritaba, pues le resultaba agradable ver a la gente más animada. No obstante, le seguía costando mirar las manos de la enfermera Angelica, tan carnosas, demasiado gruesas para el delgado pecho del señor Miller. Las veía aplastando aquel pequeño pecho cada vez que la mujer dejaba una bandeja, o le tomaba el pulso, o hacía lo que fuera, en realidad. Él intentaba olvidarlo, pero le seguía pillando desprevenido de vez en cuando.

Joel sacudió la cabeza para aclarar sus ideas y depositó el caballo con cuidado.

—Y Monroe hace un movimiento tan estúpido que no puede ser más que una trampa para que el taimado y poderoso Jim caiga en ella —le dijo Frank a la habitación.

—El rostro que avanza penosamente tan cerca de las piedras, una piedra ya es —le dijo Jim a Joel alegremente.

No pareció haber prestado la más mínima atención a las habilidades comentaristas de Frank; siguió sonriendo y moviendo delicadamente sus piezas de casilla en casilla, siempre según las reglas, pero sin aparentemente seguir un plan.

—El campeón se burla de su contrincante con una perla de sabiduría sobre las piedras que es una clara referencia a los testículos del señor Monroe —anunció Frank.

Alguien se atragantó con el té al reírse. Joel intentó fulminar a Frank con la mirada. Con su mirada. Una mirada marca de la casa, diseñada para aplastar a la gente que lo irritaba demasiado, o que intentaba hablar con él cuando deseaba estar solo. A causa de su cuerpo imponente y maneras por lo general malhumoradas, la mayoría de la gente pasaba de puntillas por su lado cuando les disparaba aquella mirada patentada. No así Frank, que sonrió aún con más fuerza, contento de ver que lo estaba sacando de quicio.

—Cuida tu lenguaje —le gruñó Joel.

—Monroe comienza a dar señales de que se está desmoronando bajo los implacables juegos psicológicos de Jim, *el Poderoso*. Está decidido a demostrarle al mundo lo viejo y aburrido que es poniendo pegas a la palabra «testículos», como si la anciana señora Klein no se sintiera cautivada por ella.

La señora Klein se rio y Una hizo lo mismo con aire culpable. Ciertamente, las mujeres de Hilltop adoraban a Frank. Una lo acompañaba a diario, y los dos entraban y salían de la habitación a primera hora de la mañana, cuando Joel recién comenzaba a despertarse. Antes, Una solía visitar a Joel a menudo, y seguía viniendo para ver cómo se encontraba, como si se tratara de una tarea, pero Joel sabía que era a Frank a quien quería ver de verdad. No es que estuviera exactamente celoso, o al menos esperaba no estarlo, pero había algo en la relación entre Una y el nuevo residente que le hacía sentir como un extraño, como si él fuera el intruso.

La relación que sorprendentemente no había mejorado desde que Frank se mudara a Hilltop era la que mantenía con el enfermero Liam. Frank no le contaba chistes. Cuando tenían compañía, Frank actuaba, desde luego, pero cuando el enfermero Liam se entretenía haciendo algo en la habitación, o iba y venía con el té y las medicinas, Frank guardaba un perceptible silencio.

Evitaba su mirada o retomaba la lectura, y en más de una ocasión simplemente fingió estar dormido. Era muy poco propio de él desaprovechar la oportunidad de impresionar a alguien con su cháchara incesante. A Joel aquello se le quedó grabado en la cabeza. Pensó que ese pequeño misterio le iba a permitir desentrañar la verdad sobre Frank Adams.

Las bromas, las actuaciones, la alegría constante y el humor burlón, incluso los comentarios ocasionalmente críticos para consigo mismo... todo ello tenía que esconder algo. Llevaba esas máscaras encima y se las ponía o quitaba según dónde estuviera y en compañía de quién. Joel lo observaba y esperaba que aparecieran los indicios del hombre que había detrás de la máscara, pues eran numerosos, y pensó que había encontrado los primeros en la actitud distante e incluso fría que su extravagante amigo dispensaba al enfermero Liam.

—Ooooooooooh —le dijo Frank a la habitación—. Con esa maniobra, Jim, *el Poderoso* intenta hurgar en la herida ya excepcionalmente abierta de Monroe.

Joel despertó de golpe para descubrir que el alfil que Jim acababa de mover había arrinconado eficazmente a su reina. No tenía adónde ir. Sería jaque mate en cinco o seis movimientos, según cómo jugara Jim.

—Maldita sea, Jim —gruñó Joel.

—Actualmente, los trabajadores se pasan cada día de su vida realizando las mismas labores —le dijo Jim animadamente.

—Y creo que eso es todo, damas y caballeros y señor Robins, por supuesto —dijo Frank—. Monroe parece estar dispuesto a aceptar su inevitable y devastadora derrota. Ha sido aplastado una vez más por el artista más electrizante que haya honrado con su presencia la Residencia de Ancianos Hilltop, el campeón invicto que nunca pierde pero tampoco gana, ¡Jim, *el Poderoso* Lincoln!

El anuncio había ido creciendo en entusiasmo. Hubo sonrisas tolerantes y algunos aplausos desperdigados. El efecto se vio arruinado en cierto modo por la mirada vacía y ligeramente confundida de Jim, *el Poderoso*, que pareció reparar en Frank por vez primera.

—Limitate a caminar a mi lado —le dijo Jim.

—Completamente de acuerdo, colega —contestó Frank con solemnidad.

Joel ya había tenido bastante. Había transcurrido otra hora, el tiempo al lado de Jim le había permitido cumplir con su propósito de quitarse parte del día de encima, para lidiar rápidamente con la tarde-noche y poder volver a la cama, volver al sueño.

Cuando dormía, al menos, no se veía asaltado por la idea del suicidio. Sus sueños permanecían intactos. Quizá eso fuera lo peor del súbito cambio que había experimentado: la intensidad de todo aquello. Desde la primera vez que lo visualizó, Joel no había podido dejar de imaginárselo. Río abajo, un paso más allá del borde del puente y la corriente que se lo llevaba. Ya no echaría de menos a Lucey. Ya no tendría que tomarse las malditas pastillas. Ya nadie lo trataría como a un niño. En los momentos ociosos, su cerebro encontraba la manera de pensar en cómo iba a suicidarse si lograba salir de allí.

—¿Adónde vas? —preguntó Frank cuando Joel se dirigió hacia la puerta.

—Fuera, creo. Necesito aire fresco.

No esperó su respuesta. Sabía que Frank iba a seguirle tanto si le esperaba como si no. La necesidad de ir allí donde fuera Joel parecía formar parte de él.

Se dirigió al jardín sin tener una idea clara de lo que quería hacer. No sentía la acuciante necesidad de estar allí, simplemente tenía la sensación de que estar fuera era mejor que estar dentro, mejor que tener la compañía de Jim, *el Poderoso* y de los demás residentes, que vivían dichosos los días que les quedaban en la neblina de un vacío sin objetivos. Oyó que Frank lo seguía con tremenda determinación.

—Te acompaño —le dijo su nuevo amigo.

—¿Por qué? —preguntó Joel—. Aquí no tienes público.

Dijo aquellas palabras sin malicia, pero igualmente las reconoció por lo que eran, desagradables e hirientes. Últimamente, él había tenido un poco de cada una de esas cualidades. Un efecto secundario del deseo de suicidarse, pensó. No hacía falta ser un genio para darse cuenta: era un anciano solitario, aislado e inútil que no podía dejar de pensar la manera en que podría acabar con todo aquello. Algo, concluyó, se había adueñado de él, y no sabía cómo sacárselo de encima. O incluso peor: creía que no le importaba si se lo sacaba de encima o no. ¿De qué le iba a servir?

—Un solo espectador siempre ha sido suficiente —dijo Frank pomposamente mientras le alcanzaba.

—Dios, nunca te cansas de actuar, ¿verdad? —le preguntó Joel.

—La vida es un cabaret, amigo¹ —contestó frívolamente Frank.

Allí fuera, el jardín de Hilltop se empinaba de manera intimidante. El edificio principal era amplio y horizontal, se había construido hacía más de un siglo y desde entonces había sido ampliado aquí y allá. Descansaba sobre un pequeño altiplano a medio camino de una colina y estaba rodeado por un jardín que se extendía frente a la fachada del edificio y que ascendía hasta una colina que había en su parte trasera. Un largo y sinuoso camino serpenteaba entre la residencia y las altas puertas de hierro al pie de la colina. Más allá de aquellas puertas se encontraba el mundo exterior, pero el resto de la propiedad estaba rodeado por unos árboles inmensos que escondían a los ancianos de la sociedad. Aquí y allá había parterres de flores bien cuidados por el personal del lugar y por los varios residentes amigos de lo verde que conformaban el Club de Jardinería de Hilltop.

A Joel no le interesaba la jardinería. Lucey se había encargado de atender con esmero el jardincito que tenían y, como era típico en ella, este había presentado un aspecto tan encantador como asilvestrado. Tras pasar una larga jornada en el garaje de su propiedad, Joel volvía a casa y se encontraba con que Lucey tenía las manos embarradas, con cortes que le habían provocado las espinas de los matorrales o la ocasional obstinación de alguna mala hierba. Joel siempre había pensado que existía una encantadora simetría entre sus manos, las suyas manchadas de aceite, y las de ella, de tierra.

Su vida en común siempre había sido plena. Durante su juventud, él trabajó y se apretó el cinturón para poder ahorrar, y cuando llegó el momento apropiado abrió su propio garaje. Ella había sido cajera en un banco, y allí fue donde la conoció, sentada detrás de un mostrador. Se

quedó inmediatamente prendado y comenzó a buscar excusas para visitar el banco. Pasó a depositar el dinero dos veces por semana, en vez de una, por si tenía la suerte de que le volviera a tocar la caja que atendía ella. Él no tuvo ni el carisma ni el ingenio para invitarla a salir, pero ella se había dado cuenta igualmente y, un día, mencionó de pasada mientras hablaban que estaba pensando en acudir a un baile.

Joel aún recordaba la tarde del baile. Cómo se había frotado las manos para sacarse toda la grasa y la suciedad de ellas. La manera en que Lucey se las sujetó mientras bailaban. Recordó con una mueca cómo se había quedado allí plantada mientras él hacía el ridículo intentando armarse de valor para preguntarle si podía darle un beso. Conocía perfectamente las intenciones de él, pero así y todo se divirtió dejando que metiera la pata una y otra vez antes de conseguir su propósito. Joel nunca había sido lo que se dice sutil.

Después de aquello, sus días consistieron en trabajar y cuidar del jardín y reír y criar a su hija. Y, antes de poder darse cuenta, Joel se había hecho mayor. Habían envejecido juntos. Y entonces ella se fue. Este pensamiento hizo que una mueca amarga atravesara su rostro bajo la débil luz de la mañana.

Se adentró en el jardín y, sin rumbo fijo, descendió por el pequeño sendero de gravilla que acompañaba la línea de árboles en su extremo más alejado. Pensó que alguien los estaría vigilando desde el interior de la residencia; en Hilltop siempre había alguien vigilando.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó Frank.

—No hay nada de lo que hablar —dijo Joel—. Solo me apetecía salir a dar una vuelta.

—Tonterías. A ti no hay nada que te apetezca.

—Algo hay que hacer, ¿no?

—Podríamos haber jugado al ajedrez. Es algo que hacer y que no te obliga a salir al frío.

Frank se ajustó el pañuelo mientras hablaba. Hacía fresco para tratarse de un día de mayo, pero ciertamente no tanto como para ponerse un pañuelo de cuello. Tampoco es que a Frank aquello le importara. Solía ponerse un pañuelo incluso sobre el pijama y la bata. Los pañuelos formaban parte de su imagen, de su marca.

—No hacía falta que vinieras —contestó Joel.

—Pensé que quizás querrías hablar.

Era persistente. Y Joel, terco. Anduvieron en silencio durante un rato, pero guardar silencio durante un plazo de tiempo largo estaba más allá de la capacidad de Frank Adams.

—Creo que Una te encuentra atractivo —acabó diciendo Frank.

—Cállate, Frank —le dijo Joel.

—No, en serio. Creo que le gustas.

—Sí, bueno, y yo creo que le gustas tú. No es a mí a quien viene a ver por las mañanas.

—Dios mío, no. Las mañanas son tu peor momento. Si no fuera por mi inagotable encanto, nadie vendría a visitarnos.

—De hecho, yo estaba perfectamente bien cuando era así.

—Mentiroso —contestó Frank inmediatamente.

Hubo algo en su tono de voz, algo que carecía de la alegría habitual. Joel deseó poder

indignarse ante el hecho de que le hubiera llamado mentiroso, pero era verdad y lo sabía. Le gustaba que la gente entrara y saliera. Había algo en su presencia que le distraía de aquello que se había apoderado de él recientemente. No deseaba que le gustara su presencia, quería estar bien por su cuenta, pero ahí estaba. Frank percibió algo en su silencio.

—¿Era amiga de tu esposa? —preguntó con ternura. En su voz había algo procedente de su interior, algo más allá de máscaras y actuaciones. Era el «Frank de verdad», si es que tal cosa existía.

Joel inspeccionó el rostro de su nuevo amigo en busca de alguna señal de burla. No la habría podido tolerar, no al hablar de Lucey.

—Sí. Lo era —acabó diciendo—. Se sigue poniendo la ropa que Lucey le daba. A veces me duele verla con ella.

—Más te dolería si dejara de ponérsela —le dijo Frank sagazmente.

—Sí —contestó Joel, sintiendo que se le formaba un nudo en la garganta. Echaba de menos a Lucey. Echaba de menos a Miller. Qué idea tan ridícula. Echaba de menos a Miller. Un hombre que jamás le había dicho una sola palabra.

—Sin ella, esta mierda no tiene sentido —dijo Joel de manera brusca al cabo de unos instantes.

—¿Cómo? —preguntó Frank, claramente sorprendido por el estallido y la vehemencia que lo acompañaba.

—Odio esta mierda. Perdona la expresión. Odio esa habitación sin ella. Odio ver que otra persona lleve su ropa. Odio que vendiéramos la casa para esto. ¿Te lo puedes creer? ¿Que vendiéramos nuestro viejo hogar para poder retirarnos aquí? Odio que un paseo de media hora por el jardín forme parte de mi día. ¿Y quieres saber por qué forma parte de mi día, Frank?

El nivel de intensidad de Joel seguía creciendo. Volvía a ser como la semana anterior, cuando asustó a Una de aquella manera en el pasillo. Pero Frank no parecía asustado. Frank parecía excitado.

—Cuéntamelo —dijo prácticamente en un susurro.

—Porque me entretiene media hora. No hay otro motivo. Eso es todo lo que tengo sin ella. Tiempo para dar y para regalar, porque ¿qué otra alternativa de mierda hay?, perdona la expresión, pero ¿qué otra mierda de alternativa hay?

—Podrías jugar al ajedrez con Jim —dijo Frank, pero Joel interpretó su respuesta como lo que era: una provocación. Frank quería más. Y, por suerte para él, Joel no estaba de humor como para dejarlo ahí.

—Para esto me pasé toda la vida trabajando, para que me apartaran a un lado, para quedarme atrapado jugando al ajedrez con un imbécil, para que los enfermeros y la Rino me dijeran cuándo debo comer, cuándo dormir, cuándo ir de vientre, cuándo tomarme las malditas pastillas. Y, a todo esto, ¿para qué me tomo las pastillas? ¿Para alargar mi vida? ¿Y para qué coño quiero alargarla? Perdona la expresión, pero ¿para qué coño quiero yo alargar esta vida de mierda?

—Quizá lo estás mirando desde la perspectiva equivocada... —comenzó a decir Frank.

—Métete la perspectiva por el culo, señor Estrellita de la Televisión. Construí un negocio, un hogar, un matrimonio, una familia... ¿Para qué? Para acabar aquí con un gilipollas listillo que se

pone pañuelos en el cuello, perdona la expresión, que hace bromas sobre mis pelotas y que duerme en la cama en la que solía dormir mi esposa. Yo solía ir a las casas de apuestas por mi cuenta, me veía con los colegas, iba a la playa con mi esposa. Hacía cosas. Iba a lugares. No me quedaba sentado pudriéndome. Estaba a cargo de mi vida, ¿sabes?

Hacia el final se quedó sin fuerzas, y lo que debía ser casi un grito menguó hasta convertirse en un murmullo. Inspeccionó el jardín con expresión culpable, en busca de señales de los enfermeros. Sabía que le estaban vigilando tras el estallido de algunos días atrás, pero allí no había nadie que pudiera escucharles.

—Nadie te escucha —le dijo Frank, leyéndole la mente, pero también lo comprobó.

Él mismo parecía un tanto conmocionado, como si no hubiera estado provocando a la bestia. Joel siguió caminando, arrepintiéndose del ataque, arrepintiéndose de haber gritado y de haberle contado a Frank lo mucho que odiaba su vida. Apenas conocía a aquel hombre, apenas sabía nada de él. Alguien le había dicho en alguna ocasión que las penas compartidas son menos penas, pero Joel continuó avanzando fatigosamente por el sendero bajo una carga que parecía pesar el doble. Cuando llegaron al banquito que había al fondo del jardín, al lado del largo camino que conducía a la puerta de entrada, se dejó caer pesadamente en él y suspiró.

—Quiero decirte que las cosas van a mejorar —le dijo Frank—. Pero me temo que no me creerás.

—Y tienes razón. Lo siento. No debería haberte contado nada de todo eso. No es problema tuyo.

—Las penas compartidas son menos penas —dijo Frank, leyéndole la mente de nuevo.

—Y una mierda —contestó Joel.

—Te perdono la expresión —lo remató Frank.

Joel dejó escapar una pequeña carcajada que sonó como un ladrido. Frank volvía a llevar una máscara; había recuperado el brillo en los ojos y la persona falsa ocultaba a la real.

—¿Por qué odias al enfermero Liam? —preguntó Joel, que quería cambiar de tema y satisfacer su curiosidad.

Pudo ver un destello del Frank real, ya que la pregunta lo había cogido desprevenido. Joel sabía que le faltaba algo, y que el enfermero Liam era la clave, pero la máscara no permaneció bajada. Frank tenía mucha práctica camuflando sus emociones.

—Ya sabes, colega —dijo Frank con indiferencia—, estos chavales y su exuberancia juvenil... Me toca las narices.

—¿Y ahora quién es el mentiroso?

—No tengo la más ligera idea de a qué te refieres —dijo Frank haciéndole caso omiso, pero se había sonrojado.

—Sí que la tienes —se reafirmó Joel, percibiendo una debilidad. Si aquella conversación hubiera sido una partida de ajedrez, habría estado arrinconando a Frank, cortando todas sus vías de retirada.

—Así que vamos a jugar a los psicólogos, ¿eh? ¿Vas a preguntarme cómo me siento? Te tenía en mejor consideración, colega. Pensaba que esa porquería pastosa no era propia de un hombre de

tu talla y de tu dignidad.

Quería aparentar una displicente indiferencia, pero no le estaba funcionando. Es más, Joel había percibido algo diferente en Frank, una especie de duplicidad. Había algo que quería decir, pero simplemente no quería soltarlo.

—Es un muchacho muy agradable, ¿sabes? Quizá algo estirado de vez en cuando, pero en absoluto una mala persona —prosiguió Joel, espoleándole.

—Guau. Viniendo de Joel Monroe es todo un cumplido.

Tenía una especie de sonrisa burlona. Una sonrisa desconcertante.

—Los otros presos lo adoran —Joel usó la palabra «presos» sin pensar en ella siquiera.

—Bueno, entonces ¿por qué no os pilláis todos una habitación con él?

—Venga, también podrías contármelo. No voy a decirlo por ahí. Hace un rato te lo has pasado bien provocándome. Lo uno por lo otro, para que sea justo. ¿Por qué odias tanto al enfermero Liam?

La máscara volvió a caer. Todos sus esfuerzos para protegerla habían resultado insuficientes desde el momento en que la pregunta le cogió con la guardia baja, y no tenía sentido fingir lo contrario. Frank suspiró profundamente y se quedó mirando la entrada de la residencia, la tranquila calle que había al otro lado.

—No odio al enfermero Liam —le dijo Frank con una voz que Joel no había oído nunca. La verdadera voz de Frank.

—Pero si no haces más que... —intentó interrumpirle Joel.

—Déjame acabar, viejo cabronazo mezquino —espetó Frank.

Aquella fue la primera de las tres únicas veces en que Frank iba a llamar «mezquino» a Joel en vida de uno o del otro.

Joel deseó sentirse insultado por la palabra, pero encontró en ella un extraño tipo de atracción. El adjetivo «mezquino» disponía de una energía que le venía faltando a su existencia. Estuvo a punto de sonreír, pero en cambio esperó a que Frank terminara. Se quedaron sentados en silencio durante un momento.

Joel vio que Frank se peleaba con algo. Prácticamente se moría de ganas de decirlo. Joel aguardó.

—No le odio —dijo Frank al fin, y entonces, en voz baja, prácticamente susurró—: En realidad, me gusta. Me gusta bastante.

Joel tardó un minuto largo en darse cuenta de las implicaciones. El tono apagado, la expresión lúgubre y decidida, la desafiante inclinación de la cabeza. Frank era homosexual. Joel no tenía nada en particular contra los gais, pero nunca había tenido un amigo gay. Era una sensación muy incómoda. «Esto es lo que te pasa por preguntar tonterías», pensó en su turbación.

Los dos se quedaron ahí sentados, con la mirada puesta al frente, al otro lado de la verja, en la libertad que se les negaba.

—Eres gay —acabó diciendo Joel. No fue un comentario particularmente inteligente, ni profundo en el menor sentido, pero fue literalmente lo único que se le ocurrió.

—Y tú eres un genio —contestó Frank con tono sarcástico, sin volver la cabeza.

—Pero no eres gay conmigo, ¿verdad?

—No, cabronazo marchito y cascarrabias, no soy gay contigo.

—¿Lo eres desde hace mucho? Quiero decir, ¿cuándo lo decidiste? —preguntó Joel.

—Me cago en la leche —murmuró Frank exasperado—. Uno no decide ser gay, pedazo de imbécil. Simplemente lo es.

—¿Alguna vez has intentado no serlo? —preguntó Frank, que se arrepentía de haber abierto esa línea de preguntas. Se sentía tremendamente incómodo. Decidió que Frank de Selby estaba mejor con la máscara que sin ella.

—Toda la vida —contestó Frank con seriedad, y Joel se sintió completamente idiota.

Frank permaneció sentado, con la mirada al frente, observando lo que había más allá de los barrotes de la gigante puerta de hierro de acceso a Hilltop, los labios apretados, la cara rígida. A Joel le pareció ver que unas lagrimitas se formaban en sus ojos.

Para eso le servía la máscara. Frank de Selby era un actor homosexual, una antigua estrella menor de la televisión, un anciano extravagante, despreocupado y caballeroso. Frank Adams era un hombre que deseaba no ser homosexual. Joel había adivinado que había algo en su personalidad, algo oculto. Pero no esperaba que fuera eso.

—Entonces, ¿de verdad que no odias al enfermero Liam? —preguntó al final.

Frank estalló en una carcajada.

—No. No lo odio. Me recuerda a alguien que conocí una vez... —La risa se fue apagando—. Lo siento, supongo que no debería habértelo contado. No es algo que suela contarle a la gente.

—Las penas compartidas y toda esa mierda. Perdona mi expresión.

Joel intentaba tranquilizar a Frank, pero sabía que no lo estaba logrando, sabía que Frank podía notar su incomodidad. Él volvió a colocarse la máscara de De Selby y, con una amplia sonrisa forzada, se puso en pie y se quitó el polvo de los pantalones, que no lo necesitaban.

—Creo que ya he matado bastante el tiempo. Creo que voy a pedir asilo en el asilo —bromeó.

—Bueno, yo no he terminado mi paseo, así que si quieres... —fue un intento poco entusiasta por camuflar su aprensión, y Frank lo percibió así.

—No, no, ve tú, lleva la roca hasta lo alto de la montaña. Yo voy a mirar un culebrón.

Con eso, asintió una vez más y comenzó a ascender por el largo camino de acceso con la cabeza erguida y el pecho hinchado, interpretando el papel del hombre que no está en absoluto solo y afligido.

Joel se sintió idiota y cobarde. En Frank Adams había un hombre muy solitario, una criatura aislada y vulnerable, igual que él, y, en el momento en que le había abierto su corazón, Joel se había echado atrás, desasosegado por su sexualidad. Lucey le hubiera regañado, pero ya era demasiado tarde. Frank era algo más ágil que Joel y ya había recorrido la mitad del camino con su zancada larga y decidida.

Eran patéticos. Los dos. Joel odiaba lo patéticos que eran. Solitarios y aislados y aterrorizados. Pero, bajo su desdén, Joel notó algo cálido, algo inesperado. Notó una afinidad. Había pasado tanto tiempo que estuvo a punto de no reconocerlo. Sin saber cómo, sin verlo venir, Joel había establecido un vínculo con Frank. Había visto la máscara de De Selby y al Frank que

había detrás, y había sentido que algo cedía en su interior al soltar el lastre de su propia rabia, y algo completamente diferente al ver cómo Frank soltaba el lastre de su culpa, y entonces Joel se había dado cuenta de que tenía un amigo. Un nuevo amigo. A los setenta y seis no pensaba que fuera posible, pero ahí estaba. Y había alejado a su amigo de sí al comportarse como un viejo mezquino.

Joel siguió sentado en el banco al pie de la colina y dejó que el remordimiento lo carcomiera a la vez que se maravillaba ante la idea de que hubiera una parte de su ser capaz de reconocer a un amigo.

Esa tarde, por primera vez desde que se mudara a Hilltop, Frank no cenó con Joel, sino que prefirió hacerlo en la mesa de Una, la señora Klein y Jim, *el Poderoso*. Jim parecía haberse dado cuenta al fin de la existencia de Frank, y le estuvo balbuceando cosas sin parar. Frank asentía con cordialidad, aunque estaba claro que no le entendía, y soltaba chistes que hacían reír a las dos mujeres. Joel lo vio todo desde una solitaria mesa al otro lado de la sala. Lució su mejor expresión de malhumor para desanimar a todo el que quisiera unirse a él y así poder decidir cómo debía proceder con aquella nueva y vacilante amistad.

Funcionó de fábula, porque todos evitaron su expresión malhumorada.

El enfermero Liam lo observaba desde la puerta. Sus ojos azules habían estado inspeccionando la sala y habían reparado en la soledad de Joel, en que Frank había decidido no cenar con su compañero de habitación.

—¿Sucede algo? —preguntó acercándose a Joel e ignorando su expresión.

—Nada de nada —mintió Joel.

Tras examinar al enfermero Liam un poco más, se dio cuenta de que aquel joven era atractivo a su manera. El uniforme le sentaba bien y llevaba una pequeña insignia en la que no se había fijado nunca. O, si lo había hecho, no le había dado importancia. Una insignia con forma de arcoíris.

Joel no había reparado en que Liam también era homosexual.

—¿Debería estar preocupado por ti, Joel? —preguntó Liam con gesto serio.

—Para nada, y no comencemos otra vez con la tontería de las pastillas. Me estoy tomando las malditas pastillas, ¿no es así? —dijo, para camuflar su alteración.

—No es por las pastillas, Joel. Es por tu ánimo. Yo solo...

Lo que quería decir, fuera lo que fuera, se apagó ante la expresión plana, arisca e intransigente de Joel. Joel no tenía tiempo para eso. Había herido a su nuevo amigo, lo había apartado de sí, y aquello le preocupaba. El enfermero Liam asintió al cabo de un instante.

—Por favor, sabes que estoy aquí, por si necesitas hablar. Lo que pasó la semana pasada...

—Pasó, y pasado está —le interrumpió Joel. Estaba harto de pensar en las gruesas manos que habían aporreado al pobre y silencioso señor Miller.

El enfermero Liam captó la indirecta y se alejó. Joel consideró la posibilidad de ir a sentarse a la mesa donde estaban Frank y los demás, pero le quedaba muy poca energía para tener que lidiar con Jim, *el Poderoso*, o con lo que fuera que sentía hacia Una Clarke. En su lugar, cogió la tacita de plástico llena de gelatina que le habían dado con la cena, se dirigió hacia Frank y la colocó junto a su bandeja.

—No me apetece —dijo bruscamente.

—Ooooh —dijo la señora Klein—. ¿No es un encanto?

Joel sintió que se sonrojaba, adquiriendo un color rojo oscuro. Frank, el de verdad, el que permanecía escondido, asintió con la cabeza y Joel se marchó.

Nunca le había dado gelatina a un hombre. En retrospectiva, le pareció un tipo de disculpa bastante ridículo por haberse comportado de manera insensible.

Cuando Frank por fin decidió irse a la cama esa noche, encontró a Joel leyendo. Sus movimientos eran rígidos, casi formales. Se había producido en él un cambio fundamental, evidente. Después de revelar lo que había debajo de la máscara, era consciente de que no podría volvérsela a poner, y en su solitaria vulnerabilidad intentaba protegerse con la dignidad que creía que le quedaba. Joel se sintió terriblemente triste por él. Vio en el comportamiento de Frank un espejo del suyo propio. Una fría indiferencia con la que ir tirando para no sentirse solo. Pero Joel decidió que ellos no podían seguir tirando de esa manera, y para equilibrar la balanza decidió contárselo a Frank.

—¿Frank? —dijo en voz baja.

—Joel —contestó Frank con voz seria.

—Tengo que contarte algo.

—No, no tienes que hacerlo. Mira, antes no debería...

—No, mira tú, esto es serio. Quiero contártelo, porque me gustas.

Se le ocurrió que lo que estaba diciendo podía malinterpretarse y se sonrojó avergonzado. Cuando Frank le miró enarcando una ceja, se sonrojó aún más.

—No de ese modo —le aseguró a su compañero de habitación—. No de una manera homosexual, o lo que sea.

—Me cago en todas las leches —murmuró Frank.

—No, en serio. Tengo que contárselo a alguien.

La inmensidad de lo que estaba a punto de decir se quedó flotando entre ambos, y Frank no pudo evitar percibirla. Se sentó al borde de la cama y comenzó a quitarse los zapatos con un gruñido.

—Adelante.

Joel respiró hondo.

—Quiero suicidarme —dijo.

Para ambos fue un momento tan absolutamente profundo como profundamente perturbador. Por fin, Joel lo había verbalizado, y al hacerlo había confirmado ante sí mismo que de verdad quería hacerlo. No se trataba de una idea ociosa que la muerte del señor Miller y el luto continuado por su esposa hubieran sacado a la luz, sino de un deseo real y concreto. Ya no deseaba seguir vivo. Quería salir de allí. Frank percibió la gravedad, la sinceridad, la resolución de su nuevo amigo. Hizo una pausa y, dejando los zapatos a medio quitar, miró fijamente a Joel.

Joel pensó en sus suicidios imaginarios. El ahorcamiento, o la sobredosis. Quizá Frank pudiera ayudarle con ello. Tanto si lo hacía como si no, Joel esperó desesperadamente que aquel hombre comprendiera que le hacía confianza por lo que era. Porque le gustaba Frank, sí. No entendía

cómo era posible que le gustara alguien, mucho menos el excéntrico personaje con el que compartía habitación. Pero así era, le gustaba. Por eso se lo había contado. Para equilibrar la balanza.

Joel se había expuesto por completo, y en ese momento el malestar y la incomodidad que había entre ambos desaparecieron. El terreno de juego estaba nivelado, cada uno de ellos había sido lo más honesto posible con el otro. Frank intentó no tambalearse bajo el peso de lo ocurrido, intentó no parpadear siquiera mientras su amigo contenía el aliento en espera de su respuesta. Una respuesta que era necesaria. Tenía que decir algo. Joel se puso tenso.

—Creo que es una idea maravillosa —le dijo Frank.

Por segunda vez ese día, Joel se quedó sin palabras.

—¿Que crees qué? —preguntó inexpresivo.

—Creo que es una idea maravillosa.

Joel no sabía qué respuesta cabía esperar a su simple deseo, pero ciertamente no era aquella.

—¿De verdad? —preguntó, confundido.

—Por supuesto. Es un gesto lleno de poder. Odias el lugar en el que estás, quieres cambiarlo, nadie te va a permitir hacerlo, no aquí, no en nuestras circunstancias, así que ¿por qué no? Toma el control. Sé el dueño de tu propio destino. El capitán de tu alma y todo eso.

Joel se recostó contra el cabecero de la cama y reflexionó sobre aquello. La idea le resultó vivificante. Era la primera vez en muchos años que se sentía tan excitado. El corazón le martilleaba en el pecho, la idea hizo que se estremeciera. «El dueño de su propio destino.» Se trataba de un concepto ajeno para un hombre que ignoraba el código de cuatro dígitos necesario para salir de su habitación durante la noche.

—¿Cómo piensas hacerlo?

A Joel le costaba creer que estuvieran manteniendo esa conversación.

—En realidad, no lo sé —confesó con gesto culpable—. Había pensado en colgarme. Pero no me parece correcto. Quizá pegarme un tiro.

—¿Colgarte? Dios, no... ¿Sabes que cuando uno hace eso se caga encima?

Era una idea completamente repugnante.

—Creo que lo que de verdad me gustaría es tirarme desde un puente.

—Es poco digno —le dijo Frank.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—¿Un hombre de tu talla? Yo creo que es un final ignominioso.

Joel desconocía el significado de esa palabra, pero sabía que no deseaba que la gente describiera su muerte con palabras largas cuyo significado desconocía.

—Ya se me ocurrirá algo —dijo sin convicción, impresionado aún por el tono surrealista que había adoptado la conversación.

—Por otro lado... —caviló Frank mientras seguía desvistiéndose para irse a dormir.

«Ahora viene lo malo —pensó Joel—, esta es la parte en la que la noche se desinfla.»

—Continúa —le dijo a Frank.

—¿Quieres hacerlo bien? ¿Lo deseas de verdad?

Joel miró a Frank, al que únicamente iluminaba la lamparita sujeta a la parte superior de la cama de Joel. Bajo aquella luz tenue, su taciturno y anacrónico amigo parecía vigorizado, excitado. Su aspecto reflejaba las emociones de Joel.

—Sí, Frank, lo deseo de verdad.

—Si lo vas a hacer, tienes que hacerlo bien.

—¿Qué quieres decir con «hacerlo bien»?

—No puede ser algo vulgar, sin clase. No puede ser indigno, ni desagradable. Tiene que ser estupendo.

—¿Qué quieres decir con «estupendo»? —Joel no tenía ni idea de por dónde iban los tiros.

—No te tires desde un puente. Transmitirías un mensaje equivocado.

—¿Voy a transmitir un mensaje? —preguntó Joel.

—Por supuesto que sí —le dijo Frank—. Es una declaración de principios. Le estarás diciendo al mundo: «Esta es mi elección. Es lo que deseo, y lo hago porque os habéis pasado un montón de tiempo diciéndome lo que tenía que hacer. Joel Monroe no recibe órdenes de nadie. Joel Monroe no hace lo que le dicen».

Había pasión en su discurso, había algo vital e incluso frenético en él.

—No pienso hacer lo que me dicen —murmuró Joel.

—Tiene que ser algo profundo, teatral, maravilloso, un compendio de todo. Algo que deje huella. Algo de lo que se hable, de lo que se siga hablando.

A Joel nunca le había gustado ser el centro de atención. Era un hombre práctico, funcional, pragmático, pero había algo en la idea de que la gente siguiera hablando de su muerte mucho después de su marcha que apelaba a una parte teatral y latente de su ser.

—¿Como qué? —preguntó.

—La virgen, tío —dijo Frank escandalizado—. ¿No es esta la decisión más personal que hayas de tomar en la vida?

—Bueno, no es tan personal. Estoy abierto a sugerencias, solo digo eso.

—No seas bobo —le dijo Frank malhumorado—. Esto tiene que ser cosa tuya. De eso se trata. Tiene que ser algo completamente tuyo, y solo tuyo.

—Pero de verdad me gustaba la idea del puente... —comenzó a decir Joel.

—Si vas a acabar con todo, más vale que lo hagas a lo grande. Nada de tirarse de un puente. Es indigno de hombres de nuestra solera. O lo haces a lo grande o no lo haces —le dijo Frank de modo terminante.

—Pero tú me ayudarás, ¿verdad? —preguntó Joel, que de repente volvía a sentir cómo el aislamiento lo envolvía. Le había parecido que hacía lo correcto al contárselo a Frank, en cierto modo comprendía que aquel hombre tenía que saberlo, de que se lo debía a su nuevo amigo. Joel se dio cuenta con un sobresalto de que era la única persona de la que podía decir algo semejante. Tras dos insignificantes semanas en su compañía, Frank había reclamado un lugar que Joel mantenía vacante desde la muerte de su esposa. Ni se le hubiera ocurrido contárselo a otra persona. Era una sensación aterradora.

—Pues claro que te ayudaré —le dijo Frank con altivez—. No tienes la imaginación necesaria para poder llevar esto a cabo sin mí. Pero, como ya te he dicho, tiene que salir de ti.

—Tiene que salir de mí —confirmó Joel, aliviado por saber que había reclutado a su amigo. Aliviado por saber que no estaba solo.

Se tumbó sobre la cama, satisfecho consigo mismo. Lo iba a hacer. Iba a realizar una última declaración de principios e iba a abandonar el mundo a su manera.

—Gracias, Frank —susurró mientras su amigo se subía a la cama.

—No —contestó él—. Gracias a ti.

Joel apagó la luz de la habitación y cerró los ojos. Le relajaba saber que tenía un plan, que volvía a contar con un propósito en la vida. Una declaración de principios, la única, enorme y profunda declaración de principios ante el mundo que probablemente iba a realizar en toda su vida. Entonces podría irse, y que le dieran a las consecuencias.

—Buenas noches —le susurró a la otra cama.

—Buenas noches, amigo mío —le susurró a su vez la otra cama.

1. En el original, «Life is a cabaret, old chum», que es *verbatim* uno de los versos de la canción *Cabaret* compuesta por John Kander y Fred Ebb para el musical homónimo. (N. del T.)

Capítulo seis

A la mañana siguiente, cuando Joel abrió los ojos, Frank estaba escribiendo algo en una libreta Moleskine. Su expresión era de profunda concentración. Quizá le afectara la somnolencia, pero en ese momento Joel pensó que Frank era clavado al típico dramaturgo erudito, con esas manos ancianas y nudosas que sobresalían de la bata excesivamente elegante, y con el cuerpo delicadamente suspendido por encima de la libreta. No se había levantado de la cama y el tipo lucía ya un pañuelo a la moda anudado al cuello. Llevaba la excentricidad en los huesos.

—¿Qué estás escribiendo? —le preguntó mientras bostezaba.

—Algo sobre ti —fue la respuesta.

—¿Sobre mí? ¿Y qué demonios estás diciendo sobre mí?

—Que no se te suban los humos, pero quiero documentar lo que vas a hacer. En esta historia hay una obra de teatro. Quizá abandone mi retiro para interpretar *El insólito final del señor Monroe*.

—¿La vas a titular así?

—Es un título provisional —le dijo Frank mientras continuaba escribiendo.

—¿Y tú harás de mí?

—¿Quién más podría hacer de ti?

—Alguien más alto, para empezar.

—Bromas sobre bajitos. Pensaba que estabas por encima de ese tipo de cosas. No te preocupes, saldré al escenario con zancos y me embutiré varias almohadas en la camisa para tener la misma tripa gorda que tú.

Joel se miró la barriga, que tenía un tamaño perfectamente normal, y dejó escapar una risa sarcástica. Quizá su abdomen estuviera un poco blando, pero «tripa gorda» le parecía una exageración. Abrió la boca para protestar, pero al ver la media sonrisa que se estaba convirtiendo rápidamente en la marca de la casa Frank, decidió cambiar de táctica.

—¿No te parece un poco arriesgado poner esto por escrito? No quiero... —miró a su alrededor con gesto conspirativo antes de proseguir—. No me gustaría que el enfermero Liam lo encontrara. Dios no lo quiera, porque se lo llevaría directamente a ya sabes quién.

—No seas estúpido —le dijo Frank desdeñosamente—. En ningún momento digo que seas tú. Si preguntan, estoy escribiendo una obra dramática, y nadie se enterará.

—En cualquier caso, no dejes que nadie la vea —insistió Joel.

Tenía una vaga sensación de lo que deseaba obtener del fin de su vida, y la idea de que la Rino descubriera su plan e, incluso peor, se lo contara a su hija no formaba parte de la manera en que

esperaba que transcurrieran los días que le quedaban.

—¿Algo que añadir? ¿Remordimientos? ¿Cambios de parecer? —preguntó Frank.

—No —dijo Joel con firmeza.

—Bien, bien —contestó Frank, aunque su atención parecía estar en otra parte.

—Mira, no tienes que involucrarte en esto si no lo deseas —le dijo Joel, intentando enmascarar su decepción.

—Fuá. Si no me involucro seguramente harás una chapuza, y entonces acabaré escribiendo *La insólita estupidez del señor Monroe*, y estoy seguro de que aquí todos ya han visto esa obra.

Joel fingió ofenderse, pero solo para esconder su sonrisa. Nunca se había considerado especialmente agudo, pero tampoco creía ser manco... hasta que conoció a Frank Adams. El tipo le daba vuelta y media.

—¿Y bien? —continuó Frank—, ¿no se te ha ocurrido nada inspirador?

—Nada, la verdad. Quiero decir que solo algunas normas básicas.

—¿Como cuáles?

—Como que no quiero que nadie más resulte herido.

—Vas a suicidarte de manera pública, Joel. Me temo que no todo el mundo saldrá de esta sin una o dos cicatrices.

—Quiero decir físicamente. Nadie sale de nada sin una o dos cicatrices emocionales. Que se aguanten.

—Despiadado, pero directo —dijo Frank, tomando nota en la libreta.

—¿Por qué has escrito eso?

—Son notas sobre el personaje, para cuando te interprete.

—Yo no soy despiadado.

—Vale, de corazón diminuto, marchito y ennegrecido, y directo. Listo. Continúa.

Joel estaba bastante seguro de que Frank no había escrito lo que decía que había escrito, pero de todos modos estiró el cuello para echarle una mirada. Frank se rio de él.

—Bueno —dijo Joel, rindiéndose—. Quiero que diga algo sobre mí y sobre la sociedad.

—¿Te refieres a tu lugar en la sociedad?

—Algo por el estilo.

—Ponme un ejemplo.

—Podría hacerlo con mi camiseta de fútbol favorita, ¿sabes? Eso indicaría que había algo que me importaba, pero que no fue suficiente. ¿Te parece bien?

Frank hundió la cara entre las manos.

—¿Con una camiseta de fútbol? ¿Crees que realizarás una profunda declaración de principios suicidándote con una camiseta de fútbol?

—Bueno, sería profunda para mí.

—La gente duerme con esas camisetas, lo sabes...

—¿Y?

—Pues que pensarán que te has suicidado en pijama, memo.

Joel se echó hacia atrás. Por supuesto que no quería que la gente pensara que se había suicidado en pijama. Ya pasaba demasiado tiempo en pijama. A veces lo llevaba incluso en la sala común. Y el pijama comenzaba a pesarle, como si estuviera conectado con su aislamiento y soledad crecientes. No, desde luego que no quería marcharse en pijama.

—Entonces, quizá un traje elegante. Uno chulo de verdad, como los que llevan las estrellas de cine.

—Ya nadie dice «chulo».

—Yo lo digo.

—Tú no cuentas.

—Ese es el problema, creo —conjeturó Joel.

—Lo del traje no es una declaración de principios. Con eso, lo único que consigues es ahorrarle al enterrador la tarea de escogerte la ropa.

—Me lo pensaré —le dijo a Frank.

—Hazlo.

Joel estuvo reflexionando en profundidad durante unos instantes, hasta que sus ideas se desperdigaron con la llegada del enfermero Liam.

—Buenos días, caballeros —les dijo al entrar con el té y las pastillas—. ¿Qué estamos comentando esta mañana?

Joel se dejó llevar por el pánico. ¿Y si les había oído? ¿Y si lo sabía?

—Estoy escribiendo una obra teatral —contestó Frank, como si nada.

La inmediatez y la facilidad con que mentía... Joel se hubiera atragantado con aquellas palabras caso de decirlas él, pero Frank las vendía como genuinas.

—Oh, qué interesante. ¿Vas a abandonar tu retiro? —Liam se comportaba con mucha serenidad para alguien que podía haber oído a dos ancianos planeando un suicidio.

—Solo lo estoy considerando —dijo Frank con una sonrisa fácil.

Eran las primeras palabras que Frank le dirigía a Liam de forma relajada. Joel se sintió maravillado ante su actitud. O bien mentía con todo su cuerpo, con su semblante y su actitud, o de alguna manera el hechizo que el enfermero Liam tenía sobre él se rompía. Joel observó a Frank detenidamente, estudiando su rostro y sus manos mientras hablaba con el enfermero Liam. En busca de la clave.

—¿De qué trata la obra? —preguntó Liam mientras dejaba las pastillas y el té y la leche sobre la mesilla.

—Trata sobre un viejo cabronazo cascarrabias que no le cae bien a nadie —dijo Frank, que al hablar no miraba a Liam, sino que parecía dirigirse a un punto ligeramente por encima de la cabeza del alto enfermero. Eso, desde luego, respondió la pregunta de Joel. Frank podía mentir con rapidez, pero algo lo delataba. Era pequeño, imperceptible a primera vista, pero ahí estaba. Su rostro no dejaba traslucir ninguna emoción más hacia el enfermero Liam, no había indicio alguno del bagaje emocional que cargaba.

—¿Y dónde demonios habrás encontrado la inspiración? —preguntó Liam sarcástico, mientras su mirada aleteaba hacia Joel.

—Estoy sentando aquí mismo, panda de burros insensibles —ladró Joel antes para desempeñar su papel que con cualquier animosidad real.

—Oh, es toda una inspiración, sí —le dijo Frank a Liam guiñándole ostensiblemente el ojo.

El guiño también le delató. Demasiado marcado, demasiado interpretativo, demasiado De Selby, no lo suficiente Adams. Sus manierismos, su lenguaje corporal, todo transmitía una comodidad y una relajación hacia el enfermero que Joel ahora reconocía como falsas. Admiraba la habilidad de su amigo para encenderlas y apagarlas a voluntad, pero también sentía un aguijonazo de pena hacia él. ¿Cómo podía llegar a conocerle nadie? ¿Cómo podía llegar a saber nadie cómo era Frank Adams? No era de extrañar que estuviera tan solo.

—¿Estás ansioso por la visita de hoy, Joel? —preguntó Liam.

—¿Visita? —repitió él, confundido.

—Sí. Es domingo. ¿Los domingos no vienen tu hija y tus nietos?

Lo había olvidado. Estaba tan emocionado poniéndose manos a la obra con el proyecto de su muerte que había perdido por completo la noción de qué día de la semana era.

—Un nieto —corrigió a Liam agriamente.

—Pensaba que tenías dos. ¿No eran un chico y una chica?

—Solo viene uno. Se turnan. ¿Por qué habrían de sufrir los dos?

Era consciente de que no podía culparlos. En el mejor de los casos, la suya no era lo que se dice una compañía excelente, pero recordaba cuando los había tenido en brazos de pequeños, mucho antes de que se convirtieran en los adultos que eran ahora. Recordaba cuando le querían y jugaban en el jardincito. Recordaba sus risas infantiles. Cómo se los llevaba a pasear por su pequeño barrio para presumir de ellos, encantado de ser abuelo, con la esperanza de encontrarse con el señor McCarthy calle abajo para que este viera lo listos y alegres que eran.

Pero se habían vuelto taciturnos e indolentes. Supuso que debía cargar con parte de la culpa. Se había distanciado de ellos mientras ellos se distanciaban de él. No había hecho nada para tender un puente sobre el espacio creciente que los separaba. Lucey solía encargarse de eso por él. Joel ignoró la mirada compasiva en los rostros de Liam y de Frank. Durante un instante consideró la posibilidad de montar otra pelea por las pastillas, simplemente para librarse de sus caras de lástima, pero optó por no hacerlo. Ahora tenía cosas más importantes de las que ocuparse, tenía un propósito, y esas peleas no dejaban de representar una pérdida de energía.

—Bueno... —dijo Liam, incómodo—. Si me necesitas, ya sabes dónde estaré.

Le dio unos golpecitos en el brazo a Frank, con afabilidad, y Joel vio que su amigo apretaba los dientes. Sus manos se crisparon ligeramente. Pudo echar otro corto vistazo a lo que había debajo de la máscara.

—¿Crees que nos habrá oído? —preguntó Joel después de que Liam se fuera.

—No. De haberlo oído tendría que haber hecho algo, pero habrá que andarse con cuidado. Nada de volver a hablarlo aquí.

—¿Entonces dónde?

—No lo sé. En el pub, supongo. En algún lugar de la ciudad, lejos de aquí.

—¿En la ciudad? ¿Estás loco? No puedo salir de aquí.

—¿Por qué no? —preguntó Frank con incredulidad.

El absurdo de lo que Joel estaba a punto de decir le golpeó antes de soltarlo. Su carácter injusto, infantil, arbitrario... Lo dijo de todos modos.

—No me dejan.

Frank lo miró boquiabierto.

—No me mires así —le dijo Joel bruscamente—. Una vez sufrí un desmayo.

Bajó la mirada a su regazo, avergonzado. No era una mentira completa. Se había caído al suelo. No se había desmayado. Y la caída había sido provocada por un AIT. Ese accidente isquémico transitorio era la razón por la que no le dejaban salir. Los médicos dijeron que se trataba de un aviso, de que podía sufrir un derrame cerebral. Consideraron que tenía la importancia suficiente como para mantenerlo encerrado allí. El AIT casi siempre era la antesala de una apoplejía más grave. De ahí las pastillas. El flujo interminable de aquellas malditas pastillas.

—Eva decidió que no me permitieran salir sin supervisión —susurró prácticamente, mortificado.

Frank abrió la boca aún más.

Joel intentó recordar que continuaba teniendo algo de dignidad y levantó los ojos para no quedarse mirando su regazo como si fuera un niño al que hubieran regañado. Era algo ridículo, y era consciente de ello.

—Bueno —dijo Frank al fin—. Que le den.

—¿Perdona?

—Que le den. Ni hablar. Nos largamos de aquí. Hoy.

—¿Y exactamente cómo crees que nos las arreglaremos para hacerlo?

—Cuando llegue tu hija, ¿Eva se llama?, cuando llegue haremos que les diga que tienes permiso para salir siempre que quieras, y si no se lo dice saldremos por esa maldita puerta como el resto del mundo. Somos hombres adultos, joder. Haremos lo que nos dé la gana.

La idea provocó en Joel una emoción que no lo abandonó en todo el día. Se vistió antes de tiempo, ansioso, y se puso a observar el largo y sinuoso camino de entrada esperando a ver el coche de su hija. Entonces decidió que aquello era indecoroso, y centró su atención en el fútbol dominical. Su equipo ganó, y por primera vez en mucho tiempo se sintió entusiasmado ante la visita de Eva.

Cuando por fin esta llegó, se presentó con el vestido de los domingos y la más forzada de sus sonrisas. La lucía por él, no era un desagradable caso de camaradería fingida, sino que ponía buena cara ante el torbellino con el que esperaba encontrarse cada vez que veía a su beligerante padre. Le plantó a Joel un beso en la mejilla. Lily, su hija, hizo lo mismo antes de sacarse el móvil del bolsillo y enterrar su consciencia en él.

—¿Cómo estás, papá? —preguntó mientras manoseaba la solapa de su chaqueta.

Seguía siendo tan pequeña en comparación con él... la imponente figura de Joel se elevaba aún sobre la suya. Se había arreglado el cabello, rubio y corto, apresuradamente, se había maquillado apresuradamente, y pese a todo tenía un aspecto encantador. La maternidad siempre le había

sentado bien. Era esbelta como su madre, tenía los mismos ojos verdes y un toque de sencillez. Había heredado pocas o ninguna de las características físicas de su padre, quizá tuviera algo de él en los pómulos y en su mandíbula poderosa, pero lo que sin duda había sacado de Joel era la cabezonería.

Fue una niña tozuda que se metía en problemas a menudo, y, cada vez que Joel tenía que castigarla, le acompañaba la advertencia de Lucey: «No seas muy duro con ella. Lo ha heredado de ti».

El recuerdo le hizo sonreír. Eva era dura. Había criado a dos niños por su cuenta, con un mínimo de ayuda después de que el inútil de su marido la dejara por una mujer más joven, quien inmediatamente lo dejó a él por un hombre más joven. Joel se sintió tremendamente orgulloso cuando, después de que el padre de Lily regresara a ella arrastrándose, Eva lo mandó a freír espárragos. Pero la fortaleza para valerse por sí misma había tenido su precio. Durante varios años no tuvo vida amorosa, ni vida social, no hubo válvulas de escape hasta que los niños se hicieron mayores. El mordisco de la crisis la dejó casi sin nada, y en su cabezonería se negó a pedir ayuda. Cuando se quedó sin opciones, estaba tan endeudada que vender la casa familiar de Joel fue la única manera de ayudarla a salir de ahí. A Joel nunca le había faltado nada, pero tampoco había sido un hombre muy rico. Fue un intercambio justo: la vieja casa familiar por su hija y sus nietos. Y, a decir verdad, en su momento disfrutó de la vida en Hilltop. No lamentó la decisión hasta que ella lo encerró allí.

La venta de la casa, por lo menos representó un punto de inflexión para su hija, algo por lo que Joel se sentía agradecido. Desde entonces, las cosas habían mejorado. Incluso había conocido a alguien, a Tony. Joel estaba contento por ella, aunque pensaba que Tony era un imbécil integral.

—Ahora bien, cariño —le dijo con una sonrisa—. ¿Cómo está Tony?

—Está bien. Ha preguntado por ti.

Joel estaba bastante seguro de que no lo había hecho.

—¿Ah, sí? Dile que venga la próxima vez. Me encantaría verle.

A Joel no le encantaba la idea de ver a Toni.

Eva le dirigió una sonrisa a su padre, sorprendida por su semblante inusualmente agradable.

—Me he enterado de lo del pobre señor Miller —le dijo compasiva—. Debió de destrozararte...

Joel aún podía ver su cuerpecito sacudiéndose arriba y abajo mientras Angelica intentaba devolverle la vida a golpes.

—Le llegó la hora, supongo —dijo Joel, negando con la cabeza para reforzar esta idea, intentando desesperadamente no pensar en su pequeño esqueleto sobre la cama, pulverizado, su exiguo hilo de vida perdido tiempo ha. Para que su fantasma vagara por Hilltop igual que el resto de espectros—. Le llegó la hora, eso es todo —repitió Joel con indiferencia.

Eva lo miraba sorprendida, hasta Lily había dejado el teléfono a un lado para escudriñarle. Aquel no era el mismo abuelo Joel al que recordaba de dos semanas atrás. La última vez que le había tocado visitarle. Joel sintió una oleada de remordimiento. Debía de haberse mostrado más grosero de lo que pensaba para sobresaltarlas tanto con un par de palabras suaves. Intentó pensar qué más podía decir. No se le ocurrió nada, así que se sentó en su silloncito del rincón de la

habitación y cogió la taza de té solo por tener las manos ocupadas.

La incomodidad cayó sobre ellos, y Lily regresó a su móvil. Eva se quedó ahí plantada, mirándolo.

Antes de que las cosas pudieran empeorar, Frank entró caminando con tranquilidad, completamente vestido debajo de la bata y luciendo un pañuelo con un dibujo en espiral de colores rojo y negro.

—Vaya, vaya —dijo, subiendo su encanto hasta el diez—. ¿Qué demonios has hecho para merecer un par de visitantes tan encantadoras, Joel, muchacho?

La tensión de la estancia se evaporó en su presencia, su aire de calma general la disipó fácilmente. Les dedicó su vieja sonrisa a las dos y les tendió la mano.

—Eva —dijo la hija de Joel, devolviéndole la sonrisa—. Eva Monroe.

—Lo de Monroe parece indicar que eres la hija de la que me ha hablado tanto, pero tu belleza parece indicar que tu madre debió de galantear con el cartero, porque es imposible que seas la niña de esta vieja criatura.

Era su presentación lo que Joel calculaba que no podría imitar nunca. En cualquier otro, aquello habría sonado lisonjero, pero la naturalidad y el evidente encanto de Frank desactivaban las palabras, las suavizaban y las volvían graciosas y agradables. Eva se rio y Lily volvió a dejar el móvil a un lado.

—¿Y usted es...? —preguntó Eva, imitando prácticamente el tono ostentoso de Frank.

—Frank de Selby —le dijo besándole la mano. Incluso su voz había cambiado, había en ella una calidez, un tono confiado y amistoso. Parecía otra persona.

Lily se adelantó para presentarse. Una vez más, a Joel le impactó lo mucho que había crecido, y sintió su senilidad desde las puntas de los dedos de los pies hasta las del cabello, que ya había encanecido casi por completo. Tenía veintidós años, era alta y elegante, hasta el punto de que casi iba demasiado arreglada, y tenía el mismo cabello marrón oscuro que Joel en su día, y la sonrisa amplia y ancha de su abuela.

—Tú, en cambio —comenzó a decir Frank, evaluándola—, has logrado heredar únicamente las mejores partes de tu abuelo, y no tienes ninguna de sus evidentes deficiencias.

—¿Cree que me parezco al abuelo Joel? —preguntó Lily con una sonrisa.

—Solo en sus aspectos más atractivos, querida —contestó Frank, y le besó también la mano.

Debería haber resultado empalagoso, debería haber sonado falso y perverso, debería haber hecho que se sintieran incómodas, y pese a todo las había desarmado.

—Lily —dijo la nieta de Joel—. Encantada de conocerle.

—Igualmente, querida. Yo soy el infortunado al que le han asignado la misma habitación que a esa máquina de roncar a la que llamas abuelo.

—Bueno, eso está bien —dijo Eva sin pensar.

—Es debatible —le dijo Joel.

—Tonterías. En el fondo me quiere mucho —dijo Frank.

Las dos lo miraron escépticas.

—Tenía la esperanza —prosiguió Frank— de poder llevármelo esta tarde al bar del barrio, aquí cerca, para tomarnos una pinta y ver si la cerveza negra logra que se vuelva más afable, pero él me dice que tú eres la guardiana para ese tipo de cosas.

Había pillado a Eva desprevenida. La ofensiva encantadora planeada por Frank podría haber funcionado con cualquier otra persona, y era evidente que la había impresionado, pero Eva Monroe era una mujer formidable, y no había encanto en el mundo que pudiera hacerle cambiar de parecer una vez había tomado una decisión.

—No estoy segura —contestó dubitativa—. Liam dice que últimamente no has sido tú mismo, papá, y creo que está un poco preocupado. La señora Ryan me ha contado que la semana pasada te peleaste a gritos con ella.

Ahí estaba. Joel sintió que su excitación y su optimismo se desvanecían al darse cuenta de que iban a castigarle por su mal comportamiento.

—No fue nada —protestó—. Apenas un pequeño malentendido.

—La señora Clarke dice que ella también está un poco preocupada. Aunque también ha dicho que últimamente has estado en mucho mejor estado.

—Estoy bien, Eva —le dijo Joel. Había intentado sonar lo más tranquilizador posible. Había intentado sonar razonable. En calma. Lo había intentado y había fracasado.

—No lo parece, papá —le dijo ella con expresión preocupada—. ¿Hay algo de lo que quieras hablar?

Con el rabillo del ojo, Joel vio que Frank hacía un gesto de dolor y retrocedía un paso. Era un tipo rápido. Más rápido que la propia hija de Joel. Había percibido las señales de que el estado de ánimo de Joel comenzaba a deshilacharse.

—No lo parezco, ¿es eso? —preguntó con engañosa delicadeza—. ¿Mi palabra de que estoy bien no es lo suficientemente buena?

—No es eso, papá. Solo quiero saber si algo va mal. La última vez que te fuiste de picos pardos te dio un derrame en medio de un pub. Todos pensaron que te habías muerto, ¿lo recuerdas?

¿Cómo podía olvidarlo? Había sido de lo más bochornoso. Alguien había comenzado a practicarle la RCP sin comprobar antes si respiraba o no.

—Fue solo un derrame de nada, y no sé qué tiene que ver con esto —le dijo apretando los dientes—. La cuestión es que soy un adulto capaz de tomar sus propias decisiones, y que tú me tratas como a un niño.

Frank pareció horrorizarse con las palabras «un derrame de nada», pero intentó esconderlo.

—El lunes pasado no te quisiste tomar las pastillas y tuviste una rabieta —le dijo Eva, que comenzaba a perder la calma—. Si no quieres que te traten como a un crío, intenta no comportarte como un crío.

—No pienso dejar que me tengan prisionero aquí... —insistió Joel.

—Oh, no seas tan dramático. No eres ningún prisionero, papá. Por el amor de Dios, ¡si en este sitio llevas una vida de lujo!

—Ah, una vida de lujo, ¿eh? —preguntó, ahora enfurecido—. ¿Entonces por qué hay una

cerradura en la puerta cuya combinación desconozco? ¿Por qué me encierran aquí durante la noche? ¿Por qué tiene el enfermero que embutirme las pastillas por la garganta? ¿Eh? Vida de lujo, mis cojones.

—Es por tu propia seguridad, y lo sabes.

—¿Mi seguridad? ¿Y de qué intenta protegerme esta gente exactamente? ¿Qué terrible amenaza me espera en el pasillo para que una cerradura de combinación pueda mantenerme a salvo? ¿Creen que el derrame no entrará si se encuentra con la puerta cerrada?

Eva lo miró furiosa. No tenía ninguna respuesta, pero tampoco importaba. Joel sabía que no iba a salir. Simplemente, ella no se lo iba a permitir.

—¿Y si vengo la semana que viene con Tony y te sacamos a comer algo? —preguntó, intentando cambiar el tono de voz para sonar más razonable.

Comer con Tony no era algo que Joel pudiera considerar un consuelo. Una obligación, un castigo, una expiación, una penitencia... todo ello sonaba mucho más preciso.

—Vale —le dijo igualmente, entre dientes. Quizá Frank no bromeaba al decir que podrían salir a pie.

De todos modos, era irrelevante. En caso de que lograra dar con algo lo suficientemente ingenioso y profundo, la semana siguiente ni siquiera estaría vivo. Incluso en ese momento de furia impotente había un destello de excitación ante la idea de tomar un atajo hacia la salida de la vida. Ante la idea de liberarse de todo aquello: la seguridad de una puerta cerrada durante la noche y la firmeza de una hija que no se fiaba ni un pelo de él.

Se quedó enfurruñado en el sillón. Sabía que estaba de morros, sabía que era una conducta impropia y que se ajustaba perfectamente a la idea de que se estaba comportando como un crío, pero no le importó. Cuando él se borró de la conversación, Frank llenó el vacío con su cháchara amable y sus preguntas respetuosas y consideradas.

«¿Cómo conociste a Tony? Oh, qué bien. ¿Cómo se gana la vida? Qué interesante. ¿Tienes un coche bonito? Fantástico. ¿Y vivís en un barrio agradable? Bueno, eso es maravilloso. ¿Algún plan para el verano?»

Todo era tan grato y banal... Eva se estaba tranquilizando, claramente agradecida por la presencia del encantador señor De Selby. Quien tampoco se detuvo en Eva, sino que también sondeó a Lily.

«¿Cómo va la universidad? Hmm, seguro que sí. ¿Qué era lo que estudiabas? Fascinante, absolutamente fascinante. ¿Qué clubs nocturnos están de moda ahora mismo? Ya, ya veo.»

Ella le contestaba con un interés que a Joel le pareció desconcertante. Era inquietante descubrir lo mucho que su familia disfrutaba de la compañía de su nuevo amigo. No se lo habían pasado tan bien durante una visita a Hilltop desde que Lucey estaba viva.

Al final se marcharon, después de una conversación terriblemente larga con Frank, durante la cual Joel permaneció enfurruñado, y de despedirse con la promesa de llevarlo al restaurante la semana siguiente. En cuanto salieron por la puerta, Frank se levantó con rapidez.

—Vámonos, ya podrás lamentarte luego —le ladró con urgencia.

Era ágil, se movía con ligereza para un hombre que debía de encontrarse al principio de la

setentena. Cogió el abrigo de los dos y se dirigió hacia el pasillo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Joel mientras lo seguía.

—Nos vamos a cenar con tu familia —dijo Frank.

Capítulo siete

—¿Cómo? —preguntó Joel, confundido.

—Tú cállate y sígueme la corriente.

Frank se detuvo detrás de una de las puertas, a la mitad del pasillo, y asomó la cabeza en busca de centinelas. Joel se quedó a su espalda. En los movimientos de Frank había algo furtivo que a Joel le resultaba casi alarmante.

—¿Qué estamos haciendo? —le preguntó con un susurro.

—Tenemos que salir sin que vean que llevamos los abrigos —dijo Frank en voz baja.

—¿Por qué?

—Porque sí. ¿Te puedes callar durante un minuto?

Al fondo del corredor, una de las enfermeras fue desde la recepción hasta la sala común y, en cuanto desapareció de su vista, Frank reanudó la marcha, avanzó hacia allí con paso rápido y enérgico mientras Joel le seguía con movimientos culpables.

—¿Podrías mostrar un aspecto más relajado, por favor? —preguntó Frank con exasperación.

—No soy un mentiroso profesional jubilado —contestó Joel irritado.

Se detuvieron justo antes de llegar a la recepción, que estaba en un recoveco a apenas tres metros de la puerta de entrada. Frank oteó lo que había a la vuelta de la esquina. Joel miró a su espalda.

Frank se metió la mano en el bolsillo, sacó un móvil y sus dedos se desplazaron por la pantalla táctil con una familiaridad que a Joel le pareció sorprendente. Se pegó el aparato al oído. Al otro lado del recodo, el teléfono de la recepción comenzó a sonar y, mientras lo hacía, Joel sintió sobresaltado cómo Joel le cogía y tiraba de él con pasos rápidos y silenciosos.

En la recepción, Angelica se había levantado de su asiento y se había dado la vuelta para atender el teléfono, que estaba a su espalda. No vio a los dos ancianos que pasaban por su lado y cruzaban la puerta principal.

—¿Hola? —dijo al aparato.

Frank apagó el móvil mientras salían al sol vespertino. Se lo veía muy ufano y satisfecho consigo mismo.

Posiblemente aquella teatralidad había sido innecesaria; la discreción, irrelevante. Pero Frank le había puesto tanto afán que Joel se dejó llevar por su entusiasmo. Al salir a toda velocidad, Frank miró a lado y lado; de hecho, se entretuvo tanto al hacerlo que a punto estuvo de llevarse por delante a Una Clarke, que había salido de la nada para asustarlos a los dos.

—Hola, caballeros —dijo ella con voz agradable.

Frank pareció menos ufano pero le dedicó la mejor de sus sonrisas para aparentar relajación y confianza. Joel simplemente se quedó ahí plantado, con aspecto culpable.

—¿Vais a alguna parte? —preguntó Una con una sonrisa.

—Sí —contestó Frank indiferente—. La hija de Joel ha tenido la gentileza de invitarnos a cenar en este hermoso domingo de mayo.

—Mmm... —dijo Una mientras una sonrisa comenzaba a formarse en las comisuras de sus labios—. ¿Lo sabe el personal?

—Aún no —dijo Frank con cautela—. Pero lo sabrán pronto.

—Entonces será mejor que os pongáis en marcha —dijo Una—. No vaya a ser que lleguéis tarde a la cena —miró los abrigos que Frank tenía entre los brazos y enarcó ligeramente una ceja. Lo sabía.

Frank asintió educadamente mientras Joel hacía una mueca, y los dos se dirigieron hacia el jardín.

—La salida está por ahí, lo sabes, ¿no? —le dijo Joel a Frank cuando tomaron el sendero de gravilla que conducía a la parte posterior del jardín y hacia lo alto de la colina que se elevaba a la espalda del edificio principal.

—Antes tenemos que hacer una llamada —dijo Frank.

Fueron a sentarse en el banco de piedra al fondo del jardín, que quedaba oculto a quien mirara desde la casa por los altos árboles que rodeaban la inmensa propiedad.

Frank se aclaró la garganta. Su rostro se alteró y sus labios se frunció mientras se metía en el personaje, y entonces volvió a llamar.

—Sí, hola. Me llamo Tony Patterson, soy la pareja de Eva Monroe. Sí, muy bien, gracias. Oh, es maravilloso. ¿Podría hablar con la persona a cargo de la enfermería en el día de hoy, por favor?

La voz que salía de su boca era apenas reconocible. Podría haberse tratado de otra persona. Joel le dirigió una mirada alarmada cuando pidió por la persona a cargo. Bien podría tratarse de la Rino. Abrió la boca para protestar, pero Frank lo acalló sacudiendo la mano.

—Señor Dwight, ¿qué tal? Aquí Tony Patterson, la pareja de Eva Monroe. ¿Cómo está usted esta tarde? —hizo una pausa y Joel pudo oír débilmente la voz del enfermero Liam al responder—. Oh, encantado. Y me alegra que me diga eso. Eva me ha contado que el pasado lunes hubo una pequeña discusión, y que últimamente Joel ha estado un poco bajo de ánimo —hizo otra pausa—. Mmm. Mmm Ya veo. Por supuesto. Lo estábamos comentando por teléfono hace un momento, y los dos hemos pensado que a Joel y su atractivo amigo, Frank de Selby, les iría bien salir a cenar con nosotros.

Se había descrito a sí mismo como «atractivo». Pese a los nervios, Joel sofocó una carcajada.

—Eso es. Si no le importa, me paso ahora y los recojo... De acuerdo. Genial. No se preocupe. Los traeremos de vuelta antes de que anochezca. Y les digo que nos esperen junto a la puerta. De acuerdo, muchas gracias. Sí. Gracias. Adiós.

Frank esbozó una sonrisa triunfal.

—Ya tenemos la parte más difícil —dijo alborozado.

—No perdamos la calma, que pareces gay —contestó Joel, intentando sofocar su propia euforia—. ¿Cómo vamos a conseguir que Tony venga a buscarnos?

—No lo haremos —dijo Frank, marcando otro número en el teléfono.

—Ah. Vale. No lo haremos. Cuando tengas a bien contarme de qué va el plan, me encantaría conocerlo.

El don dramático de Frank había hecho acto de presencia. En su cara se abrió una sonrisa misteriosa. Una sonrisa de superioridad, de hecho.

Joel estaba muy nervioso. Habían engañado al personal. Sí, Frank había hecho la llamada, pero él había sido su cómplice y habían utilizado a su hija y al irritante novio de esta como peones. Todo podía torcerse aún. Joel no estaba seguro de desear que las cosas no se torcieran. El hombre pragmático que llevaba dentro aborrecía la hipocresía del plan y el hecho de que su hija, por muy tozuda e implacable que fuera, se hubiera visto implicada de algún modo no le parecía bien.

Una voz interior mucho más sonora anuló a la anterior. «Sal de aquí un rato», le dijo.

—Buenas tardes —dijo Frank al teléfono. Volvía a ser su propia voz, pero con un añadido de autoridad—. Necesito un coche. Pero no un coche cualquiera. Necesito un Primera plateado. ¿Tienen uno? Fantástico. La recogida será en la Residencia de Ancianos Hilltop. ¿La conoce? Perfecto. Bien, la parte siguiente tiene una importancia crucial: cuando el conductor llegue y llame al timbre de la puerta principal, necesito que le diga al enfermero que se llama Tony Patterson. ¿Ha quedado claro? Tony Patterson. Aquí no se cobra a menos que Tony Patterson haga la recogida. Genial. Se lo agradezco.

Apagó el teléfono y miró a Joel con una sonrisa brillante y maliciosa.

—¿Vamos a esperar a Tony? —preguntó.

—¿A quién has llamado?

—A Tony —contestó Frank sin pensar.

—No es verdad.

—He llamado a una compañía de coches. No hace falta que estés siempre de los nervios. — Frank le dirigió una sonrisa traviesa.

Joel sintió que le devolvía la sonrisa; era un manojito de emociones con un cosquilleo de temor. Llevaba un año y seis meses sin salir acompañado de un chaperón o un supervisor. Un año y seis meses bajo los ojos vigilantes de un grupo de gente que lo trataba como a un niño. Bajo ningún concepto pensaba detenerse ahí.

—Vámonos —dijo, poniéndose en pie con decisión.

Los dos regresaron al jardín y esta vez tomaron la carretera principal en dirección a la puerta. De camino, pasaron al lado de Una, que les sonrió mientras negaba con la cabeza. Joel tomó nota mentalmente de que no debía volver a subestimarla. Era más aguda de lo que jamás había pensado. Mientras avanzaban, se pasó todo el tiempo esperando que alguien los llamara. Que el enfermero Liam o quizá la enfermera Angelica salieran corriendo del edificio y les pidieran a gritos que regresaran, amonestándolos con tono condescendiente, pero no apareció nadie. Los dos alcanzaron el final del camino de acceso y, con una sonrisa de oreja a oreja, se sentaron en el banco que había junto a la puerta.

Joel apenas se atrevió a abrir la boca cuando el Primera de color plateado rodó hasta la puerta y su conductor se asomó para llamar al interfono. Contuvo el aliento hasta que las puertas se abrieron y el coche pudo entrar. Tanto él como Frank se pusieron en pie mientras el vehículo se detenía a su lado.

—Deja de mirar a tu alrededor, memo, que parecemos culpables —le dijo Frank bruscamente.

—Bueno, en realidad lo somos —dijo Joel entre dientes mientras abría la puerta.

—Bueno, pero intenta no aparentarlo —le ordenó Frank antes de suspirar—. Aficionados. Odio a los aficionados.

Se sentaron atrás y Joel se quedó mirando directamente al frente, con una sonrisa falsa retorciéndole la cara.

—Sal marcha atrás, ¿de acuerdo? —dijo Frank—. Lo último que necesitamos es que vean la cara que estás poniendo, viejo.

El conductor les sonrió por el retrovisor. No había forma de que supiera lo que habían tramado, pero sabía reconocer una trastada cuando la veía.

—¿Te importa si abro un poco la ventana? —preguntó Joel, que prácticamente se estremecía con todos esos nervios y excitación.

—Por favor —le dijo el conductor.

Joel se recostó sobre el asiento y dejó que la suave brisa de mayo le agitara el pelo mientras se los llevaban velozmente de Hilltop en dirección a la ciudad.

Capítulo ocho

El conductor los dejó en una esquina muy transitada y Joel dejó escapar un enorme suspiro. La acera estaba repleta de gente, había más movimiento que en la mayoría de domingos que pudiera recordar. La multitud le pareció amenazante y opresiva. Frank, en cambio, estaba encantado. Se encogió de hombros, excitado, y se frotó las manos. Joel supuso que buena parte de su ansiedad se debía al miedo a que los pillaran. Tenían una buena coartada, pero ¿y si Eva decidía regresar a la residencia por algún motivo? ¿Y si llamaba para ver cómo estaba su padre? ¿Y si quería mantener otra charla sobre su estado de ánimo cambiante?

Miró ansioso a Frank.

—¿Una pinta? —preguntó él.

—¿Invitas tú? —preguntó Joel.

—No seas ridículo. La última vez que llevé dinero encima fue en 1993. Creo que era sábado, y me lo gasté todo en sidra.

—Yo ya he pagado el taxi —se quejó Joel.

—Yo lo he pedido, así que en ese aspecto estamos en paces.

—Bueno —gruñó Joel, cambiando la ansiedad por la irritación.

El dinero representaba un problema para Joel; no era importante, pero no dejaba de ser un problema. Y llevaba tiempo siendo así. Ser dueño de un garaje y trabajar en él desde joven había resultado gratificante en muchos sentidos. Pero la recompensa financiera no era uno de ellos. El libertino marido de Eva había arruinado algo más que el matrimonio de la hija de Joel; también había destruido económicamente a toda la familia. Vender la casa había sido la única manera de hacer frente a la situación. En realidad no le importó: deseaba lo mejor para ella y pasar la jubilación en una residencia no era una sentencia de cárcel si Lucey iba a estar allí. Con Lucey, todo era glorioso. Sin Lucey, todo era una porquería.

No había lamentado su decisión ni por un instante, pero la idea de que se hubiera pasado las horas trabajando duro y ahorrando y contando cada céntimo, con vacaciones mediocres y ajustándose el cinturón año tras año, solo para acabar encerrado cada noche en una habitación, con menos autoridad que un niño pequeño, lo exasperaba. Él había anticipado una jubilación al lado de Lucey en alguna playa, o en un crucero. Tampoco es que se hubiera subido jamás a uno de esos barcos: estaban demasiado llenos de capullos y de gente que creía en la sanación a través de la fe. Además, odiaba las multitudes. Pero fueron ensoñaciones agradables, la recompensa a una vida de sacrificios. Se metió la mano en el bolsillo para coger la cartera.

—J... —estuvo a punto de blasfemar—. Maldición, digo.

—¿Algún problema?

—Me he dejado todas las tarjetas en Hilltop.

Frank le dedicó una larga mirada hostil.

—¿Llevas efectivo?

—Solo el cambio que nos ha dado el taxista.

—¿Cuánto?

—Diez.

—Es suficiente para dos.

—Apenas. ¿Y cómo volveremos a casa?

—Ah —exclamó Frank con felicidad—. Ese es un problema para los Frank y Joel del futuro.

—No sería un planteamiento financiero sólido

—Bueno, mira adónde te han conducido todos tus millones. Estamos clavados en una esquina y prácticamente no te queda un centavo.

—Es prácticamente lo mismo que tienes tú.

Frank se encogió de hombros.

—¿Qué te apetece hacer con tu recién recuperada libertad? —le preguntó.

A Joel le pareció bastante triste que, tras tanto quejarse de su falta de libertad, nada más recuperarla no tuviera ni idea de qué hacer con ella. Miró a Frank con expresión circunspecta.

—¿Ves? Ese es tu problema —le dijo Frank ampulosamente mientras echaba a andar—: tienes una imaginación infrautilizada. Has dejado que se atrofie hasta el punto de que resulta inútil.

—¿Pero tú te oyes cuando hablas? —preguntó Joel, siguiéndolo.

—Y por supuesto tu actitud apesta, pero supongo que es lo que te ha tocado en la vida.

—¿Adónde nos llevas? —preguntó Joel, por no discutir más.

—Verás, eres el tipo de persona que ve el vaso medio vacío, mi vieja florecilla —prosiguió Frank mientras avanzaba—. No logras ver las oportunidades.

—¿Qué oportunidades?

—Los buenos hombres y mujeres de nuestra edad tenemos a nuestra disposición ciertas cosas que se les niegan a las generaciones más jóvenes. Se supone que somos una generación de pensadores, de innovadores. Al no disponer de internet, dependíamos de nuestra inteligencia e imaginación para llegar a los sitios, para aprovechar las oportunidades, para pensar, como dicen en el mundo de los negocios, de manera creativa. Desgraciadamente para ti, me temo que no eres consciente siquiera de que existe una manera creativa de pensar, así que ni siquiera tienes en consideración las cosas que podríamos estar rechazando cuando tenemos la oportunidad de hacer algo que nos podría apetecer.

—¿Cómo qué?

Al dar la vuelta a la esquina, al final de aquella calle tan transitada, el río apareció ante sus ojos justo a tiempo para que Frank señalara con gran dramatismo:

—Como eso —hizo un gesto hacia el castillo. La vieja fortaleza erigida en la ribera, que se elevaba sobre el barrio más antiguo de la ciudad. Era enorme, y dominaba una orilla entera del

río. La atravesaban dos puentes llenos de tráfico, que propulsaban a la gente dentro y fuera de la ciudad.

Era un viejo recordatorio de lo que había sido la ciudad; aunque estaba flanqueado por la modernidad y el progreso, el castillo se mantenía firme ante los cambios. Orgulloso. Fuerte. Respetado. Y completamente abarrotado de turistas. Si había algo que a Joel le gustaba menos que las multitudes eran las multitudes de turistas.

—¿Vamos a conquistar el castillo?

—No, pero contamos con una forma de acceder a él que los chavales no tienen.

—¿Los jóvenes no pueden entrar al castillo? —preguntó Joel poco impresionado.

—No, viejo verde y amargado —le dijo Frank desdeñosamente—. Los pensionistas tenemos entrada gratuita. Vamos a visitar el castillo. ¿No te parece una buena idea?

Esa última pregunta la realizó con el tono afectado que habían empleado con Joel algunos de los enfermeros más jóvenes de Hilltop. Pero lo habían hecho una sola vez. Porque, tras ver cómo reaccionaba Joel a esa voz, casi nunca volvían a utilizarla.

Joel negó con la cabeza mirando a su amigo mientras ambos avanzaban por la margen del río, entre la muchedumbre de turistas que sacaban fotos a las aguas o a la antigua edificación o a sí mismos. Parejas que caminaban cogidas del brazo. Jóvenes y llenas de energía y entusiasmo para los años venideros. Sin tendencias suicidas.

De vez en cuando, Joel desviaba la mirada hacia el río y sus puentes. Tirarse al agua sería sencillo. Tan sencillo... En su lugar siguió caminando al lado de Frank, que mostraba una gran sonrisa para sentirse parte del gentío.

De vez en cuando, Joel desviaba la mirada hacia el río y sus puentes. Tirarse al agua sería sencillo. Tan sencillo... En su lugar siguió caminando al lado de Frank, que mostraba una gran sonrisa para sentirse parte del gentío.

Joel pensó que los iban a detener a la entrada del centro de visitantes. De manera irracional, imaginó que quizá el personal lo enviaría de vuelta a Hilltop, que sabrían que era un fugitivo y, actuando en nombre de los enfermeros, lo mandarían a freír espárragos. Pero, en el mundo real, más allá de los árboles que rodeaban la residencia, nadie parecía estar al tanto de su indigna situación vital. El recepcionista les sonrió y los invitó a pasar con un gesto de la mano. Joel intentó fingir que tenía todo el derecho del mundo a estar allí mientras Frank se paseaba con gesto despreocupado. Frank hacía la mayor parte de las cosas de manera despreocupada.

En el patio del castillo había un surtido de armas antiguas —cañones, catapultas, ballestas... —, además de varias atracciones para los visitantes. En las réplicas de una forja y una curtiduría había unos estudiantes disfrazados que, con aspecto aburrido, recitaban de un tirón los textos que se habían aprendido de memoria ante pequeños grupos de personas interesadas.

Al pasar junto a ellos, Frank hizo chasquear la lengua y negó con la cabeza.

—No sienten amor por su arte —dijo decepcionado.

—Bueno, ¿tú lo amarías si tuvieras que pasarte todo el día haciendo eso? —preguntó Joel.

—Lo amaría y lo amé.

—¿Lo amaste?

—Me pasé varias temporadas turísticas trabajando aquí.

—¿Cuándo eras joven?

—No. Hará unos diez años. Era más joven que ahora, pero no creo que ninguno de esos chicos me considerara joven.

—¿Por qué? Pensaba que todos los actores erais ricos...

—¿Exactamente a cuántos actores has conocido, Joel? —preguntó Frank secamente.

—Bueno, de momento solo a ti, pero Lucey estaba siempre leyendo sobre ellos. Cada semana se leía los periódicos dominicales de pe a pa. Incluso las malditas páginas de economía. Simplemente había asumido que, cuando te dan un programa de televisión, te haces millonario.

—Por desgracia no es así. No me fue mal, en realidad me fue bastante bien durante una época. Hasta me compré un coche de lujo. Solía conducirlo por Londres cuando estaba en el West End.

—Déjame adivinarlo: un descapotable.

—¿Cómo lo has sabido?

—Eres ese tipo de gente —suspiró Joel.

Frank no dio señales de tomarse el comentario como la pulla que pretendía ser. Como mucho, pareció envanecerse ante la idea de pertenecer a «ese tipo de gente».

—¿Qué pasó? —preguntó Joel.

—Al final, uno pierde las ganas. Te haces mayor, comienza a ser más difícil conseguir papeles... Te enamoras del chico equivocado, gastas demasiado dinero, te vas del apartamento que ya no puedes permitirte, aceptas papeles cada vez más pequeños... Y, antes de que te des cuenta, eres un anciano que vive en una residencia pagada por el Estado y que tiene que dormir al lado del burro más roncador y cascarrabias que jamás haya vestido como un ser humano.

Pronunció aquel discurso sin la menor nota de arrepentimiento. Mencionó su declive como si hubiera estado hablando de lo que había comido al mediodía. Con las manos metidas en los bolsillos de su viejo traje y su pelo tirando a largo, se las arreglaba para tener aún un aspecto imponente, en cruel contraste con su realidad, pero Joel intuyó que aquello era importante para él. Las apariencias tenían que significar algo.

—Es triste —Joel resumió en voz alta sus pensamientos.

—En realidad, no —discrepó Frank—. A veces estás en la cumbre y a veces estás en el suelo. Yo me lo pasé bien mientras estuve en lo alto, y ahora que estoy aquí abajo, con vosotros, el campesinado, sigo pasándomelo bien.

Sonrió mientras hablaba para quitarle hierro a sus palabras, pero Joel tuvo que esforzarse para no soltarle una colleja.

—¿No te da pena haber permitido que todo ese dinero se convirtiera en nada?

—No fue en nada. Fue en un descapotable y en un joven egoísta y en unas cincuenta cosas más de las que disfruté a conciencia.

—Pero ahora tienes que vivir en una residencia —le dijo Joel, incrédulo ante su actitud displicente.

—¿Y acaso no me lo estoy pasando de fábula? ¿Haciendo amigos y escuchando cómo una bestia salvaje ronca durante toda la noche?

Se detuvieron un instante. Frank le dirigió una sonrisa a Joel mientras se balanceaba ligeramente sobre los talones. Era un hombre en paz, completamente satisfecho consigo mismo pese a ser casi un indigente. Joel deseó decirle que era un idiota, pero no se le ocurrió ningún argumento que pudiera superar lo fácilmente que Frank se había adaptado a su situación. Así que se limitó a mirarlo boquiabierto.

—Por cierto —prosiguió Frank—, estoy tremendamente impresionado ante el hecho de que hayas logrado no estremecerte cuando he mencionado que me enamoré de un chico. Estaba seguro de que esa parte te pondría nervioso.

Joel se sorprendió consigo mismo por haberlo pasado por alto.

—Me subestimas —mintió, pero se delató al sonrojarse de manera brusca.

—Es una vista bonita, ¿verdad? —Frank le rescató al dirigirse hacia la parte de la muralla que daba al río.

—Creo que la catapulta es muy chula —contestó Joel torpemente, inseguro consigo mismo, inseguro con el protocolo a seguir.

—No es una catapulta. Es un trabuquete —insistió Frank con paciencia exagerada.

—Ya lo sabía —le dijo Joel bruscamente, prometiéndose que buscaría la palabra «trabuquete» en cuanto pudiera.

Frank se rio de él.

—Si te preocupa que esté arruinado, no te preocupes. Si te horroriza que malgastara mi dinero, no te horrorices. Estoy convencido de que tú fuiste de lo más rácano con tu dinero, y los dos hemos acabado exactamente en el mismo lugar. Con la diferencia de que yo no vivo estresado por ello. Deberías probarlo. Es divertido. Solo tienes que dejar de preocuparte por todo durante cinco minutos y disfrutar de la sensación de estar aquí fuera, de la libertad de poder elegir, del aire fresco, de todo ello.

Hizo un gesto vago hacia lo que le rodeaba, la muralla del castillo y el cielo sobre sus cabezas, los turistas que parlotaban excitados mientras posaban para sus fotos y rodeaban al falso herrero para retratarse con él. Todo parecía bullir con un optimismo que había abandonado Hilltop décadas atrás, Joel estaba seguro de ello. Y sonrió ante ese todo al notar la soltura de la gente que lo rodeaba, una soltura de la que él carecía y que él codiciaba. También le sonrió a Frank, que le invitaba a relajarse, a vivir un poco.

—¿Qué te gustaría hacer ahora? —preguntó Frank finalmente.

Joel paseó la mirada por la multitud y por los actores de expresión aburrida y por el trabuquete.

El falso herrero tenía una pequeña máquina de impresión con la que acuñaba monedas al por mayor. Era su propia ceca personal. Las monedas parecían estar hechas con el estaño de peor calidad posible, y la máquina de impresión hacía todo el trabajo, así que las piezas carecían de cualquier destreza artística, pero aun así los turistas y visitantes llenaban la caseta, recogían sus peniques con sonrisas de satisfacción y se los mostraban orgullosos entre sí.

Tanta felicidad por algo tan pequeño... Una falsificación barata. Un producto hecho sin talento ni el menor trabajo artesanal. Sin embargo, todos sonreían al recibir sus juguetes de manos del

«herrero».

—Me gustaría pillar una de esas —le dijo a Frank.

—¿Qué? ¿Una moneda?

Una moneda. Como si tener aquello que hacía sonreír a otras personas fuera a hacerle feliz a él, a desencadenar esa felicidad.

—Sí, por favor —dijo Joel—. Y luego quiero ir al pub.

—Una excelente elección —dijo Frank—. Aunque no creo que nos dejen pagar las pintas con monedas falsas.

El camino entre el castillo y el centro de la ciudad representó un estudio de teatralidad a cargo de Frank de Selby. Incluso en una esquina atestada de gente en el centro de una ciudad abarrotada, Frank actuaba para su público. Sus andares eran más contoneo que otra cosa, y su pañuelo colgaba ladeado sobre uno de sus hombros. Se movía con seguridad, tranquilamente, como si el mundo le perteneciera, y, aunque Joel sabía que una parte de aquel hombre estaba rota y era frágil y vulnerable, continuó creyéndose su representación y extrayendo fuerzas de ella. ¿Qué ganaba preocupándose por Hilltop? ¿Y por qué debía preocuparse? Aquella era su vida, podía controlarla, e iba a desplazarse por ella con el mismo estilo que Frank. Joel sintió que la libertad que acababa de descubrir le provocaba un acceso de vértigo, y se apresuró a seguir a su amigo mientras jugaba distraídamente con su nueva moneda, haciéndola girar entre los dedos. Hasta el momento no había conseguido hacerle feliz.

Serpentearon por una larga calle con gesto confiado, cruzaron y giraron hacia una más estrecha antes de volver a girar por otra más pequeña aún para dirigirse hacia la izquierda en cuanto les fue posible. Fue solo al salir a otra calle amplia y transitada cuando Joel se dio cuenta de que Frank no tenía ni idea de adónde se dirigían.

—¿Adónde demonios nos llevas?

—Me estoy familiarizando con el lugar —dijo Frank con altivez.

—Pues familiarízate rápido. No estoy hecho para ir contoneándome arriba y abajo como un maldito pavo real.

La exuberante sensación de libertad de Joel se veía reprimida por sus articulaciones, que chirriaban lamentablemente, doloridas.

—Careces de sentido de lugar, Joel. Ese es tu problema.

—Mi primer problema es que no sé lo que significa eso, y no estoy seguro de que signifique algo.

—Pues claro que no, tienes el alma de una patata.

Joel admitió ante sí mismo que su alma estaba más cercana a las patatas de lo que él hubiera deseado, pero que a veces la vida es así.

Acabaron sentados a la barra de un pub diminuto en la mitad de un callejón diminuto que daba a la calle principal. Era antiguo, tenía que serlo. Las paredes, que necesitaban urgentemente una capa de pintura, seguían manchadas por el humo de los cigarrillos, y los ventanucos ofrecían muy

poco en términos de luz natural. El techo, con sus gruesas vigas, parecía lo suficientemente bajo como para que Joel llegara a tocarlo con la mano, aunque a Frank le costara algo más. Más allá de sus muros ahumados, el lugar se encontraba en buen estado, ordenado y limpio. El barman era joven, pero no de manera insultante.

Joel nunca había sido un gran bebedor. En casa disfrutaba de una o dos cervezas mientras miraba el fútbol, con un chorrito ocasional de *whisky* cuando el ánimo decaía. No tenía nada contra el alcohol, pero había visto cómo se apoderaba de otros, los efectos que esa influencia más o menos viciosa tenía en empleados y amigos y sus familias, y había cambiado de dirección para evitar esa trampa. Cada vez que bebía, el apoyo de Lucey superaba el entusiasmo. Cuando Eva aún era pequeña, Lucey prácticamente lo echaba de casa los viernes por la noche para que se fuera a beber con los amigos. Ante ese estímulo, él se dirigía al bar del barrio y, de camino, reclutaba a un vecino o dos. Ellos se sentían cómodos con él, y él con ellos. Eran personas amigables antes que amistades. Una compañía de la que se podía disfrutar, pero que era temporal. No fue hasta después de su muerte que Joel se dio cuenta de que, tantos años atrás, lo que ella intentó fue que hiciera amigos. En una ocasión pensó que el entusiasmo de Lucey hacia sus escasas salidas para beber se debía a que le gustaba disponer de tiempo a solas con su hija pequeña, pero con el paso de los años acabó concluyendo que a su esposa le preocupaba que él no hiciera nada para divertirse. Lo que Lucey no pilló era que él tenía toda la diversión que necesitaba. La terrible carencia de su vida consistía en que no deseaba nada más. Nunca había sucumbido a la diversión ni a la bebida.

Al pensarlo, hizo una mueca sin dejar de jugar con la moneda, y a continuación hizo otra mueca cuando Frank le clavó un dedo en las costillas.

—¿Qué? —dijo con brusquedad, irritado.

—El señor te ha hecho una pregunta.

Joel miró avergonzado al barman.

—Dos pintas de cerveza negra, por favor —pidió, y se apoyó sobre la barra.

—¿Lagunas de la edad? —le preguntó el barman con expresión pícaro.

No era más que una broma, la chachara trivial de taberna típica de un camarero insolente, con la que te pueden obsequiar en cualquier parte del globo, pero Joel la encontró insultante.

—¿Alguna vez te ha partido los piños un viejo de setenta y seis años? —dijo Joel con voz engañosamente agradable mientras dejaba su solitario billete y su moneda sobre la barra, delante de él.

—Lo siento, aquí no aceptamos de esas —bromeó el joven, nervioso.

Joel le dirigió su mirada patentada.

—Dios misericordioso —refunfuñó Frank mientras se removía en el asiento—. ¿Practicar esa mirada delante del espejo?

—No. No todos sentimos el mismo amor por los espejos que tú.

El barman paseó la mirada del uno al otro para acabar observando a Frank con simpatía.

—Lagunas de la edad, vaya que sí.

—No respeta a sus mayores, ese es el problema de ese chico.

—Bueno, ahora podemos centrarnos en lo esencial —dijo Frank mientras las pintas reposaban bajo el surtidor, delante de ellos.

—¿Crees que es seguro que lo discutamos aquí? —preguntó Joel. El suicidio era un tema muy sensible.

—¿Estás siempre de los nervios?

—No estoy de los nervios —objetó Joel—. Lo que pasa es que no soy tan descuidado como tú. De vez en cuando sale a cuenta pensar las cosas con anticipación, so burro.

—¿So burro?

—So mula. So asno. So tú —le dijo Joel.

Frank le dirigió una sonrisa débil a su amigo. Cuando les sirvieron las pintas de cerveza negra, se relamió por adelantado.

Joel entendió su impaciencia. La pinta era pura libertad, tanto daba su sabor.

—Porque tengas una muerte perfectamente oportuna —propuso Frank ostentosamente, porque él lo hacía casi todo de manera ostentosa.

—Salud para ti —replicó Joel.

Había pasado mucho tiempo desde su última pinta, y le sorprendió descubrir que seguía disfrutando de su sabor. La espuma, espesa y cremosa, le manchó el labio superior y se la tuvo que limpiar con el dorso de la mano. Era consciente de que le habría dado igual que se tratara de la peor pinta del mundo. No estaba saboreando la cerveza, sino algo más. El estar sentado en un bar con su amigo, sorbiendo la pinta a su ritmo. Allí nadie iba a decirle lo que podía o no podía hacer, y podía olvidarse del absoluto sinsentido de su existencia con una conversación amigable y el ligero mareo que sabía que iba a tener cuando se acabara la bebida.

—Entonces entiendes mi opinión sobre la camiseta de fútbol, ¿verdad? Es una idea horrible —le dijo Frank.

—No veo por qué.

—Carece de clase y de dignidad.

—¿Crees que existe la posibilidad de que me suicide con clase?

—Ahora estás siendo deliberadamente obtuso. Lo que digo es que tu muerte tiene que ser una afirmación. Una afirmación acerca de tu vida. Cuando nos morimos, la gente que dejamos atrás se pone a comentar las diversas cosas que hicimos, y es basándose en ello que nos valoran. Por todos los pequeños actos que realizamos, por nuestra actitud hacia la vida, por nuestras personalidades. Si te pegas un tiro en la cabeza llevando una camiseta de fútbol, o pensarán que te has suicidado en pijama o creerán que eres el mártir de un equipo de fútbol, y honestamente no sé cuál de las dos opciones me parece más triste.

—El fútbol es una de mis pasiones, ¿sabes? Es algo que la gente sabe sobre mí.

—Es indigno. Tú eres un hombre digno. Tu muerte tiene que ser un reflejo de ello, y tiene que representar un comentario sobre la sociedad.

—¿Como qué?

—Quiero decir que tiene que ser una manifestación de la manera en que ves el mundo. Algo artístico.

—Yo no soy una persona artística.

—Tonterías. Todo el mundo es artístico. Lo que varía es el grado de arte en cada uno.

Joel se dio unos segundos para asimilarlo. No es que discrepara exactamente con su posición. Lucey lo había arrastrado a museos y galerías, y habían admirado los cuadros juntos. Nunca fingió comprender las cosas al nivel de Lucey; a él simplemente le gustaba mirar. Mientras ella comentaba que la atención específica por el detalle de los rostros era una manera de obligar a la gente a que se centrara en ellos, Joel se quedaba allí pensando en lo bonitos que eran aquellos cuadros. El arte moderno le molestaba. Y entonces le vino a la cabeza.

—Tengo uno —le dijo a Frank.

—Adelante —contestó Frank antes de dar un nuevo sorbo a su pinta.

—Yo solía ir a ver arte a menudo. Bueno, no como tú. Tú seguramente has estado en cada maldito museo que haya a setenta kilómetros a la redonda. Dos veces. Con tus malditos pañuelos elegantes y todo eso. Pero Lucey me llevaba y generalmente era agradable. Salvo por el puto arte moderno. Pensé que entendía el porqué de todo ese asunto... me refiero a que llega un momento en que has pintado tantos cuadros de flores que tienes que acabar diversificando un poco. De otro modo, todo el mundo dirá que eres una imitación barata de un tío que se murió hace cien años. Así que se pusieron experimentales pero sin nadie que los refrenara, y de repente tienes a todos esos hombres y mujeres haciendo arte, y básicamente es lo que ellos te dicen que es, porque ya no hay normas. Y yo acabo yendo al museo con Lucey, y me siento en un banco mientras ella habla sobre las pinceladas y los colores primarios y todo eso. Y un guardia de seguridad se me acerca corriendo. «¡Eh! ¡No se puede sentar ahí.» Me quedé confundido. «¿Por qué no?». «Porque esa pieza vale miles de libras, no es para sentarse.» Puedes creerme, Frank, era un banco. Un banco de aspecto bastante normal. Probablemente debería haber caído en que algo no cuadraba porque era un banco de jardín, y aparentemente eso había sido muy importante para el artista, pero no era más que un banco. Así que comencé a mirar a mi alrededor. ¿Qué más por aquí es arte? Ahí, en un rincón, había un envoltorio de patatas fritas, rodeado por una cuerda de terciopelo, y honestamente no supe decir si era arte o no. En una de las paredes habían colgado la palabra «ESTO» con letras gigantes de madera tallada, y esa la pillé. Eso era arte. Decían literalmente «esto» es arte, Y a mí solo se me ocurría que no, que no lo era, colega.

—No lo es, en absoluto.

—Bien, yo no soy artista, lo sé, pero siento que el arte ya no es para mí. Es para la gente joven, para los farsantes y para los que te venden mierdas, perdona la expresión, y creo que puedo decir algo al respecto. Conseguiré la pistola que quería para lo otro. Por cierto, que puedo conseguir una pistola sin problemas. Si la necesito. Me vestiré realmente bien. Tan bien como pueda, y entraré en ese museo...

En su cabeza, Joel se vio entrando en la Galería Municipal de Arte vestido con su elegante traje marrón de raya diplomática, con el chaleco a juego y los zapatos muy lustrados. Casi podía sentir el peso del revólver en el bolsillo de la chaqueta. Vio a la hermosa muchacha pelirroja que trabajaba en la recepción, y al curador de pelo rizado, que se desplazaba afanosamente entre una sala y la otra junto a los invitados de honor. Por su aspecto también podría haber sido un actor de

teatro.

Vio a aquellos elegantes sabelotodos y farsantes soltando «ohs» y «ahs» ante las diversas piezas de porquería que alguien había colgado de las paredes.

En su imaginación se desarrolló así: atravesó la galería y fue a detenerse justo delante del «esto», donde se volvió hacia la gente que había en la sala con una sonrisa amplia, digna de Frank de Selby.

—Esto no es arte —les dijo.

Y a continuación se pegó un tiro en la cabeza y su cuerpo se desplomó contra el suelo. Los diversos empleados de la galería se pasarían el resto de sus vidas comentando que su suicidio había sido tanto un comentario sobre el arte como una obra de arte en sí. Se sintió maravillado ante su propia creatividad.

—¿Qué te parece? —le preguntó a Frank al acabar.

Frank había sacado la libretita para tomar notas mientras Joel hablaba, como si hubiera intentado capturar el momento.

—Es una mierda —dijo sin dudarlo.

—¿Por qué? —preguntó Joel desanimado.

—Es demasiado... —hizo una pausa para dar con la palabra—. Es demasiado airado. Vas en la dirección correcta, solo que no es lo suficientemente correcta. Sería la obra de un tipo rarito. De un hombre tan insignificante que sería capaz de suicidarse porque el arte se ha convertido en algo que no le gusta. Eso es lo que dirían, que ese anciano airado era tan arrogante que se suicidó porque los jóvenes ya no hacen arte pensando específicamente en él. Lo que perduraría de su impacto, si es que perdurara, sería que Joel Monroe era un hombre furioso y amargado, y eso no es lo que buscamos.

Joel suspiró. Había pensado que era una manera perfecta de marcharse, pero Frank tenía razón. No quería que su legado fuera el de un hombre furioso y amargado que odiaba el arte. Su suicidio debía ser algo que la gente odiara y amara. Que lo amaran en cuanto afirmación, que lo odieran por su brutalidad. Tenía que ser brutal, pero no amargo.

No siempre había sido ese hombre furioso y amargado. Y no deseaba que se le recordara para siempre de ese modo.

Al fondo del silencioso pub, el joven barman los observaba fijamente, perplejo. La toallita colgaba floja de una de sus manos, el vaso que había estado puliendo permanecía olvidado en la otra. El impacto de su conversación había hecho que la mandíbula le quedara colgando.

—¿Qué pasa? —le preguntó Joel—. No he dicho que esté decidido a hacerlo.

El barman siguió mirándolos e intentó, nervioso, reírse otra vez antes de ir en busca de otro quehacer.

—¿Es posible que no lo hagas? —preguntó Frank con aire despreocupado.

—Yo no he dicho eso —contestó Joel—. Sin duda voy a hacerlo, es solo que no lo haré de esa manera.

—¿Por qué estás tan decidido?

—¿Vas a intentar convencerme de que no lo haga? —preguntó Joel con agresividad.

—No, para nada. Ya te he dicho que creo que es una declaración de principios. Es solo que quiero saber por qué estás tan decidido.

—Ya he tenido suficiente, Frank. Es la única razón que necesito. Ya he tenido suficiente de todo esto.

Hizo un gesto vago hacia cuanto le rodeaba. Oyó sus propias palabras y notó la autoridad que había en ellas, sintió la necesidad brutal, espantosa, de quitarse de en medio, pero algo diluyó su rabia.

Sentado en aquel bar con Frank, tomándose una pinta, lejos del personal de la residencia y de su hija y de Jim, *el Poderoso* y sus inútiles partidas de ajedrez, le costó suscitar con la misma profundidad las emociones que había experimentado desde que viera morir al señor Miller. De algún modo, la nube había desaparecido, como si estuviera lejos de allí, como si se la hubiera dejado en la habitación que había compartido con Lucey y, lejos como estaba, no pudiera alcanzarle allí.

Por el contrario, aguardaba su regreso. No se iba a ir a ninguna parte. Su ausencia era un alivio temporal.

—De acuerdo —dijo Frank haciendo un gesto con la mano—, es una buena decisión. Ya te lo he dicho. Una declaración de principios. Sé que no puedo decirte lo contrario.

—¿Tú cómo lo harías?

—Ya te lo he dicho, Joel. Eso tiene que ser cosa tuya. Solo tuya.

—¿Pero por qué?

—Eso también lo descubrirás por ti mismo.

—Maldito seas, con tu secretismo y tus declaraciones misteriosas.

—Maldito seas, por vago y mentecato y por querer siempre que los demás entiendan las cosas por ti.

Aquello hizo que Joel se riera entre dientes. Frank no se inmutaba con los insultos puntuales.

—Pronto —le dijo Joel a su amigo.

—¿Cuándo es pronto?

—En junio es mi cumpleaños. Cuatro semanas. Me parece un momento apropiado.

—Es poético. Irse en el aniversario del día en que llegaste.

Joel nunca había pensado que su cumpleaños fuera importante. Le recordaba a los tiempos en que su madre montaba un escándalo mientras su padre lo ponía a prueba para ver si se le podía considerar un hombre. Nunca lo consideró como tal. A Joel siempre le faltaba algo. Incluso cuando le sobrepasó en altura y se volvió ancho y poderoso, su padre siguió encontrando la manera de mirarle por encima del hombro.

—Pues eso es todo —anunció Joel.

El final. De una vez. El final.

Capítulo nueve

Los dos fugados se acabaron sus pintas en silencio. Frank, feliz de estar sentado y de poder beber a su antojo. Y Joel, confundido, preguntándose cómo podía expresarse en un momento en que se sentía a la vez cómodo y lleno de temor. Cuando después de mear en el lavabo diminuto que había al pie de las escaleras del sótano se despidieron del barman con una inclinación de la cabeza, salieron de nuevo al sol de la tarde, que en su descenso había pasado a iluminar el callejón en el que estaba el bar de manera agradable. Pero Joel fue consciente de que ni la luz ni el calor iban a durar demasiado. El ocaso no estaba lejos.

Aunque había sido una sola pinta, al haberse saltado la cena con su escapada, Joel se quedó casi tan tocado como había anticipado y sintió que la Guinness lo había dejado ligeramente aturdido. La libertad y el alcohol y la luz del sol y la idea de su muerte inminente se combinaron en forma de mareo. Había pasado tanto tiempo sin andar por la ciudad según su voluntad que se descubrió excitado por aquella tarde libre de consecuencias y alejada de miradas vigilantes.

—Tomemos el autobús para volver a casa —sugirió Frank mientras se ajustaba aquel superfluo pañuelo.

—¿Con qué? Después de las pintas apenas tenemos para comprarnos una chocolatina, y no creo que, a diferencia de ese repulsivo joven tras la barra, nos acepten monedas falsas.

—Entonces nos compraremos una chocolatina y tomaremos el autobús de vuelta a casa.

—¿Me estás escuchando? No tenemos dinero para el autobús.

Se dio cuenta de que no le importaba demasiado quedarse tirado ahí.

—Somos jubilados, ¿recuerdas? Los ancianos viajan gratis.

Tenía razón. A Joel no se le había ocurrido nunca que la legislación gubernamental pudiera por una vez obrar en su favor. Todos los jubilados podían viajar gratis si mostraban una identificación.

—No tengo el carné —dijo al darse cuenta de ello—. Está con mi cartera.

—Entonces te subes al autobús, finges que chocheas y el conductor dejará que te sientes.

—¿Cómo? —preguntó Joel.

—Finge que tienes una laguna de la edad. Hazte el torpe. Como Jim, *el Poderoso*. Sonríe mucho. Babea un poco, si puedes. Asiente sin cesar. Al conductor le dará demasiada vergüenza interrogarte, y podrás tomar asiento.

—Sabrá que le estamos tomando el pelo.

—Quizá lo sospeche, pero no se pondrá a interrogar a un anciano delante de los otros pasajeros, y si lo hace ya montaré un pollo. No tardará en dejar que te sientes.

—Yo no soy actor, como tú —protestó Joel, pero en su aturdimiento pensó que sería divertido

probarlo.

—Yo te dirijo. Será fácil.

El paseo hasta la parada de autobús los condujo a cruzar el ancho puente que se sostenía altanero por encima del río y que se hinchaba al atravesar la ciudad, y Joel experimentó una notable sensación de paz y soltura en su presencia. Miró a Frank, que avanzaba a su lado con su andar ligero y su actitud suelta y relajada, y, mientras la admiraba, sintió envidia hacia su amigo por aquella actitud despreocupada. Durante el camino, Frank habló largamente sobre la actuación que iban a tener que realizar en el autobús; parloteó sobre una inclinación determinada de la cabeza, sobre la lentitud con la que debía hablar, sobre la necesidad de mirar al conductor directamente a los ojos... Joel asimiló parte de lo que le decía, pero sobre todo disfrutó de aquel placentero paseo.

—¿Has prestado atención a algo de lo que te he dicho? —le preguntó Frank cuando llegaron a la parada, que estaba delante de un pequeño colmado no lejos del río.

—La verdad es que no —admitió Joel, obligándose a adoptar la ligereza del habla de Frank.

—Bien —suspiró Frank—, ensayo general.

—¿Ensayo general? —preguntó Joel, un tanto alarmado.

—En la tienda, ahí —dijo Frank, haciendo un gesto hacia el colmado—. Quiero ver cómo engatusas a la encargada.

Joel sintió que la ligereza lo abandonaba, a la vez que se le secaba la boca. Estaba bien hablar de ello, pero ponerlo en práctica era distinto. Volvió la mirada hacia la tiendecita. En su interior no había clientes, parecía estar en calma. Una chica vestida de uniforme jugueteaba aburrida con su móvil detrás del mostrador, mientras se pasaba la otra mano distraídamente por el pelo.

—Vale —dijo Joel a regañadientes—. ¿Qué hago?

—Entra y dile a la chica si sabe dónde estás.

—Sé muy bien dónde estoy, gracias.

—Eso ya lo sé, memo. Pero ella no. Quiero que entres ahí y que le ofrezcas una laguna mental, propia de la edad, que no se le olvide nunca.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Yo voy a evaluar tu interpretación. Seré tu público. Puedes esperar la crítica durante el trayecto de vuelta a casa.

Joel volvió a mirar hacia la tienda. Quizá la chica ya los hubiera visto. Entonces se dio cuenta de que era posible que no se hubiera fijado en ellos. No eran más que dos ancianos entre tantos. Respiró hondo y entró.

Intentó no mantener la espalda tan recta. Se encorvó un poco y esbozó una sonrisa amplia y claramente falsa. Comenzó a dar pasos más cortos, vacilantes, inseguros. En su avance intentó no levantar la mirada inmediatamente. Aquello arruinaría su plan, así que, en lugar de eso, miró a su alrededor como si estuviera confundido. Se dirigió hacia la nevera y entonces se detuvo. Dejó escapar un ruidito de desconcierto y avanzó en dirección a las góndolas antes de detenerse de nuevo. Esta vez sí levantó la mirada, y volvió a sonreír ampliamente. La chica tenía los ojos fijos en él, y en ellos había una preocupación genuina. Inmediatamente se sintió mal. No se trataba de

una mocosa adolescente a la que pudiera menospreciar sin inmutarse, sino que parecía una persona totalmente encantadora. Antes de que pudiera cambiar de idea y marcharse, Frank entró tranquilamente y asintió, como cuando uno pasa al lado de un extraño, para dirigirse de inmediato hacia las góndolas, como si estuviera cumpliendo con una misión.

—¿Le puedo ayudar? —preguntó la joven con una voz completamente amable y servicial.

Joel miró por encima del hombro para ver dónde se había metido Frank, y estuvo tanto rato así que la joven pensó que realmente estaba confundido.

—Por aquí, señor —dijo en voz alta, lenta y fastidiosamente. Era la misma voz que el personal nuevo usaba en Hilltop, pero solo una vez.

Joel sintió que la irritación volvía a crecer en él. Odiaba que la gente hiciera eso.

—¿Qué? —dijo, transmitiendo prácticamente a gritos su confusión.

—¿Puedo ayudarle? —repitió ella más alto, más lenta y fastidiosamente.

—¿Qué? —gritó él en esta ocasión, con aspecto aún confundido.

Ella le dirigió una sonrisa forzada, de dientes apretados, y salió de detrás del mostrador para asistirle. La culpa golpeó de nuevo a Joel. Aquel había sido un gesto bonito, porque podría haberse dado por vencida.

—¿Le puedo ayudar en algo? —preguntó, tomándolo del brazo y guiándolo hacia el mostrador.

—¿Por casualidad no...?

Antes de poder terminar entrevió a Frank de reojo. El actor sonreía de oreja a oreja mientras se llenaba alegremente los bolsillos de chokolatinas. Obsequió a Joel con un guiño exagerado.

Joel no supo si ladrarle a su amigo o estallar en carcajadas viéndolo ahí, encantado consigo mismo, cogiendo chokolatinas indiscriminadamente de las góndolas y metiéndoselas en sus diferentes bolsillos. La dependiente le pilló mirando en dirección a Frank y se volvió para seguir su mirada.

—¿Sabe dónde estoy? —le ladró Joel, haciendo que pegara un salto por la sorpresa. Ni siquiera se había molestado en seguir fingiéndose confundido.

—¿Perdón? —preguntó ella lentamente. Empezaba a sospechar que se la estaban jugando. Joel tragó saliva. La improvisación era un talento interpretativo, y Joel estaba aprendiendo con rapidez que él no era actor. El único actor del lugar seguía llenándose los bolsillos de chocolate.

—Eh... ¿Aquí? —preguntó estúpidamente.

Ella le miró entornando los ojos.

—Tendrá que perdonarle —los interrumpió Frank hábilmente, inclinándose para pasar junto a ella y tomando a Joel del hombro—. Es un residente del asilo en el que vivo. Dios sabe cómo habrá salido por su cuenta. Por desgracia, no está muy bien de la azotea.

La mirada que dirigió a la chica rezumaba sinceridad. Ella los observó a los dos con recelo.

—Me lo llevaré a casa —dijo Frank sin vacilar. Si se sentía siquiera remotamente avergonzado por la estratagema, o por tener los bolsillos a reventar de chokolatinas, lo disimuló muy bien. Empezó a guiar a Joel hacia la puerta.

La inminente seguridad animó a Joel, que retomó su papel con vigor renovado.

—Creo que en el año 1967 meé una vez contra esta puerta —anunció en voz alta.

La suerte estaba de su lado, porque el autobús bajaba en ese momento por la calle y comenzó a frenar ante las señas de Frank. Tras su función de tarde, Joel se sentía preparado para cautivar al conductor.

Mientras el autobús se detenía junto a la acera, Joel esbozó su sonrisa de bobo intentando parecer estúpido. Frank fingió ser su cuidador personal. Joel subió al vehículo con una lentitud dolorosa, miró directamente al conductor y, para su inmensa decepción, el hombre les hizo una señal para que siguieran avanzando sin molestarse en pedirles su identificación. Tras su incursión en la tienda, precaria pero en última instancia exitosa, esperaba tener la oportunidad de impresionar, pero el conductor, aburrido de ver subir a personas de la tercera edad, se la había arrebatado. Empezaba a comprender lo que Frank tanto disfrutaba de la actuación. Había algo de descarga en ella. Mientras avanzaban arduamente por el pasillo en busca de asiento, Joel se descubrió rebosante de excitación. Su primera actuación, a la tierna edad de setenta y seis. Miró a Frank y vio su propio entusiasmo reflejado en él.

—Sobreactuado —le dijo su amigo, y los dos se rieron entre dientes.

La euforia no abandonó a Joel mientras el viejo autobús urbano salía de la ciudad y se adentraba en los suburbios. Los grupitos de viajeros dominicales se iban volviendo cada vez más pequeños parada tras parada, y muchos de ellos sonreían ante aquellos dos ancianos caballeros que se pasaron todo el trayecto riéndose y compartiendo una barra de chocolate. Joel asentía a su paso, notando lo contagiosa que era su sonrisa.

Los dos hombres se bajaron cerca de una pequeña escuela que había al pie de la colina y se encaminaron hacia Hilltop. Joel ya no sabía si su buen humor se debía al persistente efecto de la única pinta que había tomado o a la emoción derivada de su exitoso golpe, pero no le importó. Llamó al interfono.

—Hilltop, ¿puedo ayudarle?

La voz hizo que se le helara la sangre. Era la Rino.

Joel se quedó paralizado, pero Frank no.

—Frank de Selby y Joel Monroe, regresando de su día libre, alcaidesa —le dijo con picardía.

Un zumbido y la puerta se abrió sin mayor dilación. El silencio de la mujer ante la humorada de Frank pareció transmitirse por el circuito electrónico, de manera que la puerta osciló ante ellos de manera casi ominosa. La emoción de Joel se evaporó mientras examinaba el largo camino de acceso y el aparcamiento delantero en busca de una señal del coche de su hija, o de su insoportable pareja.

Tal y como había supuesto, la sensación de temor le estaba esperando al otro lado de la puerta batiente. Era como si en el aire que envolvía Hilltop hubiera algo que le calaba hasta los huesos. Se obligó a sonreír mientras subían la pequeña colina, pero el andar relajado de Frank ahora le irritaba. ¿Es que nada le ponía nervioso?

En lo alto de la colina, el enfermero Liam estaba cargando algo en su propio coche. Se volvió para mirarlos a los dos mientras se acercaban a la puerta principal. Joel intentó evaluar si el hombre tenía aspecto de sospechar algo o no.

—Si no dejas de parecer tan culpable nos van a descubrir, joder —le dijo Frank por un lado de la boca, sin dejar de sonreír.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Joel, intentando imitarle.

Frank estalló en carcajadas, lo que hizo que el enfermero Liam enderezara la espalda y los mirara entornando los ojos.

Ya dentro, se encontraron con que la enfermera jefe Ryan los estaba esperando con expresión fría y serena. Era una mujer pequeña, a la mitad de la cuarentena, que se manejaba con la autoridad que solo otorgan los muchos años de experiencia como enfermera. Llevaba el uniforme immaculado. Joel examinó su rostro en busca de alguna señal, de lo que fuera que pudiera indicarle lo que les esperaba. Pero ella no le ofreció ninguna.

—¿Qué tal ha ido la cena? —preguntó con un tono cargado de sospecha.

—Ha sido maravillosa —contestó Frank con una sonrisa, mirándola directamente a los ojos.

—¿Tu hija no te ha traído a casa, Joel? —preguntó, desviando su atención.

—Ha sido Tony —le dijo Joel—. Le he pedido que nos dejara un poco antes. Para poder dar un paseo.

—Ya veo —dijo ella, que evidentemente no se creía una sola palabra.

Paseó la mirada lentamente del uno al otro. Frank tenía un aire despreocupado, sonreía ligeramente, su actitud toda era una especie de desafío: «Intenta obligarme a que te tome seriamente», parecía decirle sin tener que abrir la boca. Joel, por otro lado, se lo tomaba todo seriamente; su lenguaje corporal decía que no pensaba ceder, y que haría falta una excavadora para moverle si alguien lo intentaba.

Pero si alguien podía hacer frente a esos desafíos, esa era la Rino.

—Hace tiempo que quiero hablar con usted, señor Monroe. En privado si nos lo permite, señor Adams.

—No. No pasa nada —le dijo Joel—. Se puede quedar —no le gustaba tener que admitirlo, pero necesitaba su apoyo.

La mujer no dijo nada durante un instante, pero lo miró de arriba abajo con frialdad. Frank le dedicó una mirada anodina y plantó los pies en el suelo. A Joel le fascinó lo imposible que se mostraba su amigo ante su gélida presencia.

—Como quiera —le dijo al fin—. Tanto el enfermero Dwight como su hija han comentado conmigo su comportamiento reciente. Su bienestar mental se ha convertido en un motivo de preocupación para el personal.

No le gustó por dónde iban los tiros. Quizá el enfermero Liam les había oído hablando sobre su suicidio aquella mañana. Quizá se lo había contado.

—¿Y? —preguntó, intentando adoptar la mirada inexpresiva de Frank, pero sintiéndose como un insecto a punto de ser aplastado por un zapato.

—Nos gustaría que hablara con un terapeuta o psicólogo —dijo ella—. Considerando la pérdida que ha sufrido recientemente, nos parecería lo más prudente.

Joel intentó no mostrarse horrorizado. Debían de saber que quería suicidarse.

—¿Tengo elección? —preguntó.

—Sí, señor Monroe. Contrariamente a su opinión, esto no es una cárcel.

—Entonces elijo no hacerlo.

La mirada de la mujer se volvió más fría, si es que tal cosa era posible. Una gelidez prolongada y profunda. No estaba acostumbrada a que la desafiaran.

—Señor Monroe, esto es un asilo y una residencia de ancianos, pero no disponemos ni de las instalaciones ni del personal necesarios para ocuparnos de personas con necesidades complejas o psicológicas. Podemos ayudarle solo si nos lo permite pero, en caso de que decida no hacerlo, quizá tengamos que trasladarle a un lugar en el que sí puedan atenderle. Le recomiendo encarecidamente que hable con el terapeuta. Por su propio bien.

Su tono era frío, de una frialdad intensa y profunda, y la amenaza se presentaba apenas velada. Obedezca o lárguese.

—¿Entonces no tengo elección? —preguntó Joel amargamente, embutiéndose las manos en los bolsillos.

—Señor Monroe, independientemente de lo que usted sienta hacia el personal de este lugar, puedo asegurarle que todos tenemos las mejores intenciones para con usted. Y me incluyo.

A Joel le costaba creerlo. Estaba seguro de que las mejores intenciones no podían incluir que se le tratara como a una especie de niño agresivo.

Dentro del bolsillo, sus dedos golpearon contra su penique de la suerte, y sintió que parte de la amargura lo abandonaba. Esa mujer no iba a poder arrebatarse el sabor de la libertad.

Ella tomó su silencio como conformidad, giró sobre sus talones y se marchó pasillo abajo entre el eco que generaban sus pasos.

Joel la observó alejarse con una mezcla de resentimiento y alivio. Tenía tiempo. Esperaba tener tiempo. No necesitaba demasiado. Solo el suficiente para decidir cómo quería morir.

—Vamos a contar el botín —acabó diciendo Frank, cuando estuvo seguro de que no los oía nadie.

Los dos se dirigieron a la habitación. El humor de Joel era sombrío, pero se veía aligerado por una sensación de consecución. Mientras caminaba iba frotando el penique entre los dedos. Lo habían conseguido. Había salido. Había tomado el control. Había desaparecido por su cuenta y había tenido un día para sí mismo. Miró a su amigo con agradecimiento mientras este se sacaba de los bolsillos hasta quince tipos diferentes de chocolatinas.

Con una decisión improvisada, sin pensarlo realmente, Joel dejó caer el penique sobre la mesilla de noche, atravesó la habitación y pasó un brazo sobre los hombros de Frank, le dio a aquel hombre más bajo que él un torpe abrazo lateral. Frank se limitó a reírse.

—¿Qué tenéis ahí? —les llegó la voz de Una mientras entraba en la habitación.

Joel recordó que también le estaba agradecido a ella. Era evidente que había sabido, antes de que se fueran, que tramaban algo, e igual de evidente fue que lo obvió sin hacer el menor comentario. Joel se dio cuenta, para su sorpresa, de que se alegraba de verla.

—Te hemos traído un regalo —dijo, esgrimiendo todas las barritas de chocolate que pudo.

Capítulo diez

Esa noche, Joel tuvo pesadillas. Quizá se debieran al alcohol, o quizá al chocolate.

En ellas había esqueletos, centenares de esqueletos, y todos ellos eran el señor Miller. Se paseaban sin prisa ni rumbo fijo de aquí para allá, por un páramo árido y montañoso. Frank le perseguía en la lejanía pero, en su versión pesadillesca, Frank era un psicólogo que quería que se sentara a hablar con él. Al pie de la colina más alta, Joel encontró una roca inmensa e intentó esconderse detrás de ella. Pero, en el momento de pegar la espalda a la roca, esta comenzó a rodar y a apartarse de él. El psicólogo Frank estaba cada vez más cerca y, si conseguía que el maldito pedrusco se quedara quieto, Joel sabía que tendría dónde esconderse.

—Joel —dijo el psicólogo Frank con la voz de la Rino—. Me gustaría hablar contigo, por favor.

La roca hechizada seguía rodando, y Joel seguía intentando esconderse tras ella. El ejército de esqueletos del señor Miller comenzó a converger donde él se encontraba, y él intentó ahuyentarlos para que no revelaran su escondite. Podía oír que el psicólogo Frank se acercaba cada vez más e intentó rodear el inmenso pedrusco, hasta que se dio cuenta de que estaba atrapado tras él. Si dejaba que rodara hacia abajo, aplastaría a todos los huesudos señores Miller. Oyó los pasos del psicólogo Frank sobre el terreno pedregoso y se puso tenso.

Apareció ante él. Primero, sus pies; a continuación, sus pantalones demasiado anchos, que no le sentaban nada bien. Y de repente no era él sino Lucey a quien tenía delante.

—¿Qué demonios estás haciendo? —le preguntó ella con curiosidad.

—¡Joder! —exclamó él al despertar sobresaltado—. ¡Joder! —repitió al encontrarse cara a cara con Jim, *el Poderoso*, que, por motivos desconocidos, tenía la nariz pegada a la de Joel para examinarle mientras dormía—. ¿Qué demonios estás haciendo? —le preguntó, quitándose de encima mientras intentaba incorporarse en la cama.

—Debería haberlo puesto en el lugar que le tocaba —murmuró Jim mientras se apartaba de él arrastrando los pies, con expresión de escarmiento.

No era la primera vez que Joel se preguntaba cuánto llegaba Jim a entender de lo que sucedía a su alrededor.

—No le ladres, viejo cascarrabias —le advirtió Frank desde el otro lado de la habitación.

—Me estaba mirando mientras dormía.

—Es lo que hacemos todos. Nos turnamos.

Parecía que el señor De Selby se había levantado temprano, mientras que el señor Adams seguía completamente dormido.

Frank estaba sentado en la cama, comiéndose feliz una de las chocolatinas que no habían sido devoradas ni donadas la noche anterior. Llevaba un pañuelo de colores violeta, verde y azul.

—¿Quieres un té? —le preguntó.

—No de manos de ese traidor —contestó Joel.

En algún momento de la noche anterior había decidido que tanto su hija como el enfermero Liam eran unos traidores. Sobre todo Liam. Frank y Una le dijeron que Liam se había limitado a cumplir con su trabajo, pero esas palabras quedaron muy lejos de dar en el blanco de Joel, que se puso a imaginar una conversación entre la Rino y los dos traidores en la que a cada uno de ellos se le ocurrían maneras de castigarle por no haber hecho lo que se le decía en todo momento. El enfermero Liam había sido su amigo, y probablemente fuera injusto por su parte asumir lo peor de él, pero se sentía agraviado. ¿Un maldito psicólogo solo porque no era la alegría de la huerta, como el gran señor De Selby? Aquello se le quedó metido en la cabeza y, como era costumbre en Joel, le fue dando vueltas hasta que le pareció cada vez peor.

—No es un traidor y hoy libra. Quizá te sorprenda recordar que este es su lugar de trabajo, que no vive aquí y que no se dedica a tramar la manera de convertirte en un tipo aún más cascarrabias.

—¿Qué está haciendo Jim aquí? —gruñó Joel, dejando que el momento de Liam «el Traidor» pasara.

—No tengo ni idea, compañero. Simplemente ha entrado a verte. ¿Estás bien? Durante un rato no has dejado de dar vueltas en la cama.

Joel recordó su pesadilla, y a ese Frank psicólogo que le perseguía por un paisaje infernal. Miró a Frank, que, en pijama, con su pañuelo al cuello, mojaba una delicia turca en el té. Se rio ante aquella absurdidad.

—¿Hay algo gracioso? —preguntó Frank enarcando una ceja, lo que contribuyó al efecto cómico, y Joel se rio con más fuerza incluso.

—Nada —contestó.

Jim volvía a sonreír, observaba a Joel y a Frank cordial y pacientemente.

—Me parece que quiere una partida... —sugirió Frank.

—Bueno —anunció Joel arrastrándose fuera de la cama.

Al bajar vio la moneda, su penique de la suerte, junto a la foto de Lucey. Le sonrió.

Sus pies desnudos golpearon contra el suelo de linóleo, tal y como habían hecho la mayoría de mañanas de los anteriores cinco años, pero por primera vez Joel encontró una extraña satisfacción en esa sensación. El frío contra la calidez de sus pies. Meneó los dedos y se preguntó qué podía haberle animado. Joel no era, tal y como había señalado Frank durante su primera semana en Hilltop, una persona con un buen despertar. En realidad, no había grandes dudas acerca del origen de su optimismo: el día entero fuera de los muros de la prisión, la deliciosa pinta prohibida, la libertad. Se acordó de la amenaza del psicoterapeuta, pero decidió que no iba a permitir que lo desalentara.

Estaban los dolores, por supuesto. Menores, pero numerosos. Llevaba mucho tiempo sin andar todo lo que Frank y él habían andado el día anterior, y eso dolía. Lo peor eran las rodillas, pero el dolor era general. Un recordatorio de que su cuerpo llevaba ya bastante tiempo sufriendo un lento

declive.

—¿Me esperas un minuto, Jim? Quiero estar presentable.

—Entonces necesitarás más de un minuto —bromeó Frank de Selby.

Con el pecho al aire, Joel se aseó rápidamente en el baño compartido, se mojó el pelo y se peinó. Analizó los resultados. El tiempo había sido más amable con él que con otros, pero le costaba mirarse al espejo y dejar de ver a esta criatura avejentada. En su cabeza no había cambiado. En su cabeza seguía siendo el mismo hombre de antes.

El exiguo puñado de pelo marrón oscuro era principalmente una parodia de lo que había sido y, aunque seguía teniendo los hombros anchos, estos estaban algo más caídos. Nunca había sido un hombre vanidoso, pero era consciente de que en su juventud tenía una figura imponente. Incluso pasada la mediana edad seguía resultando formidable, era el tipo de hombre al que la gente se dirigía con un «señor». Ahora, en la vejez, solo veía el vello gris de su pecho y la piel que le colgaba alrededor de la mandíbula y el mentón. Había envejecido. Suspiró ante la visión y volvió a abotonarse el pijama.

Fuera del baño, Jim, *el Poderoso* le esperaba pacientemente, inquebrantable en su pequeña y agradable sonrisa.

—Disfrutad de la cita —les dijo Frank cuando salían.

—Intenta no manchar las sábanas de chocolate —replicó Joel.

Mientras se dirigían lentamente por el pasillo hacia la sala común, Joel saludó con una inclinación de la cabeza y sonrió a los miembros del personal y a los residentes con los que se cruzaban. Caminaban al ritmo de Jim, que era lento, parecido al de un caracol. La típica impaciencia de Joel ante el paso dolorosamente parsimonioso de Jim, *el Poderoso* permanecía llamativamente ausente aquella mañana, y se limitó a juntar las manos detrás de la espalda mientras avanzaban. Recorrieron el pasillo, y Joel tuvo que recordarse que Hilltop era una cárcel, y que una cárcel, por cómoda que fuese, no dejaba de ser una cárcel, y que el hecho de que le dijeran lo que tenía que hacer, cuándo comer, qué comer, cuándo dormir, junto con el resto de órdenes menores que le daban, representaba otro desgaste de la existencia que había construido para sí mismo, una existencia a la que había renunciado por motivos que en ese momento no lograba recordar.

Le pareció extraño tener que recordarse todo aquello. Por lo general, esas ideas ocupaban la parte superior de sus pensamientos, pero ese día estos parecían diferentes, más coloridos. Incluso la lúgubre pesadilla que le había perseguido durante la noche había quedado olvidada bajo la brillante luz del día. Buscó la presencia de la nube suicida y depresiva que generalmente seguía sus pasos por los pasillos de Hilltop, pero no dio con ella.

—La mejilla contra la piedra —le dijo Jim, *el Poderoso*.

—Ciertamente —contestó Joel con una sonrisa tolerante.

Pese a su naturaleza de vivalavirgen, Jim, *el Poderoso* realmente sabía cómo borrarle la sonrisa de la cara a la gente. A lo largo de dos horas hicieron tablas por ahogado en tres ocasiones. En la tercera, Joel creyó encontrar una puerta, un pequeño instante en el que podría escabullirse de la poderosa defensa de Jim, solo para ver que esa puerta se le cerraba en las

narices. También le pareció percibir un brillo en los ojos de Jim, un indicio de que el anciano había dejado una puerta entornada para divertirse cerrándosela en las narices. Aunque, en su senilidad absoluta, sin duda Jim, *el Poderoso* no sería capaz de una treta de ese tipo.

Habiendo despilfarrado la mayor parte de su buen humor matutino, Joel regresó a la habitación para ver la tele y dejar pasar algunas horas más. Frank ya estaba allí, leyendo una antigua tragedia griega, presumiblemente con la esperanza de que alguien se diera cuenta de que estaba leyendo una antigua tragedia griega.

—¿Has ganado? —preguntó Frank, sonriendo para sí mismo al ver el ceño fruncido de Joel.

—No. Pero esta vez me ha dado la impresión de que se burlaba de mí.

—¿Crees que Jim, *el Poderoso*, el hombre que lleva cerca de una década sin pronunciar una frase coherente, se ha burlado de ti?

—A veces pienso que sabe más de lo que deja entrever.

—¿Y el enfermero es un traidor?

—Sí —dijo Joel tercamente, aunque veía a dónde quería llegar Frank con aquello.

—¿Has oído hablar alguna vez del delirio paranoico? —preguntó su amigo sin levantar la mirada del libro.

—¿Has oído hablar alguna vez de los dientes rotos? —le amenazó Joel distraído.

—Quizá sí que deberías ver a ese terapeuta —le dijo Frank riéndose.

No lo había dicho para herirle. Joel estaba seguro de ello. Ni la máscara de De Selby ni el Adams real le harían daño deliberadamente, ni a él ni a nadie, en realidad, pero igualmente le dolió. Llevaba mucho tiempo sin tener amigos, y no deseaba que el único que tenía comenzara a pensar que estaba loco solo porque tenía tantas ganas de suicidarse que prácticamente notaba su sabor en la boca.

Pero las consecuencias de que lo enviaran a ver al psicólogo eran aún peores. Podría acabar enfrentándose a su propia desesperación, a su absoluta infelicidad respecto al mundo que lo rodeaba, y acabaría viendo cómo lo separaban del primer amigo que había hecho desde que Lucey le abandonara.

Quizá hasta lo metieran en el pabellón psiquiátrico y le drogaran severamente. Lo cual, en lo que a Joel se refería, era un destino peor que la muerte. Tener menos libertad incluso que la exigua cantidad de la que disponía... El miedo que le provocaba aquello era una sensación palpable que le aceleró la respiración a la vez que le asfixiaba. Intentó ocultarlo sentándose en la cama, intentó camuflar su respiración y la palidez que sabía que debía de tener su cara: la había notado físicamente. De repente, Frank estaba a su lado, ayudándole a tumbarse.

—No pasa nada —le dijo con voz tranquilizadora—. No pasa nada.

Joel asintió para agradecérselo, pero no encontró la confianza en sí mismo para hablar.

Frank le metió un trozo de chocolate en la boca.

—Eso es, colega, esto te ayudará. Respiraciones profundas. Respiraciones profundas.

Joel recuperó lentamente la compostura, mortificado por el hecho de que la mera mención del terapeuta fuera suficiente para desencadenar algo así.

—No puedo —acabó balbuceando—. No puedo ir a ese terapeuta.

—Vale, vale. Nada de terapéutas.

—Prométemelo —insistió. Era irracional y lo sabía. Frank no podía prometerle tal cosa. Simplemente quería que alguien se lo dijera.

—Te lo prometo, te lo prometo —dijo Frank.

—Podremos postergarlo hasta después de mi cumpleaños, ¿verdad?

—Lo haremos —le tranquilizó Frank.

—Es solo un mes. Podremos postergarlo un mes.

Frank Adams abrió la boca para decir algo, pero se lo pensó mejor y la volvió a cerrar.

Ninguno de los dos habló mientras Joel se incorporaba en la cama y Frank revoloteaba a su alrededor ansioso, atendiéndole. Joel respiraba hondo. Nadie le había explicado nunca si un ataque de pánico podía desembocar en un derrame cerebral, pero había sufrido uno el día en que tuvo el AIT. Y no quería tener otro AIT.

Frank se sentó al lado de la cama de Joel mientras este se tranquilizaba. Joel se puso a cambiar de canal. Había algo consolador en la familiaridad de estar sentados el uno al lado del otro mirando la tele. Joel se sorprendió al descubrir que aquello lo relajaba.

En un momento entró el enfermero Karl, un tipo corpulento de actitud jovial, pelo corto rubio y barba también rubia y a veces desgreñada. Sustituía a Liam en sus días libres, y hacía los turnos de otros miembros del personal aquí y allá. A Joel le caía bien, pero, viniendo de aquel súbito y apabullante ataque de pánico, no se animó a mirar al joven, e ignoró su saludo salvo por un ligero gesto de asentimiento. Joel tuvo miedo entonces de que su actitud pudiera empeorar la situación. Temió que Karl informara a alguien de que no había entablado conversación, de que lo había visto retraído. La mínima esperanza estaba en que el enfermero Karl era temporal; quizá no estuviera implicado en la traición.

Cuando por fin se sintió lo suficientemente bien para hablar, apenas una sola palabra cruzó la habitación.

—Gracias —le dijo a Frank.

—No hay de qué —respondió De Selby, dadivoso.

Joel se estremeció al recordar la pesadilla de la noche anterior. La sensación de desastre inminente, la sensación de que lo perseguían, los esqueletos del señor Miller siguiéndolo, y lo peor de todo: las nubes bajas, opresivas, aterradoras. Había creído estar a salvo de ellas mientras dormía, pero al parecer no era así. Si la nube podía seguirle hasta el interior de sus sueños, ya no quedaba ningún lugar seguro. Estaba convencido de que aquello había contribuido al ataque de pánico.

Necesitaba el suicidio. Necesitaba un buen suicidio, y pronto.

Capítulo once

—Crees que debería ser algo divertido, ¿verdad? —le preguntó a Frank.

—¿El qué?

—Mi muerte.

—Depende de si nos reímos contigo o de ti. Yo preferiría, y esto es bien sabido, reírme de ti, pero en este caso quizá no sea lo que estamos buscando.

—¿Alguna vez has contestado a una pregunta como un ser humano normal?

—Los seres humanos normales son espantosamente aburridos, colega. Prefiero no tener conexión con ellos.

—Dios... —Joel prácticamente gimió ante su pomposidad—. ¿Divertido o no?

—Divertido está bien.

—¿Quizá debería suicidarme vestido de payaso? —reflexionó Joel.

Frank le dedicó una mirada larga, interminable. Plana en su falta de entusiasmo.

—No quiero decir que tenga que ser así, es solo que quizá debería disfrazarme para hacerlo.

Frank negó con la cabeza, decepcionado.

—Bueno, si me dijeras lo que tengo que hacer nos ahorraríamos todo esto —se quejó Joel mientras intentaba imaginarse vestido de payaso, haciendo estallar un explosivo en un coche diminuto. Sonrió a su pesar.

—¿Sabes lo que significa «jumento»? —preguntó Frank.

—No.

—Y yo que lo lamento —contestó Frank, y se rio entre dientes ante su propio ingenio.

Joel le dejó que disfrutara del momento.

—Probablemente no me suicidaré vestido de payaso —le dijo al final.

—Es bueno saberlo —contestó Frank, y regresó a su libro.

Joel observó a su amigo con el rabillo del ojo. Había una profundidad en Frank que él había subestimado, un alma que él prácticamente le envidiaba. No podía recordar en qué momento había renunciado él a su alma, o si cuando menos la había sacrificado ante la idea de la muerte, pero ahora ya no estaba y en su lugar solo encontraba esa necesidad de acabar con todo. La necesidad de liberarse. Frank se limitaba a permanecer sentado, con su pañuelo, leyendo su libro. Pese a toda su profundidad y experiencia, parecía imperturbable ante el terrible carácter final de la vida.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer hoy, compañero? —le acabó preguntando su amigo—. ¿Qué aventuras deberíamos correr?

Joel paseó la vista por las paredes, miró con cierto anhelo más allá de la ventana.

—¿Ver más televisión? —sugirió.

—A eso le pondremos un quizá. ¿Hoy hay alguna visita?

—No. Eva viene los domingos con uno de los niños. Eso es todo. ¿Qué hay de ti? ¿Alguna visita?

—No —contestó Frank con una sonrisa triste—. No tengo visitas.

Joel deseó darse una bofetada por su egoísmo. En todo el tiempo que había pasado desde la llegada de Frank no se le había ocurrido preguntarle por su familia. Después de mencionar la cuestión de la homosexualidad, Joel había dejado que Frank se guardara sus asuntos personales para sí mismo; no le había preguntado nada y nada le había dicho él. Joel sabía, más allá de cualquier duda, que Frank jamás le ofrecería ninguna información personal de manera voluntaria. Se acicalaba y hablaba e impresionaba a todos con su máscara de De Selby, pero la llevaba con el estricto propósito de mantener a la gente lejos de sus asuntos. A Joel le parecía que estaba mal que existiera esa diferencia, como si la confesión que le había hecho Frank los hubiera devuelto al punto de partida. Ahora era él el excluido.

—¿Nadie? —preguntó Joel, fingiendo indiferencia.

—¡Ja! —se rio Frank—. No intentes jugármela. Yo me inventé ese truco.

—¿Qué truco? —preguntó Joel con indignación. Frank había adivinado sus intenciones de inmediato. Era demasiado avisado para su propio bien.

—El de la pregunta hecha de pasada. Yo lo inventé. Lo he estado practicando contigo durante toda la semana.

—No tengo ni idea de a qué te refieres —replicó Joel.

—Claro que sí. Tú tampoco eres manco, pero hay cosas que te delatan. Una de ellas es que proyectes la mandíbula de ese modo cuando te sientes avergonzado.

—Yo no hago eso —dijo Joel intentando meter la mandíbula sin que pareciera que lo hacía.

Frank simplemente se rio de él. Fue una risa bondadosa, no ruidosa y estridente, como la de De Selby, sino que sonó grave, entre dientes. Cálida. Se detuvo al cabo de un rato, y Frank mantuvo la mirada fija al frente, traspasando aparentemente el televisor con ella. Joel cambió de táctica; no siguió sondeándolo, simplemente se volvió hacia su amigo, hacia su solitario y vulnerable amigo, y esperó. Frank continuó traspasando el televisor con la mirada; Joel continuó esperando.

—¿Sabes? —dijo Frank, dándose al fin por enterado—. Para ser un viejo cabronazo mezquino, tienes una cualidad notablemente compasiva. Aunque quizá solo seas un entrometido.

Aquella fue la segunda y penúltima vez que Frank llamó a Joel «mezquino».

—No hace falta que hables de ello si no te apetece —le dijo Joel, malhumorado—. Solo quiero que sepas que puedes hacerlo, ya sabes.

—Dios misericordioso —murmuró Frank—. Hemos intercambiado nuestros papeles.

Joel intentó pensar en algo ingenioso y filosófico que decir. Pero se quedó en blanco.

De repente, Frank se puso a hablar y Joel ya no tuvo que pensar en nada.

—A los dieciocho, besé por primera vez a un chico, y alguien que nos vio se lo dijo a un tipo que conocía a un tipo, y este se lo dijo a otro tipo que conocía a un tipo diferente, y ese tipo diferente conocía a mi padre. Cuando mi padre se enteró, me dio una buena paliza. —Frank

llevaba puesta la máscara de De Selby y solo un ligero temblor en los labios revelaba lo mucho que le dolía hablar de aquello.

Joel no supo qué decir. Era consciente de que carecía del tacto y la sutileza para contestar con algo adecuado. Se quedó sentado en la cama, como un idiota, mientras Frank vaciaba su alma en el espacio que los separaba.

—Creo que mis hermanos le pegaron una paliza al desafortunado muchacho del beso. Yo no le conocía. Estaba borracho y acabábamos de terminar una representación. Una obra teatral. Es terrible que no me acuerde del chico pero sí de la obra. *Romeo y Julieta*.

Dejó escapar una carcajada breve y rabiosa mientras recordaba.

—En la adolescencia no tuve muchos amigos. No hasta que descubrí el teatro. Verás, desde siempre me sentí atraído por los chicos, y me daba un miedo terrible que me descubrieran. Me sentía más seguro con las chicas pero, cuanto más tiempo pasaba con ellas, más gente se preguntaba por qué salía con chicas pero no tenía novia. Fue una época muy cabrona para un chaval. Quiero decir que estoy seguro de que hoy en día tampoco es fácil, pero imagínate lo que era estar asustado de ese modo, constantemente. Me daba un miedo terrible que mi padre se enterara, así que fingía que no me gustaban los chicos. Fingía que me gustaban las chicas y evitaba a todo el mundo. Por miedo a mi padre.

Joel pensó en su propio padre, en su severa disciplina, su vena feroz, su furia apenas contenida cuando Joel no lograba cumplir con lo que esperaba de él. Recordó su propio íntimo placer cuando sobrepasó a aquel hombre y lo vio marchitarse con la edad. Comprendía a Frank, y eso le rompió el corazón.

—Cuando dejamos el campo y nos vinimos a la ciudad, me apunté al club de teatro. Una nueva vida, nuevas oportunidades. Se acabó el sentarme solo. Estaba decidido —prosiguió Frank, con una nota de melancolía en la voz—. Y las cosas fueron diferentes. Me enamoré instantáneamente. Interpretando, cantando. No tengo una voz muy mala, déjame que te lo diga, y era bueno. Todo el mundo lo sabía. De repente tenía amigos, y la gente me decía que era especial. Cuando representamos *Romeo y Julieta* con otra escuela conocí a un chico, y al acabar la función nos quedamos en los camerinos bebiendo el alcohol que habíamos robado, y luego nos escabullimos por las callejuelas del centro, intentando colarnos en los bares. Fue entonces cuando lo besé. Pero apenas lo recuerdo. Mi primer beso.

Esas últimas palabras sonaron con amargura. La máscara de De Selby cayó para revelar a un Frank Adams enojado, dolido y de algún modo todavía confundido por los acontecimientos que habían tenido lugar tantos años atrás.

—Mi padre me dio una paliza de la hostia. Mientras lo hacía, mi madre no dejó de sollozar. Recuerdo que le pedí que interviniera, pero ella se quedó ahí, mirando. Resulta que no lloraba porque mi padre me estuviera pegando, sino porque no quería un hijo gay. Observó la paliza porque honestamente pensaba que era por mi propio bien. Y lo más triste de todo, querido —le dijo a Joel mientras intentaba volver a colocarse la máscara de De Selby, sin conseguirlo—, lo más triste de todo es que yo también empecé a pensar que era por mi propio bien. Me fui a la universidad. Alquilé una habitación en una casa y me puse a estudiar una cosa y otra. No le presté

demasiada atención. Me apunté al club de teatro.

Su voz se volvió más fría, distante, sus ojos se endurecieron. Joel prácticamente contenía el aliento, a cada palabra su corazón se le rompía un poco más.

—Vinieron a visitarme —prosiguió—. Vinieron por sorpresa. No es que me pillaran in fraganti ni nada de eso, pero lo supieron. Me encontraron en ropa interior, pasmado y asustado. Lo supieron. Esa vez intenté defenderme. ¿Te lo imaginas? ¿Yo? Me machacó. En esa ocasión, ella no lloró. Simplemente miró. Me hizo mierda, Joel. Me destrozó la cara, me rompió varias costillas, me partió el brazo. Por mi propio bien. Todo por mi propio bien.

Joel sintió que su furia se sumaba a la de Frank. De pequeño también había recibido palizas de su padre. Palizas que le propinaba por su propio bien. Así se educaba a los hijos en esa época. La letra con sangre entra, y todo eso. Estaba resentido con su padre, quizá incluso lo odiara un poco, y le daba miedo pensar en la influencia que aquel hombre pudiera haber tenido en él. Pero su forma de ser no se había convertido nunca en el objetivo de una rabia tan profunda que llevara a su propio padre a intentar hacerle cambiar a hostias. Había sido un cabronazo mezquino, pero no tanto. Se le hizo un nudo en la garganta, y sintió que se le saltaban las lágrimas.

—Mi madre también vino a verme al hospital, pero voy a decirte una cosa, algo que juraré ante cualquier persona que me escuche. No hay nada que te dé tanta confianza como actuar sobre un escenario. No hay nada que te permita acabar con tus miedos como actuar delante del público. No fue como la primera vez que me hizo daño. En ese momento estaba enfadado, confiado y harto. Y allí estaba aquel enfermero alto, con aquellos hermosos ojos azules... —Perdió el hilo durante un momento.

Un enfermero alto de ojos azules. La descripción del hombre que cuidaba de ellos cinco días a la semana. Las piezas encajaban.

—Mi madre vino a decirme que, si prometía dejar de ser gay, podía volver a casa, pero que mi querido padre seguía muy enfadado. Quería saber si me sentía mal por haber hecho que mi papi se molestara. ¿Te lo puedes imaginar? Yo estaba lleno de rabia, me había enamorado de un enfermero y los odiaba, y creo que me odiaba también un poquito a mí mismo. No me pidas que te lo explique. Me he pasado buena parte de sesenta años pensándolo, y sigo sin tener ni idea. Le dije que se fuera a la mierda. La miré fijamente a los ojos, igual que cuando le suplicaba que detuviera la paliza de mi padre, y la mandé a la mierda. Ella me dio una bofetada, y yo se la devolví. Aún recuerdo la mirada que me dirigió. Esa fue la última vez que hablé con algún miembro de mi familia. Supongo que me convertí en su gran motivo de vergüenza. Que regresaron a su pequeña vida parroquial y a su fanatismo y que se limitaron a fingir que yo no era su hijo. Me cambié el apellido por De Selby y fingí que ellos no existían. De vez en cuando siento una punzada y me pregunto lo que se debe de sentir al tener una familia, pero entonces me acuerdo de esos puños enormes machacándome la cara y se me pasa.

—¿Nunca más supiste nada de ellos? —preguntó Joel, casi sin aliento. La vida de Frank de Selby era una tragedia.

—Nunca —contestó Frank.

—¿Y qué pasó con el enfermero?

—Vivimos juntos por un tiempo —dijo Frank resoplando, como si pudiera esconder el profundo dolor que sentía aparentando indiferencia—. Era una hermosa persona, por fuera y por dentro. Pero al final rompimos. No quiero ser una de esas personas que le echan la culpa a su padre por todo lo que les ha pasado, pero a veces me lo pregunto. Me daba miedo darle la mano, ¿sabes? Besarle en público. Me daba miedo revelar demasiado de mí mismo. ¿No es una tontería? ¿Yo, miedo a mostrarme?

Su voz se entrecortó ligeramente. La amenaza de las lágrimas. Su rostro pasaba de Adams a De Selby. Iba del uno al otro.

—Lo siento, Frank —le dijo Joel con sinceridad.

Ahora comprendía la reacción que había tenido en el banco, la primera vez que hablaron. Le había costado mucho desnudar su alma aquel día. No había hecho las paces con la persona que era. Necesitaba un apoyo inmediato, y lo que recibió fue un ultraje inmediato. Joel se pegó otra bofetada interiormente por su falta de sensibilidad.

—Difícilmente es culpa tuya, compañero —contestó Frank, intentando mantener la máscara de De Selby pegada a la cara—. Si no te importa, creo que voy a echarme una siesta.

Joel deseó pedirle que no lo hiciera. Deseó decirle que entre los dos podrían hablarlo y llegar a algún sitio. Que juntos se abrirían paso a través de la desesperación y el aislamiento de Joel, a través de la soledad y el desprecio por sí mismo de Frank. Pero no dijo nada de eso, porque sabía que no era verdad. Una conversación podría ser de ayuda para ambos, pero no iba a solucionar nada en términos prácticos. Se quedó sentado, sintiéndose impotente para acudir en ayuda de su amigo, sintiéndose como el viejo inútil que era, hasta que de repente se le ocurrió una idea. Fue un momento de inspiración que tampoco iba a arreglar nada, pero que podía ayudar, que al menos aliviaría el dolor.

Esperó hasta tener la seguridad de que Frank estaba dormido y metió la mano en el baúl para coger su agenda. Con cuidado, abandonó la habitación en zapatillas y bata para dirigirse hacia la recepción.

La enfermera Angelica, que estaba sentada allí con su hermoso cutis y sus manos carnosas, le dirigió una sonrisa nerviosa. Así que también lo sabía... Sabía que estaba enfermo. Todos estaban compinchados. Y eso incluía a Karl. Le ofreció su mejor sonrisa para tranquilizarla y le preguntó si podía hacer una llamada. Eva le había regalado un móvil por su anterior cumpleaños, al parecer de gran calidad, pero seguía metido en su caja, en un recoveco del cuchitril que era su mesilla de noche. Prefería el teléfono fijo de la recepción, un viejo aparato de baquelita con su dial de disco. Había algo en el tacto de un teléfono fijo, su peso, su realidad... El hecho de que siguiera funcionando, de que siguiera existiendo, era equivalente a su sentido de permanencia. No como los móviles, que eran cosas transitorias, que desaparecían reemplazadas por algo mejor en cuanto tenías uno en las manos.

Hojeó la vieja agenda Moleskine hasta dar con el número de teléfono de Lily, y lo marcó, haciendo girar el viejo disco y escuchando su satisfactorio clic-clic-clic mientras este rodaba de vuelta a su sitio. Ella contestó rápidamente, porque tenía el número de Hilltop grabado en el móvil.

—¿Abuelo? —preguntó inquisitivamente.

Parecía soñolienta. Recordó la tendencia de Eva a dormir hasta tarde y se mordió la lengua para no regañarla.

—Necesito que me hagas un favor, Lily, querida —le dijo en tono confidencial.

Después de hablar con Lily se volvió hacia Angelica, que seguía sintiéndose claramente incómoda en su presencia. Joel decidió que podía usar esa circunstancia en su favor.

—Me gustaría montar una velada de cine —dijo.

—Ooooooh, eso está muy bien —contestó ella con su suave acento—. ¿Cuándo le gustaría organizarla?

—Esta noche.

—Pero ha dado aviso con muy poca antelación, señor Monroe. ¿Quizá la semana que viene?

—Esta noche —dijo él con firmeza, y puso «su» cara.

Angelica tragó saliva. Joel se sintió como un abusón de patio de colegio. Sin duda, la culpa no era de la enfermera, pero Joel había trazado una frontera en su mente y tanto daban sus emociones personales, aquel se había convertido en un caso de ellos contra él y Angelica estaba claramente en el terreno de los «ellos».

—Bueno... —dijo ella, removiéndose incómoda en su silla.

—¿Bueno? —preguntó él, dándole más intensidad a su expresión.

—Ya veremos —dijo ella.

—Tengo una hija —dijo Joel con tono intransigente—. Sé lo que significa ese «ya veremos». También sé que es lo que usamos los adultos para engatusar a los críos con la esperanza de que su limitada capacidad de atención los conduzca hacia otro camino. ¿Crees que soy un crío, Angelica? —añadió una peligrosa nota de suavidad a sus palabras.

—No, señor Monroe, para nada...

—Porque si quieres, sí que podría comportarme como un crío. ¿Quieres que tenga una pataleta y que me cague en los pantalones? —preguntó con una sonrisa.

Su sonrisa incómoda flaqueó, y le miró como si viera por primera vez aquello que los demás le habían estado contando.

—¿Debo tirar todos mis juguetes fuera del cochecito, Angelica? ¿Quieres ver cómo me pongo a gritar y a llorar, Angelica?

La sonrisa se desvaneció, fue reemplazada por una mirada precavida que era en parte fruto de los nervios y en parte debida a la sorpresa.

—¿Una velada de cine? —dijo—. No hay nada de malo en una velada de cine.

Joel dejó caer su sonrisa falsa y la reemplazó con una de verdad.

—Nada de malo —la tranquilizó—. ¿Después de la cena, quizá? ¿En la sala común?

Ella asintió. Pareció aliviada al ver que él volvía a sonreír agradablemente. Pero la victoria de Joel se vio bastante empañada por la culpa creciente que sentía tras haberse comportado como un abusón.

Le dio las gracias a la enfermera y se fue en busca de su siguiente cómplice, pero al llegar frente a su puerta se descubrió inseguro. Su anticuada sensibilidad hizo acto de presencia mientras intentaba reunir el coraje para llamar a la puerta de la diminuta porción de Hilltop que ocupaba Una Clarke. Una vocecilla le dijo que aquello era impropio, entrar en la habitación privada de la señora Clarke, amiga de su fallecida esposa. Fue el recuerdo de la historia del pobre Frank lo que le empujó a hacerlo. Llamó suavemente a la puerta, pero entonces tuvo miedo de que sus golpes sonaran como los de un anciano, así que volvió a llamar, pero esta vez con más fuerza. El resultado fue una serie de porrazos que definitivamente no era lo que buscaba. Se sintió avergonzado por haber llamado tímidamente la primera vez, y por haber sacudido la puerta la segunda.

Una abrió con cara de irritación, pero entonces le vio y su expresión se transformó para mostrar una placentera sorpresa.

—Joel —lo saludó—. Entra.

Se apartó para dejar que Joel pasara.

La habitación estaba decorada exactamente como él había imaginado. Pequeños bibelots de porcelana, fotos enmarcadas y cuadros de diversas aves, sábanas de colores brillantes... no eran las oficiales, propias de la prisión, sino que se las había traído su familia de fuera. En la pared había una estantería con varios libros, y más volúmenes descansaban sobre el suelo, debajo de ella. Joel nunca se había fijado en que fuera una lectora tan voraz.

—Necesito tu ayuda —le dijo.

Ella le sonrió con calidez.

—Por ti, lo que sea —contestó.

Joel le contó que Frank estaba decaído, sin entrar en detalles, y que tenía un plan. Ella se rio de él cuando le contó, sintiéndose bastante culpable, que se había comportado como un abusón con Angelica.

—Eres terrible —le dijo Una cariñosamente.

Tenía una risa tintineante, como la de una campanilla. Joel tuvo que admitir ante sí mismo que aquella era la primera vez que se sentía cómodo en su compañía desde la muerte de Lucey. En un momento, Karl asomó la cabeza para ver cómo estaba Una e intentó esconder la evidente sorpresa que le causó ver a Joel dentro. A su vez, Joel deseó que sirviera para mitigar en cierto modo la amenaza de cagarse encima. Cuando al fin abandonó la habitación de Una, Joel había recuperado la sensación de bienestar de la mañana, pero se encontró con que Frank seguía un tanto retraído y optó por darle unos golpecitos reconfortantes en el hombro que hicieron que los dos se sintieran incómodos.

Intentó contener la excitación durante el resto del día. Lily llevó el paquete con una sonrisa, animada —pensó él— por verle con una energía y un entusiasmo que habitualmente no tenía. Y aquel era, desde luego, el secreto de Joel. Cuando tenía un objetivo, y tanto daba de qué se tratara, Joel se convertía en una bola de energía, en una máquina implacable en movimiento constante, de forma inversamente proporcional a la energía y el entusiasmo que podía reunir cuando sus días eran un largo desfile sin sentido en dirección a la noche.

—Hoy estás que te sales —le dijo al entregarle la caja.

—Soy una fuerza con la que hay que lidiar —le contestó afectuosamente.

No logró recordar la última vez en que ella le había sonreído de aquella manera. Como si lo estuviera viendo por primera vez. Como si Lily viera a la persona que había debajo de la cosa malhumorada que había reemplazado al abuelo que había conocido de pequeña. Un adulto que miraba a otro adulto y veía a la persona en su interior. Antes de que se fuera, él le dio un abrazo especialmente fuerte.

El posible palo entre las ruedas llegó a la hora de la cena.

—Me la tomaré aquí, con la tele —le dijo Frank, mostrándole su mejor sonrisa De Selby falsa.

—No —dijo Joel—. Aquí no.

—¿En serio? —preguntó Frank irritado.

—Se solicita tu presencia —contestó Joel, canalizando a su De Selby interno.

—Rechazo cortésmente la solicitud —contestó Frank con firmeza.

—No acepto un no por respuesta —contestó Joel decidido.

—Yo tampoco —replicó Frank.

Los dos se sostuvieron la mirada, en la frontera de la malevolencia, hasta que Frank acabó por suspirar y se puso en pie para vestirse mientras murmuraba algo sobre estúpidas intransigencias cabezotas.

Joel no veía el momento de que se acabara la cena. Cuando por fin llegó, Karl apareció para desplegar la amplia pantalla del proyector y atenuar las luces.

Frank miró a su alrededor, confundido.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó.

Joel se limitó a sonreírle, encantado de haber llevado a cabo por una vez algo que ni siquiera Frank había sido capaz de adivinar. Era agradable saber que el anciano actor tampoco disponía siempre de todas las respuestas.

Mientras Karl manipulaba el proyector y la caja de DVD, Una se puso en pie y le dio unos golpecitos al lateral de su vaso para que la sala se quedara en silencio. Todos los residentes, los que formaban parte del complot y los que no, se quedaron callados.

Una paseó la mirada por todos ellos. Iluminada suavemente por las lámparas de la estancia, tenía un aspecto magnífico, majestuoso incluso, con su ropa de segunda mano y su gesto digno y pausado. Joel le dirigió una sonrisa alentadora.

—Damas y caballeros —anunció Una con su más pronunciada voz de oradora—. Gracias a todos por asistir a esta velada. El espectáculo de esta noche, cortesía de Lilian, la nieta de Joel Monroe, será una celebración del trabajo de uno de los residentes con mayor talento de Hilltop.

Frank ya se había caído del burro y, para deleite de Joel, prácticamente pudo ver la niebla levantándose alrededor de su amigo mientras este se enderezaba en la silla y adoptaba una pose modesta.

—Sus trabajos principales incluyen obras de teatro y películas, pero la mayoría lo conoceréis por el culebrón *Días de gloria*, que tanto tiempo estuvo en antena. Esta noche vamos a disfrutar de este dotado actor con la cuarta temporada de esa serie, que si se me permite decirlo fue una de las

más sólidas, en honor a su maravillosa interpretación. Residentes y personal de enfermería, con ustedes... ¡el señor Frank de Selby!

La sala prorrumpió en un aplauso y Frank se puso en pie cortésmente para aceptarlo. Hizo una pequeña reverencia, sonrió a todos los presentes y articuló la palabra «gracias» una y otra vez. Podría haber estado aceptando un Oscar, o un premio en reconocimiento a toda su carrera. Joel se dio cuenta de que, de haber visto tamaño alarde una semana atrás, aquello le habría instilado un odio profundo hacia tan ostentoso personaje, hacia esa gallarda criatura, pero en ese momento se limitó a dedicarle una sonrisa a su amigo y a observar cómo disfrutaba estando en el candelero.

Se sentaron a mirar los episodios y, para su propio disgusto, Joel se descubrió disfrutándolos, cosa que desde luego jamás podría confesar ante Frank. Este, por su parte, miraba la televisión con una sonrisa y, sentado entre la señora Klein y la señora Clarke, se dedicó a poner al corriente a los espectadores de los pequeños cotilleos de cada episodio. Los actores que se emborrachaban durante el rodaje, quién mantenía *affaires* con quién detrás de las cámaras, los diálogos que eran improvisados y el atrezo que se había roto. Disfrutó de su momento, dejó sus penas para otro día. Esa noche era el De Selby para el que se había cambiado de apellido, no el Adams al que despreciaba.

No había arreglado nada, Joel era consciente de ello. No había nada que pudiera arreglar la situación de Frank, tal y como no había nada que pudiera arreglar la suya, pero de algún modo iba a ayudar a que transcurriera otro día. Joel sonrió mientras daba sorbos a su té, disfrutando del murmullo feliz que llenaba la estancia, y de la atmósfera positiva que lo acompañaba.

«Hay que ver lo cómodas que son algunas cárceles», pensó para sí mientras observaba a los demás presos.

Capítulo doce

Estaban dando una vuelta por el jardín de la residencia. Joel llevaba un elegante traje de tweed (que, a su juicio, parecía añadirle un aire de dignidad, parte del hombre formidable que había sido antiguamente) y Frank, su pijama, una bata y un pañuelo de seda con diminutos flecos dorados.

—Fue un detalle por tu parte lo de anoche —le dijo Frank mientras paseaban.

Ninguno de los dos había dicho gran cosa durante la primera mitad de la mañana. Cuando Joel se despertó, Frank ya estaba en pie, leyendo su pretenciosa literatura. Ese era el término que a juicio de Joel utilizaría Frank. No diría «libros». Diría «literatura».

Se habían sentado en la sala común en un silencio amigable y, a continuación, sin discutirlo ni planearlo, los dos habían salido al jardín para disfrutar de un paseo matutino. Habían bajado juntos hasta la puerta principal y habían avanzado en círculo por el pequeño sendero que los condujo bajo el grupo de árboles que hacían guardia con gesto imperial alrededor de los límites de la residencia-cárcel.

—Bueno —balbuceó Joel, incómodo con el cumplido.

—No fue propio de ti —dijo Frank con ligereza.

Joel agradeció la pulla. No era un hombre que estuviera acostumbrado a los elogios, que lo desconcertaban tremendamente. El intercambio de burlas, amables y sencillas, se acercaba mucho más a su terreno. Se trataba de un idioma que los hombres de su generación habían aprendido a hablar desde pequeños entre sí. Un idioma que él había heredado de su padre, quien demostraba el amor que sentía por sus hijos dándoles golpecitos en la cabeza desde una distancia razonable y diciendo «bien hecho». La primera vez que Joel oyó a un hombre diciéndole a otro hombre que le quería tenía unos treinta años. Y se sobresaltó. No era consciente de que a los hombres les estuviera permitido hacer algo así. Intentó no pensar en sus ramificaciones. En cómo esa falta de afecto, esa desviación del lenguaje, podían haber contribuido a dejarle en este aislamiento; en cómo ese idioma, esa cultura, podían haber convertido a su amigo en un marginado. Pero ya era demasiado mayor para cambiar sus costumbres.

—Creo que, cuando la Rino se entere, me meteré en un pequeño lío.

—¿Y eso?

—Es posible que les haya amenazado con tener una pataleta.

—Ya veo —dijo Frank mientras una sonrisa asomaba en sus labios.

—Es posible que le dijera a Angelica que me iba a cagar encima.

La risotada en la que estalló Frank asustó a varias aves, que abandonaron volando las ramas sobre sus cabezas. Él las observó mientras se elevaban y se secó una lagrimita del rabillo del ojo.

—Pobre mujer. Creo que ya te tenía un poco de miedo —dijo al fin, tras recuperar la compostura.

—Me temo que esto no ayudará —observó Joel.

—¿Qué le dirás a la Rino?

—No lo sé. No planeé las cosas con tanta antelación, para ser sincero.

—¿Estás preocupado?

—Un poco.

—¿Por la cosa del psiquiatra?

Joel dejó que la ansiedad lo atenazara de nuevo. La nube que nunca se alejaba demasiado, que siempre aguardaba el regreso de su mente para poder envolverlo, fusionarse con su entorno y nublarle su capacidad para pensar con claridad. Tenía tanto de cárcel como los muros de Hilltop. Iban a traer al psiquiatra. Él descubriría la nube. Joel no podía escondérsela tal y como haría Frank. Ellos se enterarían y entonces lo mandarían al pabellón psiquiátrico para arrebatarse la escasa dignidad que le quedaba.

—Me echarán de aquí, Frank. Me enviarán a algún lugar de mierda, perdona la expresión, y me atiborrarán a drogas y me moriré allí sin saber quién soy.

—Dios, Joel —Frank lo miró ansioso—. Y dicen que yo soy el de los dramas.

—No bromees con esto. No es gracioso —dijo Joel ignorando la máscara de De Selby y dirigiéndose directamente a Frank Adams.

—De acuerdo, de acuerdo.

—¿Qué le puedo decir?

—Para comenzar, que lo lamentas. Porque lo lamentas, ¿no?

Joel analizó su interior para ver si lo sentía. Encontró una chispa de remordimiento. Angelica era una mujer buena, había sido amable con él a su manera, y se mostraba dulce con los demás. Se reía mucho. Joel consideraba que su particular rama religiosa era demasiado chillona, le irritaba, pero difícilmente se merecía que la amedrentaran. La chispa de remordimiento se debía al convencimiento de que, si no fuera uno de los reos de la Residencia Carcelaria Hilltop, jamás se habría comportado de ese modo.

—Supongo que sí, un poco.

—Es un buen comienzo. Te la quitarás de encima.

Joel siguió pensando en el tema, inquieto, mientras andaban y le iba soltando patadas a las ramas y los tallos, a las agujas de pino y al musgo que cubrían el sendero bajo los árboles al final del jardín. Se dio cuenta de que aquello sería menos problemático si estuviera muerto. Dio por sentado que los cadáveres no sienten ninguna inquietud relacionada con la inutilidad de su existencia, y que no les preocupa lo más mínimo que te puedas sentir ofendido por ellos. Si hubiera seguido con su plan cuando se le ocurrió... Si se hubiera tragado las pastillas, o hubiera hecho un nudo a la medida de su cuello con el cinturón de la bata, no tendría que preocuparse por si había molestado o no a la enfermera jefe. No miraría hacia aquellos altos árboles pensando que se trataba de guardias que querían evitar que se escapara. Estaría en libertad. Libre de preocupaciones, libre de la falta de sentido.

Anduvo perdido en sus pensamientos hasta que pateó la raíz de un árbol y levantó la cabeza. Se dio cuenta de que nunca había recorrido ese sendero, y se sorprendió al ver que el muro se hundía ligeramente, lo suficiente para que pudiera ver desde arriba los jardines de las casas contiguas.

Hilltop ocupaba un terreno tan amplio que eran varias las casas que lindaban con la residencia, y en aquel soleado día de mayo vio a niños que se columpiaban o que jugaban a la pelota, que corrían sobre sus gruesas piernecitas bajo la supervisión de niñeras y canguros. Sonrió mientras observaba sus juegos y por un momento se olvidó de la muerte, del personal de enfermería y de los árboles guardianes, y se limitó a disfrutar de la sensación de ser un hombre que paseaba por el bosque.

—Ven aquí —le ladró Frank.

Joel había estado a punto de perder a su amigo en la pequeña maraña de árboles que marcaban el límite de la residencia. Pero Frank no se había alejado, sino que se había dirigido hacia el rincón en el que los muros que cerraban la propiedad por el este y por el sur confluían. Allí, apostada en el ángulo mismo, protegida de la luz del sol y húmeda por ello, descansaba una roca de gran tamaño.

Era una roca oportunista. Una roca conveniente. Yacía un tanto erosionada, con un surco natural que parecía un pequeño peldaño, a la altura perfecta para que cualquiera de los dos ancianos pudiera subirse a ella y encaramarse al muro. Este estaba construido alrededor de la roca, como si quizá, en algún momento de la historia de aquella antigua propiedad, la idea de subirse al muro para contemplar los alrededores hubiera tenido sentido. Presumiblemente, antes de que alguien construyera una casa al lado. Por encima del muro, con su perfecta roca-escalera, se veía el techo plano de un garaje. El único inconveniente eran los densos arbustos que bloqueaban el acceso a ella.

Tras haber visto los diversos jardines junto a los que habían pasado, Joel sabía que al otro lado la altura sería importante. Demasiado alta para cualquiera de los dos, pero la roca pedía a gritos que treparan por ella y el muro les hacía gestos para que fueran a sentarse en él. Quizá existiera una manera de descender por el otro lado si lograban llegar hasta allí arriba.

Joel volvió la vista hacia Frank, que estiraba el cuello para mirar el cielo en todas direcciones.

—¿Qué estás buscando? —preguntó Joel.

—Tengo la sensación de que este sería el momento adecuado para que un rayo de sol brotara entre las ramas e iluminara nuestra escalerita.

Joel frunció el ceño.

—Ese es el problema contigo, y con el cielo —dijo Frank—. No tenéis espíritu romántico. Ven, ayúdame a quitar estos arbustos.

Frank se recogió la bata y se puso a dar patadas a los arbustos, pero delicadamente, porque llevaba zapatillas. Con la ropa levantada, el pañuelo alrededor del cuello y sus intentos torpes y delicados para apartar la maraña de espinas, parecía haberse escapado de un corto de dibujos animados, y Joel estalló en carcajadas.

Frank lo observó con frialdad durante un instante, con un golpe de ingenio detrás de los labios para ponerle a él y a las carcajadas en su lugar, pero la risa de Joel era contagiosa y una sonrisa

comenzó a abrirse lentamente en su rostro. Entonces miró sus elegantes zapatillas en medio del barro y los arbustos, y la sonrisa se convirtió en risa, al principio avergonzada pero que fue ganando intensidad mientras Joel resollaba para controlar su propio júbilo. Los dos se quedaron ahí, en el pequeño claro, junto a la roca que acababan de descubrir, riéndose hasta que comenzaron a tener problemas para respirar.

Al final, las risas se apagaron y Frank avanzó con cuidado hacia la roca, que examinó con detenimiento mientras una sonrisa seguía extendiéndose por su vieja y arrugada cara.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Joel entre dos pequeñas réplicas del ataque de risa.

—¿Ahora mismo? Nada. Vamos a regresar a la habitación.

—¿Y luego?

—Luego practicaremos un poco de jardinería.

Aquella respuesta bastó para que Joel supiera que, de momento, Frank ya había dicho todo lo que tenía que decir sobre el asunto. Tenía un plan. Estaba tramando algo, como era su costumbre. A Joel no le iba a servir de nada empeñarse en sondear el funcionamiento interno del geniecillo. Además, aquello le estropearía la gran sorpresa.

Así que regresaron tranquilamente a la residencia, con la cabeza puesta en una roca-escalera y no en el suicidio. Joel pensó que quizá ofrecieran un aspecto un tanto absurdo, el hombre alto y vestido con elegancia que caminaba al lado del hombrecito con bata y pañuelo, pero, en vez de sentir vergüenza, enderezó la espalda un poco más y, al lado de su amigo, sonrió en dirección al sol matutino.

Al mediodía, las repercusiones del día anterior se presentaron para acosar a Joel. La Rino se plantó delante de él con su uniforme inmaculado y su expresión severa e inquebrantable. Joel respondió a su tranquila indignación con un muro de respuestas tercas y monosilábicas. En caso de decir algo más, temía que acabaría revelando el hecho de que le tenía miedo. Quizá ella ya lo supiera, pero no quería darle la satisfacción de demostrárselo.

—Amenazó con defecarse —dijo la mujer. No era una pregunta, sino una afirmación cargada de implicaciones.

—Sí.

Joel pensó que aquello era ligeramente injusto, pues no había pretendido que se lo tomaran en serio. Simplemente no quiso que lo engatusaran como a un niño. Valía la pena aferrarse a la escasa dignidad que sentía que le quedaba, y desde luego que no pensaba tirarla por la borda cagándose encima con una sucia protesta acerca de una velada de cine.

—¿Amenazó a un miembro del personal? —preguntó esta vez la Rino, con una ligera variación de tono al final que le quitó hierro a sus palabras.

—No.

—¿No?

—No.

Ella le miró a los ojos.

—¿No le dijo a la pobre Angelica que iba a gritarle?

La pobre Angelica. Joel se rio de la idea de la pobre Angelica. A la Rino no le importaba un pimiento la «pobre Angelica». Simplemente disfrutaba teniendo algo con lo que presionar a Joel.

Él, no obstante, seguía teniendo dificultades con la enfermera. Por simpática, amigable, cálida y cariñosa que pudiera ser, eran sus enormes manos sobre el cuerpo diminuto del señor Miller lo que Joel seguía viendo cada noche cuando cerraba los ojos para dormirse.

No dijo nada, sino que intentó sacar provecho de la mirada que le devolvió. Tenía la esperanza de que ella se echara atrás antes de que él perdiera la calma. Esperaba que no se le notaran los nervios por toda la cara.

—¿Entiende usted, señor Monroe, el motivo por el que eso resultaría problemático para nosotros?

—No —dijo él, aunque se sentía conmocionado por lo razonable que sonaba la mujer. Y por el sentido de todo cuanto decía.

—Lleva con nosotros cinco años, señor Monroe, y aunque no sea famoso por su ingenio, como el señor Adams, aquí presente... —Le dirigió una mirada fulminante a Frank, que estaba tumbado en la cama al otro lado de la habitación. También remarcó la palabra «ingenio», para que sonara como una vergonzosa enfermedad venérea que alguien pudiera contraer—. Siempre se le ha considerado un residente educado, tranquilo y respetuoso. Algo que en las últimas semanas parece haber cambiado.

—Hace unas semanas, nadie me obligaba a tomar la medicación —contestó Joel. Era una excusa pobre, lo sabía, pero no necesitaba que ella lo pusiera a caldo, no necesitaba que ella descubriera lo mal que se sentía en realidad.

—Hace unas semanas no teníamos que obligarle, señor Monroe. Entonces usted se tomaba encantado la medicación, una medicación, permítame recordárselo, que a usted le hace mucha falta.

—Fue antes de que me diera cuenta de que cualquier incumplimiento iba a significar que se me tachara de lunático.

—Nadie cree que usted sea un lunático, señor Monroe —su tono razonable era exasperante. Lo estaba haciendo a propósito, Joel lo sabía—. Pero, en definitiva, la súbita muerte del señor Miller quizá haya tenido un impacto sobre su salud mental.

Joel pensó que la implacable monotonía de una existencia sin sentido, encarcelado por su propia familia mientras lloraba la muerte del amor de su vida, quizá hubiera tenido también algo que ver, pero decidió no decirlo en voz alta. En su lugar, apartó la mirada de ella, con cierto infantilismo, y la dirigió más allá de la ventana, hacia el largo camino de acceso que conducía colina abajo hasta la puerta principal.

Joel no tenía respuesta. Ella lo había acorralado. No estaba bien y la mujer lo sabía, y las consecuencias de que lo supiera bien podían representar una prisión peor que aquella en la que estaba. Otra residencia, lejos de Frank, o una unidad psiquiátrica. Con vigilancia constante. Sin la oportunidad de acabar con todo, sin espacio para llevar a cabo su gran huida personal. El sinsentido, exacerbado por un espacio de confinamiento aún más severo, por tener que compartir

ese espacio con aquellos a quienes la vida había machacado, cuyas mentes había destruido. Tendría que suicidarse antes de que tuvieran la oportunidad de trasladarle.

Miró el camino de entrada y se devanó los sesos en busca de un suicidio que valiera la pena.

Ella se mantuvo inmóvil, su sola presencia le exigía una respuesta.

—Probablemente sea culpa mía —dijo Frank de repente.

El señor De Selby había permanecido terriblemente callado al principio de la conversación, refrenado presumiblemente por la autoridad absoluta de la Rino. Pero encontró su voz cuando Joel más la necesitaba.

—¿Disculpe?

—Habré sido yo quien lo ha puesto como loco —dijo Frank.

No llevaban mucho tiempo siendo amigos. En cierto sentido era difícil de creer, pero Joel sentía que conocía a aquel hombre. Que lo conocía bien. Que conocía su alma. En el escaso tiempo transcurrido desde que lo conoció, había aprendido a distinguir entre Adams y la máscara de De Selby. Había aprendido a reconocer los momentos en que el artista se preparaba para que le dieran la entrada, y cuando el hombre de verdad aparecía desde detrás de la máscara para dejar que el mundo viera su expresión triste, aunque fuera brevemente.

Joel sabía que su último comentario era puro De Selby, que estaba pensado a modo de interpretación, no de conversación. Había surgido de la nada para provocar una respuesta. Joel sabía perfectamente lo que su amigo buscaba. Un espectáculo para dos.

—Tú no has hecho eso —graznó prácticamente con indignación fingida.

—Claro que sí —respondió De Selby con indiferencia, casi de manera arrogante—. Tú te alteras por nada. Mi llegada alteró tu rutina. Te ha descentrado por completo.

—No te hagas ilusiones, capullo remilgado —replicó Joel, que intentó mantener la naturalidad de su actuación, ser creíble. El punto justo de desdén. Había tenido la práctica suficiente a lo largo de los años, sabría cómo hacerlo.

—Ah, mire —dijo Frank, condescendiente—. Está pasando de nuevo. Se ha puesto todo picajoso.

—Voy a venir y te voy a dejar todo picajoso en un minuto —replicó Joel.

Si la mujer se estaba tragando su actuación lo disimuló muy bien, pero la distracción le impedía apuntar con todas sus armas contra Joel.

—¿Sabe lo que este anciano gruñón hijo de su madre necesita, enfermera Ryan? —preguntó Frank en tono pomposo.

—Estoy segura de que me lo va a decir —contestó ella secamente.

—Necesita un poco más de ejercicio.

Ella guardó silencio y frunció el ceño. Quizá no se estuviera tragando el número de su pelea a dos, pero era un punto de vista que no había considerado.

—Ah, tú sabes lo que necesito, ¿eh? —añadió Joel, para mantenerla descolocada.

—Desde luego. Quizá mañana podría llevármelo fuera y enseñarle algunos de mis trucos de jardinería. Tuve un jardín muy bonito en la época en que me molestaba por tener un jardín muy bonito.

Otra vez la jardinería. El viejo granuja se guardaba algo en la manga, pero Joel no tenía ni idea de en qué les iba a ayudar plantar algunas flores y cortar la hierba. La Rino frunció el ceño con el doble de intensidad.

—No pienso cuidar de ningún maldito jardín —dijo Joel, lanzando el dado.

El ceño de la mujer se relajó mientras lo sopesaba.

—Quizá un poco de ejercicio sea lo que usted necesita, señor Monroe. He oído decir a menudo que el ejercicio es bueno para levantar los ánimos. Voy a organizarlo para que mañana se puedan unir al Club de Jardinería de Hilltop. La señora Clarke es amiga suya, ¿verdad? Estoy segura de que le encantará disponer de un par de manos más.

Joel fingió enfurruñarse. Apartó la mirada de ella y la dirigió hacia el jardín, solo que en esta ocasión no apuntó hacia la puerta principal, sino que sus ojos se desviaron hacia el rincón sureste, donde la roca les esperaba.

No dejó de mirarla hasta que la mujer salió de la habitación, y cuando ya estuvieron a salvo se volvió hacia Frank, que le dedicó un guiño ostentoso y una amplia sonrisa.

Esa tarde, Jim, *el Poderoso* volvió a vencer a Joel hasta las tablas por ahogado mientras Frank comentaba la partida para regocijo de la sala común. Una celebró la noticia de que Joel y Frank iban a unirse al Club de Jardinería con una cálida sonrisa que, a juicio de Joel, contó con un ápice de sospecha. Joel no podía guardar secretos; su cara era un libro abierto para cualquiera que se molestara en leerlo, así que pensó que era mejor no saber lo que Frank tramaba. Pero Joel también empezaba a comprender que Una Clarke no era ninguna tonta y había adivinado lo que había detrás del brillo en la mirada de su amigo. Una trastada.

Bastante rato después de la comida, Joel estaba sentado en el sillón, junto a la ventana de su habitación, cuando un coche pequeño y rojo que le resultó familiar comenzó a subir por la colina. Dentro iban Lily y Chris. Mientras tomaban las curvas del largo camino de acceso, su nieta le saludó con la mano y su nieto le dirigió una débil sonrisa.

Había pasado mucho tiempo desde la época en que era el favorito de sus nietos. De pequeños los había consentido de manera escandalosa. Los llevaba al garaje e intentaba enseñarles a reparar coches, igual que había hecho con su madre cuando era una niña. Eran demasiado pequeños, pero a él no le importaba: tan solo quería su compañía. Cuando descubrió que existía una brecha entre ellos, Joel se sintió triste y molesto, pero a medida que pasaban los años fue desarrollando sentimientos encontrados. Sin Lucey, todo le parecía irrelevante. Se había revelado un modelo, pero Joel fue demasiado egoísta o estúpido para verlo. Había permitido que se abriera esa grieta, primero con Eva, luego con Lily y Chris. Le habría costado tan poco tender un puente... pero la dejó crecer hasta que se volvió enorme e irreparable. Se preguntó si aún le quedaría tiempo para hacer algo, antes de irse.

Ahora, bajo esos sentimientos encontrados, y por primera vez en mucho tiempo, Joel se sintió excitado ante la idea de verlos. A Lily un poco más que a Chris, porque se había mostrado como una cómplice tan predispuesta el día anterior, con los DVD... Él no hubiera sabido siquiera por dónde comenzar a buscar esas cosas, y ella ya las tenía a primera hora de la tarde. Agradeció

haberse puesto el traje, para que no lo vieran envuelto en su ropa de cama, sentado otra vez con un humor taciturno. Por su parte, al parecer a Frank le resultaba absolutamente indiferente la idea de pasarse el día en pijama. A diferencia de Joel, no parecía deprimido cuando iba con bata. El garbo con que la llevaba le daba un aspecto cómodo e informal, en vez de depresivo y al borde del suicidio.

—¿Has venido a por los DVD, cariño? —le preguntó Joel a Lily cuando entraron en la habitación.

—Hola, abuelo —dijo ella dándole un abrazo. En muchas ocasiones anteriores, los abrazos habían sido superficiales, un gesto rutinario para mostrar un mínimo de afecto, pero aquel fue real, y cálido. Joel se lo devolvió—. No, quiero que os los quedéis. De hecho, me he comprado algunas copias. Y no me importaría que el señor De Selby me las firmara.

—El señor Adams —la corrigió Joel ligeramente.

—Deja a mi público tranquilo —le advirtió Frank—. Estaré encantado de firmártelos, querida mía. ¿Y quién es este fornido muchachote?

Chris le sonrió. Joel supuso que Frank y él se llevarían bien. Tenían la misma actitud despreocupada. En sus ojos brillaba la misma ansia de travesura y jaleo. Su nieto era tan alto como él pese a que le quedaba aún por crecer, y, aunque conservaba algo de la pose desgarbada de la juventud, Joel se lo imaginó ganando cuerpo para convertirse en un joven robusto e imponente. En realidad, con dieciocho años, ya era un joven, pero Joel se había dado cuenta de que, cuanto mayor se hacía, más elevaba el listón para considerar que alguien era adulto.

—Soy Chris —le dijo su nieto a Frank, tendiéndole la mano.

—Te juro, Joel, que a tus nietos les ha tocado la lotería genética. Tienen todas tus partes atractivas sin ninguno de tus defectos flagrantes. A este podrían haberlo hecho con tu mismo molde.

Chris y Lily sonrieron. Joel resopló sonoramente para hacer evidente su descontento.

—¿Y qué os trae a los dos por aquí? —preguntó Joel recostándose en el sillón mientras Chris se dejaba caer sobre el borde de la cama de Frank. Aquel era un territorio familiar para el muchacho, ya que se había posado en el borde de esa cama en numerosas ocasiones cuando sus visitas eran más frecuentes, porque estaba Lucey.

—Simplemente hemos pensado en pasarnos a saludar —dijo Lily mientras se paseaba distraídamente por la habitación.

—Una agradable sorpresa —dijo Joel.

—Sí. Como la llamada de ayer. Creo que ha sido la primera vez que me has llamado desde que Nana... —la voz de Lily se apagó al darse cuenta del impacto que tendrían sus palabras. Joel intentó que no se le notara, pero le dolió. En todo caso, se obligó a sonreír para que supieran que no estaba molesto.

—En fin —prosiguió Chris, intentando tapar la incomodidad—, que hemos pensado que podíamos pasarnos por aquí. A ver qué tal te iba. Comprobar que todo esté bien, ya sabes.

La excitación que Joel sentía por verlos se desvaneció. No habían ido a visitarle. Eran espías. Estaban allí para controlarle. La conversación entre Liam y Eva había conducido hasta eso. Una

visita casual para comprobar su estado mental. ¿Pensaban que era tan imbécil que no se iba a dar cuenta? ¿En tan poca estima tenían su inteligencia? Sofocó la rabia, la indignación que sentía ante aquella artimaña. Su informe iba a ser inmaculado. Iban a regresar ante su madre con las manos vacías. Quizá no fuera un mentiroso de campeonato, pero con aquella interpretación iba a superar a De Selby.

—Comprobar que todo esté bien. Por supuesto. Bueno, como podéis ver, todo marcha como de costumbre.

Teniendo en cuenta su historial de reticencia malhumorada, aquello era prácticamente revelador. Positivo. Vaya si les sorprendió. Joel encontró un pequeño placer en la idea. Podía embaucarlos a todos. Les iba a dar una lección.

—¿Y bien? —probó suerte Lily—. ¿Hubo noche de DVD? Debió de estar bien...

—Fue maravilloso, Lily, querida —dijo Frank mientras Joel se pegaba la sonrisa a la cara—. En la cuarta temporada yo estaba en mi momento álgido. El equipo de guionistas, el resto del elenco, los buenos realizadores... Honestamente, me sorprende haber acabado aquí y no en alguna mansión de Beverly Hills.

—¿Y lo organizaste todo tú, abuelo? —preguntó Lily, que no se dejó distraer por los esfuerzos de Frank.

—Con un poco de ayuda —dijo Joel, aún con su cordial sonrisa.

—Qué bonito —comentó ella, aunque él supuso que fue más bien por decir algo.

—¿Una partida de cartas? —preguntó Frank, que había leído la situación y sabía que Joel se había encerrado en sí mismo.

Se sentaron, se pusieron cómodos y ocultaron el verdadero motivo por el que estaban allí con una cháchara amigable. Clubs nocturnos, bares, trabajos universitarios, compras, fútbol. Una conversación banal que disfraczaba un motivo más profundo. A Joel le irritaba que tanta gente estuviera físgando en su vida. Que no pudiera guardarse nada para sí mismo, ni siquiera su propia aflicción. Él también jugó una mano, a los Corazones. No era mal jugador, pero debería haber adivinado que Frank se convertiría en el mejor de los cuatro. Él jugó para esconderse de ellos, para evitar que descubrieran lo que no tenía la menor intención de revelar, hasta que finalmente se rindieron.

Frank se dedicó a sonreír por su victoria mientras ellos comenzaban a recoger sus cosas.

—Abuelo —le dijo Lily muy seria, mientras se ponía el abrigo—. Me gusta ver que estás saliendo un poco de tu concha.

Él asintió de la manera más paternal posible sin llegar a perder la sonrisa de cordialidad. Era la sonrisa de una cara de póquer.

—Me alegro de verte, cariño —le dijo.

—Tengo que volver para que juguemos de nuevo —le dijo Chris a Frank con su actitud relajada y segura. De no separarles más de cincuenta años, podrían haber sido amigos.

—Y abuelo —añadió Lily mientras se acercaba a darle un abrazo—. Por favor, por favor, llámame siempre que necesites algo. Lo que sea. ¿De acuerdo?

Quizá lo dijera en serio. Quizá, en algún lugar de su interior, quería llegar hasta el hombre que

había sido su abuelo. Quizá había experimentado el mismo chispazo de reconocimiento que él, el día anterior. Una conexión familiar que se había perdido mucho tiempo atrás pero que no había quedado olvidada. Pero lo único que Joel vio fue una intromisión más. Más trabajo policial por parte de su hija. Una nueva intrusión en su cabeza.

Mientras abrazaba a su nieta se descubrió pensando que iba a ser duro dejarla atrás, dejar atrás a toda su familia. «Pero más difícil sería —pensó— tener que quedarme aquí con ellos.»

Cuando se marcharon, habiendo acabado su investigación del día, Joel se estiró sobre la cama. A su lado, Frank mantenía un silencio sospechoso, nada habitual en aquel artista tan sociable.

—¿Te pasa algo? —preguntó Joel.

—Pensaba que ha estado bien que vinieran de visita. No tenías que haber sido tan frío con ellos.

—No he sido frío —mintió Joel.

—A mí no me vengas con esa mierda. Lo he visto. En cuanto han mencionado a tu esposa, has cerrado el pico.

—En realidad, he cerrado el pico cuando me han contado que habían venido a espíarme.

—Estás paranoico.

Joel lo consideró. Existía una posibilidad, una ligera posibilidad, de que de veras hubieran ido a pasar el rato con él, pero no era suficiente. Se parecía demasiado al tipo de control que venían ejerciendo sobre él durante los últimos años. Se parecía demasiado al control que había perdido sobre su propia vida como para que pudiera sentirse cómodo con ello.

—Quizá lo esté, Frank —suspiró—. Quizá lo esté, pero da igual. Si lo estoy, se debe a que ya no puedo confiar en nadie para que me traten como a un hombre adulto. No puedo confiar en nadie para que me dejen tranquilo. Para poder seguir mi propio camino, para no tener que vivir día tras día en este pequeño y agradable cuchitril.

Frank se mantuvo en silencio, absorbiendo lo que le decía. Era un momento filosófico para ambos.

—Puedo confiar en ti, ¿verdad que sí, Frank?

Le resultaba mortificante tener que hacer esa pregunta. Sobre todo, porque en el momento de hacerla Joel supo que necesitaba poder confiar en su amigo. Tener a una persona que le permitiera vivir, o morir, como él quisiera. Que le ayudaría si él así lo deseaba, y que le dejaría en paz en caso contrario.

—Puedes confiar en mí, Joel. Te lo prometo.

Joel sintió un alivio casi físico. Suspiró con él.

Antes de que pudiera darle las gracias a Frank, el enfermero Liam entró afanosamente en la habitación.

—¿He interrumpido vuestro momento? —preguntó.

—Para nada, compañero —dijo Frank, regresando rápidamente al modo De Selby—. Estábamos reflexionando sobre la mortalidad.

—Qué macabro —los regañó Liam, aunque tuvo el sentido común de no hurgar más en el tema. Realmente, era una tontería decirles a dos ancianos de una residencia que no podían hablar sobre la muerte.

—Tengo entendido que la enfermera Ryan ha hablado contigo esta mañana, Joel...

—Sí —contestó Joel. Aún no le había perdonado al enfermero Liam que hubiera estado parlotando a sus espaldas, pero, en ese momento de alivio, de saber que tenía a alguien, a alguien importante, para ayudarlo, Joel no se sintió de humor para tomarla con el joven.

—Espero que no estés enojado conmigo. Es solo que me preocupo por ti.

—Lo sé, y lo valoro. ¿Puedes valorar tú que tu preocupación, toda tu preocupación, me está asfixiando?

Liam lo observó durante un momento. Un largo momento. Joel vio que el joven intentaba llegar a una conclusión, que se esforzaba por ponerse en su piel, por comprender las emociones de aquel viejo cascarrabias.

—Creo que sí puedo —dijo al fin.

—Entonces, usted y yo nos llevaremos bien, enfermero Liam. A veces simplemente necesito que me dejen remar en mi propia canoa.

—Lo entiendo. Tú... —dudó por un instante, incómodo en aquellas aguas nuevas y desconocidas—. Sé lo que es que la gente intente obligarte a ser algo que no forma parte de ti.

Mientras lo decía, el enfermero dirigió una mirada a Frank. Fue algo breve, un parpadeo apenas. Lo comprendió. De algún modo sabía por lo que Frank estaba pasando. En un nivel u otro lo entendía. Frank evitó diligentemente el contacto visual, aunque algo flotaba ahora en la atmósfera. Joel pensó que quizá él también lo comprendía. Liam era lo que Frank había perdido por no haberse permitido nunca ser como Liam. Abiertamente gay, sin preocuparse por lo que ninguno de aquellos ancianos pensara al respecto.

Al demostrarle aquella comprensión intuitiva, Liam telegrafió a Joel que iba a experimentar la misma compasión cuando él ejecutara al fin su plan. Ahora había al menos dos personas que entenderían por qué lo había hecho cuando él ya no estuviera allí.

—Entonces, ¿tú y yo nos vamos a entender mejor? —le preguntó Joel a Liam. La pregunta estaba cargada y esperó que Liam entendiera sus implicaciones: «¿Me dejarás ser el adulto que soy?».

—Estoy convencido de que sí —dijo Liam con suavidad, y pasó a mirar a Joel de manera extraña, igual que Lily. Como si viera que algo se había agitado y cobrado vida dentro del anciano, allí donde antes solo había una cáscara. Qué irónico, pensó Joel, que pudieran ver cómo se agitaba la vida justo cuando él se disponía a borrarla.

—¿Vive y deja vivir? —preguntó Joel con una sonrisa.

El enfermero Liam asintió con lentitud mirándolos a los dos y salió de la habitación.

Joel dejó reposar el momento antes de volverse hacia Frank.

—¿Cuál es el plan para mañana? Sé que te estás guardando algo en la manga —dijo mirando a su amigo, que estaba tumbado en la cama.

Frank esbozó una sonrisa ligera, hermética.

—El plan para mañana es que nos vamos a fugar de aquí y vamos a encontrar un lugar donde podamos planear esa despedida final tuya. ¿Qué te parece?

El viejo actor se inclinó todo lo que pudo sobre el espacio que los separaba sin llegar a caerse de la cama y le susurró su idea.

Capítulo trece

Al día siguiente, temprano, Joel y el resto de prisioneros del Club de Jardinería de Hilltop salieron a la nublada mañana de mayo. Frank, especialmente lleno de energía y de entusiasmo, se había vestido con lo mejor que tenía, un traje de tweed con chaleco. Su cabello largo, que se rizaba de forma natural en las puntas, rebotaba sobre su pañuelo de cuello. Los miembros del Club de Jardinería lo observaron con recelo cuando pisó la hierba con sus zapatos de piel recién lustrados. La señora Clarke chascó la lengua y negó con la cabeza, pero no dijo nada.

Esa mañana, durante la hora del desayuno, les había dirigido una sonrisa cómplice a los dos desde el otro extremo de la sala común. Joel le devolvió un asentimiento grave y esperó que ella no percibiera el recelo y la culpa en la expresión de su cara. Seguía sin lograr decidir lo que Una Clarke significaba para él, pero en aquellos últimos tiempos se había notado más feliz en su compañía de lo que venía siendo normal desde hacía mucho. Se preguntó si también le iba a costar despedirse de ella cuando llegara la hora.

Fue la idea de su fin inminente lo que le devolvió de golpe al presente. Tenía trabajo que hacer. El plan no era complejo, pero requería de una cierta sincronización y de un poco de suerte. Si Frank estaba en lo cierto, nadie prestaría atención a las herramientas que se llevaran, pues solo eran dos ancianos que habían salido a pasar el rato practicando la jardinería. Cuando llegara el momento, tenían que atacar. Puesto que el Club de Jardinería contaba con veinte miembros, Frank supuso que nadie se daría cuenta de sus idas y venidas.

Plantado al lado de Frank, Joel intentó mantener su excitación nerviosa bajo control mientras Una explicaba lo que se tenía que hacer. Frank se pasó el rato asintiendo, como si lo estuviera entendiendo todo. Joel prácticamente podía sentir los ojos de la Rino clavados en él desde algún punto en el interior de la residencia. En su imaginación, la mujer estaba parada al lado de una ventana, observándolo. Observándolo solo a él.

Cuando la sesión informativa llegó a su fin, el grupo se dirigió hacia el cobertizo de las herramientas, que se apoyaba en el muro oeste, detrás mismo de la residencia. De su interior cogieron las tijeras de podar, las azadas y unos gruesos guantes de trabajo. Frank tenía un aspecto tan ridículo con su viejo y desgastado traje, los guantes y el azadón apoyado en el hombro que Joel no pudo evitar sonreír.

—Caballeros, ¿qué trabajo les apetece hacer esta mañana? —preguntó Una mientras los grupos comenzaban a separarse, cada uno a su tarea.

—Hemos pensado —dijo Frank— que abajo, junto a la puerta de entrada, hay un trozo de terreno que necesita un poco de atención.

—Abajo, junto a la puerta de entrada, ¿eh? —preguntó ella.

—Allí habrá menos probabilidad de que molestemos a nadie —añadió Joel.

—Así es —contestó ella, que ahora sonreía ampliamente.

—Y es un buen día para hacerlo —dijo Frank—. Me muero de ganas de ponerme a trabajar.

Ella le miró de arriba abajo con paciencia, y le arregló distraídamente el cuello de la camisa.

—Intentad no meteros en muchos líos —dijo mientras se alejaba—. Y no estropeéis mis flores —añadió de pasada.

Posiblemente sabía que tramaban algo, pero no tenía intención de impedirselo.

—En marcha —dijo Frank secamente. Quizá hubiera hecho un buen trabajo al aparentar que estaba relajado, pero Joel detectó en él señales de la misma energía nerviosa que sentía en su interior.

Fingiendo despreocupación, bajaron por el camino de acceso y, en el parterre que había al final del mismo, montaron una ruidosa representación; luego, tras comprobar subrepticamente que nadie los observaba, se ocultaron entre los árboles.

—Entonces, ¿qué haremos cuando lo hayamos limpiado? —preguntó Joel mientras avanzaba por el sendero, que estaba cubierto de agujas de pino.

—Cuando lleguemos a ese puente, lo cruzaremos —contestó Frank, que ponía mucho cuidado en elegir dónde pisaba para no rascarse los zapatos.

Al menos, Joel había escogido la vestimenta más útil que tenía. En su día había contado con monos para trabajar en el garaje, un par de tejanos y unas botas macizas. Aunque al jubilarse los jubiló a ellos también, todavía guardaba entre su ropa unos pantalones apropiados, unos zapatos robustos y un cálido suéter de lana. Él al menos no tenía un aspecto ridículo para ser un hombre que se disponía a trabajar en el jardín. Mientras avanzaban junto al muro, pasando cerca de las partes traseras de las casas de sus vecinos, Joel pensó que podía notar la llamada de la roca. De aquella perfecta escalerita recóndita, apartada, que no había visto en ninguno de sus paseos pese a todo el terreno que había recorrido durante los años que llevaba en Hilltop, una pequeña piedra preciosa que yacía allí enterrada. Supuso que le debía agradecer a Frank el descubrimiento, pero se lo guardó hasta ver cuánto estaba dispuesto a trabajar el hombre para acceder a él. Joel sospechaba que no lo dejaría extenuado.

De repente estaban allí. La roca parecía algo más resbaladiza que el día anterior. Supuso que la luz del sol no llegaría en ningún momento a ese rinconcito de la propiedad, pero siguió pareciéndole majestuosa. No así los arbustos que tenía delante. Eran densos, retorcidos, de raíces profundas, pero Joel se encontró sonriéndole a su amigo, y descubrió que Frank le devolvía la sonrisa mientras colgaba la chaqueta de una rama y se aflojaba el cuello de la camisa. Joel se arremangó y los dos se pusieron herramientas a la obra. Joel sintió de manera casi instantánea lo agradable que era regresar al trabajo. Tener algo que hacer. Una tarea, un objetivo.

Comenzaron talando los arbustos más tupidos y exteriores, cortando con una energía que Joel creía haber dejado atrás algunos años antes, y, cuando hubieron arrancado la peor parte, se pusieron a cavar con el azadón el suelo alrededor de la base de algunos de los arbustos más gruesos.

La primera fase del plan no era compleja, solo tenían que usar las tijeras y la azada para abrir

un sendero entre los arbustos por el que llegar a la roca. Tuvieron que esforzarse durante una hora y media y, al acabar, después de desembarazar el espeso sotobosque lo suficiente como para poder pasar a través de él, Joel se sintió excitado como nunca desde que llegara a Hilltop.

Sin decirse nada, los dos se adentraron por el pequeño sendero que habían abierto y, con Joel a la cabeza, subieron por la escalerita. Este tenía los brazos cansados por la labor, le dolían las articulaciones. El cuerpo le estaba decepcionando de mala manera. Su espíritu era voluntarioso, pero su avanzada edad le decía que era débil. Ignoró las protestas y, con torpeza e incomodidad, se subió al muro y se sentó en él. Al ser más bajo, Frank se limitó a cruzar los brazos sobre la parte superior de la pared y apoyó el mentón en ellos.

Al otro lado había una altura notable. Estaban a más de tres metros del suelo. Estaban a tanta altura que, de hecho, Joel se encontraba al mismo nivel que el techo del garaje de una de las fincas vecinas, y tan cerca de él que, de haber tenido la confianza suficiente en su propio cuerpo, podría haber estirado los brazos y trepado por él. Era peligroso, y Joel gozaba con ello. Dejó que sus pies quedaran colgando sobre el patio que corría junto al lateral del garaje, y se quedó allí sentado.

El patio del vecino estaba limpio, bien cuidado. En la parte posterior de la casa sobresalía una pequeña galería llena de juguetes y de libros para colorear y de ceras para pintar. Esperó que ningún niño decidiera que quería jugar en ese momento. Temía que pudieran llevarse un susto al ver a aquellos dos hombres que asomaban la cabeza por el jardín trasero de su casa.

Al pie del muro, pegado a él y a poca distancia de donde se había sentado Joel, había una amplia carbonera. Era una de esas cosas provisionales de plástico. Midió la altura a ojo.

—Es demasiado alto para que nos dejemos caer —le dijo a Frank.

—Es demasiado alto para que tú te dejes caer —le corrigió Frank.

—Oh. Crees que tú podrías hacerlo, ¿no?

—Bueno, sigo siendo ágil. Tú, en cambio, estás hecho con piezas de segunda mano.

Joel se sentía como si estuviera hecho con piezas usadas, piezas oxidadas que no encajaban entre sí como deberían, pero Frank no tenía por qué decirlo tan abiertamente.

—Sigo pensando que es demasiado alto.

—Y yo pienso que eres un gallina, pero ese es un problema para más adelante. Es la hora de la segunda fase.

A regañadientes, con lentitud por los dolores y calambres que sentía, Joel volvió a pasar las piernas por encima del muro y regresó al territorio de Hilltop. Durante un breve momento se había sentido libre, pero al bajar de su pequeña y perfecta roca sintió que las paredes volvían a cerrarse en torno a él.

—¿Cuál era la fase dos? —preguntó.

—Arreglamos el parterre de delante y nos reunimos con los demás, que nos estarán esperando. Subimos, comemos o nos tomamos un té o lo que sea que haga el resto, y por la tarde volvemos...

—¿Para qué vamos a arreglar el parterre?

—Porque si alguien viene a controlarnos tiene que parecer que hemos sido productivos, y si no nos movemos ahora los tendremos encima en un abrir y cerrar de ojos. Si crees que no nos está

observando...

Dejó morir la frase, la amenaza era más que implícita. No cabía duda sobre a quién se refería.

Pese a que con cada paso que lo alejaba de la roca, Joel se iba sintiendo un poco más atrapado, se mantuvo igual de decidido. Aunque en modo alguno podría dejarse caer, Frank estaba confiado. Y, si Frank podía bajar, bueno, entonces ya se les ocurriría algo.

Arreglaron el parterre, lo limpiaron de malas hierbas, voltearon la tierra, reorganizaron algunas flores; ya estaban acabando cuando el enfermero Liam y Una llegaron para ver qué tal les iba y para llevárselos de vuelta a la casa a tomar el té. Los dos sudaban profusamente y mostraban todas las marcas de su trabajo al otro lado de la línea de árboles, si Una o Liam sospecharon que había algo fuera de lugar, no dieron muestra de ello.

Joel se bebió el té y escuchó la cháchara ociosa sobre jardinería con toda la paciencia que pudo reunir. La roca seguía allí abajo, y el muro también, y detrás de él le esperaba otra cata del sabor de la libertad. Otra oportunidad para escapar de la monotonía. La oportunidad de volver a sentirse un hombre, de salir por su cuenta, consigo mismo y con su amigo como única compañía, de decidir cosas, de hacer cosas siendo alguien, mientras que en ese momento tenía que permanecer ahí sentado escuchando un cotorreo indolente. Era prácticamente insoportable.

Pese al dolor en las articulaciones, llevaba muchos años sin sentirse tan vivo. El dolor de rodillas y de pies y de manos que le había provocado el uso de la azada se veía equilibrado por un sentido de la vitalidad y de la energía de los que evidentemente carecía unas semanas atrás, cuando al mirarse en un cristal protector vio que un esqueleto le devolvía la mirada.

Daba la sensación de que, en su apuro por morir, realmente estaba disfrutando de la vida.

—Pareces inquieto, Joel —le dijo Liam mientras le arreglaba la vía intravenosa a la señora Reddan.

—Simplemente tengo ganas de volver al trabajo —contestó Joel honestamente.

—Bien. Eso es fantástico. Me alegra verte con más energía, con entusiasmo.

Parecía genuinamente satisfecho. Joel resistió la urgente necesidad de burlarse de él. Como si un poco de jardinería pudiera representarle una especie de alivio de la monotonía de Hilltop, joder.

Frank estaba más tranquilo, pues claro que sí. El actor no sabía lo que era la presión, siempre estaba relajado, siempre fresco, pero, cuando el Club de Jardinería comenzó a reunir a sus miembros para retomar las tareas que tenían entre manos, Joel percibió la anticipación en él. Frank había aprovechado la pausa del té para quitarse el polvo y acicalarse, y volvía a tener un aspecto completamente inmaculado y absolutamente ridículo.

—¿Estás preparado? —le preguntó a Joel mientras se levantaban de la mesa en la sala común.

Joel asintió.

—Bien, ve bajando la colina y llévate las herramientas. Espérame junto a la roca. Si no he llegado en cinco minutos, espérame un poco más.

Joel tuvo que reírse. Con toda la excitación, no creyó que fuera capaz de contar chistes, pero nada podía con Frank. Salió al jardín cargado con dos azadas y dos pares de tijeras de podar y los guantes de trabajo, como si planeara continuar con la excavación junto a la puerta principal, pero,

cuando se quedó solo al pie de la colina, apoyó las herramientas contra un árbol e hizo un esfuerzo deliberadamente torpe por esconderlas. Si alguien las encontraba pensaría que habían intentado ocultarlas y que aprovechando el jaleo se habían escapado por la puerta principal.

Comprobó que no hubiera nadie en los alrededores antes de agacharse para cruzar la línea de árboles. Acabarian enterándose de que los dos hombres habían desaparecido, pero con un poco de suerte tardarían un rato en hacerlo.

Joel había recorrido la mitad del sendero que llevaba hasta la roca bajo el dosel de árboles cuando comenzó el alboroto. La alarma de incendios, que repiqueteaba en el silencioso mediodía de principios de mayo. Joel se rio entre dientes. Prácticamente podía ver a Frank de pie sobre su cama, prendiéndole fuego a un trozo de papel y agitándolo debajo de los detectores de incendios. La alarma iba a poner en marcha una serie de protocolos, y el personal de enfermería se iba a desplegar para registrar las habitaciones y reunir a los residentes. En medio de todo ese barullo, ellos iban a escaparse y, cuando las aguas volvieran a su cauce, el personal comprobaría las salidas de emergencia del muro oeste, en la parte posterior de la residencia, y no bajarían hasta el rincón sudeste que ellos acababan de descubrir. La fase dos siguió perforando el aire con su estridente pero innecesaria alarma y Joel se apoyó en el muro a esperar.

El timbre de la alarma era terrible e insistente, y Joel se sintió mal por la ansiedad innecesaria que les estarían provocando a los demás residentes, pero necesitaban aquella distracción. Necesitaban una vía de salida.

Esperó y esperó, y ya comenzaba a ponerse nervioso cuando Frank apareció entre los árboles, avanzando con mucha delicadeza.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó Joel enojado.

—Tuve que volver a por la libreta.

—¿Qué libreta?

—Mi libreta. Si vamos a planear tu suicidio, tendré que tomar notas. *El insólito final del señor Monroe* no se escribirá solo.

—Así que me has tenido esperando para ir a coger una maldita libreta.

—Esperar es bueno para ti, Joel. Forja el carácter. En cualquier caso, tienes demasiada prisa para acabar con todo.

—¿Sabes qué más sirve para forjar el carácter? Un puñetazo en los dientes.

—¿Por qué contigo hay violencia siempre? —preguntó Frank mientras se metía entre los arbustos para subirse a la roca-escalera—. Toda esa agresividad no puede ser buena para tus *chakras*.

—¿Mis qué?

—Da igual. No tiene sentido reírse de ti si no entiendes lo que te digo.

Joel hizo una mueca de dolor. El golpe había sido doble. Se había reído de él y él no lo había entendido.

—Dos puntos para ti —admitió de mala gana.

—¿Ahora llevamos la cuenta? Es bueno saberlo. Ven, ayúdame a bajar.

Pese a su avanzada edad, el hombrecito se las había arreglado para encaramarse al muro, pero

se retorció y tambaleaba en su intento por encontrar la posición que le permitiera dejarse caer sobre la carbonera.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Joel, desconcertado.

—Quiero que... como que... —Frank hizo un gesto vago—. Ya sabes.

—No. No lo sé. ¿Cómo demonios se supone que he de ayudarte a bajar?

—Por Dios, Joel, no es tan difícil. Solo tienes que... —Se tambaleó y gesticuló a la vez.

—No sé lo que eso significa.

—Me cago en la puta. Ven aquí arriba y sujétame y simplemente... —Volvió a gesticular, pero esta vez tambaleándose más.

—Voy a tirarte del muro como no te expliques mejor.

A su espalda, la alarma dejó de sonar. Los dos se volvieron en dirección a la residencia.

—Será mejor que nos apresuremos —dijo Frank con seriedad—. Ven aquí y sujétame.

Joel subió por la escalera y extendió los brazos hacia su amigo. Se sentía torpe e incómodo. Intentó decirse a sí mismo que la orientación sexual de Frank no tenía nada que ver con ello, pero era mentira. Y había olvidado la asombrosa habilidad de su amigo para leerle la mente.

—Deja de meterme mano, pervertido —le dijo Frank—. Solo necesito que...

Se tambaleó haciendo gestos con la mano.

Con un suspiro, Joel lo comprendió al fin y, con notable reticencia, se sentó de manera que Frank quedara entre sus piernas. Fue dolorosamente consciente de su íntima cercanía cuando puso las manos bajo sus brazos y ayudó al hombrecillo a bajar lentamente. Por su parte, Frank estiró las piernas y las apoyó contra la pared lateral del garaje para frenar el descenso y ahorrarle algo de peso a Joel.

A mitad de la operación, Joel sintió que el deseo de reír crecía en su garganta. Intentó sofocarlo, pero su efervescencia lo estaba atravesando ya. Sus brazos y su pecho comenzaron a sacudirse. Si los dueños de la casa o cualquiera de sus hijos hubieran salido en ese instante, se habrían encontrado con dos septuagenarios, uno de ellos a la mitad de bajar el muro, que intentaban escaparse de su residencia mientras los últimos ecos de una alarma de incendios seguían flotando en el aire.

—Deja de reírte —dijo Frank con voz entrecortada y con las piernas aún apoyadas contra la pared lateral del garaje—. Harás que me caiga.

—No puedo —Joel respiró entre dos carcajadas ahogadas.

Frank se las arregló para dejar una pierna suelta y tanteó bajo su cuerpo en busca de la parte superior de la carbonera, que llegó a rozar con los dedos de los pies.

—Un poco más —dijo sin respiración mientras intentaba mantenerse en el aire.

Joel lo bajó un poco más, pero la necesidad de romper a llorar de la risa no hacía más que aumentar. Por su culpa, estaba casi mareado. Intentó no pensar en la posibilidad de que le diera un derrame de tanto reírse. Hubiera sido indignantemente irónico que se muriera en plena huida para poder planear su muerte. Sería un buen final para *El insólito final del señor Monroe*, pero un final de mierda para su vida.

De repente, el peso entre sus manos desapareció. Y, durante un momento aterrador, pensó que

había dejado caer a su amigo, pero Frank aterrizó sano y salvo sobre la carbonera, y se volvió con el ceño fruncido hacia el muro y hacia Joel.

—Estoy tentado de dejarte ahí arriba —dijo con un susurro ronco.

—¿Por qué susurras? —preguntó Joel, recuperando la compostura.

—Porque si hay alguien en esta casa nos van a arrestar, gilipollas.

Aquello puso punto final al galope de Joel. ¿Y si los arrestaban? Se trataba —señaló para sí mismo— de una idea ridícula. Iba de camino a planear su propio suicidio. ¿Y qué si lo arrestaban? Aun así, los nervios no lo abandonaban nunca.

—¿Cómo puedo bajar? —preguntó al fin.

—No lo sé. Dame un minuto.

—¿Qué quiere decir que no lo sabes? Nos deben de estar buscando ahora mismo.

—Sí, pero estarán buscando en las salidas de incendio o en la puerta principal. Esa era la idea de la fase dos.

—Bueno, pero irán rápido. Tengo que bajar.

Frank se volvió y se fue a registrar el jardín trasero del vecino, comprobando las ventanas para asegurarse de que nadie los estuviera observando. Al cabo de unos minutos regresó con una escalera.

—La he encontrado en el cobertizo —dijo mientras la apoyaba al lado de la carbonera.

—Debo asumir que lo que estamos haciendo quebranta diversas leyes, ¿no? —preguntó Joel mientras estiraba delicadamente el pie en busca de apoyo. Lo hizo con cuidado, con mucho cuidado. Caer de una escalera sería una muerte peor que de un derrame. No sabía por qué lo sabía, pero lo sabía.

—Ninguna de las importantes —le tranquilizó Frank, asiendo la escalera para mantenerla en su sitio.

Cuando Joel puso los pies en el suelo, los dos se miraron durante un instante y se echaron a reír. Sin pensárselo, Joel estiró los brazos y tiró de su amigo para abrazarlo.

—Pongámonos en marcha —dijo Frank cuando dejaron de reírse.

Volvieron a guardar la escalera en su lugar y, despreocupadamente, como si tuvieran todo el derecho del mundo a estar allí, se encaminaron hacia la puerta de entrada del jardín del vecino. Joel esperaba oír de algún tipo de grito. Alguien que les dijera «¿Adónde creéis que vais?» o algo parecido, pero el grito no llegó y los dos salieron de allí tranquilamente.

Joel se detuvo a contemplar la galería, repleta de juguetes de todas las formas y tamaños. Osos de peluche despatarrados perezosamente junto a cuerpos de muñecas, y trenes y camiones por doquier. En la pared de al lado de la puerta que comunicaba con la casa habían colgado una colección de dibujos y pinturas. El artista había firmado cada una de las imágenes, y Joel se imaginó a dos padres amorosos que observaban cariñosamente a sus pequeños prodigios mientras colgaban sus manualidades de las paredes.

Había tantos juguetes creativos, para construir, para montar, para arreglar, que Joel vio en su imaginación el tipo de amor y dedicación que nunca le había dado a Eva. Su madre había sido la compañera de juegos; su padre, una cosa severa y silenciosa. Había pasado muchas horas en su

compañía, pero solo donde él quería estar, delante del televisor viendo el fútbol, o en su garaje mientras trabajaba. No recordaba que le hubiera dedicado algún momento en que fuera ella quien decidiera lo que iban a hacer o adónde iban a ir. Se esforzó por recordar un solo juguete que le hubiera pertenecido, y reparar en la distancia que le había separado de su hija hizo que se le formara un nudo en la garganta.

—¿Algún problema? —preguntó Frank mientras miraba por la ventana aquella montaña de juguetes.

—No —dijo Joel.

—Un crío con suerte —observó Frank.

—Unos padres con suerte —contestó Joel, y se alejó.

Atravesaron la urbanización, una pequeña colección de casas unifamiliares y suburbiales, con maceteros y grandes jardines y caminos de acceso en los que cabían dos coches, para emerger en la larga carretera que conducía hasta las puertas de Hilltop. El lugar parecía estar lejos, pero no lo suficiente como para que alguien que los estuviera buscando dejara de reparar en aquellos dos ancianos.

La parada en la que fueron a esperar el autobús estaba dolorosamente desprotegida, contra la pared de la escuela del lugar y a plena vista de la puerta principal de Hilltop. No obstante, Joel, que observó detenidamente la puerta de la residencia en busca de señales de que alguien venía a por ellos, no vio movimiento alguno; la puerta no se abrió. Aun así, experimentó una arrolladora sensación de alivio cuando el autobús se detuvo para llevárselos camino de la ciudad.

—Espero que esta vez hayas traído dinero —le dijo Frank mientras se sentaban el uno al lado del otro, hacia la mitad del autobús.

—¿Y tú? —contraatacó Joel.

—No lo necesito. Soy el cerebro de la operación. Tú eres el músculo y el dinero.

Joel se palpó el cuerpo, encontró la billetera en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Lo he traído.

Frank le sonrió mientras Hilltop se desvanecía a su espalda.

Capítulo catorce

El autobús rodaba hacia el centro de la ciudad sin prisa aparente, y Joel disfrutaba de aquella falta de urgencia sentado en un cómodo silencio al lado de Frank. Se preguntó por lo que pensarían los otros pasajeros de ellos. Dos ancianos que habían salido de excursión. ¿Se le notaba la culpa y la aprensión nerviosa? ¿Podían ver el miedo que tenía a que lo pillaran? ¿O los demás pasajeros no pensaban nada sobre ellos? ¿Se habían vuelto invisibles a su propia manera? Tan solo un par de ancianos que iban de un lugar a otro.

—¿Adónde? —preguntó.

—¿Adónde te apetece? El mundo es nuestra ostra.

—¿Sabes? Nunca he probado las ostras.

—¿Quieres ir a comer ostras?

—No, es solo que he oído esa expresión un millón de veces y nunca la he entendido.

—Eso es casi filosófico por tu parte, Joel. Si no te andas con cuidado, acabaremos descubriendo al artista que hay en ti.

—Uff —Joel se mofó de la idea abiertamente, pero tuvo que admitir que había disfrutado de sus pequeños roles interpretativos bajo la mirada vigilante de Frank. Pensó que el espectáculo que le habían ofrecido a la Rino el día anterior había sido especialmente magistral.

—Oh, puedes fingirte indignado todo lo que quieras. Pero me apuesto algo a que te has pasado toda la vida rogando en silencio por que te dieran un papel principal.

—Me he pasado toda la vida trabajando. Eso es lo que he hecho.

—¿Te arrepientes?

—Sí y no —admitió Joel—. Creo que descuidé a Eva por eso. Y pensarlo hace que me ponga un poco triste.

—Estoy seguro de que ella lo comprende.

—Yo no. No creo que tuviera que escaparme de una residencia si estuviéramos más unidos. Y creo que estaríamos más unidos si yo hubiera sido un buen padre.

—Eres demasiado duro contigo mismo.

—Supongo que al final tiene sentido volver la vista atrás, hacia todos los errores que has cometido.

Frank no respondió a eso. Joel admitió que mentar el suicidio de uno era algo que, normalmente, podía acabar con cualquier conversación. En cambio, permitió que su mente vagara de regreso al garaje, que representaba la mayor parte de su vida adulta y también una porción de su infancia. Había entrado como aprendiz a los quince. En esa época se consideraba que ya tenía

la edad de trabajar, pero ahora se preguntaba qué se había perdido en el transcurso de esos años.

—Vayamos a mi viejo garaje —sugirió.

—¿Crees que la inspiración te está esperando allí?

—Quizá, pero por encima de todo quiero echarle un vistazo.

—Genial. Nos escapamos de una residencia de máxima seguridad para poder ir a contemplar un garaje. ¿Te he reprendido con anterioridad por tu aterradora falta de imaginación?

—Al menos una vez. Quizá más. No suelo prestarte demasiada atención.

—Bueno, intenta recordar la última lección y a ver si se te ocurre algo mejor que tu garaje.

Joel dejó que las palabras le entraran por una oreja y le salieran por la otra. Le había dicho una mentira, por supuesto. Escuchaba con atención casi todo lo que le decía Frank. Cómo no, si sus palabras estaban tan bien actuadas. En esa ocasión, no obstante, de veras deseaba ir al garaje. Quería ver el edificio que tanto había tomado de él, y no solo en términos de tiempo y energía. Su dinero, su bienestar emocional, su estatus en la sociedad habían dependido de ese edificio y de la gente que entraba y salía de él, y después de todo allí estaba Joel, escapándose de una residencia de ancianos porque no le permitían salir a caminar sin supervisión para que no lo matara un derrame cerebral.

—No. Quiero verlo.

—Interesante —reflexionó Frank—. Pareces muy seguro de ti mismo en esto. ¿Qué está pasando en ese bloque de cemento al que llamas cabeza, Joel?

—Me dejé mucho allí. Siento que... —Hizo una pausa, intentando encontrar las palabras, intentando resumir la maraña de emociones que tenía en la cabeza—. Siento como que me debe algo.

Frank no dijo nada. Pero, cuando el autobús se detuvo a un par de calles de su viejo garaje y Joel hizo ademán de salir, su amigo se bajó del asiento tras él y lo animó con un asentimiento.

Los dos avanzaron en calma por aquellas calles cercanas al centro de la ciudad, pero algo más silenciosas, se cruzaron con gente que caminaba apresurada de aquí para allá mientras ellos se lo tomaban con calma. A Joel, aquello le resultaba muy familiar. Había pasado una parte tan grande de su vida en ese barrio... A veces se iba a comer a uno de los restaurantes de la zona, o salía puntualmente a tomar algo después del trabajo, cuando uno de sus empleados lo convencía. Aunque solía ir en coche al garaje, aquellas calles habían sido sus calles y sus pies las recordaban al caminar por ellas. Frank avanzaba a su lado, no decía nada, pero Joel vio con el rabillo del ojo que le miraba de vez en cuando, como si estuviera evaluando sus reacciones.

Doblaron una esquina y el edificio apareció ante ellos, al final de la calle, justo en sus narices. Era su garaje, pero no lo era. Para empezar, alguien lo había pintado, y le había puesto unos letreros profesionales que le daban una apariencia moderna. Tenía buen aspecto, pero en cierto sentido se le hizo extraño. Fue una sorpresa desagradable.

Mientras se acercaban, Joel no se molestó en reducir la marcha. Sus pies hacían que se moviera de manera independiente a sus pensamientos, y simplemente entró en el lugar sin dudarle, tal y como había hecho durante décadas.

No era su garaje. La extrañeza era diez veces mayor en el interior. Los coches en los que

estaban trabajando se hallaban conectados a unos portátiles en los que los mecánicos leían atentamente el diagnóstico. Vestían monos de trabajo, pero estos parecían estar limpios, o por lo menos más limpios de lo que él hubiera esperado. Los hombres hablaban a gritos por encima de la música que sonaba a todo volumen.

Escudriñó la sala en busca de algo que le resultara familiar. Una cara, una pieza de equipo, un viejo elemento de decoración, pero no encontró nada. Todo era nuevo. Y tan diferente... Intentó recordar cómo tenía él aquel lugar, pero le costó acceder a esa parte de su memoria. Era como un sueño después del despertar, intangible, fuera de su alcance. Podía recordar algunos detalles, algunos de los ornamentos y fruslerías que Lucey había ido añadiendo al lugar con el paso de los años para hacerlo más cómodo para él y para sus clientes, pero se había burlado de ellos. Ahora deseaba recordarlos mejor. Deseó haberlos apreciado en su momento.

No era su garaje. Le había dedicado décadas de su vida. Su permanencia, su resistencia habían sido las suyas. Aquel edificio había sido su hogar, su matrimonio, su sustento, y ahora era algo diferente: un extraño en vez de un rostro amigable.

—¿Puedo ayudaros? —preguntó una voz sacándolo de su ensueño.

—No, gracias —le dijo Joel al hombre con expresión ausente.

—Bueno, ¿alguno de estos coches es vuestro?

—No. Solo quería echar un vistazo.

Buscó la manera de explicarle al joven que prácticamente había construido aquel lugar y que él mismo estaba plantado en un punto donde Joel había trabajado con innumerables motores y ejes de transmisión y bujes de espoleta, pero las palabras le rehuían.

—Bueno, lo lamento —le dijo el hombre con tono paternal—, pero no puedes quedarte aquí parado, tío.

Otro. Otra persona que pensaba que podía dirigirse a Joel Monroe como si fuera un crío.

—Puedo hacer lo que me plazca —le dijo al joven, midiéndolo con la mirada. Joel estaba encantado de comprobar que era el más alto de los dos.

—Ya, no lo creo, colega. Esto es un garaje, no el salón de tu casa.

Hizo ademán de acompañar a Joel hacia la salida.

—Ni se te ocurra ponerme las manos encima —le dijo Joel amenazadoramente, echando los hombros hacia atrás y sacando pecho.

El garaje entero pareció dejar de trabajar, todos los mecánicos clavaron su mirada en él. La atmósfera del lugar se había cargado. La temperatura pareció caer. En ese momento, Joel decidió que se estaba poniendo en ridículo. Él no habría tolerado que un completo extraño se plantara en medio del garaje cuando este le pertenecía. Quizá lo hubiera gestionado con más tacto, pero ciertamente no habría tolerado la amenaza implícita. Estaba a punto de echarse atrás cuando Frank lo salvó. Otra vez.

—Caballeros —entonó para la sala—. Les pido humildemente disculpas, pero resulta que mi pendenciero amigo es el antiguo propietario de este establecimiento y, por desgracia, se está muriendo de cáncer, podría estirar la pata en cualquier momento. Y quería echarle un último vistazo a su viejo y querido garaje antes de que eso suceda.

El humor cambió en un instante, y el joven que lo había confrontado pareció apaciguarse de repente.

—Lamento oír eso —balbuceó.

—No es culpa tuya —dijo Joel, esperando que su tono pasara por magnánimo—. Solo quería husmear un poco.

Le dirigió una mirada agradecida a Frank antes de volver a examinar el local.

No era su garaje. Ahora le pertenecía a otro, y él lo había invadido. En cierto modo fue una sensación liberadora. Un nudo menos que lo atara a su antigua vida y que lo refrenara. Aquella ojeada al lugar bastaría como despedida. De adiós al edificio al que había dado tanto. Allí donde jugó su hija, y sus nietos. Pensó que había algo poético en ese hecho.

Le dio unos golpecitos en el hombro al joven y se volvió para dirigirse hacia la luz del sol.

Y allí estaba. Colgado junto a la puerta. Su mirada no había recorrido los trescientos sesenta grados del lugar, así que se le había pasado por alto. Un pequeño cartel. «Mis herramientas, mis normas», decía, impreso en una vieja placa de matrícula. Lucey se lo había comprado. Le dijo que le pegaba. Ella también se había encargado de colgarlo. No donde estaba en ese momento, por supuesto; Joel creyó recordar que lo tenía en el despacho. Fue un regalo que ella le hizo. Y ahora estaba colgado en la pared de otro.

—¿Puedo llevarme esto? —preguntó a nadie en particular mientras comenzaba a descolgarlo del clavo suelto que lo mantenía más o menos en su sitio.

No lo hizo de manera especialmente hábil, y la matrícula comenzó a rascar moleestamente la pared, haciendo saltar la pintura.

Frank se detuvo a su lado.

—¿Todo bien, colega? —preguntó, practicando ese truco de hablar por la comisura de los labios—. ¿Podríamos darnos un poco más de prisa? Este no es mi público favorito.

Joel miró por encima del hombro y vio que todos los mecánicos y el resto del personal los estaban observando.

—Era mío —les gritó.

Ellos siguieron mirándolos.

—Tengo la poderosa sensación de que están considerando la idea de devolvértelo —dijo Frank, aún con una sonrisa, sin mover apenas los labios—. Pero no creo que te guste el tipo de reencuentro que tienen pensado.

Joel lo giró un poco más y el cartel se desprendió del clavo.

—Gracias —le dijo a la sala mientras se dirigía hacia la puerta.

Sus herramientas, sus normas. Lo había olvidado en algún punto del camino, pero no iba a hacerlo de nuevo.

—Voy a poner uno de esos letreros en Hilltop —le dijo Frank en el exterior—. «Número de días sin que Joel haya amenazado con pegar a alguien.» Montaré una pequeña apuesta. Seguro que no llegas a tres.

—Lo siento —dijo Joel, ensombrecido por la experiencia pero feliz de marcharse con aquel pequeño trozo de Lucey que había permanecido oculto y casi olvidado.

—No sabía que este lugar hubiera significado tanto para ti —dijo Frank, despojando su voz de cualquier tono de regodeo.

—Supongo que yo tampoco. Es solo que le dediqué tantos años, ¿sabes? ¿Y para qué?

—Joel, sé que esto te va a doler, pero literalmente todo el mundo piensa lo mismo. Cuando todo se acaba, nos hemos pasado décadas haciendo una misma cosa a diario, y son muy pocos los que tienen la fortuna de llevarse algo consigo más allá de algunas cicatrices y, con suerte, unos ahorros.

—Supongo que pensé que estaría bien. No lo sé. Que sería agradable ver el garaje. Pero no lo ha sido. Ha sido terrible. Como si no hubiera estado nunca allí.

—Lo siento, colega.

—Yo también. Ojalá... —Dejó la frase a medias, melancólico. No sabía lo que deseaba, pero tenía la seguridad de que no se trataba de lo que acababa de experimentar. Por lo menos se había despedido. Bajó la mirada hacia el letrero. Sus normas. Su camino. Dueño de su destino. El garaje ya no era suyo. Aquella vida ya no era la suya. Todo era historia antigua. Pero al menos seguía a cargo de algo. Al menos podría acabar con ello tal y como él quisiera.

Capítulo quince

—¿Y si me *colgaría* del reloj de la torre? —preguntó Joel mientras se tomaban unas pintas de cerveza negra en el bar.

—«Colgara» —le dijo Frank, secándose la espuma de los labios.

—¿Cómo?

—«Colgara.» El imperfecto de subjuntivo de «colgar» es «colgara».

—Pero no quiero usar el imperfecto de subjuntivo, sino el condicional.

—No, el condicional no se usa así. La frase ya es condicional con la partícula «si», no hace falta más.

—Eso no tiene sentido.

—Puedes decir que te colgarías si así lo decides, pero aquí el «si» rige imperfecto de subjuntivo.

—Te lo estás inventando.

—No me lo estoy inventando.

—Vale. ¿Y si me colgara del reloj de la torre?

—No suena bien, ¿verdad?

—Bueno, has sido tú quien ha insistido en que era la construcción correcta.

—Quiero decir que no me parece un buen suicidio.

—¿Y exactamente qué te parece un buen suicidio?

—Ya te he dicho que esta es tu criatura, no la mía. No me vas a gorronear ideas. ¿Por qué el reloj de la torre?

—No lo sé. ¿Porque estoy fuera de plazo?

—Dios —gruñó Frank decepcionado.

—¿Quizá vestido de payaso? U otra cosa... ¿y si me vistiera de cura?

—Madre de Dios —gruñó Frank de nuevo.

Habían estado deambulando y dando vueltas por el centro hasta llegar a un bar. Frank había abierto la marcha de nuevo, guiándole como si supiera hacia dónde se dirigía, aunque Joel sospechó que no había tenido mucha más idea de su destino que apenas hacía una semana. No le importó: había algo agradablemente familiar en las calles por las que caminaban. Joel llevaba mucho tiempo sin encontrar un momento para pasear, y mientras deambulaban por allí descubrió que se sentía como en casa.

Dentro del bar, los apliques iluminaban el papel de color beige de las paredes, viejo pero limpio, y se reflejaban sobre la superficie de la barra, de madera oscura y muy pulida. Un puñado

de clientes se desperdigaba por la colección de mesas bajas y sillas de respaldo mullido en una ecléctica mezcla de clases sociales y estilos de vestir y grados de embriaguez. Detrás del mostrador, el barman hojeaba la guía de las carreras de caballos mientras el zumbido grave del comentarista de las mismas se colaba en la estancia procedente del televisor.

Joel y Frank habían ocupado un asiento al final de la barra, desde donde controlaban todo el establecimiento con las pintas de cerveza negra descansando sobre los posavasos ya húmedos. «Mis herramientas, mis normas» descansaba satisfactoriamente a su lado. A Joel le gustaban las vibraciones del bar, esa atmósfera que daba la bienvenida a todo el mundo y que veía apropiado que los ancianos se sentaran allí junto a hombres de mediana edad con aspecto de indigentes y algunos jovencitos que no habían cumplido los veinte, iban vestidos como idiotas y bebían con expresión irónica.

—¿Qué tiene de malo esa idea? —le preguntó a Frank indignado.

—Que está mal concebida.

—¿Es posible que digas algo menos complicado?

—Es un plan estúpido.

—¿Por qué?

—Porque está mal concebido.

—Maldita sea, Frank.

—Vale, vale, mira —Frank respiró hondo—. Si vas a escoger arbitrariamente un monumento del que colgarte, entonces es evidente que no entiendes lo que significa una declaración de principios. Si me hubieras dicho que el reloj representa el envejecimiento inexorable o la muerte, o el falso sentido de progreso que nos proporciona el paso de una hora, entonces te habría dicho que de acuerdo, que...

—Muy bien, eso es lo que quería decir —le interrumpió Joel.

—¡No, no lo es, farsante!

—Quizá no me exprese tan bien como tú, pero es al ciento por ciento lo que quería decir.

—Mentiroso. Puedes mentir tanto como quieras, Monroe, pero a mí no me engañas, y ciertamente no te estás engañando a ti mismo.

Joel abrió la boca para replicar, pero el fante tenía razón. O aún peor: no solo tenía razón, sino que ni siquiera se mostraba ufano por ello, sino calmo y tolerante. Joel tomó un trago de su pinta y suspiró taciturno.

—Se me está acabando el tiempo, Frank. De verdad. Y no es una broma sobre lo del reloj.

Frank soltó una pequeña carcajada.

—Pues claro que no. No eres lo suficientemente listo para que se te haya ocurrido algo así.

Joel le dirigió a su amigo la más hostil de sus miradas.

—Un maldito examen psicológico. Me mandarán a otro sitio. O peor, me encerrarán.

—De momento lo estás ocultando bien —le tranquilizó Frank.

—La verdad es que no —contestó Joel pensando en las discusiones que había mantenido recientemente con el personal, y en la visita de la Rino a su habitación—. Hay que hacerlo antes

de que tengan la oportunidad de hacerme algo.

—Quizá te libres, ¿sabes? No me gustaría que te precipitaras con esto.

Mientras hablaba, Frank iba tomando notas en su dietario, sus finas y arrugadas manos se convertían en un borrón mientras garabateaba sus reflexiones. Joel sentía envidia por su mente, por su creatividad.

—Ay —dijo—, solo quieres que siga vivo para poder añadirle páginas a tu obra.

—No. Es que ni te acercas. Pero voy a decirte algo de lo que no tengo la menor duda. Cuando llegue la idea correcta, cuando de verdad des con ella, lo sabrás todo al respecto. Cuando al fin lo pillas, lo pillarás por completo.

Joel dejó marinar la idea mientras pedía dos pintas más. Pensó en Frank y en su creatividad y en sus obras de teatro y en sus actuaciones, y se preguntó lo que ese tipo de vida podría haber representado para él. Podría haber llevado pañuelos de cuello, y haberse pasado los días con la gente del teatro, bebiendo a media tarde. Quizá hubiera tenido amigos aparte de su esposa, aunque la verdad era que ella había sido amistad más que suficiente durante mucho tiempo.

—Salud —dijo Frank, proponiendo un brindis.

—O no —contestó Joel, levantando su vaso.

—Disculpen, caballeros... —una voz grave sonó a sus espaldas.

Al volverse sobre sus banquetas, Joel y Frank se encontraron bajando la mirada hacia dos ancianos, el uno vestido con el traje de los domingos y el otro con ropa más corriente, ambos bien entrados en la setentena.

—¿Puedo ayudarles? —preguntó Joel.

El hombre de la camisa de lunares arrugada levantó una baraja de cartas.

—Es más divertido con cuatro —dijo.

Frank se movió antes que Joel, bajó de su banqueta deslizándose y se sentó a la mesa baja que ocupaban los dos ancianos mientras en su rostro aparecía la amplia sonrisa de la máscara De Selby, preparada para el espectáculo. Joel sonrió ante su amigo, siempre dispuesto a conocer gente, siempre preparado para participar, siempre subido a un escenario. Joel aún sentía su cuerpo un poco dolorido después de haber ayudado a Frank a bajar hasta la carbonera. Hacía unos años que había notado que las molestias y los dolores habían pasado a ser generalizados, como una especie de malestar en todo el cuerpo. Le costó más que a Frank bajarse de la banqueta.

—Me llamo Roberts —dijo el anciano elegante, tendiendo una mano suave y arrugada—. Leonard Roberts.

—Joel Monroe —contestó Joel estrechándole brevemente la mano.

—Este es Darcy. Mick Darcy. La mayoría de la gente lo llama D.

Joel le estrechó la mano al otro hombre, una mano más dura y fuerte. Fue como darse la mano a sí mismo.

—Yo me llamo De Selby —dijo Frank.

—Se llama Adams —le corrigió Joel.

—Frank de Selby —continuó Frank, impasible.

Roberts y Darcy observaron divertidos cómo se llevaba la mano al pecho al presentarse.

—Uno se acostumbra —dijo Joel.

Sus sonrisas se ensancharon.

Joel sintió que la tarde fluía como una agradable ensoñación. Bebieron pintas juntos, los cuatro, y Darcy pasó a ser D, y Roberts pasó a ser Leonard, y cuando acabaron la cuarta cerveza el barman les sirvió la siguiente ronda sin necesidad de que se la tuvieran que pedir. Joel se sintió como si fuera el señor de la casa. Los demás clientes iban y venían, pero durante unas cuatro horas aquellos cuatro hombres estuvieron jugando al póquer descubierto, apostando pequeñas cantidades. Joel cubrió las apuestas de Frank, y le sorprendió —aunque quizá no debería haber sido así— ver cómo su amigo ganaba una mano tras otra.

Era por la despreocupación con que jugaba, sin dejar de obsequiar a la mesa con historias bufonescas e inventadas de su juventud, llenas de patrañas sobre las mujeres a las que había perseguido. En esas historias, él siempre era el héroe, y su falta de algo cercano a la modestia debería de haberlos repelido, pero no fue así. Joel sabía que eran mentiras, pero no pensaba interrumpirlo y, pese a saber de su falsedad, se sintió cautivado cuando Frank recordaba una época en la que tres mujeres le habían abofeteado durante un mismo baile solo para que, al final de la noche, acabaran discutiendo entre ellas cuál se iba con él. Mick y Leonard perdieron su dinero de buena gana, seducidos por el espectáculo de De Selby. Joel se limitó a disfrutar del momento.

Hacia el final de la quinta pinta, el momento había pasado. No se produjo ningún incidente, tan solo acordaron simple y silenciosamente que el tiempo, el tiempo que habían pasado juntos, había llegado a su fin. Leonard y D se pusieron la chaqueta y, con un sincero apretón de manos y sonrisas cálidas, se despidieron de ellos invitándolos a repetir a la semana siguiente.

Joel y Frank se volvieron a sentar para acabarse las pintas.

—¿Crees que tendremos problemas cuando regresemos? —preguntó Joel al cabo de un rato.

—Casi seguro que sí. ¿Pero qué van a hacer? ¿Encerrarnos?

—¿Cuándo crees que será un buen momento para volver a casa?

—Cuando queramos. Somos dueños de nuestros destinos. Capitanes de nuestras almas.

—¿Entonces no hay prisa? —preguntó Joel.

A medida que transcurría el día, había sentido que la inquietud y la ansiedad abandonaban prácticamente su cuerpo, y el miedo a que los pillaran había menguado de la misma manera en que Hilltop comenzaba a desaparecer de su vista cuando se subieron al autobús. En su lugar, había aparecido la certeza de que cuando regresaran a casa los estaría esperando un escuadrón de fusilamiento verbal. Como de costumbre, ese era el tipo de cosas que preocupaban a Joel Monroe. Su amor por obedecer las reglas y por ser honesto hacía que toda transgresión le provocara una marcada ansiedad, pero, puesto que de todos modos tenía planeado suicidarse, le estaba costando reunir el nivel de preocupación que por lo general sentiría ante un incidente de ese tipo.

—¿Quizá una pinta en algún otro sitio? —sugirió Frank.

—¿Ya no te gusta este lugar?

—La variedad es la chispa de la vida.

—Incluso yo había oído eso antes —dijo Joel.

—Me estaba rebajando a tu nivel —contestó Frank con altivez mientras se pasaba el pañuelo sobre los hombros y se dirigía hacia la puerta.

Fuera, el sol de la tarde fue como una puñalada, y el frescor del aire amenazó con ponerlos en evidencia después de las cinco pintas que se había tomado cada uno. La calle estaba llena de gente que iba de compras, a encontrarse con los amigos, a hacer recados. Joel sonrió ante aquel ajeteo, ante la energía que lo rodeaba. Estaba disfrutando de la sensación de ligera borrachera en medio de la multitud, de la sensación de formar parte de una ciudad vibrante. Por encima de todo, disfrutaba de la sensación de no estar enjaulado, de no tener que ver la vida desde fuera, oculto en lo alto de una colina sin ningún lugar al que ir y nada que hacer con sus días.

Lo disfrutó hasta el momento en que oyó una voz que le decía:

—¿Papá? ¿Eres tú?

Capítulo dieciséis

—Actúa con frialdad —dijo Frank entre dientes, y le dirigió una sonrisa cálida a la hija de Joel.

Esta bajaba por la calle en dirección a ellos acompañada de Lily, cargadas ambas con las bolsas de la compra. Tenía buen aspecto, pensó Joel distraídamente, con el cabello rubio suelto, bien vestida, con esos pendientes pequeños y adorables. También parecía estar enojada.

—¿Qué estás haciendo aquí, papá?

—Solo hemos salido a... —comenzó a decir Frank.

—Disculpe, señor Adams. Papá, ¿qué estás haciendo aquí?

Joel maldijo su distracción. La agradable familiaridad del barrio le había jugado una mala pasada. Era la calle donde estaba el trabajo de Eva; su oficina debía de encontrarse a no más de cien metros. Había estado disfrutando tanto del paseo que lo había olvidado por completo, y su sensación de calma se había debido no al hecho de que tuviera una perspectiva nueva del mundo, sino a que había pasado por esa calle numerosas veces años atrás.

Sintió deseos de darse una bofetada.

—Nos hemos tomado una pinta —dijo Joel con frialdad para ocultar su decepción. Repasó sus palabras después de decirlas en busca de alguna señal de que las hubiera farfullado. Eva no necesitaba saber cuántas pintas habían sido.

—¿La residencia te ha dejado pasar el día fuera, abuelo? —preguntó Lily mientras una pequeña sonrisa se formaba en sus labios. No estaba enfadada; estaba impresionada. Joel sintió un subidón. Al menos, su nieta no creía que fuera una especie de imbécil.

—Sí, lo han hecho, querida —le dijo Joel amigablemente.

—Un día libre por buen comportamiento —añadió Frank.

—¿La enfermera Ryan te ha dicho que podías marcharte, papá? —preguntó Eva, claramente enojada.

—No con esas palabras —contestó Joel con evasivas.

—¿Te lo ha dicho o no?

—Tanto da que me lo haya dicho o no —contestó Joel, notando que comenzaba a perder los estribos.

—Yo creo que sí —dijo Eva.

—Bueno, pues no. No necesito que ni ella ni nadie me diga a dónde y cuándo puedo ir.

—Papá, esto es ridículo. ¿Y si te pasara algo?

—¿Como qué? —contestó él acaloradamente—. ¿Como que disfrute de una tarde? Dios no lo quiera.

—¿Recuerdas lo que te pasó la última vez?

Joel pensó en el AIT. Se había mareado. Intentó recordar si había comido algo aquella mañana, pero no lo logró. Temporalmente, algo restringió el flujo de la sangre hacia su cerebro. Privadas de oxígeno durante unos instantes, las neuronas comenzaron a morir. Joel perdió el equilibrio y se cayó. Lo siguiente que recordaba era la multitud a su alrededor, la boca de un hombre sobre la suya y otro hombre que llamaba a una ambulancia.

Le dijeron que el siguiente ataque podría acabar con él. Dos años después, continuaba dolorosamente vivo.

—Bueno, tú una vez vomitaste en una zapatería y siguen dejando que salgas de compras —contraatacó Joel, como si ambas cosas fueran comparables.

—Tenía ocho años, papá.

—¿Y qué? Estas cosas pasan. Y no significa que tenga que permanecer prisionero durante el resto de mis días.

—No vuelvas otra vez con eso. No eres un prisionero, papá. La residencia es un lugar agradable, lleno de gente agradable, no es una cárcel.

—Podrían tener a los carceleros más encantadores del mundo, pero si no me dejan salir y me encierran en la habitación durante la noche, sigue siendo una cárcel.

Estaba a punto de estallar. Aquella tarde perfecta se había visto arruinada por un encuentro casual. Habría tenido que afrontar las consecuencias de todos modos, pero ahora se lo iban a llevar de vuelta a casa de inmediato. No era justo.

—No seas tan dramático, joder —le dijo Eva bruscamente.

—No uses ese tono conmigo, jovencita.

—Vale, tranquilo, Joel —dijo Frank, intentando calmarlo. Su sonrisa se había transformado en una mueca de inquietud. La de Lily, también. Los dos se sentían tremendamente incómodos con la confrontación que se desarrollaba delante de sus ojos.

—¡No soy una niña, papá! —volvió a decir ella de malas maneras.

—Oh, fíjate. Una adulta a la que le molesta que la traten como a una niña. Menuda sorpresa.

—Si no te comportaras como un crío, no te tratarían como a uno.

—Bueno, si tú no te comportaras como una zorra, yo tampoco te trataría como a una.

Nada más salir esas palabras de su boca, Joel se arrepintió de haberlas dicho.

La frase había sido rastrera, desagradable, asquerosa. Una bofetada verbal, del tipo que él odiaba. A ella, las palabras también le habían dolido. Su pequeña Eva. Su hija. Parecía furiosa, herida y sorprendida a la vez. Pensó en disculparse. Lo pensó y lo descartó. No se iba a plegar ante ella. Lo había acorralado.

Ella lo observó durante un largo momento, sosteniéndole la mirada. Él no la desvió. Lily y Frank se removían incómodos en su sitio.

—Lily —dijo Eva al fin, con voz grave y furiosa—, quédate aquí con tu abuelo. Voy a buscar el coche para poder llevarlo de vuelta a la residencia.

—No pienso ir a ningún sitio —contestó Joel.

—Sí, vaya que irás.

Tenía una voluntad de hierro. Él lo percibía. Siempre había sido una niña terca. Recordó cuando, a los diez años, se negaba a irse de su taller. No dejaba que nadie le dijera lo que tenía que hacer, o adónde ir. Lucey se desesperaba. Al convertirse en una mujercita, Eva se volvió incontrolable. Rebelde e insolente. Joel había visto cómo Lucey se tiraba de los pelos por la frustración, pero no había hecho nada al respecto. Pensó para sí mismo que ese bien podría haber sido el inicio de la brecha que se había abierto entre ellos. Había dejado que fuera su esposa quien se encargara de amansar a su niña descarriada mientras él trabajaba. Esa había sido su contribución. Trabajar. Nada más.

Ahora se había quedado sin trabajo y su tozuda y obstinada hija estaba decidida a encerrarle de nuevo.

—Quizá deberíamos ir regresando, colega —dijo Frank inquieto.

Joel deseaba ponerse a gritar de nuevo. Decir que no, largarse en busca de otro pub, volver a formar parte de la sociedad y disfrutar de ello, no verse aislado por culpa de su edad, pero reconoció que no tenía sentido. También sabía que el problema en el que se hubieran metido no haría más que agravarse si mantenía una posición de fuerza. Y ese problema podía representar que lo mandaran al psicólogo. Solo tenía que aguantar unas pocas semanas más.

—Ve a buscar el maldito coche, pues —le dijo a su hija, que asintió satisfecha y se fue en dirección al aparcamiento.

El camino de vuelta a Hilltop se desarrolló en silencio, con Joel y Frank sentados en los asientos de atrás y Lily y Eva en los delanteros. Frank intentó relajar el ambiente una o dos veces nada más subir al coche, pero se rindió con rapidez, dejó que cayera la máscara de De Selby y se quedó ahí sentado, en aquel incómodo silencio.

La furiosa sensación de injusticia que experimentaba Joel se vio atemperada en cierto sentido por su nieta. Podía verle la cara en el retrovisor lateral del copiloto, mientras sus manos jugueteaban con la señal que se había llevado del garaje de un desconocido. La forma en que mantenía ladeada la cabeza y el brillo en su mirada le sugerían algo. Diversión, sin duda; la chica encontraba graciosísimo todo aquel asunto, aunque no deseaba arriesgarse a provocar la cólera de su madre riéndose. Pero había algo más. Era, por encima de todo, una sensación; la de algo que venía echando en falta. Pensó que quizá fuera respeto. Esperó que fuera eso. Si en aquel momento de su vida aún hubiera tenido por costumbre rezar, habría rezado por ello.

A diferencia de su madre, pensó Joel, quizá no veía a un viejo cascarrabias que simplemente no hacía lo que le decían. Ella veía algo más. Algo que le gustaba. Algo que quizá incluso admirara. Se aferró a esa sensación para evitar que lo devorara la humillación de verse escoltado de regreso a la cárcel.

Miró de reojo a Frank y vio que este apretaba los dientes en un esfuerzo por no sonreír. Frank también sentía que no tenía por qué dirigir la rabia de Eva hacia sí mismo, así que intentaba sofocar su regocijo, que era evidente. Entre Lily en el asiento del copiloto y Frank en el de atrás, Joel prácticamente se vio atrapado por el buen humor de ambos e, igual que había sucedido unas horas antes, de repente sintió que una carcajada comenzaba a borbotear en su estómago. Vio por el

retrovisor el reflejo de los ojos de su hija, su mirada aún dura y furiosa, y también le pareció gracioso. La carcajada brotó gaseosa a la superficie, y él se puso a toser para esconderla. Pero no funcionó. Parte de ella había dado con la salida.

A Frank, que se había estado esforzando mucho para que la sonrisa no asomara a su rostro, aquello lo pilló por sorpresa y resopló una carcajada, que intentó ocultar poniéndose delante de la boca un pañuelo que se había sacado del bolsillo interior. Y el resoplido cogió completamente desprevenida a Lily, cuyos hombros comenzaron a temblar en su intento por aguantarse la risa.

Lily volvió la cabeza completamente hacia la ventanilla, para que su madre no pudiera ver la sonrisa que ya no podía reprimir, y sus hombros pasaron a mecerse suavemente mientras se reía en silencio. Joel vio como Eva giraba la cabeza con expresión incrédula hacia su hija. Al ver su indignación, soltó una sonora risotada, lo que a su vez hizo que Frank se doblara sobre sí mismo y que su estruendoso alborozo invadiera el vehículo. Eva abrió la boca para regañarlos, pero de repente Lily estalló también, incapaz de seguir conteniéndose.

Dentro del coche, los tres se dejaron llevar por andanadas imparables de risa mientras la hija de Joel esperaba impaciente y furiosa a que se calmaran. Estaba decidida a decir la suya sobre aquel asunto.

—Me alegro de que encontréis esto tan terriblemente divertido —les dijo con frialdad en cuanto recobraron la compostura.

Aquello hizo que los dos ancianos del asiento trasero estallaran en nuevas risotadas y lagrimones. Eva se aclaró la garganta, disgustada.

—¿Y si te hubieras caído, papá?

—¿Y si tú te hubieras caído? —contestó él entre risitas.

—No seas tan infantil...

—No, en serio —dijo él, recuperándose—. Cualquiera puede caerse en cualquier parte. Yo podría caerme, tú podrías caerte. Es una excusa estúpida para encerrar a alguien.

—Por el amor de Dios —se enfureció ella—. No estás encerrado.

No ayudó a sus palabras que en ese momento llegaran ante las amplias e imponentes puertas de la residencia. Eva se giró entonces para poder llamar a la recepción y pedir que las abrieran.

—Residencia de ancianos Hilltop —anunció la voz. Era Mark, el recepcionista. Un joven seco y gracioso. A Joel le caía bien. O todo lo bien que podía caerle uno de sus carceleros.

—Eva Monroe —le dijo bruscamente su hija a la máquina—. Tengo entendido que han perdido a dos de sus residentes.

—Oh, ah, señora Monroe. Por supuesto. Le abro.

La llamada se desconectó y sonó el zumbido del timbre, que no tardó en quedar ahogado por el ruido de las dos inmensas puertas que se abrían pesadamente ante ellos. Joel levantó la mirada hacia el largo y serpenteante camino de acceso. Sabía con lo que se las vería, pero saberlo no le ayudó. Ella iba a venir a por él.

En efecto, mientras el coche giraba en dirección a los pequeños aparcamientos de la parte superior, la diminuta pero imponente presencia de la Rino salió disparada por la puerta de la residencia. Todo en ella resultaba amenazador: su lenguaje corporal, los nubarrones de su

expresión, la furia estrictamente controlada pero evidente de cada uno de sus pasos...

Joel se armó con todo el valor que pudo reunir.

—Señor Monroe —comenzó a decir la mujer, con una voz gélida—. ¿Le importaría explicarse?

La parte de las risitas había quedado atrás y la furia de la mujer resultaba aterradora, pero cinco pintas de Guinness representaban un aislamiento excelente contra el pánico, y envalentonaron a Joel.

—La verdad es que no —contestó despreocupadamente mientras estiraba el cuerpo, aún dolorido. Seguía notando en los huesos el peaje de la mañana.

Ella lo aplastó con la mirada. Todo cuanto pudo hacer para plantarse ante ella fue darle instrucciones a su rostro para que se mostrara indiferente.

—Señor Adams —dijo la enfermera jefe, volviendo su atención hacia Frank—. ¿Le importaría explicarse?

—Señora Ryan —dijo Frank con la máscara de De Selby puesta—. Me disculpo humildemente, y enfáticamente le pido que me perdone. Me dejé llevar por la debilidad, por algo que bien podríamos llamar mi espíritu viajero, y, al notar el hormigueo en los pies, decidí salir a ver mundo. Joel intentó detenerme, y al final acabó viniendo conmigo para intentar convencerme de que regresara. Me temo que he echado a perder a este muchacho, y lo lamento muchísimo.

Eva resopló ante sus palabras, y Lily, de pie al lado de su madre, apretó los labios para no echarse a reír de nuevo.

—¿Han estado ustedes bebiendo? —preguntó la Rino con incredulidad.

—Imagínese eso —contestó Joel—, dos hombres adultos tomándose un par de pintas. ¡Qué horror!

—Señor Monroe, le agradecería que no usara ese tono conmigo.

—Y yo, señora Ryan —intercedió Eva—, le agradecería que no volviera a perder a mi padre.

La Rino volvió su siniestra mirada hacia Eva y la repasó de arriba abajo. Joel pensó que parecía un león minúsculo preguntándose cómo podía zamparse a una jirafa entera.

—No lo haré, señora Monroe, pero necesitaré de la cooperación de su padre. Algo que desgraciadamente no ha existido durante las últimas semanas.

Eva miró a Joel durante un instante.

—¿Cree que quizá la muerte del señor Miller le haya afectado más de lo que pensábamos? —preguntó.

—Es posible. Quizá, después de todo, el terapeuta que habíamos comentado sea una buena idea. Hilltop no dispone del personal adecuado para ofrecerle a su padre el tipo de ayuda psicológica que necesita.

Estaban decidiendo su futuro. Hablando de él como si no estuviera allí. Conversando a través de él como si Joel, de pie entre ambas, fuera una especie de fantasma, una sombra. Joel vio que Lily le miraba con expresión triste, con una lástima tremenda. En algún lugar de su interior ella era consciente, él notó que era consciente de que el hecho de que no le prestasen la menor atención era un tremendo insulto hacia él. La visión de su lástima hizo que se le inflamaran los ánimos. Durante un breve, delicioso momento, había pensado que ella quizá lo respetara, y ahora estaba

ahí, mirándolo con lástima al ver que lo ignoraban.

—Ni se os ocurra —estuvo a punto de gritar—, ni se os ocurra a ninguna de las dos hablar sobre mí o sobre mi estado mental como si yo no estuviera aquí.

Las dos mujeres lo miraron, ligeramente asombradas.

—¿Cómo os atrevéis a pensar que podéis decidir lo que me conviene, estando yo aquí, sin mirarme siquiera?

—Papá... —comenzó a decir Eva con firmeza.

—No. ¡No, no, no! No lo voy a permitir. No lo voy a tolerar. Me vais a mirar cuando habléis conmigo. —Su rabia se mezclaba con el alcohol y la pena; se le llenaron los ojos de lágrimas y sintió que se le hacía un nudo en la garganta. «Mis herramientas, mis normas»—. Me vais a incluir. No os atreváis a dejarme de lado.

Al final, su voz se elevó en un crescendo. Interpretativo, pero alimentado por la rabia. Frank lo miró casi con orgullo. Lily tenía una pequeña sonrisa de satisfacción en los labios. Los demás residentes, entre ellos algunos que estaban terminando con sus labores de jardinería, dejaron lo que estaban haciendo para mirar en su dirección.

El silencio que siguió a su estallido fue sonoro. La Rino y Eva permanecieron allí, plantadas. Ninguna parecía especialmente escarmentada, pero tampoco le reprendieron por gritar. Se limitaron a observarle en silencio.

—Está prácticamente desconectado de su vida y del mundo —dijo la voz de Jim, *el Poderoso* mientras se acercaba sin prisas a Joel. Fue lo único que se oyó en todo el jardín.

El silencio se prolongó. Los tres estaban atrapados en él, por completo.

—¿Una partida de ajedrez, viejo? —acabó preguntando Frank en voz baja, ignorando a Eva y a la Rino tal y como ellas habían ignorado a Joel.

Joel enderezó la espalda. Las mujeres seguían agujereándolo con la mirada, pero ninguna había dicho nada. Tenía sentido. Había criado a una hija tan cabezota como él, y lo sabía. La Rino era implacable a extremos desconocidos. No iba a ganar ningún concurso de aguantar la mirada. Tampoco estaba seguro de querer hacerlo.

—Suená bien —contestó—. Jim, ¿te gustaría acompañarnos?

—Una pisada fuerte pero comedida —dijo Jim con serenidad.

—No podría estar más de acuerdo —contestó Joel.

Los tres se dirigieron hacia el edificio. Joel notó con cierta satisfacción que los demás residentes seguían mirándolo. Y, al pasar a su lado, vio el tipo de mirada que le dirigían. De apoyo. Uno o dos asintieron de manera alentadora al pasar junto a ellos.

En el vestíbulo, el trío se encontró con Una Clarke, que había cambiado la ropa de jardinera por un vestido de tarde. Como siempre, se condujo con gran dignidad, pero en su mirada volvía a haber un brillo, un indicio de aquella sonrisa traviesa que les había dirigido por la mañana.

—Pensé que os había dicho que no os metierais en problemas —les regañó suavemente.

A Joel le encantó el brillo en su mirada, la sonrisa, el tono calmo que usaba con él.

—¿Y dónde estaría la gracia entonces? —preguntó con un guiño digno de De Selby.

Ese mismo día, algo más tarde, las consecuencias de sus actos se les manifestaron plenamente. Joel y Frank habían llegado a tiempo para la cena y se sentaron en la sala común, donde comieron con el hambre que solo una barriga llena de bebida puede despertar. Las señoras Clarke y Klein se habían sentado con ellos, ansiosas porque les contaran su aventura.

—¿Pero cómo salisteis? —preguntó la señora Klein por tercera vez.

—Es *top secret* —contestó Frank por tercera vez.

—¿Pero cómo? —preguntó ella de nuevo.

—Hicimos un túnel con nuestras cucharas —contestó Frank.

—No es posible —dijo ella horrorizada.

—Algo me dice que no nos lo van a contar —dijo la señora Clarke desanimada—. Encontramos vuestras herramientas de jardinería abajo, junto a la puerta. Difícilmente habríais podido saltarla.

—Podríamos haberla saltado —dijo Joel—. Estamos llenos de energía. —Sus músculos protestaron a gritos.

Una le dirigió una mirada de incredulidad.

—Estás en buena forma para tu edad, pero algo me dice que me estás mintiendo.

—Agradezco que lo hayas notado —dijo él, satisfecho de verla sonrojarse ante su comentario.

Frank ocultó una sonrisa metiéndose en la boca el trozo de patata que tenía ensartado en el tenedor.

Joel se dio cuenta de que su confusión con respecto a Una Clarke se estaba disipando. Y, para su sorpresa y satisfacción, había descubierto que cada vez disfrutaba más y más de su compañía.

—¿Pero cómo salisteis? —volvió a preguntar la señora Klein.

Antes de que pudiera contestar, el enfermero Liam entró en la sala con expresión sombría, de no estar para tonterías.

—Joel, cuando tengas un momento me gustaría hablar contigo en tu habitación.

El apetito de Joel se esfumó. Se daba cuenta de que su comportamiento tenía que tener consecuencias. Y ahí estaban.

—Vamos —dijo bruscamente, dejando caer el tenedor e intentando no mostrarse consternado.

Recorrieron los pasillos camino de la habitación sin decir palabra. El enfermero Liam iba delante de Joel, sus zapatos chirriaban contra el suelo de mosaico. Cuando entraron en la habitación, el enfermero se situó junto al televisor sin dar señal alguna de sus habituales buen humor o bondad. Joel se sentó al borde de la cama y se armó de valor. Miró hacia la mesilla de noche en busca de inspiración. Su matrícula estaba apoyada contra la pared, detrás de la foto de Lucey, donde descansaba su nuevo penique de la suerte. «Mis herramientas, mis normas» le dio seguridad. Sintió que su resolución se endurecía.

—Tenemos que saber cómo habéis salido, Joel —le dijo Liam con tono severo.

—Es *top secret* —contestó Joel con cara de póquer.

—Esta es una cuestión de higiene y seguridad, Joel. No podemos permitir que los residentes se vayan de paseo cuando les dé la gana. A ver, ¿cómo saliste?

—Caminando —dijo Joel.

—¿Cómo?

—Con mis dos piernas —contestó Joel.

El enfermero Liam suspiró. Joel se daba cuenta de que no le gustaba representar aquel papel. Cada rasgo de su rostro expresaba sus emociones. Odiaba ser el malo de la película.

Joel buscó algún indicio de que el joven estuviera al corriente de la roca. Debían de haber registrado el jardín. Sin duda habían visto la tierra removida y la poda y la tala que Joel y Frank habían acometido. Si sabía de su existencia y buscaba una confirmación, supo disimularlo.

—Creo que no entiendes lo serio que es todo esto, Joel... —comenzó a decir.

«Joel» otra vez. Porque Liam necesitaba algo. No el «señor Monroe» que usaba para dar órdenes o para regañar a Joel como si fuera un niño o algo así.

—Salimos por la puerta principal —mintió Joel.

—No, no es verdad.

—¿Cómo lo sabes?

—Hay cámaras, Joel. Las hemos revisado. Por favor, no me mientas.

—Salimos volando por encima del muro.

—Joel, por favor.

—Construimos un trabuquete con las herramientas de jardinería y nos proyectamos hacia la libertad.

—Estoy intentando ayudarte.

—No creo que sea así, enfermero Liam. De veras que no creo que sea así.

—Lo es. Quiero estar de tu lado, de verdad que sí, y sé que piensas que de algún modo estoy en tu contra. Te prometo que no lo estoy. —Hizo una pausa angustiada—. Ha habido una discusión, se ha tomado una decisión. Últimamente no has sido tú mismo, y estamos preocupados por ti...

Joel expresó su incredulidad con un bufido.

—... la enfermera Ryan cree, y tu hija está de acuerdo, que si no cooperas no nos quedará otra opción que trasladarte a algún lugar que se adecúe mejor a tus necesidades. Si no hablas con alguien sobre lo que te está pasando, la verdad es que no tendremos opción. Sé que no te lo crees, pero estamos preocupados por ti.

Joel había sentido que aquello iba a pasar, pero aun así no estaba preparado para experimentar esa sensación. Fue como si le hubieran dado una patada en el estómago.

—Así que me van a tratar como a un loco por querer un poco de independencia.

—Nadie te está tratando como a un loco.

—Oh, todos decís lo mismo. ¿Pero a quién más se le manda a una evaluación psiquiátrica, además de a los locos?

—Es solo que últimamente tu comportamiento ha sido tan errático que tenemos que saber si algo va mal, y si tú no cooperas con nosotros tendremos que utilizar otros medios para averiguarlo. Por favor, Joel, te lo prometo, estoy intentando ayudarte.

Joel sintió deseos de escupirle, lo que, sin duda, no haría más que empeorar las cosas. Era

evidente que Liam estaba siendo sincero. Realmente pensaba que le estaba ayudando.

—¿Cuándo tendrá lugar esa evaluación?

Liam suspiró pesadamente.

—Constantemente te muestras, Joel... ¿Por qué?

—¿Cuándo tendrá lugar? —insistió él.

—Tan pronto como podamos programarla. Quizá la semana que viene.

La semana siguiente. Joel ni siquiera intentó refrenar el escalofrío que le provocó la idea. Una semana. No era nada de tiempo.

—¿Eso es todo?

El enfermero asintió casi con tristeza antes de retirarse de la habitación.

Una única, solitaria semana, pensó Joel mientras se ponía el pijama. Disponía de solo siete días para suicidarse.

Capítulo diecisiete

Aquella noche, Joel tuvo otro sueño infernal en un paisaje árido y abierto, con peñascos y colinas desperdigadas, por donde se paseaba sin rumbo fijo un ejército de esqueletos del señor Miller. Andaba entre ellos, intentaba hablar con ellos, pero le ignoraban por completo.

Al pie de una enorme colina, sentado con la espalda pegada a un pedrusco de gran tamaño, exactamente igual en su forma que la roca que habían encontrado al pie de Hilltop pero de mucho mayor tamaño, estaba el psicólogo Frank, que garabateaba sin parar en su libreta. Cuando Joel intentaba rodearle en puntillas, sudando profusamente, desesperado por no atraer su atención, una voz lo llamó desde el otro lado de la peña. Era la voz de Lucey. No, era la voz de Una Clarke. No podía distinguir entre la de una y la de otra. Eso le asustó.

—Por aquí, Joel —le dijo la voz de Una o de Lucey—. Por aquí, mi amor.

El psicólogo Frank levantó la mirada hacia él.

—Ah, ahí está, señor Monroe —dijo con la voz de la Rino—. Un placer conocerle. Mis herramientas, mis normas.

Joel despertó sobresaltado, confundido y desorientado.

—¿Estás bien? —preguntó Frank desde el otro lado de la habitación.

Estaba sentado en su cama, leyendo, aún en pijama, con el pañuelo de lunares rojos alrededor del cuello.

—No —dijo Joel mientras intentaba situarse.

—¿Una pesadilla? —preguntó Frank bajándose de la cama.

—Una pesadilla. No quiero hablar de ella.

Joel tenía la sensación de que la habitación se había encogido, como si se hubiera doblado sobre sí misma. Era más pequeña de un modo que no podía determinar, las paredes se le venían encima.

La noche anterior le había contado a Frank lo de la entrevista con el psiquiatra. Su amigo sabía del pavor que sentía.

—Todo irá bien, colega —le dijo Frank para reconfortarlo, de pie a su lado.

—Se enterarán —dijo Joel con desesperación.

—Quizá sea una buena noticia. Quizá te sirva hablar de ello. Quizá te estén pasando más cosas de las que estás dispuesto a aceptar.

—Me lo prometiste, Frank. Me prometiste que nunca tendría que verlos.

No podía explicar su miedo. Tampoco deseaba hacerlo. Quería marcharse, y día tras día, cuanto más lo acorralaban, más se aceleraban sus pasos hacia la muerte inevitable. Solo tenía que

dar con la manera adecuada de irse. Y, si no la encontraba, quizá cualquier forma de suicidio sirviera.

—Vale, vale, nada de psicólogo. ¿Qué quieres hacer?

—No lo sé —contestó Joel impotente—. Necesito que me digas lo que tengo que hacer.

Frank lo miró durante un largo rato. Joel pudo ver cómo las ruedecillas giraban dentro de su cabeza.

—Una semana, quizá dos si tienes suerte —reflexionó Frank—. Una idea. Sé que esto te parecerá execrable...

Joel asintió, fingiendo que sabía lo que significaba «execrable».

—... pero ¿quizá deberíamos comportarnos un poco?

—¿O sea?

—Es la hora de que comiences a actuar. Pórtate bien. Hazte el simpático. Haz lo que te digan. Si guardas las apariencias, si eres el perrito bueno, quizá se olviden del tema del psiquiatra.

—¿Pero qué hay de mí...?

No logró obligarse a decirlo. Quería decir «suicidio», pero la palabra se quedó colgando de la punta de su lengua, bloqueada por una parte de su ser, una parte vieja y sensible.

—Si te mueres de ganas de hacerlo, perdón por el terrible juego de palabras, no hay motivo para dejar de planearlo, pero tendremos que pasar un poco más desapercibidos. Necesitas tiempo para hacerlo bien y, por lo que veo, la única manera de que consigas más tiempo es que te conviertas en el mejor muchacho de todo Hilltop.

Joel lo sopesó. La idea tenía su potencial. Existía una posibilidad. ¿Dos semanas de cumplir con las reglas, de postrarse ante ellos, a cambio de la libertad? ¿Podría hacerlo? Antes de que la idea acabara se asentarse, recordó la expresión de Lily el día anterior, junto al coche, cuando él defendió su posición e hizo callar a gritos a aquellas dos, y su sonrisa cuando ella y su madre los atraparon a Frank y a él con las manos in fraganti. Le encantaba esa cara, su orgullo, respeto y admiración hacia un hombre al que conocía, un hombre al que valoraba.

También recordó la cara de Chris, el rictus alrededor de su nariz y de sus labios. De repulsa, o de incomodidad, o de una mezcla de cosas que Joel desconocía. Odiaba esa expresión, odiaba lo que representaba. Odiaba lo que veía en esos ojos: otro anciano gastado, consumido, al que visitar por cortesía, pero carente de valor.

Postrarse implicaba aceptar la expresión de Chris, aceptar su situación y decirles que podía tolerar la existencia absurda e inútil con la que llevaba cinco años llenando el tiempo. Y, si lo hacía, significaría que tendría que recordar la cara que había puesto Lily, aunque fuera brevemente, y aquel fraude sería para él como una puñalada.

Frank, con una perspicacia que Joel ya consideraba típica en él, vio cómo giraban todos esos engranajes en la cabeza de Frank y le dedicó una pequeña sonrisa burlona.

—Sé que Joel no es un chaquetero, pero quizá sea la única oportunidad que le queda.

—No, no lo es —admitió Joel. ¿Podía hacerlo? ¿Podía fingir que era feliz llevando esa vida miserable? —Lo intentaré. Maldita sea, lo intentaré aunque me avergüence por ello.

Joel sospechó que lo de ser buen chico y comportarse iba a durar hasta que volviera a ver a

Lily o a Chris. Solo le haría falta eso. Que un adulto lo tratara como si aún estuviera en posesión de su voluntad y él tiraría su actuación por la ventana.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Frank.

—Planear mi suicidio —contestó Joel con determinación—. Pero lo hacemos con mayor rapidez y más discretamente que antes.

—Eres, sin el menor género de dudas, la criatura más terca y cabezota con la que me haya topado. Y estoy contento de haberte conocido —le dijo Frank con ligereza.

Y, sin avisar, le dio un abrazo. Y Joel se lo devolvió.

Capítulo dieciocho

Como se ha señalado anteriormente, Joel Monroe era un hombre de una energía y una vitalidad tremendas cuando tenía un objetivo. Su objetivo, ahora, bajo la amenaza del traslado o de una evaluación psiquiátrica, era la muerte. El jueves lo dedicó a leer, incluso estuvo toqueteando la basura altanera y pretenciosa que leía Frank en busca de inspiración. Se había convencido a sí mismo de que, en el teatro, todo el mundo se suicidaba, constantemente, y de que por eso iba a encontrar la inspiración para su liberación final en un drama. Leyó a Shakespeare y a alguien llamado Sófocles, y hojeó gruesos volúmenes en tapa dura de gente cuyos nombres no se molestó en retener. Estuvo leyendo toda la mañana y parte de la tarde. Leyó durante la comida en la sala común y tomando un té en el jardín. Una o dos veces, sus ojos vagaron distraídos colina abajo, en dirección a su roca, y se encontró pensando de nuevo en el exterior y recordando melancólicamente lo bien que se lo había pasado hasta que su hija vino a arrestarlos, por así decirlo.

También intentó ignorar las miradas inquisitivas que recibía de la gente que lo rodeaba. Jim, *el Poderoso* parecía extremadamente perplejo ante la llegada de la literatura a la vida de Joel. Con la caída de la tarde, el enfermero Liam entró y salió de la habitación unas cinco veces más de lo necesario solo para comprobar si Joel seguía leyendo. Para su satisfacción, Una Clarke también lo miró de reojo. Después de haber estado en su habitación algunos días atrás, y de haber visto los diversos libros que estaba leyendo, Joel pensó que quizá apreciaría descubrir una faceta más culta en él, e intentó no sonreír cuando ella entró en la habitación al atardecer, presumiblemente para charlar.

—¿Qué mosca le ha picado? —le preguntó a Frank mientras Joel leía horrorizado *The Lonesome West*.

Frank, por su parte, se había pasado el día con su libreta, garabateando cosas en ella, pasando páginas rápidamente, dirigiéndole miradas a Joel de vez en cuando, como para evaluarlo de cara a un diálogo o acción. Dejó la libreta a un lado para dirigirse a Una con una cálida sonrisa.

—Me complace decir que apenas he tardado un par de semanas en tenerlo adiestrado.

—Has hecho un buen trabajo. Pero ahora en serio, ¿qué le pasa?

Joel intentó no escucharles. Todo el mundo actuaba como si hubiera en él algo terriblemente inadecuado. Intentó no mostrar su irritación. Aunque en su cabeza brotó una pizca de ansiedad al pensar que tanta lectura no haría más que reforzar la opinión de que se estaba volviendo loco.

—No le pasa nada —contestó Frank riéndose—. Bueno, nada más allá de lo habitual.

—Si le pasara algo me lo dirías, ¿verdad? Le prometí a su mujer que cuidaría de él.

Aquellas palabras hicieron que Joel se incorporara. Nunca se había figurado que su esposa hubiera podido planear su vida para cuando ella ya no estuviera. Se había ido tan repentinamente que parecía imposible que lo hubiera hecho. Ese era el motivo por el que Una se mostraba siempre tan simpática con él. Por eso lo vigilaba y se preocupaba por él. A veces se había mostrado sumamente grosero con ella, lo sabía, y ahora lo lamentaba doblemente. Sintió un aguijonazo extra al darse cuenta de que quizá aquello marcara el límite del interés de Una en él.

Quizá fuera lo mejor, pensó, puesto que tenía la línea de meta tan cerca. Aunque también pensaba que sería bonito irse con un beso. Algo romántico, algo cálido. Había transcurrido demasiado tiempo desde la última vez que compartiera un momento así con alguien. Pensaba que quizá Una podría... pero en ese momento le pareció que se trataba de algo diferente.

Pero qué suerte la suya, al haber tenido una esposa que se preocupaba tanto por él, tan amorosa y generosa. Aquello hizo que se le volviera a hinchar el pecho de orgullo, y que su ausencia lo quebrase un poco más.

—Fue una gran mujer —dijo sin levantar la mirada del libro; no necesitaba que vieran las lágrimas que se estaban formando en sus ojos. De todos modos, sospechaba que Frank sabía que estaban ahí.

—Me hubiera gustado conocerla.

—Te habría encantado —dijo Una sin quitarle los ojos de encima a Joel—. Era una mujer afable. Bondadosa hasta decir basta. Siempre cordial.

—Tuve suerte —dijo Joel, sintiendo que nunca se había quedado tan corto con una afirmación.

—Sí —dijo Frank, con un rastro de melancolía en la voz. El indicio de algo perdido.

—Era maravillosa —dijo Liam nada más entrar. Lo había oído todo—. ¿Pastillas? —preguntó.

Hubo un cierto tono en su pregunta, un tono que había desaparecido en tiempos recientes, y que Joel agradeció. No se trataba de una exigencia, sino de una petición, y de una petición realizada con amabilidad.

—Por favor —dijo Joel, dejando el libro sobre la cama.

El enfermero Liam puso el vaso sobre la mesilla de noche y dejó las pastillas al lado de su penique de la suerte y de su letrero de «Mis herramientas, mis normas». Una muestra de confianza. No iba a quedarse allí en plan niñera. Joel estuvo a punto de sonreír. A punto.

—Y para usted, amable caballero —le dijo a Frank, mostrándole las pastillas.

—Gracias —dijo Frank bajando la mirada, como hacía siempre en presencia de Liam.

—No —dijo Liam cordialmente, permaneciendo junto a la cama durante un momento de más—. Gracias a usted.

Joel estaba observando la interacción entre ambos cuando captó la reacción de Una, un asentimiento silencioso y satisfecho. La indicación de que estaba viendo algo que necesitaba ver. Joel no comprendía tan profundamente a la gente como Frank, pero de todos modos entendió el significado de su mirada. Lo sabía. Había vuelto a subestimarla. ¿Sabía que Frank era gay? Sin duda sabía que Liam lo era. Llevaba allí el tiempo suficiente y, como Joel había acabado por descubrir, era demasiado perspicaz como para pasarlo por alto. Una había visto que algo sucedía entre los dos. Joel se esforzó por ver lo que era. Frank no había levantado la mirada, seguía con la

máscara de De Selby puesta, pero daba la sensación de que algo de Adams estaba asomando en la pequeña sonrisa, casi de susto, que lucía. Joel no podría haber identificado lo sucedido entre ambos pero, si hacía feliz a Frank, estaba a favor.

Joel le dirigió una sonrisa a su amigo.

—Creo que me voy a la piltra —anunció—. Aprovechando que tengo el viento a favor.

Capítulo diecinueve

—Tengo que decirte, Joel, que estamos realmente contentos con tu comportamiento de estos últimos días. Y parece que la enfermera Ryan también —le dijo el enfermero Liam el sábado por la mañana.

Al entrar, Liam se había encontrado a Joel sentado, con el libro en el regazo y la expresión vacía, los ojos clavados en el largo camino de acceso, más allá del jardín, allí donde se encontraba la roca. Estaba pensando en ella.

Joel había dedicado el viernes a leer, pasando las páginas de los libros de la biblioteca de Frank en busca de suicidios que le sirvieran de inspiración. Había estado callado como un ratón. No se le escapó el absurdo de que le elogiaran por buscar en silencio la manera de hacer una declaración de principios a través del suicidio, y Joel se rio por lo bajo de Liam mientras este le ofrecía el desayuno.

No sentía el menor interés por saber que su docilidad le había valido una estrella dorada por parte de sus carceleros y el respeto de la alcaidesa. Sintió deseos de escupir las pastillas solo para fastidiarlos a todos, pero estaba cada vez más convencido de ver en el enfermero Liam a alguien que estaba de su parte. De ver a un hombre que quería que Joel fuera feliz, que obtuviera lo que deseaba de los años que le quedaban, pero que estaba atrapado entre el deber para con su trabajo y su deseo de ver progresar a los residentes.

—Me alegro —dijo Joel, como si le importara en lo más mínimo.

Liam le dio unos golpecitos de ánimo en la pierna. No podía saber que a Joel le molestaban profunda y amargamente esos golpecitos condescendientes en la pierna. Eran las carantoñas para un perrito que se había portado bien. Lo encajó solo porque había dicho que lo haría.

—Fue bonito lo que hiciste el otro día —dijo Joel mientras Liam se volvía para marcharse.

El enfermero lanzó una mirada a la cama vacía de Frank. El cuentacuentos se había ido a desayunar con Una en la sala común.

—¿A qué te refieres? —preguntó, fingiendo ignorancia.

—A lo que hiciste por Frank.

—En realidad no hice nada.

—Aunque no lo entiendo en su totalidad, creo que fue bonito. Le levantó el ánimo.

—Eres un tipo lleno de sorpresas, Joel. A veces creo que vives en tu propio pequeño mundo, pero no se te escapa una, ¿verdad?

—Se me escapan muchas, para ser sincero, pero esa no.

—Es bastante sorprendente veros a los dos juntos. Lo íntimos que os habéis vuelto. De verdad

le quieres, ¿no es así?

Joel se sentía tremendamente incómodo con el verbo «querer». Especialmente en lo relacionado con un hombre gay con el que compartía habitación. Liam, que se dio cuenta, se rio.

—Pero a la vez no dejas de ser tú, ¿verdad? —dijo.

Había un dejo de amargura en la pregunta. Un indicio de que, por muy cómodo que estuviera consigo mismo, Liam se había encontrado a un millar de Joels en un millar de ocasiones. Y cada Joel había acarreado su propio nivel de incomodidad o aversión para volcarlo sobre el mundo de Liam, haciéndole daño y rompiendo astillita tras astillita sus defensas personales.

—Es lo único que he sido nunca —dijo Joel. Intentó sonar contrito, apenado por la manera en que funcionaba el mundo, pero le salió autoritario, el comentario de un privilegiado.

Liam asintió y le dedicó una sonrisa irónica.

—Es usted un buen tipo, señor Monroe.

—¿Lo soy? —preguntó Joel, intentando no mostrar su rabia. Otro cumplido por su buen comportamiento, por la excelente mascota doméstica en que se había convertido ahora que había aceptado su situación con indiferencia.

—Sé que es difícil para ti, Joel. Lo sé —dijo Liam—. No pretendo ponértelas más difíciles todavía. Es exactamente lo contrario. Y haré todo lo que pueda para que te sientas lo más cómodo posible.

«Mientras esperas a que me muera», pensó Joel. Pero se quedó callado y se obligó a sonreír.

Joel volvió a sumergirse en su investigación suicida, en busca de algo que le inspirara, que le revelase la manera de llevar a cabo algo profundo que obligase a los que se quedaran a hacer una pausa y preguntarse si quizá habría una manera mejor de cuidar del resto de residentes, si no se les podría ofrecer una vida mejor. La lección de su fallecimiento superaría el examen del tiempo, algo que Joel no podía hacer. Mientras tanto, la amenaza del psiquiatra se cernía sobre él. Era su temor principal, que le descubrieran, que alguien escarbase en su interior y encontrara la apatía, la furia, la desesperanza, y el pequeño y en ocasiones vacilante deseo de acabar con todo. Y que, cuando dieran con ello, lo encerrarán de verdad. Sin una roca al final de la colina, sin Frank, sin Una. Aquello lo aterrorizaba hasta la médula.

A primera hora de la tarde, a eso de las tres, Joel estaba sentado en la sala común, luchando contra otras tablas por ahogado con Jim, *el Poderoso*.

—Y regresa a la llanura —le dijo Jim muy serio mientras se acercaban a la inevitable conclusión de la partida.

Joel suspiró profundamente y movió otro caballo. Ya lo veía venir. Cuatro, quizá cinco movimientos. La única esperanza que le quedaba era que su rival cometiera un error. Un error que Joel sabía que no se iba a producir nunca.

—Entiende a la perfección por qué lo están mandando a la cárcel —dijo Jim con una sonrisa maliciosa.

Era clara y nítida. Carecía de la vacuidad alrededor de los ojos que generalmente afectaba a

Jim Lincoln.

—¿Estás ahí, Jim? ¿Hay algo en la superficie? ¿Alguien con quien quizá pueda hablar?

—En la actualidad, el obrero trabaja cada día de su vida —le dijo Jim. La sonrisa maliciosa había desaparecido casi por completo. Los ojos, inanes y vacíos, retornaron con una pesadez casi dolorosa para Joel cuando los vio. ¿Había sido quizá un momento de lucidez? O posiblemente no hubiera sido nada.

Frank entró tranquilamente en la sala, aún en pijama, con la bata y un pañuelo en el cuello, este blanco casi por completo, salvo por el fino diseño de olas de color marrón que lo atravesaba. Mientras el anciano ocupaba su sitio llegó el enfermero Liam, que llevaba el abrigo puesto y se disponía a terminar su turno.

—¿Media jornada hoy? —preguntó Joel, jugando aún a ser el perrito bueno.

—Volveré luego, para el turno de noche —contestó Liam.

—No hay descanso para los condenados y todo eso —dijo Frank amablemente.

Su lenguaje corporal hacia Liam había cambiado. Había algo en él que transmitía alivio y comodidad, pero Joel reconoció la máscara de De Selby por mucho que su amigo la llevara un poco más suelta. Lo que hubiera ocurrido entre ambos había sido agradable y cálido, pero no bastaba para eliminar décadas de vivir a la defensiva.

—Esto es para ti, de parte del personal —dijo Liam al entregarle una caja envuelta con esmero.

—¿Y esto qué es? —preguntó Frank, realmente sorprendido.

—Es solo un pequeño regalo de cumpleaños. Que os lo paséis bien.

Mientras el enfermero se dirigía hacia la puerta, Joel se insultó para sus adentros. Era el cumpleaños de Frank. No lo sabía, no había forma de que hubiera podido saberlo, pero así son las cosas. Era el cumpleaños de su amigo y él no lo había mencionado siquiera. Quizá los cumpleaños no significaran nada para él, tras todos esos años sin una familia con la que celebrarlos, sin una esposa ni un marido ni nadie que le enviase una postal o le preparase la cena o le montase una fiesta. Quizá los cumpleaños eran otro recordatorio de la vida de aislamiento que llevaba. Era horrible pensar algo así, y Joel detestó aquel pensamiento. Deseó mejorar las cosas. Demostrarle a aquel hombre que ahora había alguien a quien le importaba.

Frank desenvolvió el regalo casi con tristeza, y sacó la cajita. Joel supo lo que era antes de que la destapase. Hay regalos que son simplemente perfectos para algunas personas.

Con delicadeza, Frank sacó el pañuelo de seda de la caja. La suave tela plateada tenía rosas de colores blanco y bermellón delicadamente tejidas en ella.

—Lo siento, Frank, no lo sabía —dijo Joel.

—No te preocupes, muchacho —lo tranquilizó Frank sin dejar de admirar el pañuelo, que manipulaba con mucho cuidado, casi de manera reverencial.

—¿Cuántos años cumples?

—Setenta y nueve.

Joel intentó que no se le notara la sorpresa. Frank era mayor que él. Algo en su actitud gallarda, en su naturaleza despreocupada, había llevado a Joel a pensar que era más joven. Mucho más

joven. No se le habría ocurrido nunca que le sacara tres años.

—Ahora me siento mal. No tengo ningún regalo.

—No quería armar un escándalo. Si hubiera querido armar uno, lo habría anunciada a los cuatro vientos. Ya me conoces.

La oportunidad estaba ahí. Podía actuar, hacerse la víctima, ofrecer una interpretación marca de la casa De Selby y condenar a Joel por su desconsideración con una diatriba de observaciones jocosas e hirientes. Pero Frank ignoró esa oportunidad y dejó que se fuera de rositas. Joel no pudo decir si había tomado esa decisión en deferencia al miedo que sentía por su inminente reconocimiento psicológico o hacia su determinación por irse al otro barrio, o porque se había quitado la máscara de De Selby y, en su lugar, había un Frank Adams aislado y solitario, que acababa de abrir un regalo de cumpleaños por primera vez en mucho tiempo.

A Joel, cualquiera de esas ideas le parecía repugnante. No quería que el hombre que se había convertido en su mejor amigo le perdonara la vida, ni que lo tratara entre algodones, como tampoco deseaba ver a ese hombre solo y abandonado.

Joel paseó la mirada por la habitación. No vio más que abandono. Muebles viejos que aún eran útiles, pero muy necesitados de una reparación o de que los restauraran. Un televisor viejo, donado tanto tiempo atrás que Joel tuvo la seguridad de que su modelo ya no se encontraría en ninguna tienda. Era consciente de que aquello estaba en su cabeza. Aunque sabía que algunas personas vivían felices en Hilltop, y que la podredumbre y la ruina que la residencia suponía para él eran un síntoma de su propio impulso por suicidarse, ello no alteraba un ápice su opinión sobre el lugar.

El abandono que observaba no se reducía al edificio o a su mobiliario: estaba en la gente. No es que el personal de enfermería los hubiera descuidado. Era la sociedad la que lo había hecho. Era algo tan deprimente como exasperante. Observó la sonrisa feliz y melancólica en el rostro de Frank. De repente, todo le parecía tan patético... El regalo, aquella concesión por parte de un personal que era cómplice por mantenerlos escondidos del mundo. Sintió que la rabia y la frustración generaban una energía en su interior, una fuerza electrizante y displicente que ignoraba sus miedos, que ignoraba su inquietud.

Y, de repente, a Joel se le ocurrió una idea. Una idea peligrosa, pero divertida.

—¿Por qué no nos vamos al centro a tomar una pinta para celebrarlo? —preguntó.

El rostro de Frank se iluminó un poco, pero su excitación se extinguió de inmediato.

—Probablemente no sea una buena idea. Lo hemos estado haciendo bien. Manteniendo un perfil bajo. Durante los últimos dos días hemos vivido en un mundo tranquilo y encantador. ¿Para qué agitar las aguas?

—No seas estúpido. Es tu cumpleaños. Deberíamos estar celebrándolo.

—Joel, no pretendo poner en tela de juicio tu de por sí débil cordura, pero ¿no crees que es una locura?

Ahí estaba, pensó Joel. Ahí estaba Frank. Agudo. Ingenioso. Jovial.

Si Joel se salía con la suya, no celebrarían el ochenta cumpleaños de Frank juntos. Habría acabado consigo mismo. Estaría en el otro barrio. Habría estirado la pata. Aquella era la última

oportunidad que tenía de pasar un cumpleaños con aquel gran amigo de reciente adquisición.

—No, de hecho no lo creo —dijo Joel—. «Mis herramientas, mis normas.»

—Estás a un solo arrebató de la evaluación psiquiátrica que quizá lleve a que te encierren en un manicomio para siempre, ¿y quieres ir a sacudir el avispero?

—No quiero sacudir ningún avispero. Quiero tomarme una pinta por tu cumpleaños.

—Joel, querido —comenzó a decir Frank, bajando la voz hasta adoptar un volumen conspirativo—, teniendo en cuenta todo, y en consideración a ciertos planes de futuro por tu parte, ¿no crees que esto atraerá una atención innecesaria hacia ti?

Al mencionar los planes de futuro, Frank se pasó de manera bastante exagerada el pulgar por la garganta. Joel sonrió. Sin duda, Frank tenía algo de razón, pero Joel pensaba únicamente en las caras, en la expresión de decepción absoluta en el rostro de Lily, en la distraída incomodidad de Chris, en la fulminante repulsa tanto de su hija como de la Rino. Aborrecía aquellas caras, aborrecía el poder que tenían sobre él. Se había prestado a ser el perro bueno, a permanecer tumbado y a hacer lo que le indicaran, había aceptado los golpecitos en la cabeza por su buen comportamiento pero con incomodidad, como si de algún modo le debiera a aquella gente ese buen comportamiento, como si tuviera que limitarse a aceptar el control que tenían sobre su vida y aprender a encajarlo. Sintió que un aullido prácticamente animal comenzaba a formarse en lo más profundo de su vientre.

—No pienso permitir que nadie me diga lo que he de hacer con mi vida. No el día del cumpleaños de mi amigo.

Frank le observó, se dedicó a estudiarlo en serio durante unos instantes, y en su rostro brotó una enorme sonrisa traviesa.

—Nunca hay que subestimar la absoluta cabezonería de algunas personas —dijo, poniéndose bien el pañuelo—. ¿Cómo lo hacemos?

Joel sintió que la excitación comenzaba a borbotear en su interior. Iba a ganarse de nuevo las sonrisas y el destello de respeto que había visto en los ojos de su nieta. Iba a hacer lo que deseaba, lo que él eligiera hacer. Iba a obrar según su propia voluntad, y no bajo la condescendiente e implacable monotonía de la vida en Hilltop.

—Por la ventana, después de la cena, cuando hagan la primera ronda nocturna.

—Las ventanas están cerradas con seguro —dijo Frank.

—Le pedimos a alguien que la abra ahora. Para que entre aire fresco en la habitación. Y taponamos el pestillo. Cuando la cierren, lo hará por completo, pero si el seguro no queda echado podremos abrirla de nuevo y salir por ella.

—Son bastante estrechas.

—¿Me estás llamando gordo?

—Tengo demasiado vocabulario para eso. Si quisiera insultarte, usaría palabras como rollizo, rehecho o ancho.

Había regresado. Su amigo había regresado. Los casi tres días que llevaban siendo avergonzados y maltratados para que se convirtieran en algo que no eran se evaporaron en aquel momento de excitación compartida.

—Pasaré, no te preocupes.

—Para entonces ya estará oscureciendo... ¿crees que tendremos problemas para andar entre los árboles?

—No pasará nada. Ten un poco de fe. Se supone que el optimista eres tú.

Fue en ese momento cuando los dos se dieron cuenta de que Jim, *el Poderoso* seguía sentado a su lado. Con una sonrisa paciente. Esperando a retomar el final de la partida.

Joel y Frank se miraron.

—Nos guardarás el secreto, ¿verdad, Jim?

La sonrisa de Jim, *el Poderoso* se volvió más amplia.

Capítulo veinte

Ejecutaron el plan con aire despreocupado. Sentados en la habitación que compartían, mientras estaban leyendo, le pidieron de pasada al enfermero Karl que abriera la ventana para que se aireara un poco la habitación. Cuando el enfermero hubo salido, taponaron el hueco del pestillo con papel de váter.

Frank se entretuvo en su armario, escogiendo el atuendo para la tarde, mientras Joel pasaba las páginas de un libro sin leerlas, demasiado excitado y nervioso para asimilar las palabras. El tiempo pasó arrastrándose, con una lentitud dolorosa, y, cuando por fin llegó la hora de la cena, se dirigieron ansiosos a la sala común, entraron en ella precipitadamente y fracasaron de forma lamentable en su intento de actuar con normalidad.

Inevitablemente, fue Una *ojo de águila* Clarke quien se dio cuenta de que les pasaba algo. Se había sentado a cenar con ellos y, mientras mantenían una conversación ociosa, les dirigía esporádicas miradas de reojo. Cuando llegó la hora de los postres, los pilló desprevenidos.

—No sé lo que estáis tramando, pero presiento que os vais a meter en otro problema.

Joel se detuvo en seco, con la cucharada de helado flotando a pocos centímetros de sus labios. Frank se limitó a enarcar una ceja con indiferencia antes de caer en la cuenta de que Joel había descubierto su juego con aquella reacción de sorpresa.

—No hay en ti el menor sentido de la tranquilidad —le murmuró a su amigo.

Joel reconoció que probablemente tenía razón. Aún no se había comido el helado.

—¿Lo mismo de la otra vez? ¿El truco de la desaparición? —preguntó Una.

—Es el cumpleaños de Frank —le dijo Joel sin convicción.

—Oh, qué bien —contestó ella—. Feliz cumpleaños, querido.

—Gracias —Frank sonrió ampliamente—. Entiendo que no nos vas a delatar.

—Entiendo que cuidaréis el uno del otro, donde sea que vayáis...

—Cuidar el uno del otro —farfulló Joel. Una no era su madre.

—Sí, querido —dijo ella, alargando el brazo para limpiarle un poco de helado derretido de la barbilla—. Os tengo mucho cariño a los dos, y no quiero que os pase nada.

Aquellas palabras hicieron que Joel se sonrojara. Un hombre con mayor labia que él quizá hubiera tenido el valor o los recursos para decirle que él también le tenía cariño. En lugar de eso, se comió otra cucharada de helado.

—Te veo muy serena con este asunto —dijo Frank.

Una permaneció en silencio durante unos instantes, empujando el postre por el cuenco con la cucharita. Joel se dio cuenta de que escogía las palabras con cuidado, pero al decirlas evitó

diligentemente establecer un contacto visual con él.

—Desde que llegaste, Joel ha sido un hombre diferente —le dijo a Frank—. Es más feliz. Más abierto. Se parece al hombre que era al principio, cuando se mudó aquí, hace algunos años. Es más atrevido, más displicente si quieres, pero es un cambio agradable. Estaba preocupada por él. He visto cómo se transformaba en el caparazón de algo. Así que me alegra ver que sale de su interior. Y si los dos os ganáis una regañina, ¿qué importa?

Joel se permitió una sonrisa. Deseó tender el brazo hacia ella, cogerle la mano y darle las gracias. En su lugar, se comió una nueva cucharada de helado.

—¿Quieres ayudarnos? —preguntó Frank.

Ella le devolvió la sonrisa.

Poco después de la cena, mientras estaban metidos en la cama fingiendo relajarse para la noche, el enfermero Karl hizo la ronda y les llevó los bloqueadores del receptor de la angiotensina, el aceite de hígado de bacalao y un té. Cerró las ventanas, como solía hacer, y Joel se esforzó por no mirar fijamente cómo lo hacía. Aceptó los medicamentos y el té sin rechistar, lo que le valió un gesto de aprobación por parte del enfermero. Más pruebas de que estaba siendo un buen chico. Unos diez minutos después oyeron un débil repique procedente de la habitación de Una, un aviso. Prestaron atención, casi aguantando el aliento, mientras el enfermero Karl se dirigía hacia allí, y oyeron el suave murmullo con que Una le pedía un favor.

El enfermero Karl iba a pasarse los siguientes veinte minutos o así transportando unos libros a la habitación de la señora Klein.

Rebosantes de excitación nerviosa, los dos hombres saltaron de la cama y comenzaron a vestirse apuradamente. Mientras Frank le daba los últimos retoques a su atuendo, incluyendo el pañuelo nuevo, Joel se dirigió hacia la ventana.

La empujó con gesto vacilante.

La ventana cedió a la presión de su mano y dejó entrar el aire vespertino. Joel inspiró una gran bocanada de libertad y se permitió sonreír.

—¿A qué demonios esperas? No tenemos todo el día —le dijo Frank mientras se acercaba a la ventana. El granuja se había arreglado mucho para la ocasión. Llevaba su mejor traje, de color azul marino, aunque un poco viejo y de aspecto usado en los hombros, con una camisa blanca recién planchada y un par de zapatos de piel de color marrón. Llevaba el pañuelo de cumpleaños anudado al cuello de manera elaborada, pero holgado. Joel se había vestido con mayor sobriedad, pero seguía ofreciendo una figura apuesta, pensó con bastante humildad.

Sujetándose con cuidado, dando pasos silenciosos y medidos, Joel se levantó el pantalón de vestir y salió por la ventana. Volvió a experimentar la emocionante sensación de traspasar los límites, y las risitas que había sufrido en las dos ocasiones anteriores amenazaron con sobrepasarlo de nuevo, pero mezclado con todo ello estaba el miedo aterrador a que lo pillaran, y solo un minúsculo deseo de que eso sucediera. Si no llegaban a salir de la propiedad, probablemente se meterían en menos problemas.

Frank salió detrás de él, bajando el pie con mucho cuidado hasta pisar la gravilla.

Descendieron por el jardín, andando sobre la hierba para reducir los ruidos, pero, cuando se acercaban a la línea de árboles, unas luces los cegaron.

Frente a ellos, frenando delante de la puerta, estaba el coche del enfermero Liam, que iba para realizar el turno de la noche. Sin pensárselo, los dos hombres se agacharon todo lo que pudieron y emprendieron una especie de carrera arrastrando los pies. La curva que dibujaba la carretera justo delante de la puerta actuaba en su favor y, si la suerte les acompañaba, el enfermero Liam estaría revolviendo la mochila en busca de su pase magnético, o apretando el timbre, o mirando hacia otro lado.

Mientras corrían a su manera y tan rápido como podían en dirección a la línea de árboles, Joel esperó oír a su espalda el bocinazo o el pitido que anunciaran que habían sido descubiertos en la tenue luz vespertina. Mantuvo los ojos fijos en el coche y aguardó a que alguien hiciera sonar la alarma. En mitad de una zancada creyó ver que el enfermero los miraba, estuvo casi seguro de que lo había hecho, y se preparó para el grito que los mandara detenerse. Este no llegó y, cuando alcanzaron la línea de árboles, se sintieron libres y como en casa.

Los dos se detuvieron detrás del tronco de un enorme árbol de hoja perenne para recuperar el aliento. Entre risitas, Frank aspiraba profundas bocanadas de aire, mientras que Joel, que no se había cansado tanto pero que aún sufría las palpitations del susto, estiró el cuello para observar el coche mientras se abrían las puertas de la residencia. Cuando el vehículo pasó a su lado siguiendo el camino de entrada, Joel vio al enfermero Liam de perfil que miraba cuidadosamente, casi de manera evidente, hacia otro lado. Los había visto, Joel estaba seguro de ello, pero era imposible porque el coche siguió subiendo por el camino de acceso y fue a detenerse lentamente en una de las plazas de aparcamiento reservadas al personal.

—Salgamos de aquí —dijo Frank.

El segundo obstáculo significativo de la noche fue, obviamente, el muro. Llegaron a la roca, cuya vista protegían prudentemente los árboles; subieron fácilmente por ella y se encontraron de nuevo demasiado bien vestidos para estar sentados encima de un muro que, además, era demasiado alto para unos hombres de su edad.

—Es más alto de lo que recordaba —le dijo Joel a Frank.

—No, simplemente eres más viejo.

—¿Por tres días? —preguntó Joel.

—Más viejo es más viejo. No discutamos por una nimiedad numérica.

—¿Lo mismo de la otra vez? —preguntó Joel.

Frank asintió sin desprenderse de su amplia y ridícula sonrisa.

Y así fue que los dos hombres se pusieron torpemente en posición, con los pies de Frank arañando la pared lateral del garaje mientras intentaba descender con cuidado hacia la carbonera. Cuando estaban por la mitad se encendió una luz y los dos se quedaron paralizados.

La luz procedía de la galería que había en el jardín trasero, la que estaba llena de juguetes. En la tenue luminosidad del atardecer, con la lámpara encendida dentro, era improbable que pudieran verlos, pero, no obstante, los dos se quedaron quietos.

De haber sido posible que se quedaran doblemente paralizados lo habrían hecho al ver a los

ocupantes de la galería. Al otro lado del cristal estaba la Rino, que recogía los juguetes mientras charlaba amigablemente con un niño pequeño.

Sin el uniforme, con ropa informal y el cabello recogido en una cola de caballo, la mujer sonreía con facilidad. Lo que le estaba diciendo el pequeño la divertía sobremanera, le provocó una carcajada que incluso Joel y Frank pudieron oír pese al grosor del cristal.

Joel recordó la sensación de envidia que había experimentado al pasar junto a aquella pequeña habitación con todos sus juguetes solo tres días atrás. La sensación de que ahí debía de haber unos padres maravillosos. Apenas podía creer lo que veían sus ojos. La Rino parecía una mujer normal. Y agradable. Alguien que a uno le gustaría tener por amiga.

En su sorpresa, Joel se había olvidado de Frank, y solo cuando su amigo dejó escapar un resoplido estrangulado se dio cuenta de que había estado sosteniéndolo por el pañuelo, asfixiándolo prácticamente.

—Lo siento —susurró mientras seguía haciendo descender al hombrecillo.

Cuando sus pies encontraron apoyo en la parte superior de la carbonera, Frank se volvió hacia Joel, que seguía subido en el muro. Su susurro estrangulado fue apenas inteligible, pero Joel estuvo bastante seguro de que incluía de manera predominante las palabras «bastardo», «idiota» y «gilipollas».

Fue asintiendo en espera de que la diatriba llegara a su fin.

—Ve a buscar la escalera —susurró al fin, interrumpiendo a Frank justo cuando este describía a la madre de Joel en términos poco halagadores.

—No podemos. No mientras estén ahí.

—Bueno, ¿y cómo bajo?

—Ven —dijo Frank, inclinándose.

Joel estuvo a punto de reírse en voz alta. Iba a tener que descender y usar la espalda de Frank literalmente como un peldaño.

—No te me arrugues —le dijo al hombrecito.

—Intenta pensar en cosas que no pesen —contraatacó Frank.

Cautelosamente, con la esperanza de no echarse a reír, Joel comenzó su descenso hacia la espalda de Frank y el jardín de la Rino. Sus ojos saltaban de la espalda encorvada de su amigo a la galería, oculta apenas por la esquina del garaje. «La Rino» parecía absorta en aquello que estuviera haciendo el pequeño. Joel posó los pies sobre la blanda espalda de su amigo, y durante un instante pensó que Frank iba a desplomarse bajo su peso, pero el hombrecito resistió y apenas gruñó levemente a modo de protesta. Joel intentó cargar lo menos posible a su amigo aguantándose en el muro con los brazos.

Cuando por fin tocaron suelo firme, se quedaron allí, desconcertados. La mujer no los había visto ni oído, y seguía jugando con el niño sin perder aquella amplia sonrisa, manteniendo la apariencia de persona normal.

—Vamos —susurró Frank.

Los dos avanzaron furtivamente por el sendero del lateral de la casa, lejos de la galería, hasta que tuvieron que pasar junto a la ventana de la cocina. La luz de dentro estaba encendida, y un

hombre estaba entretenido guardando la vajilla. También parecía normal. Incluso agradable. ¿Estaría la Rino casada con aquel hombre? Se lo veía feliz, no parecía alguien que viviera torturado día tras día por haber tomado la decisión de casarse con una déspota. ¿Qué tipo de vida había forjado aquella mujer, que le permitía ser feliz allí y fría y distante en Hilltop?

Cuando llegaron a la parada del autobús a Joel ya se le había pasado la impresión, pero la naturaleza surrealista de todo aquel asunto seguía siendo difícil de asumir. Se lo comentó a Frank mientras le limpiaba las marcas de sus propios zapatos de la chaqueta.

—Supongo que uno nunca acaba de conocer a la gente, ¿no crees? —contestó Frank sin dejar de revisarse la ropa en busca de manchas procedentes de los árboles, o de la carbonera, o de los zapatos de Joel.

Cuando llegó el autobús, Joel se había olvidado por completo de lo ocurrido, y la excitación se apoderó de él. Oscurecía con rapidez. Se acercaba el momento de estar en el centro de la ciudad un sábado por la noche. Cuando vivía en su propia casa apenas había salido los sábados, y una parte de él sentía que debía hacer algo para compensar algunas de las experiencias que se había perdido. A medida que el autobús se alejaba, dejando Hilltop a su espalda, Joel se obligó a no preocuparse y a pensar en positivo, a mirar la noche que tenía delante como lo que era: una salida con su amigo, por el cumpleaños de este, durante la que iban a hacer solo lo que ellos quisieran.

Antes incluso de que el autobús se detuviera en el centro de la ciudad, Joel pudo sentir la energía propia de un sábado por la noche. Era algo en bruto, el flujo de cuerpos, el buen humor, la noche que se desplegaba ante ellos dispuesta a convertirse en lo que ellos desearan que fuera. Joel ansiaba formar parte de ella. Frank, al ser más cosmopolita y sofisticado, se lo tomó con más calma, y Joel intentó seguir el ejemplo de su amigo, adoptar su expresión de tranquila indiferencia, pero se sintió inquieto por la urgencia de ir a alguna parte, de hacer algo, tal y como parecía ser el caso del resto de la ciudad.

—¿Adónde? —preguntó ansioso.

—He tenido una idea —dijo Frank.

—No sería la primera.

—Pero quizá sea un poco sensiblera.

—Estoy planeando mi suicidio. No hay nada más sensiblero que eso.

—No, no lo hay —coincidió Frank riéndose—. Me gustaría ir a ver el Royale.

Era algo artístico y cultural, no cabía duda, pero, puesto que Joel y su alma de patata habían tenido una experiencia limitada con ese tipo de asuntos, no sabía exactamente de qué se trataba. Su cara reveló la confusión que sentía.

—Era mi teatro favorito —dijo Frank.

—¿Era?

—Lo cerraron a finales de los noventa. Me quedé destrozado. Aunque quizá fuera lo mejor que le podía pasar, porque se estaba viniendo abajo.

Joel vio la nostalgia que asomaba a los ojos de Frank y la reconoció, tan intensamente

familiarizado estaba con ella. Últimamente había estado regodeándose en la nostalgia. En el recuerdo de tiempos mejores.

—Entonces vamos —dijo.

Los dos elegantes caballeros se abrieron paso por la atestada ciudad en dirección opuesta al meollo principal de su actividad. Las multitudes fueron disminuyendo mientras pasaban de las partes más nuevas y de moda a los barrios viejos. Joel recordaba una época en la que aquellas calles bullían de vida, y la prueba de su popularidad de antaño asomó en el recuerdo de lo que había sido cada edificio. Una bolera que ahora era una lavandería industrial, un amplio bloque residencial donde él recordaba una vieja sala de cine. Había estado allí con Lucey en más de una ocasión. Durante su noviazgo y más adelante, cuando Eva se convirtió en una jovencita ansiosa por estar en cualquier parte menos en compañía de sus padres.

Justo en mitad de la calle se hallaba el viejo Royale. Su entrada redondeada seguía en pie. Llevaba tanto tiempo allí que Joel había dejado de fijarse en él. El teatro nunca había sido lo suyo, así que nunca se había molestado en prestarle atención, pero ahora que lo tenía delante percibía su antigua elegancia, incluso en el estado ruinoso en que se encontraba. El edificio parecía conservar el recuerdo de su antigua gloria y esta no podía ignorarse pese a los tablones que tapaban sus ventanas y los grafitis de su fachada. De esta sobresalía un cartel de gran tamaño que decía «Vendido».

—Tiene un aspecto encantador, ¿verdad? —señaló ante Frank.

—Ese destello que veo en Joel Monroe, ¿es un alma? —preguntó su amigo.

—No estoy completamente muerto por dentro —replicó.

—No, amigo mío. Creo que es más bien lo contrario.

—¿Qué quieres decir?

—Da igual.

—¿Cómo vamos a entrar? —preguntó Joel al reparar en la valla que rodeaba la puerta principal y que les impedía el paso.

—Por el lateral, hay una puerta trasera. Nadie se ha molestado en colocarle un candado. A las ratas no les importa demasiado que las puertas tengan candado o no.

—¿Hay ratas?

—¿Te dan miedo unas cuantas ratas?

—No es que les tenga mucho cariño, no.

—Eres un tipo gracioso, Joel. Aparentemente, no te da miedo la muerte, pero que te aspen si has de compartir un viejo teatro con algunos roedores.

—Supongo que no serán mucho peores que tú —dijo sin que se le escapara la sonrisa.

Frank sonrió por los dos.

—¿Entramos, pues?

Mientras se adentraban con cautela por la estrecha calleja lateral, Joel se dio cuenta de que había desarrollado con mucha rapidez una verdadera maña para colarse en los sitios. Unas semanas antes, cuando dejaron Hilltop en un taxi, le asustaba hasta su sombra. Y ahí estaba ahora, metiéndose a hurtadillas por una calle lateral repleta de ratas para, después de escaparse de una

institución, poder colarse en otra.

—¿Habías estado aquí desde que cerró? —preguntó.

—Vengo de vez en cuando. En su día fue bueno conmigo.

Sonó melancólico. Algo tan impropio de Frank que a Joel le dio que pensar.

—Ni se te ocurra robarme mi parte —le dijo a su amigo.

—¿De qué hablas?

—Se supone que yo soy el triste y patético de los dos. Tú eres el gracioso. Los dos no podemos estar tristes. Sería demasiado.

Oyó una risita ligera delante. Estaba demasiado oscuro en aquel pequeño paseo como para discernir la cara de Frank, pero Joel esperó que hubiera calidez en ella.

En la parte trasera había un pequeño espacio abierto y unos escalones que conducían hasta una puerta. La zona estaba llena de basura, había botellas y latas vacías por doquier.

—Supongo que algún desafortunado sintecho habrá pasado por aquí, pero hubo una época en la que yo venía a esta puerta a darle al tabaco. Me fumaba un cigarrillo entre una escena y la siguiente. Los demás actores odiaban que hiciera eso. Ya sabes, por si llegaba tarde a mi entrada o algo así, pero eso no pasó nunca.

En efecto, la puerta se abrió con un ligero chirrido y Frank entró por ella al teatro. Se encontraban en lo que Joel entendió que sería la parte posterior del escenario, la vieja pared trasera de ladrillo visto estaba ahora cubierta de grafitis. Muy por encima de sus cabezas estaba el equipo para colgar las largas cortinas negras que él sabía eran parte del decorado. Un tabique alto los separaba del escenario y, al rodearlo, las farolas callejeras que había al otro lado de las ventanas, a gran altura y a lado y lado del teatro, los iluminaron lo suficiente para que Joel identificara los restos ruinosos del escenario y de los maltrechos asientos tapizados en tela que en su día conformaron el teatro Royale.

Frank sonrió melancólicamente para sí mientras salía al centro del escenario, y le dirigió una mirada rápida a Joel por encima del hombro invitándolo a que se uniera a él. Para Joel, salir al escenario fue un momento peculiar. La sonrisita de Frank se transformó en una sonrisa de oreja a oreja al ver a Joel asimilando la sensación. Sus zapatos resonaron en la sala mientras avanzaban.

—Aquí fui una vez el Rey Lear —dijo Frank orgulloso—. Y el Doctor Dysart, y Willie Loman y Ajax.

Joel examinó a su amigo en busca de señales de remordimiento, melancolía, de cualquier cosa en realidad, pero lo único que vio fue felicidad.

—¿Lo echas de menos?

—Por supuesto que sí —dijo Frank mientras abandonaba el centro del escenario y se dirigía hacia la escalerita que conducía hasta el patio de butacas—. Pero quizá no esté acabado. Quizá *El insólito final del señor Monroe* se represente algún día. Quizá, cuando quien haya comprado este lugar acabe con él, se convierta en un teatro aún mejor de lo que fue, y yo dispondré de una nueva oportunidad.

—O quizá se convierta en un centro comercial.

—Ahí está otra vez: el vaso medio vacío.

—¿Qué puede costar un edificio como este en el centro de la ciudad? ¿Un par de millones? ¿Crees que a la peña que dispone de esa cantidad de dinero le importa un pimiento el teatro?

—Hay que vivir con la esperanza —dijo Frank frívolamente mientras se sentaba en una de las maltrechas butacas—. Se te ve bien ahí arriba, ¿sabes?

Joel se dio cuenta de que seguía en el centro del escenario, y de que su público de una persona le sonreía. Al intentar apresurarse hacia donde se encontraba su amigo, golpeó algo por accidente. Era un objeto pequeño, no habría reparado en él si este no hubiera hecho tanto ruido al salir rodando por el escenario. Su espalda y todas sus articulaciones protestaron al alimón cuando se inclinó para recogerlo. Era un botoncito. Con un alfiler en la parte de atrás. Una chapa. «Salvad el Royale», decía. Le pareció un poco triste haberlo recogido del escenario en ruinas de un Royale que ciertamente no se había salvado. Otro monumento envejecido, amado en su día, que dejaban que se cayera a pedazos porque a la gente ya no le importaba. Se guardó la chapa en el bolsillo y fue a sentarse al lado de su amigo. Los dos se quedaron contemplando el escenario tenuemente iluminado.

Joel se imaginó a Frank ahí arriba, su voz que se elevaba y descendía de esa manera que solo él era capaz de conseguir, su risa estruendosa que llenaba la sala y rebotaba contra la pared del fondo. Joel no sabía quiénes eran el doctor Dysart y Willie Loman, pero supuso que Frank habría estado perfecto en esos papeles.

—¿Sabes?, me gustaría haberte visto. Una de las veces que fuimos con Lucey al cine, ojalá hubiéramos ido al teatro para verte en una obra.

—Venga —dijo Frank—, te habrías muerto de aburrimiento.

Se burlaba de él, pero la voz le salió entrecortada.

—No, en serio. Ojalá te hubiera visto. ¿No estaría bien? Estando los dos aquí sentados, que pudieras decir que fuiste el Doctor Loman o lo que sea, y yo contestara: «Ooooooh, me acuerdo de eso, estuviste fantástico».

—¿El Doctor Loman? —preguntó Frank divertido.

—O lo que sea —contestó Joel desdeñosamente.

—A mí también me habría gustado que me vieras, amigo mío. Es algo curioso... —comenzó a decir, pero se detuvo.

Joel le observó con detenimiento. No llevaba la máscara de De Selby, era todo Adams, y lucía una expresión nueva, que Joel no le había visto antes. Una expresión dura y vulnerable a la vez. Era evidente que se estaba esforzando por mantener sus emociones bajo control.

—Di —dijo Joel casi en un susurro.

—Tenía tantos amigos. Tantos. Tenía amigos por todo el mundo. Actué en Nueva York, en Londres, en Los Angeles, en París, en Dublín. Estuve en todas partes. Y me querían, Joel, me querían de verdad. Y ahora, mi querido y viejo cascarrabias, tú eres todo lo que me queda.

Su voz volvió a quebrarse, necesitaba quitarse algo de encima. Joel sintió que le picaban los ojos con la llegada de las lágrimas, inesperadas e inoportunas.

—Me querían, pero yo nunca los quise a ellos. Lo intenté. De verdad que lo intenté.

Ya no pudo detener las lágrimas, que brotaban entre una palabra y otra, quebrando esa sonrisa

fija con la que intentaba seguir pareciendo feliz. Con la que intentaba mantener su actuación.

—Pero siempre sentí que me querían por lo que yo les mostraba, ¿sabes? Una especie de versión cómica de mi persona. Nunca mi verdadero yo.

—De Selby —susurró Joel de nuevo—. No Adams.

Frank pareció considerarlo durante un instante, su nuevo rostro titilaba en el esfuerzo por no perder la sonrisa.

—A veces eres un hombre de una inteligencia notable, Joel —observó Frank con una carcajada, aunque se secó una lagrimita del rabillo del ojo mientras lo decía.

Joel se estremeció con aquel cumplido, e intentó no mostrar sus propias lágrimas.

—Claro que otras veces te comportas como un idiota de campeonato, pero de vez en cuando... Sí, creo que tienes razón. A mí mismo nunca me gustó Adams, así que les di a De Selby, y De Selby les encantó. Y me convertí en él. Pero De Selby no puede amar a nadie porque no es real.

Seguía haciendo un valeroso esfuerzo por mantener la sonrisa, aunque se trataba de una sonrisa nueva, no la de De Selby, sino una diferente. Pero la sonrisa no parecía desear quedarse entre sus lágrimas.

—¿Por qué no te gustaba Adams? —preguntó Joel.

—No sé cómo responder a eso, amigo mío. Ojalá lo supiera. Ojalá lo hubiera sabido hace cincuenta años, cuando me habría servido para algo. Dejé que un hombre bello se alejara de mí porque me daba miedo darle la mano en público. No quise besarle allí donde pudieran vernos. Entonces él venía a las fiestas de después de los estrenos y veía a De Selby en su elemento y se preguntaba por qué no podía ser igual con él. Dejé pasar tantas cosas...

Aquel nuevo rostro se desmoronó con el esfuerzo por mantener la sonrisa en medio de las lágrimas. Joel se dio cuenta del porqué de la novedad. Era Adams, pero por primera vez era un Adams que no intentaba esconderse.

—Me engañé a mí mismo, Joel —sollozó—. Perdí la oportunidad de tener una vida. Creo que después de todo sí que odio a Liam. ¿No es gracioso? Lo odio porque tiene lo que yo nunca tuve. Se siente tan cómodo dentro de su pellejo... Se muestra tan dispuesto a ser él mismo... Él es valiente y yo soy un cobarde. Lo he sido toda mi vida.

—Tú no eres ningún cobarde —gruñó Joel entre lágrimas—. No eres ningún cobarde, Frank Adams. Eres una de las personas más buenas que he conocido, y no voy a permitir que digas eso sobre ti mismo. No voy a permitir que digas eso sobre mi amigo.

—Lo siento, nunca me pongo así.

—Ponte como quieras ponerte. Da igual. No te preocupes por mí.

—Me esfuerzo tanto por no ponerme así —resopló entre unos dientes que mantenía cerrados, intentando aún controlar sus emociones.

Joel apretó con fuerza el hombro de Frank, como si pudiera comunicarle sus sentimientos a través de la presión de su mano.

Los hombros de Frank se sacudieron bajo el apretón.

Pero no estaba llorando. Algo sorprendido, Joel se dio cuenta de que el tipo se estaba riendo.

—Pero bueno, ¿qué demonios es tan gracioso? —preguntó enojado.

—No lo sé —contestó Frank sin dejar de reírse, sorbiéndose la nariz y secándose las lágrimas—. La verdad es que no lo sé.

La rabia que sentía Joel ante aquel súbito cambio de tono dio paso a la confusión. Y su cara debió de revelarlo, porque las carcajadas de Frank se reduplicaron.

—Lo siento otra vez —dijo Frank, que ahora parecía reírse y llorar a la vez.

La confusión dio paso al júbilo. Joel se descubrió sonriendo ante la absurdidad de que su amigo pudiera reír y llorar simultáneamente.

Frank lo miró con su cara de Adams, vulnerable, atravesada a la vez por la risa y las lágrimas, y a Joel también se le escapó una risita.

Pero fue como si una presa se rompiera, y en cuanto comenzó ya no pudo detenerse. La risa era un rugido que brotaba de él. No como la risa sofocada en el coche de Eva, la semana anterior, sino una forma de dejar escapar la tensión que pareció liberarlos a los dos. Las carcajadas pasaron a resonar contra todas las paredes del teatro abandonado, rebotaron contra el escenario y les llegaron devueltas, de modo que pudieron oír su propia risa. Frank se aferró al brazo de Joel mientras se doblaba sobre sí mismo.

—¡Eh, vosotros! —gritó una voz a su espalda—. ¿Qué diablos estáis haciendo ahí?

Ambos se volvieron sorprendidos, pero no lo suficiente como para dejar de reírse. Solo vislumbraron, en lo alto del pasillo de butacas, una linterna que se balanceaba mientras su dueño bajaba hacia donde se encontraban.

Joel intentó balbucear un «lo siento» en dirección al hombre, pero le salió una carcajada ahogada que hizo que Frank se riera con más fuerza.

—Estamos salvando el Royale —intentó decir de nuevo, pero la risa hizo que sonara a «estamos saqueando el retal».

—¿Qué significa esto? ¡No podéis estar aquí! —les dijo la voz al otro lado de la linterna.

Joel intentó disculparse de nuevo, y por segunda vez aquella noche se preguntó si iba a morir de la risa antes de tener la oportunidad de suicidarse. Los dos ancianos se sacudían, se esforzaban por recuperar la compostura mientras la linterna se balanceaba impaciente frente a ellos.

—Quiero decir... —dijo la voz, ahora llena de confusión—. Me esperaba a unos yonquis o algo así, no a...

No esperaba ver a dos ancianos caballeros muy elegantemente vestidos y muriéndose de la risa en el patio de butacas.

—Lo siento, jovencito —dijo al fin Frank mientras se ponía en pie y se tranquilizaba—. Estábamos a punto de irnos.

—¿Y cómo han entrado? —preguntó la linterna.

—Siempre hemos estado aquí —dijo Joel—. Somos fantasmas.

—Bueno, bueno, colega —lo reprendió Frank—. No hace falta asustar a este señor.

Joel no podía verle la cara porque la luz había oscurecido su visión, pero a una pequeña parte de él le agradaba la idea de asustar a quienquiera que fuera. Dos fantasmas partiéndose de la risa en medio del teatro. Pensó que sería el tipo de cosas sobre las que le gustaría escribir a Frank.

—Vale, vale —dijo Joel mientras se levantaba lentamente del asiento—. ¿Nos muestras la

salida?

El hombre los escoltó hasta la entrada principal y se encontraron de nuevo donde estaban al principio. Frank parecía aligerado. Aparentemente, el momento de melancolía había quedado atrás.

—Lo siento muchísimo, muchacho —dijo cuando se alejaban, la máscara de De Selby puesta firmemente en su sitio—. A veces, este lugar me puede.

—No pasa nada, no pasa nada —le dijo Joel, que deseó añadir algo. Deseó decirle a Frank que todo estaba bien. Que podía contar con él. Que le apreciaba, que estaba contento de haberlo conocido.

Pero no dijo nada de todo eso, y se maldijo por su cobardía.

Como iba a suicidarse en un momento u otro, las palabras habrían sonado vacías de todos modos, pero aun así deseó haberlas dicho.

—¿Vamos a tomar algo? —preguntó Frank con una sonrisa serena.

Capítulo veintiuno

Se metieron en el primer pub que encontraron en su camino, un lugar recién decorado, diseñado para parecer antiguo, con unas luces de techo procedentes de una época anterior a la suya. Frank sonrió al entrar en el establecimiento. En su momento había sido un antro para dramaturgos y actores y otros tipos creativos. El tipo de gente a la que Joel no había conocido nunca. Pero para Frank tenía su historia, un remolino de recuerdos y rostros que habían entrado y salido de su vida a lo largo de sus setenta y nueve años. Tenía sentido que regresara a aquel lugar en un momento tan propicio. Tenía sentido que estuvieran allí después de haber pasado por el Royale.

Para Joel, aquello era una página en blanco. Como con tantas otras de las nuevas experiencias y emociones en las que se había zambullido desde que decidiera que lo mejor era acabar con su vida, Joel sentía que aquello era algo que se había perdido por completo, que había permitido que pasara de largo, y durante un instante se maldijo por ello, maldijo su propia rigidez, maldijo su propia cabezonería. El que se hubiera excluido de aquello voluntariamente. Hurgó en el bolsillo en busca de su chapa y se la pegó al pecho. «Salvad el Royale», decía. Pensó que a algunos de los presentes les divertiría.

La barra vibraba agradablemente con las idas y venidas de los clientes. Encontraron sitio en una mesa elevada y vacía, y se encaramaron a los altos taburetes. Los dos estaban un poco doloridos por sus escapadas. Llevaban bastante tiempo sin correr, y a Frank nunca lo habían usado de escalera. Pidieron sus bebidas, observaron sentados el barullo y la algarabía que los rodeaba, y se sonrieron.

Lejos del centro, alguien estaría buscándolos. En algún punto de la ciudad, su ausencia provocaría consternación. Pero a Joel aquello ya no le importaba tanto como antes. En lugar de eso, se dedicó a estudiar a su amigo mientras esperaban a que les sirvieran las bebidas. Frank seguía observando la clientela con una sonrisa. Joel buscó alguna señal de la melancolía que se había adueñado de él antes, pero no encontró rastro de ella. En cambio, sintió que había surgido algo nuevo entre ellos. Algo especial.

Sabía de qué se trataba.

Había visto al Frank Adams de verdad. A Joel, aquello lo llenaba de orgullo. Frank le había revelado algo que rara vez mostraba a nadie. Le dirigió una sonrisa a su mejor amigo.

—Feliz cumpleaños, colega —dijo, levantando su bebida.

Su amigo le devolvió la sonrisa mientras hacía chocar vaso contra vaso.

—Estoy casi convencido de que Liam nos ha visto —le dijo Joel a Frank mientras sorbían sus pintas.

—No nos ha visto, memo, o nos habría detenido.

—Joder, estoy casi convencido —replicó Joel, que recordaba haber visto cómo el enfermero Liam miraba en su dirección cuando se colaban entre la maleza.

—Ponte de acuerdo, ¿quieres? Le odias, le quieres, le odias otra vez...

—Tiene gracia que tú me digas eso. Visto lo visto. Deberías aceptarlo. Estás enamorado de él.

—Eso no es cierto —farfulló Frank indignado, colocándose bien el pañuelo.

Se había quitado la chaqueta, que colgaba de un gancho debajo de la barra, pero el pañuelo seguía allí, enrollado y anudado con delicadeza. Joel se sorprendió de nuevo ante el imbécil presumido que tenía por amigo, y ante el cariño que sentía hacia él.

—Bueno, en cualquier caso te gusta un poco —insistió Joel antes de dar otro sorbo a su cerveza.

—Mírate, tan cosmopolita y relajado. Hace dos semanas no podías decir la palabra por miedo a que te lo contagiara, y ahora me estás diciendo quién me atrae.

Ahora le tocó a Joel indignarse. Principalmente, por vergüenza propia. Se había comportado como un capullo de primera cuando Frank se lo contó.

—¿Te puedo preguntar algo? —dijo Joel, intentando no avergonzarse.

—Dios. Esto va a doler. Lo veo venir.

—¿Qué fue eso que hicisteis el otro día al daros las gracias?

—No sé a qué te refieres.

Joel le dirigió una de sus miradas, todo lo dura que pudo.

—No dejes de subestimarte, Joel. Realmente eres más listo de lo que pareces. Casi es necesario que sea así, en realidad, ¿no?

—Gracias —dijo Joel secamente.

—Es difícil de explicar.

—Inténtalo.

—Es como que me vino a decir que lo sabía.

—¿Que te atrae?

—No, memo descomunal —contestó Frank, que había obtenido una tremenda credibilidad con el uso de la palabra «descomunal»—. Que soy...

Vaciló.

Todo cuanto Frank Adams era estaba en esa vacilación. La máscara de De Selby podía llevar pañuelos y contar chistes ante extraños y darles la mano a gentes del teatro y poetas, pero por debajo de todo aquello acechaba Adams, y este ni siquiera podía decir la palabra «homosexual».

Joel deseaba conocer, deseaba comprender aquella parte del mundo de Frank, aquella pequeña porción de sí mismo que lo hacía sentirse tan desdichado que se había inventado un nuevo nombre para poder ocultarla. Lo deseaba, pero al mismo tiempo no lo deseaba.

Joel alargó la mano y le dio a su amigo unos golpecitos reconfortantes en el hombro. Se mostró tan torpe como siempre pero, en honor al verdadero espíritu de la amistad, Frank reconoció aquel gesto como lo que era: uno de los escasos métodos que tenía Joel para comunicar su apoyo, amor

y consuelo. Había heredado la asombrosa habilidad de su padre para transmitir afecto de manera chapucera. Frank le dirigió una sonrisa débil y cansada, pero en cualquier caso agradecida.

—Ya es suficiente —dijo De Selby, sacudiéndose la tristeza y buscando la libreta en el interior de su chaqueta—. Háblame de *El insólito final del señor Monroe*.

Joel había estado pensando en ello, leyendo dramas antiguos y otros más modernos, buscando la mejor forma. Tenía ideas.

—Suicidio por policía —le dijo a Frank.

—Continúa.

—En este tienes un papel estelar —dijo Joel.

—Ya me está gustando —contestó Frank.

No era una idea excesivamente compleja, pero tenía un montón de partes cambiantes. A Joel le apetecía que su suicidio tuviera un componente religioso. Se había criado con todo eso: la Iglesia, Jesús, la condenación eterna, la confesión, las monjas, los curas viciosos, los curas bondadosos, los domingos por la mañana, las palizas de su padre, la palabra «pecador» sonando en sus oídos...

Tras la muerte de Lucey, se había alejado de todo aquello. No fue algo consciente y deliberado, sino que, debido a la apatía que se adueñó de su vida después de su marcha, simplemente lo dejó correr. Y, cuando comenzó a considerarlo de nuevo, le pareció tan inútil... La religión era a veces tan vaga y otras veces tan extrañamente específica... era como un manual sobre la vida que no dijera cómo tenías que vivir contigo mismo. Su rabia y su repulsión fueron creciendo de manera paralela hasta que llegó a la triste conclusión de que le habían engañado.

El componente religioso de aquella nueva idea era que tendría lugar en una iglesia. Entraría un día y tomaría un «rehén». El papel del rehén sería interpretado por el legendario actor de culebrones Frank de Selby. Joel iba a ponerse un falso chaleco con explosivos, o llevaría alguna especie de bolsa que pareciera estar llena de bombas. Lo arreglaría para que parecieran reales, pero en realidad estarían llenos de confeti.

Cuando la policía viniera a por él, les iba a dar una lista de exigencias. Entre ellas, que la sociedad debería ocuparse de sus ancianos de una manera más sincera y razonable. Que debía acabarse con el aislamiento y la soledad y con eso de tratar a las personas de edad avanzada como si fueran ciudadanos de segunda clase.

Le darían una plataforma, y la oportunidad de dirigirse a la nación. Aparecería en todas las noticias, el mensaje se difundiría. Y, cuando llegara el momento adecuado, haría un último ataque.

Se imaginó saliendo a cámara lenta por la puerta de la iglesia emitiendo un rugido animal, con el dedo encima del detonante de una bomba completamente falsa, o del gatillo de una pistola, o algo igual de amenazador. La policía vaciaría sus cargadores contra él, que caería muerto en el acto. En el momento en que su cadáver golpeará el suelo, las bombas estallarían y el lugar quedaría cubierto de confeti.

En su mente, mientras lo llenaban de plomo, sonaba esa canción terriblemente triste de Bocelli. Después, todos se darían cuenta de que había sido una broma, pero para entonces sus palabras se habrían adueñado del país.

—¿Entonces te mata un policía cualquiera? —preguntó Frank, derramando un jarro de agua fría sobre la fantasía a cámara lenta de Joel.

—¿Qué quieres decir con «un policía cualquiera»? Yo lo habré montado de esa manera. Será extremadamente dramático.

—¿Por qué la policía?

—Porque representan al Estado, y el Estado tiene un historial espantoso en lo que se refiere a cuidar de sus ancianos.

—Me has impresionado. Hay una lógica. Sigue siendo una porquería, desde luego, pero al menos te has dedicado a pensarla.

Frank le ofreció su crítica hiriente mientras garabateaba en su diario. Había escrito tanto en él que Joel tuvo la seguridad de que el drama de *El insólito final del señor Monroe* iba a durar siete horas y media.

—¿Por qué es una porquería? —preguntó desanimado.

—Todo el mundo odia a los terroristas, por eso.

—¿Eso es todo?

—Sí. Con o sin confeti, que por cierto es un buen toque, te acabas de unir a la lista lamentablemente larga y exclusivamente espantosa del terrorismo. Tu suicidio será recordado como una acción terrorista perpetrada por un hombre desesperado por llamar la atención, y toda la simpatía del mundo quedará reservada para mí y para el pobre agente de policía que mató al anciano airado.

Frank tenía tanta razón que era hasta doloroso. Joel bebió un largo trago de su pinta.

—Se suponía que tenía que ser una decisión fácil, ¿sabes? —dijo enojado—. La vida es una mierda, me suicido y ya está.

Se había convertido en un tema complejo. Frank había hecho que fuera así.

—Es tu decisión, colega. Yo solo creo que un hombre de tu talla y de tu calibre debería marcharse de la manera adecuada. Con dignidad y un toque de clase.

El cumplido estaba pensado para suavizar el golpe. Joel era consciente de ello, y funcionó. Ya no sintió la necesidad de lamerse las heridas.

—Se me está acabando el tiempo —dijo Joel.

—Tienes el tiempo que te queda. Todo el mundo está igual. No te precipites.

—¿Pero y si...?

—No te van a encerrar, gilipollas.

—Podrían hacerlo.

—No lo harán. Quizá creas que esa hija tuya es una especie de monstruo, pero no es así. Quiere lo mejor para ti...

Joel resopló ante aquel comentario.

—... y de ningún modo permitirá que te internen en un psiquiátrico.

—¿Sigues creyendo que debería ir a ver al maldito psicólogo?

—Creo que no te hará ningún daño, pero en último término esa no es la cuestión. Creo que no

deberían obligarte a hacer nada que te haga sentir incómodo.

Cuando acabó de decir aquello, Frank se había animado. Su naturaleza despreocupada y su actitud informal hacia la gente solía ocultar un intelecto agudo y mordaz.

—¿No vas a intentar convencerme de que no lo haga?

—No, so idiota. Creo que deberían dejar que hagas lo que quieras hacer. Suicidarte o no suicidarte, ver al terapeuta o no ver al terapeuta, comer helados para la cena o hamburguesas para el desayuno, lo que te dé la gana, eres un adulto.

—¿Sabes lo que quiero de verdad?

—¿Qué?

—Otra pinta.

En el mundo de internet y los teléfonos móviles, algunas personas tenían problemas para deshacerse de sus ataduras. Pero para Joel Monroe, que apenas comprendía lo primero e ignoraba el funcionamiento de lo segundo, desconectarse era algo tan sencillo como atravesar la puerta de la residencia de ancianos en la que vivía. Mientras paseaban de un bar a otro, como dos ancianos bien vestidos de visita por el centro un sábado por la noche, Joel se dio cuenta de que en Hilltop estarían buscándolos como locos, y de que no tenían la más mínima forma de saber dónde estaban.

Bebieron más cerveza, hablaron sobre comida, sobre su incapacidad mutua para manejarse en la cocina, y lo mucho que lo lamentaban. Hablaron sobre sus logros, los grandes acontecimientos de sus vidas. Hablaron sobre los inconvenientes, las oportunidades que habían dejado escapar. Durante todo el rato, Joel estuvo pensando en Eva y, sorprendentemente, en la Rino. Pese a que habían sido sus adversarias durante mucho tiempo, la imagen de la enfermera Ryan en su galería con el que Joel presumía que era su hijo destacaba en su memoria. Estaba absorta, sonriente. ¿Por qué nunca la había visto así? ¿Por qué representaba tamaña amenaza contra él, una fuerza tan malévola? Y Eva, su propia hija, ¿cómo podía alguien a quien quería tanto representar una parte tan amplia de lo que detestaba en su vida? Una vida que le aburría hasta el punto de que había acabado desarrollando un odio profundo y pertinaz hacia ella, y una necesidad desesperada por abandonarla.

Mientras hablaban de sus recuerdos más agradables, Eva estaba en el centro de la mayoría de los de Joel. Entreteniéndose en su taller, ayudándole a reparar los coches, haciendo sus deberes después de clase en el silencio de su despacho mientras él les cambiaba el aceite y les reemplazaba las piezas averiadas. Ella había llevado a su taller una cálida sensación de compañía, de modo que lo único que él tenía que hacer era mirarla durante su turno de trabajo para sentir que todo estaba bien en el mundo. Esa niña, como la propia adolescente, habían sido reemplazadas dentro de su mente. Las había sustituido una mujer que lo regañaba como a un crío, que se negaba a dejarle salir a un mundo del que cada vez estaba más distanciado.

Llevaron esas conversaciones de un bar a otro, y, a medida que la bebida iba adueñándose de él, Joel comenzó a notarse cada vez más malhumorado, hasta un extremo casi preocupantes.

—Ese es al que va Lily —dijo Frank, interrumpiendo su ensoñación.

—Perdón, ¿qué? —contestó Joel, confundido.

Los dos acababan de dejar un local vespertino de moda, lleno de jóvenes que bebían cócteles,

para ir en busca de algo que se adecuara más a su ritmo, y bajaban a paso lento por una ancha y concurrida avenida donde el flujo vertiginoso de gente se iba intensificando a medida que la noche progresaba.

—Ese club —Frank hizo un gesto hacia la puerta del club nocturno junto al que pasaban en ese momento—. Ahí es donde va Lily los sábados por la noche.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque se lo pregunté.

—¿Cuándo?

—En un momento en que estabas enfurruñado y no prestabas atención.

Joel pasó por alto el comentario. Miró más allá de la puerta, hacia el amplio patio al aire libre que hacía las veces de zona de fumadores del club. En él había una fuente, y sillas, y varios cobertizos pequeños con el techo de paja desperdigados. Estaba lleno a rebosar de gente.

—Entremos —sugirió Joel.

—¿Cómo dices, qué?

—Entremos. Es sábado. Sería agradable ver a Lily, si es que está por aquí.

Recordaba su expresión. El respeto. La admiración. Le gustaba la persona que veía en su abuelo, y aquello no había sucedido desde que era una niña pequeñita. Él se había mostrado demasiado distante durante demasiado tiempo. Lucey lo había sido todo para aquellos críos.

Frank sonrió ante la idea. Se colocó bien el pañuelo y puso su mejor expresión de De Selby.

—Pues adelante —anunció mientras se dirigía a zancadas hacia la puerta.

Junto a la ancha puerta doble de roble que daba al patio del club, había dos jóvenes porteros. Joel les calculó treinta y pocos años. Parecían estar pasándose bien, riéndose de algo. Los dos eran gigantescos; el uno, ancho y alto, medía fácilmente dos metros, tenía una barba casi pelirroja; el otro era más bajo pero también más fornido, iba bien afeitado y lucía un aspecto saludable.

—¿Están seguros de haber venido al lugar correcto, caballeros? —preguntó el segundo con aspecto cohibido. Los dos lo estaban.

—Por supuesto que sí. ¿Estás insinuando que estamos seniles? —preguntó Frank.

Su voz había cobrado un tono de crispación. Joel no supo identificar si se sentía agraviado o si se trataba de otra actuación típica en De Selby.

—Eh... No. Es solo que... —El portero hizo una pausa mientras buscaba una razón por la que no admitir a dos ancianos posiblemente borrachos en un club lleno de veinteañeros.

—Ah, me parece que lo entiendo —se sumó Joel—. Creéis que no tenemos la edad mínima requerida. Es un error comprensible.

—Un momento... —Los porteros se miraron, confundidos—. La dirección se reserva el derecho de admisión —dijo el más bajo, avergonzado. Era evidente que ninguno de los dos deseaba impedirles la entrada, pero que tampoco querían asumir responsabilidades cuando la dirección les preguntara qué estaban haciendo dos ancianos de setenta y tantos en su club.

Cuando Frank se adelantó dispuesto a arremeter contra ambos, Joel intervino.

—¿Es porque somos gays? —preguntó, casi en voz baja.

La mandíbula del portero más alto se descolgó de una manera muy satisfactoria. El otro se pasó la mano por el cabello, consternado.

—Caballeros —comenzó a decir el más joven—, no tiene nada que ver...

—¿No es homofobia? ¿Entonces qué es: discriminación por razón de edad?

Joel y Frank, cogidos del brazo y con las cejas enarcadas, se quedaron esperando una respuesta. Estaban decididos a mantenerse firmes. Los casi ciento cincuenta años de experiencia que acumulaban entre los dos iban a ser un duro rival para cualquier obstáculo que les pusieran.

Tras un largo momento, durante el cual los porteros intentaron encontrar la manera de darle la vuelta a la situación, el más pequeño acabó apartándose hacia un lado y, negando con la cabeza al tiempo que aceptaba la derrota con una sonrisa burlona, les hizo un gesto invitándoles a entrar. Al pasar por su lado, Frank le lanzó un beso teatral, y los dos viejos entraron al club.

Desde fuera, el patio del club parecía lleno de gente, pero nada podría haber preparado a Joel para el desenfreno que había dentro. Vestidos con todo tipo de ropa, la mayoría de ella elegante pero en algunos casos inexistente, los jóvenes se desplazaban de un lugar a otro, si bien los más borrachos se tambaleaban ligeramente sobre sus talones. Sentado en un rincón, un muchacho intentaba mantener los ojos abiertos y la cabeza erguida, al borde del estupor.

La música les golpeaba, resonaba en la ropa de Joel, atravesaba las suelas de sus zapatos y se introducía en sus huesos. Había bebidas por todas partes; una nube de humo de tabaco flotaba sobre las cabezas de los juerguistas, y aquí y allá se daban besos y se sobaban.

Intentó asimilar todo aquello con calma, y sintió que para ello su más que notable mareo le ayudaba, pero había pasado mucho tiempo desde la última vez que Joel Monroe había estado en el meollo de un torbellino humano tan demencial. Miró hacia Frank en busca de apoyo, solo para darse cuenta de que el anciano estaba encantado.

La diferencia entre ambos podría resumirse en ese preciso instante. El uno adoraba a la gente, era extrovertido, la multitud le insuflaba energía, mientras que el otro era más tranquilo, más serio, y, aunque se estaba dando cuenta en ese preciso momento, no era amigo de las grandes aglomeraciones.

—Creo que necesito un trago —le gritó a Frank.

—¿Qué? —rugió Frank en respuesta.

—He dicho que necesito beber algo —volvió a probar Joel, elevando su voz sobre el estrépito.

—No tengo ni idea de lo que dices, pero vamos a pillar algo de beber —le dijo Frank.

Fastidiosamente, el bar estaba en el otro extremo del patio, al otro lado de la masa de gente. Una parte de Joel se preocupó por la forma en que los iban a recibir, pues eran dos ancianos. ¿Los considerarían unos pervertidos? ¿Mirones al acecho en una multitud de gente mucho más joven? ¿Se burlarían de ellos? Dos reliquias desfasadas y fuera de lugar. Para su sorpresa, que fue notable y agradable, no notó que los juzgaran. De hecho, mientras se dirigían hacia el fondo del bar, se dio cuenta de que la mayoría de jóvenes, o al menos los que estaban lo suficientemente sobrios para reparar en ellos, les mostraban una deferencia silenciosa, apartándose ligeramente para dejarles pasar.

Una hermosa jovencita les sonrió con calidez mientras apartaba a sus amigos, más distraídos,

de su camino. A medida que avanzaban hacia el fondo, un sendero se fue abriendo ante ellos. Joel había pensado en soltar el brazo de Frank en la puerta, pero, intimidado por la multitud, no lo había hecho, así que se desplazaron por entre aquel revoltijo enmarañado cogidos del brazo.

Por fortuna, junto a la barra, lejos de los altavoces, el volumen no estaba tan alto, y los dos pudieron oír sus pensamientos, e incluso hablar entre sí, aunque fuera a gritos.

—¿Qué les pongo, caballeros? —preguntó el barman, que era joven y atractivo y les sonrió de modo alentador.

—Dos pintas de negra, por favor —pidió Joel.

—Lo siento, señores. Esta es una barra solo de cócteles.

Joel miró a Frank consternado, solo para descubrir que, una vez más, su amigo estaba entusiasmado.

—Nos tomaremos dos cócteles, por favor —le dijo Frank al hombre.

—¿Algún tipo en particular? —preguntó el barman pacientemente.

—Es mi cumpleaños. Sorpréndeme —contestó Frank, y le guiñó el ojo.

Joel no pudo evitar reírse. Allí, De Selby estaba en su elemento. Cuando les trajeron las bebidas y Joel fue a buscar la billetera, una mano joven lo detuvo con dulzura.

—¿¿Abuelo!?? —preguntó Lily, mirándolo con incredulidad.

Era evidente que los había visto desde algún punto del bar y que se había acercado para asegurarse de que sus ojos no la estaban engañando. Ahora, plantada delante de su abuelo, se había quedado patidifusa. Joel canalizó su De Selby interior y le sonrió despreocupadamente.

—Hola, cariño —dijo, y le dio un beso en la frente.

Fue un momento perfecto por su parte. Frank se echó a reír ante la sincronía de todo el asunto. Joel intentó aguantarse la risa, pero debió de notársele en la cara, porque Lily no tardó en carcajearse.

—Espera a que Chris vea esto —dijo mientras recuperaba el aliento.

—¿Tu hermano también ha venido?

—Sí. Con un grupo de amigos. ¿Mamá sabe que estás aquí?

Joel intentó no parecer molesto con la pregunta. Lily la había hecho de manera inocente. Le fastidiaba la expectativa de que le hubieran dado permiso pero, considerando el contexto, sabía que ella no intentaba ofenderle.

—No, cariño. Y sería muy amable por tu parte si me guardaras el secreto.

—Pues claro —dijo ella, descartando la sugerencia de que pudiera contárselo.

Lily mostraba una sonrisa reluciente. Aquel era el motivo por el que estaba allí. Aquello era lo que esperaba de su maltratada, interminable y absolutamente inútil existencia. Deseaba respeto, y amor y admiración, todas las cosas que surgían de una relación de igual a igual entre dos personas.

—¿Cómo habéis salido?

—Me ha usado como escalera —dijo Frank.

Ella paseó la mirada de uno al otro agradablemente sorprendida mientras pagaba sus cócteles,

y a continuación los guió hasta un lugar dentro del club, un reservado que estaba medio lleno de jóvenes divirtiéndose, «celebrando sus vidas», pensó Joel que diría Frank.

En medio del grupo, demasiado arreglado y re peinado, estaba Chris.

—Abuelo... —exclamó boquiabierto.

—¿Este es tu abuelo? —le preguntó de inmediato una jovencita.

—Sí, soy su abuelo —dijo Joel.

Chris le sonrió de oreja a oreja mientras Lily les contaba a todos en voz muy alta cómo los había visto pidiendo sus bebidas desde el otro lado del patio. Frank se presentó y Lily comenzó a hablarles de su carrera interpretativa, lo que provocó una oleada de teléfonos móviles y de búsquedas en Google para dar con Frank en los rincones de internet.

Joel se sentía orgulloso de sí mismo. Orgulloso por el hecho de estar allí, orgulloso por el hecho de que sus nietos se alegraran de verle, orgulloso por el hecho de poder tener una vida por más que otras personas intentaran detenerle.

Cuando se acabaron los cócteles, pidieron otros. Cuando alguien lo sugirió, se los llevaron a la pista de baile, liberados de cualquier inhibición por el alcohol. Joel bailó con torpeza, patosamente, y Frank no lo hizo mucho mejor, pero a su alrededor se había congregado un montón de gente, una pequeña multitud de jóvenes que saltaban y bailaban y daban vueltas, que les sacaban fotos, sin que a ninguno de los dos les importase su aspecto. Durante una canción en particular, Chris pasó un brazo sobre los hombros de su abuelo y Joel, bebido y exultante, sintió que estaba a punto de estallar con aquella pequeña muestra de afecto.

Varias canciones más tarde, Joel se sentía borracho, agotado y sobreexcitado. Durante un largo y peligroso momento se quedó quieto en la pista de baile, esperando a que le fallaran las piernas. Se notaba mareado, desorientado. ¿No se había sentido ya de esa manera en una ocasión? ¿Cuando se desmayó en el pub, varios años atrás? Esperó que se tratase solo un vahído.

Con paso peligrosamente vacilante, se abrió camino por la pista de baile en dirección al bar. Lo que necesitaba era un poco de agua. Por el camino, varios miembros de la multitud de bailarines, que se había disgregado, le saludaron. Uno se detuvo a sacarse un *selfie* con él. Esperó que su sonrisa no fuera demasiado borracha. El encargado del bar le sirvió con una gran sonrisa, cálida y afectuosa. Se tragó el agua, aferrándose con una mano a la barra, y dejó que se le pasara el mareo. El encargado del bar le dio una palmada amistosa en el hombro. Joel se sintió aturdido por el entusiasmo con que el mundo no solo no los rechazaba, sino que les daba la bienvenida.

Cuando la música se terminó y las hordas de adolescentes tardíos y veinteañeros irrumpieron como una ola borracha en las calles de la ciudad, los dos porteros dirigieron una sonrisa cómplice a los dos ancianos, a los que rodeaba un público que los adoraba. Frank incluso firmó algunos autógrafos mientras los jóvenes se mostraban fotos de él en sus tiempos como actor de culebrones.

El aire nocturno refrescó a Joel, que permanecía en medio de la calle, borracho. Aún le pitaban los oídos por el sonido de la música y los gritos, y tenía la sensación de que sus huesos seguían vibrando bajo su piel; pese a todo, se sentía deliciosa, gloriosamente vivo.

Bajaron tambaleándose por la calle en grupo, charlando, riéndose, deteniéndose brevemente cuando algún joven u otro amenazaba con vomitar pero no lo hacía, y fueron a detenerse delante

de un restaurante de kebabs.

—¿Kebabs? —le preguntó a Chris.

—¿Nunca te has comido un kebab, abuelo?

—Nunca.

—Pues hay una primera vez para todo —dijo Chris mientras lo conducía hacia una silla en el restaurante lleno de gente.

El grupo era tan grande que tuvo que dividirse en tres mesas. Joel, Chris y dos de sus colegas estaban en una, mientras que Frank se sentó a su espalda con Lily y dos chicas que aparentemente no podían dejar de sacarle fotos.

—¿Qué mosca te ha picado, abuelo? —preguntó Chris con la boca llena de kebab.

—Es el cumpleaños de mi amigo —contestó Joel, intentando sonar indiferente. Intentando sonar como si no hubiera deseado en secreto que los pillaran cuando estaban saliendo por la ventana.

—¿Y no tienen ni idea? —preguntó Chris, aún tremendamente impresionado.

Aquella noche los había impresionado, y al hacerlo había sintonizado con ellos de un modo especial y maravilloso. Por primera vez desde que eran niños pequeños sentía una conexión con ellos.

—Creo, queridos míos —anunció Joel mientras se ponía en pie, saboreando la palabra «queridos»—, que es posible que esté un poco borracho.

Su proclama fue recibida con cordiales vítores. Frank se rio ruidosamente.

—Y que quizá—prosiguió Joel— sea la hora de irme a casa.

Esas palabras fueron recibidas con un coro de abucheos y silbidos. Frank amenazó con arrojarle un contenedor de poliestireno.

—Bueno, tranquilizaos —les dijo Joel, todo autoridad, y para su sorpresa le obedecieron—. Podemos repetirlo la semana que viene.

Más vítores. Joel sonrió a su público.

—¿Llegaréis bien a casa? —preguntó, preocupada, una chica joven cuando se levantaban de la mesa llena de comida basura.

—Voy a pillaros un taxi —dijo otro muchacho.

—No, ya lo pillo yo —Chris se puso en pie de un salto e hizo señales hacia la primera luz que vio.

Joel dio las gracias cortésmente, aún un poco abrumado, pero tuvo que pegarle un ladrido a Frank para que dejara de posar para las fotos y de cautivar a los jóvenes.

—Aguafiestas —dijo Frank mientras se subía tambaleándose al asiento trasero del taxi.

—Exhibicionista —contraatacó Joel sin malicia.

—Toca volver para que nos canten las cuarenta —comentó Frank con expresión ausente.

—Supongo que había que hacerlo en algún momento.

—Ha valido la pena. Menudo regalo de cumpleaños.

Se quedaron en silencio mientras el taxi los propulsaba en dirección a Hilltop y recorrían

largas calles de altos edificios que se alzaban amenazadoramente a lado y lado, rebasando a grupos de jóvenes y de gente más mayor, todos ellos borrachos, que iban en busca de comida rápida y de retrasar el fin de la noche.

Pues sí, al volver iba a pasar exactamente eso: les iban a cantar las cuarenta. El personal de enfermería estaría indignado. Sin duda alguien habría llamado a Eva. Tendría que responder a sus preguntas, los dos tendrían que hacerlo, y entonces habría algunas preguntas más, y para colmo les iban a sermonear sin descanso como si fueran dos adolescentes estúpidos que se hubieran escapado de la casa de sus padres en vez de dos adultos a los que se les debería permitir que hicieran lo que quisieran.

En el momento en que Joel se dio cuenta de que no estaba preparado para que le cantaran las cuarenta, el taxi estaba cruzando el río. Y, tomando una rápida decisión, gritó:

—¡Pare!

El taxi se detuvo junto a un pequeño parque sobre el río. En él había pequeños bancos de madera y flores y esculturas. Durante el día, la gente se detenía allí para sacar fotos al perfil de la ciudad, en el otro lado del río, y para admirar la corriente del agua o el elegante y viejo castillo en el que Frank y él habían pasado una tarde. De noche resultaba encantador, pero de una manera diferente; era un encanto sereno, ligeramente sujeto a cambios de humor, y el sonido del agua dando serenatas a los bancos.

Joel le pidió al conductor que esperase y, bebido, lleno de nostalgia y rebosante de sentimentalismo, se bajó del taxi y fue a sentarse cerca del río.

—¿Todo bien? —preguntó Frank mientras se sentaba en el banco, al lado de Joel.

—Sí. Me hacía falta un respiro.

—Se ha puesto la cosa un pelín agitada, antes. Ha habido un momento que he tenido la sensación de que podías desmayarte.

—¿Sabes?, no me había dado cuenta hasta esta noche, pero no me gustan las aglomeraciones.

—No me sorprende.

—¿En serio?

—No te gusta nadie.

—Tú me gustas.

La sinceridad de aquellas palabras no le pasó desapercibida a ninguno de los dos. Surgieron espontáneas y sentidas, y en muy pequeña medida estaban motivadas por el alcohol. Lucey había sido la última amiga de verdad que Joel había tenido, y fue el amor de su vida. En su ausencia, solo, deambulaba por sus días matando el tiempo, viendo pasar las horas a la espera de que llegara la noche para poder volver a acostarse. Ahora tenía un nuevo amigo. Estaba contento de tener de nuevo a alguien.

—Tú también me gustas. Eres un cabronazo cascarrabias, pero me gustas.

Joel se dejó arrastrar por la situación. En el pasado había despachado demasiados momentos importantes. Dejó que el sonido del agua y el ruido amortiguado de la ciudad vagaran a su alrededor mientras seguía allí sentado, empapándose del paisaje.

El agua lo llamaba. Si lo deseaba, podía acabar con todo entonces mismo. Nadie le cantaría las

cuarenta. Podría saltar con facilidad la barandilla que lo separaba de las frías aguas del río. Entonces cayó en la cuenta de que siempre había deseado que todo acabara en el río.

Podría deslizarse hacia su interior, alejarse flotando, dejar que las aguas lo apartaran de su ansiedad y de su inutilidad y de su miedo a la muerte. Podía simplemente irse.

Pero para hacerlo tendría que dejar a Frank. Y la verdad era que no deseaba dejarlo. No en ese momento. Y tampoco era el final que los dos estaban buscando. Era demasiado prosaico. Demasiado —como Frank le había dicho alguna vez— indigno. Su mano jugueteaba con la chapa de Salvad el Royale. El Royale, al parecer, estaba a salvo, al menos por una noche más.

—¿Crees que existe el cielo? —le preguntó finalmente a Frank.

—¿Qué demonios?

—Vamos, tú te has leído todos esos libros sofisticados. Eres filosófico y todo eso. Es una pregunta sencilla.

—¿Crees que pedirle a alguien su opinión sobre si existe el cielo es una pregunta sencilla?

—Solo quiero tu opinión al respecto.

—¿Por qué?

—Porque ¿qué pasa si existe el cielo y no puedo entrar en él porque me he suicidado?

—¿Vas a abrazar de nuevo la religión?

—En realidad, no. No estoy seguro de haberla abrazado alguna vez. Creo que simplemente me dejé llevar por la inercia.

—No creo estar cualificado para responder a eso.

—¿Por qué no?

—Porque aparentemente yo tampoco voy a ir.

—¿Por qué? ¿Tú también vas a suicidarte? —preguntó Joel, incrédulo.

—No, pedazo de idiota —lo reprendió Frank—. Porque, bueno, ya sabes...

Seguía sin poder decirlo. Ni siquiera estando borracho, a las tres de la mañana y sentado delante del río, iba Frank Adams a permitirse decir aquella palabra.

—Entonces nos lo pasaremos bien juntos en el infierno. Tú y yo.

Frank se rio abiertamente, echando la cabeza hacia atrás. Joel esperaba que el que se reía fuera Adams, y no De Selby.

—También podemos escaparnos de ahí —le dijo a Joel.

—No creo que en el infierno tengan rocas del tamaño necesario.

Permanecieron sentados, en un silencio cómodo. La sombra del castillo cruzaba el río y destacaba en la noche. Su primer día de libertad los había llevado hasta allí.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo Frank, interrumpiendo el silencio.

—Adelante, oyente, te escucho.

—Esta noche te lo has pasado bien, ¿verdad?

—Ha sido una de las mejores noches de mi vida.

—Entonces es posible que las cosas no estén tan mal.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Pues que quizá, si las cosas no están tan mal... ¿Sabes?

—No, no lo sé.

Pero Joel sabía a qué se refería. Pensó en ello un instante. Quizá las cosas no estuvieran tan mal, quizá hubiera una razón para quedarse. Quizá Lily y Chris y Una Clarke fueran suficiente, y mientras tuviera a Frank...

Entonces se acordó de lo que estaba haciendo. Estaba sentado en el banco de un parque al lado del río para retrasar la regañina que le iba a caer por estar fuera hasta tan tarde. La bronca, las posibles acciones disciplinarias, los chasquidos de lengua y el movimiento decepcionado de la cabeza por parte de la mujer a la que él había criado. Y todo porque había querido salir una noche. Al final, nadie había salvado al Royale. Se había muerto.

Pero ahí estaba, pese a todo: un destello de esperanza. Si podía rescatar la relación con sus nietos a esas alturas del partido, quizá le quedaba alguna oportunidad.

—Quizá no sea tan terrible —se arriesgó a decir Frank, que una vez más había leído la expresión de Joel y había captado su esencia misma.

—Quizá no lo sea —coincidió Joel.

—¿Te lo pensarás, entonces? ¿Pensarás el tema este del suicidio?

—Lo haré, seguro.

Capítulo veintidós

Lo primero que vieron cuando se detuvieron delante de Hilltop fue la presencia de un coche patrulla, cuyas luces se reflejaban sin ninguna consideración contra los muros de la residencia mientras rotaban sobre el techo del vehículo. Un agente merodeaba no muy lejos con aspecto aburrido. Lo siguiente fue un Primera plateado, el coche de Tony, lo cual quería decir que Eva estaba allí. Algunas luces en la residencia también estaban encendidas. Joel vio la de su habitación a través de la ventana, la de la recepción y la de la sala común. Todas ellas eran visibles desde la puerta. Llamó al timbre con agresividad y esperó durante un largo rato. Era evidente que nadie estaba a cargo de la recepción mientras duraba la caza de los dos residentes desaparecidos.

—Hilltop —le llegó la voz ligeramente jadeante del enfermero Liam.

—Liam, muchacho —dijo Joel, obligándose a añadir algo de jovialidad a su respuesta, en una tosca aproximación al tono de Frank.

—Señor Monroe. —La voz de Liam sonó neutra. Ni feliz, ni infeliz, con un ligero suspiro al final que podría haber sido de alivio. Entonces sonó el zumbido y la puerta comenzó a abrirse.

Joel y Frank se habían bajado del taxi en la parada de autobús y habían caminado tambaleantes hasta la puerta, lo cual quería decir que les esperaba un largo ascenso colina arriba. Apenas lo habían emprendido cuando Joel vio que Eva se dirigía hacia ellos con el cabello revuelto y paso poderoso, toda una tormenta.

—Ahora tómatelo con calma, Joel —le dijo Frank, que presagiaba la que se les venía encima.

Joel intentó fijar una sonrisa a su expresión, pero sabía que se le estaba escurriendo de la cara.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —preguntó mientras se acercaba hecha una furia.

—Caminando, querida —contestó Joel.

—No te atrevas a... —Pareció trastabillar con las palabras, su frustración era evidente—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—He salido a dar un paseo vespertino —contestó con indiferencia.

—¿Hasta las tres de la mañana? Estábamos preocupadísimos. Hemos llamado a la policía. La enfermera Ryan está fuera de sí.

—Y yo que lo dudo —contestó Joel.

—Ahí fuera te podría haber pasado cualquier cosa. Cualquier cosa. ¿Te das cuenta de lo estúpido e irresponsable que has sido?

—¿Estúpido e irresponsable? ¿Ahora resulta que un hombre no puede salir a tomar algo con un amigo?

—No, papá, un hombre no puede salir a tomar algo con un amigo sin decirle nada a nadie, escabulléndose en mitad de la noche sin decir una palabra.

—Si te lo hubiera contado me habrías dicho que no.

—Eso es porque se supone que no puedes salir, papá, por el amor de Dios.

—Entonces ¿qué puto sentido tendría decírtelo? —contestó enojado. Una ordinariéz. No le importaba. No iba a disculparse.

Eva no tomó nota de lo ingenioso de su argumento y tampoco pareció que la obscenidad la afectase.

—Ah, ¿o sea que es culpa mía? —preguntó—. Te desvaneces sin decírselo a nadie, nos pones a todos de los nervios, me dejas aterrorizada, ¿y es culpa mía?

—No del todo, pero en gran medida sí.

—¿En gran medida es mi culpa? Eres un egoísta, un egoísta y un egocéntrico.

Los demás comenzaban a salir. Dos agentes de policía, la enfermera Ryan y Tony, que apuró el paso al ver que el temperamento de Eva entraba en ebullición. Al lado de Joel, Frank cambiaba el peso del cuerpo de un pie al otro, incómodo. Joel no lo había visto nunca tan perdido, sin saber qué decir o hacer. Pero no tenía tiempo para asombrarse por ello.

—¿Egoísta? ¿Es tan espantosamente terrible que quiera salir un poco de vez en cuando? —preguntó Joel, excitándose lentamente para ponerse al nivel de su hija—. ¿Soy un cabrón egoísta por no querer estar enjaulado en esta prisión durante todo el día y toda la noche desde ahora y hasta el momento en que me muera, es eso?

—Dios mío, eres tan dramático... Podrías haber venido a visitarnos siempre que quisieras, pero estabas demasiado ocupado enfurruñándote.

—Ah, visitarte, eso es. ¿Para qué? ¿Para pasarme sentado en tu casa algunas horas del domingo mientras tus hijos me ignoran? Bueno, eso sí que lo arreglaría todo, ¿verdad?

—Si no te comportaras siempre como un capullo con ellos quizá no te ignorarían.

Eva se había precipitado al decir aquello y lo lamentó enseguida, Joel lo notó, pero él sabía algo que ella ignoraba. Ahora sus nietos querían estar con él, lo respetaban.

—Bueno, eso no importa porque ahora les caigo bien, y me respetan, y es más de lo que puedo decir acerca de su madre.

—Quizá este sea un buen momento para dar la noche por acabada —intentó interceder Frank cortésmente.

—Cállate, Frank —dijo Joel en el mismo momento en que Eva decía bruscamente:

—No se meta en esto, señor Adams.

—Creo que quizá él tenga razón —probó Tony, pero nada iba a detenerlos.

—He intentado que tuvieras de todo —dijo Eva con vehemencia—. He intentado ser agradable. Pero tú te quejas tan a menudo que hacerte compañía es un desafío.

—Oh, para, para ya —contestó él. La rabia hervía en su interior, mezclada con el alcohol—. Tú preferías a tu madre y los dos lo sabemos. Te gustaba venir aquí hasta que se murió, y desde entonces has estado esperando a que yo estire la pata.

—¿Cómo te atreves? —preguntó ella con los ojos anegados en lágrimas.

—Me atrevo porque es la verdad. Ese es el motivo por el que estoy aquí, ¿no es cierto? ¿Para esperar a que pasen los días? ¿Para pasar el tiempo hasta que me muera?

—No solo eres un egoísta, sino que eres un hombre miserable y malvado —contraatacó ella. La furia que sentía aplacó las lágrimas mientras se las restregaba con el dorso de la mano.

—Sí, bueno, la verdad duele —replicó Joel.

Que se le hubieran saltado las lágrimas pudo con él. Odiaba verla llorar.

Recordó su primer gran desencuentro. Lucey había llevado la voz cantante, pero Joel había tenido a Eva entre sus brazos mientras ella lloraba sentada en la cama, con las rodillas pegadas al pecho. Sus lágrimas le estaban socavando el ánimo, pero estaba decidido a no ceder. La rozó al pasar junto a ella y se dirigió hacia Hilltop.

De camino pasó también junto a la Rino. La mujer iba mitad de uniforme, mitad con ropa informal, y seguía llevando el pelo recogido en esa cola de caballo que en cierto modo la volvía menos intimidante, menos amenazadora, más humana. La mirada que le dirigió, no obstante, con unos ojos duros como ágatas, anunciaba represalias.

«Pues claro —pensó Joel—. Me castigaré por no ser un buen cadáver, por mi negativa a quedarme tumbado y morirme.»

Era una idea dramática, era consciente de ello. Quizá Eva tuviera razón. Quizá Frank fuera contagioso. Los policías no intentaron detenerle, simplemente tomaron nota de su presencia cuando pasó a grandes zancadas por su lado. No se volvió para mirar a Eva; no estaba seguro de que pudiera aguantar verla llorar de nuevo, pero oyó de camino a su habitación que Frank seguía sus pasos.

Ya tumbados en sus respectivas camas, Joel furioso aún, con el ánimo caldeado por lo elevado de su pulso y por la gasolina de los cócteles y las pintas de cerveza negra, los dos se quedaron escuchando el sonido de los efectos secundarios que tenían lugar a escasa distancia de su ventana. Joel oyó hablar a la enfermera Ryan, aunque no pudo entender sus palabras. Luego dijo algo Eva, y Tony. Otra voz, presumiblemente la de un agente de policía, murmuró algo, y a continuación, una tras otra, las puertas de los coches se fueron abriendo y cerrando, los motores aceleraron y la grava salió despedida cuando los vehículos bajaban por la colina. Habría consecuencias. Joel lo sabía. Consecuencias muy serias.

Ante el sonido de unas pisadas, Joel cerró los ojos y fingió que dormía, temeroso de que la Rino hubiese venido a por él. Los pasos se arrastraron por la habitación durante un minuto, y Joel se arriesgó a echar un vistazo. Era el enfermero Liam. Se había quedado junto a la cama de Joel, esperando. Había un pequeño brillo en sus ojos, pero su expresión era seria. Demasiado seria. Depositó un poco de agua y unos analgésicos sobre su mesilla de noche.

—Para la resaca —dijo, y Joel creyó verle una ligera sonrisa—. Feliz cumpleaños, Frank —dijo Liam mientras se retiraba.

Al menos alguien estaba de su lado.

La primera y principal consecuencia de una gran noche de fiesta a raíz de la cual se había llamado

a la policía no dejaba de ser la resaca. Joel llevaba mucho tiempo sin tener una resaca de campeonato, y de repente recordó por qué nunca había sido un gran bebedor. Le martilleaba la cabeza. Aún notaba el sabor del kebab, y el estómago le daba vueltas cada vez que se movía en la cama. A través de sus ojos empañados podía ver la mesilla de noche. Salvad el Royale, decía la chapita. Joel deseaba fervientemente que alguien entrara en la habitación y acabara con la agonía del Royale. La mañana de mayo volcaba su luminosidad a través de la ventana, y esta se le clavaba en el cerebro. Sin embargo, porque era inevitable, las cosas iban a empeorar considerablemente para Joel.

—Señor Monroe —dijo la voz. Una voz severa. Una voz imponente. La voz de la Rino—. Me gustaría hablar con usted, por favor.

Joel se dio media vuelta en la cama y sintió que el estómago se retorció en su interior. Se esforzó por incorporarse.

—¿Puedo ayudarla? —intentó decir, pero sonó a «¿huevo *amuyala*?».

Ella enarcó una ceja ante su mal estado. Aquella mañana, de nuevo con su uniforme immaculado, de nuevo con el cabello recogido en el rígido moño de costumbre, la mujer volvía a tener un aspecto autoritario, aterrador.

—Señor Monroe, ¿cómo salió de Hilltop?

—Volando —dijo, estirándose y haciendo una mueca de dolor a la vez.

—Señor Monroe, le estoy haciendo una pregunta.

—Puesto que no soy idiota, soy muy consciente de ello, enfermera Ryan, pero no tengo la menor intención de decirle nada.

—Quizá, puesto que no es ningún idiota, pensará mejor esa decisión y me explicará cómo salió de Hilltop.

—Usé un gancho y trepé por encima del muro norte.

—Quizá se avenga usted a hablar con el psicólogo con el que hemos contactado.

Y ahí estaban. Las consecuencias.

—Asumo que mi hija y usted han decidido lo que es mejor para mí sin consultármelo en absoluto.

—Su hija y yo deseamos lo mejor para usted, señor Monroe, y las dos estamos bastante preocupadas ahora mismo. Me preocupa que Hilltop no disponga de los recursos para cuidar de un hombre que, como usted, está sufriendo de manera tan evidente.

Preocupada por su sufrimiento. Era improbable. Lo que quería era expulsarlo. Si el viejo no se comporta, le damos la patada.

—Seguro que es así.

—¿Le he dado alguna vez motivos para pensar que no deseo lo mejor para los residentes?

Joel estudió la pregunta. Le costó, pues su cerebro parecía no estar en funcionamiento. Para su sorpresa, no encontró ningún ejemplo. Sabía que había muchísimos, simplemente lo sabía, pero no lograría recordar ni uno solo aunque le fuera la vida en ello.

—Usted es la alcaldesa de esta cárcel, ¿o no? —concluyó sin convicción.

—Su comportamiento, señor Monroe, ha sido errático, irresponsable e impredecible. Ha tenido

cambios de humor bruscos y rabietas, se ha mostrado beligerante y poco cooperativo. Todas estas son malas señales, señor Monroe.

Tenía razón, pero a la vez se equivocaba. También había escogido un buen momento para agarrarlo por el cuello. Su cerebro estaba hecho fosfatina.

—Bueno, a ver qué le parece esta falta de cooperación... No voy a hablar con su maldito psiquiatra.

—Psicólogo, señor Monroe, no es lo mismo, y la cita ya está fijada. Puede hablar con él o no, pero lo que se está evaluando aquí es la idoneidad de que permanezca en Hilltop. Así que tendrá que decidir cuán locuaz se muestra cuando llegue el psicólogo.

—No, no lo haré. Porque estoy hasta la coronilla de que me digan lo que tengo que hacer. Estoy hasta la coronilla de no tener voz ni voto en nada, de que me obliguen a comportarme de la manera en que aquí creen que debo comportarme. Yo soy más que todo eso.

—Ya lo veremos, señor Monroe —dijo la mujer ominosamente, y salió de la habitación.

Joel echaba humo.

Se volvió para recibir un poco de apoyo por parte del bulto cubierto de edredones que era Frank Adams. Este se movió ligeramente. El pie que sobresalía en un extremo de la pila era la única prueba de que lo que acechaba debajo de esta era humano y no un monstruo.

—Quizá, compañero —la voz cavernosa de Frank le llegó prácticamente desde abajo del todo de las mantas—, quizá deberías considerar la posibilidad de hablar con alguien.

Joel se quedó pasmado.

—¿Perdona? —preguntó, enfurecido.

—Mira, no te pongas en plan Joel, *el Enojado* y no te pongas a gritar, pero ¿no crees que quizá...?

—¿Quizá qué? —preguntó Joel bruscamente.

—He dicho que no te enojas —contestó Frank, que se incorporó en la cama con una mueca de dolor. Vivía la resaca con extrema naturalidad—. Es solo que... ¿no nos lo pasamos bien anoche? ¿No fue agradable ver a tus nietos y tal? Quizá alguien pueda ayudarte con todo eso. Con el tema de las relaciones, y del luto, y esas cosas.

Se había divertido. Había sido una revelación, y de algún modo resultaba adictivo. Quería más. Pero no lo quería si el precio a pagar era su libertad, y que tuviera que hacer de perro bueno durante el tiempo suficiente. No quería tener que suplicar por ello.

—¿Y de dónde coño sale esto? —prácticamente gruñó.

—Te perdono el lenguaje.

—Déjate de guasas por una vez en tu vida. ¿A qué viene eso? Se supone que estás de mi lado. ¿Quieres que les suplique para que me den su permiso? ¿Qué ha pasado con todo lo de tomar el control de mi vida?

—Estoy de tu lado.

—No, no lo estás. Te estás poniendo de su lado. ¿Le tienes miedo a la Rino?

—Dios, estoy demasiado resacoso para esto —suspiró Frank mientras se pasaba una mano por la cara—. No le tengo miedo, Joel. Simplemente pienso que quizá tenga algo de razón.

—¿Tú? ¿Precisamente tú? La única persona de quien tenía la seguridad que estaba de mi lado... ¿Qué hay de todo eso que dijiste de que era el único amigo que te quedaba? ¿Qué hay de eso? Y tu gran charla sobre que debía ser el dueño de mi destino...

—Oh, por el amor de Dios, ¿puedes dejar de convertir esto en un asunto de tomar partido? Solo estoy diciendo que quizá te ayude. No te estoy condenando a una vida en prisión.

—Me lo prometiste, Frank. Me prometiste que no me obligarías a ir.

—No te estoy obligando a ir, gilipollas.

—Bueno, prácticamente me estás obligando. Pensaba que había una persona en todo este lugar que no se volvería en mi contra.

—¿Puedes dejar de tomártelo como algo personal por un minuto? Tu hija está preocupada, la Rino está preocupada, el enfermero Liam está preocupado, Una está preocupada, todo el puto mundo está preocupado por ti, ¿y tú vienes y me dices que nadie está de tu lado? ¿Es que te has vuelto completamente idiota?

—¿Por qué no vas tú al maldito psicólogo? —preguntó Joel.

—¿Yo?

—Sí, tú. Eres un homosexual que literalmente no puede decir las palabras «soy homosexual», te cambiaste de nombre para que tu yo verdadero no tuviera que ser homosexual nunca. Eres tú el que necesita a un maldito psiquiatra.

Si el cerebro de Joel hubiera funcionado de manera correcta esa mañana, quizá nunca habría dicho aquello. Se habría mordido la lengua en vez de azotar a su amigo con ella.

Sus palabras golpearon a Frank con fuerza, justo entre los ojos. No hubo señal de la máscara de De Selby, solo un Frank Adams duro como la roca y furioso.

—Cuando quieres, puedes ser un viejo cabronazo mezquino.

Aquella fue la última vez que Frank llamó «mezquino» a Joel.

—Pero, ya que estamos jugando sucio —prosiguió Frank—, detengámonos para echar un vistazo a lo que realmente está pasando aquí. Eres un cobarde. Te asusta ir a ver a un terapeuta por miedo a lo que pueda encontrar dentro de esa cabeza tuya, por miedo a lo que puedas descubrir acerca de ti mismo. Esto no tiene nada que ver con el control de tu propia vida. Esto tiene que ver con tus miedos. Y lo peor de todo es que eres un cobarde porque te quieres suicidar en vez de afrontar las cosas.

—No soy ningún cobarde —Joel, que estaba furioso, cerró los puños.

—Entonces, ¿por qué tienes tantas ganas de suicidarte? —gruñó Frank.

Esas palabras aparecieron en el momento más espantosamente perfecto, porque en ese preciso instante Una Clarke entró por la puerta con una bandeja de té y galletas. Y se detuvo en seco, estupefacta, su rostro que empalidecía por el impacto de lo que acababa de oír.

Frank también se puso pálido. No había pretendido que le oyera nadie. La expresión furiosa le abandonó. Joel se esforzó por pensar en algo que pudiera decir para tapar lo dicho, para que Una dejara de saber, para retirarlo. Una broma, un comentario, lo que fuera...

Pero no se le ocurrió nada, y ella se volvió hacia él con una mirada que era una mezcla de decepción amarga, tristeza honda y profunda, y rabia candente.

Con esfuerzo evidente, se las arregló para llevar la bandeja hasta la mesita de Joel, donde la depositó con delicadeza, sin quitarle los ojos de encima. Desesperadamente, el cerebro de Joel, hecho fosfatina, buscó algo que decir, lo que fuera con tal de arreglar las cosas, con tal de borrar esa expresión dolorida de los ojos encantadores de Una. Pero seguía sin ocurrírsele nada. Ella negó con la cabeza sin dejar de mirarle y se volvió para salir de la habitación.

Durante un rato largo, ninguno de ellos abrió la boca. La confusión de Joel, la decepción que sentía de sí mismo, volvieron a transformarse en rabia, y le dirigió una mirada amenazadora a Frank.

—Joel —casi susurró este—. Lo siento mucho. Nunca quise...

—Cállate, Frank. Por una puta vez, cállate.

Joel se dio media vuelta en la cama, se arropó con las mantas hasta el cuello e intentó dormirse de nuevo.

De haberse muerto en ese preciso instante, se hubiera sentido de lo más feliz.

Capítulo veintitrés

Se quedó adormilado al mediodía, y volvió a soñar. Intentaba encontrar a Una mientras avanzaba por el mismo paisaje desolado de la otra vez, poblado con sus esqueletos del señor Miller. Había colinas y peñascos por doquier, y unas nubes de desesperación gruesas y bajas, tan cercanas a él que pensó que podría tocarlas simplemente con alargar los brazos. Las piedras desperdigadas por el lugar tenían la misma forma que la roca que había encontrado con Frank, pero echaban a rodar al más leve contacto. En la lejanía vio a Frank y Una riéndose, sentados al pie de una colina, con la espalda contra un pedrusco, pero, pese a que se abría paso a empujones entre los señores Miller, la colina parecía alejarse cada vez más. De repente, desaparecieron de su vista.

—¿Dónde os habéis metido? —gritó.

—Están al otro lado de la colina —le llegó la voz de Lucey.

Se volvió para hablar con ella, pero no era ella, era la Rino, que, vestida con ropa informal, le sonreía cálidamente. Cuando la mujer alargó la mano para cogerle, Joel se despertó.

La habitación estaba vacía. Ni rastro de Frank. El té y la bandeja de galletitas seguían en su sitio. La bebida, ahora fría en las tazas de gran tamaño, presentaba un aspecto espantoso, parecía preparada con agua estancada. Joel siempre había pensado que la imagen de una taza de té frío transmitía algo terrible y patético. Miró más allá de las tazas, hacia la cama de Frank, que estaba hecha, pulcra y ordenada, y parecía demasiado esterilizada. En los pasillos también reinaba el silencio, faltos de las habituales señales de vida. Miró la hora. Las tres. Todo el mundo debía de estar en la sala común.

Aparentemente, la peor parte de la resaca se le había pasado mientras dormía, pero en su estómago subsistían algunos restos de la misma. Era una sensación molesta, debida en parte al alcohol y en parte también a su enorme y apabullante remordimiento. Se arrastró fuera de la cama —no experimentó la menor satisfacción en el contacto de las plantas de sus pies contra el frío del suelo— y encendió la televisión.

Estuvo zapeando por los canales deportivos durante una hora o así, intentando encontrar un programa que valiera la pena, pero su cerebro no le permitía pensar ni sentir algo que no fuera tristeza. El vacío había regresado, se cernía sobre su mente, amenazaba con tragárselo, con estirarlo. Con volverle irreal.

Avanzada la tarde, Joel renunció a la televisión y se puso las zapatillas y la bata. Atravesó Hilltop dejando atrás a sus residentes en una especie de resentimiento mudo. Ahí estaba la señora Klein, que le sonrió con torpeza, una especie de saludo patético. Había corrido la voz sobre sus diabluras de la noche anterior, y la mayoría de ellos habrían oído la discusión de aquella mañana. Lo que hubieran oído de la misma era otra historia. Joel intentó no pensar en ello.

Frank le había dicho aquello con un gruñido. Venenoso, desagradable, pero no en voz alta. Ciertamente no habría llegado a oídos del personal de enfermería. ¿Se lo habría contado Una a alguien? Lo dudaba. Aun así, era una posibilidad que le aterraba. Como si las cosas no fueran lo suficientemente mal como para que encima la gente le mirase como a un suicida. El hecho de que en efecto quisiera suicidarse era irrelevante.

Se acomodó en la sala común. Frank estaba sentado al lado de la señora Clarke. Ninguno de los dos hablaba, estaban simplemente ahí, mirando culebrones. Joel odiaba aquellos malditos culebrones. Se había sentado a una mesita apartada y colocó el tablero de ajedrez. Y se puso a esperar.

Le importaba bien poco su aspecto, el de un anciano averiado, sentado a una mesa, emperrado en no hablar con nadie, emperrado en esperar hasta que Jim, *el Poderoso* se presentara con su paso lento. Los ojos enfocados en el tablero.

—Obviamente considero que es una certera representación de la raza humana —le dijo Jim mientras tomaba asiento con una sonrisa amistosa.

—Limitate a mover las malditas piezas —le dijo Joel, que por una vez no intentó dilucidar si el hombre estaba más cuerdo que senil.

Llegaron a las tablas por ahogado en menos de media hora, y Jim se puso a reordenar el tablero. Joel no se molestó en poner pegas a una nueva partida, ni siquiera en decir algo. Había pasado media hora más, así que se levantó para irse. Frank volvió la cabeza y miró en su dirección, y durante un segundo pareció que iba a hablarle. No lo hizo. Una ni se volvió.

Joel regresó a la habitación con una sensación creciente de resentimiento en lo más profundo de su vientre.

En algún momento de la tarde, el enfermero Karl apareció con las pastillas que debían salvarle del derrame cuya llegada la gente no hacía más que predecirle. Lo que todos tanto temían. Joel no opuso ninguna resistencia. Se tomó las malditas pastillas sin una palabra, se bebió el agua que las acompañaba y se tumbó en la cama. La expresión del enfermero Karl no cambió. Impasible. Callado. Joel se sintió agradecido al menos por aquello.

Se puso de lado, mirando hacia la ventana, dándole la espalda a la cama que había pertenecido a su esposa, y luego al señor Miller, y que ahora era de Frank. No quería mirarla. En lugar de eso, contempló el largo camino de entrada y el rincón en el que estaba su roca.

Algo más tarde, oyó que Frank entraba. Escuchó atentamente mientras este se ponía el pijama. No se movió cuando un sonido chirriante le anunció que Frank se había metido en la cama, y apenas respiró cuando Frank apagó la lámpara de la mesita de noche. Se quedó ahí tumbado, sin hablar.

Cuando el lunes se presentó al día siguiente, como solía pasar después de cada domingo, Joel volvió a encontrarse en el mismo lugar que la noche anterior. Volvió a encontrarse allí donde estaba tras la muerte del señor Miller. Solo, silencioso, lleno de un resentimiento amargo y exhausto por todo ello. El aislamiento era espantoso. Se preguntó cómo había podido vivir de aquella manera. En la época anterior a Frank. En la época en que la compañía de Una Clarke le hacía sentirse culpable. En ese terrible período de su vida entre el fallecimiento de su esposa y la

llegada de su mejor amigo.

Se tomó el desayuno en la cama, picoteando la comida más que disfrutándola, y estuvo zapeando. Concursos y documentales. Nada de importancia, pero al menos no eran un maldito culebrón.

Luego intentó dormirse, para dejar pasar el tiempo, pero acabó por dar vueltas en la cama. Así que volvió a mirar por la ventana, volvió a observar el largo camino de acceso, preguntándose si habrían descubierto su roca. Se preguntó si la enfermera Ryan estaría trabajando o si estaría en casa con su hijo, o quizá fueran hijos. Se dio cuenta de que no sabía nada de su vida fuera de aquel lugar.

—No te estás ayudando a ti mismo, ¿sabes? —dijo el enfermero Liam.

—Déjame en paz —contestó Joel.

—Esta vez no —dijo Liam y rodeó la cama. Sus mullidos zapatos se desplazaron en silencio, porque aquel no era ni el momento ni el lugar para hacer ruido.

—¿Por qué la gente no me deja tranquilo?

—Porque estamos preocupados por ti...

—Al menos no dejáis de repetirlo.

—... y este exilio autoimpuesto no está ayudando a tu campaña para no ver al terapeuta.

—Otra vez el maldito terapeuta —refunfuñó Joel.

—Llevo años preocupado por ti.

Aquello le sorprendió.

—¿Cómo? —preguntó Joel.

—Años. Una Clarke también. Creo que hasta Jim, *el Poderoso* estaba preocupado por ti. ¿Sabías que eres la única persona con la que quiere jugar al ajedrez?

—Tonterías —insistió Joel.

—Nada de tonterías. Has estado en tan baja forma... Tan callado todo el tiempo. Tan ansioso e infeliz.

—No, no es verdad.

—Claro que sí. Lo que pasa es que estas dos últimas semanas has salido de tu caparazón. Recuerdo cuando no eras así. Cuando Lucey estaba aquí, eras un caballero silencioso que adoraba a su esposa. Tenías una palabra amable para todo el mundo. Leías y mirabas los partidos y eras agradable. Luego vinieron unos años llenos de nada, que al fin pasaron. Ha sido un placer volver a ver señales de vida en ti. Ver que te despertabas un poco. Oír tu risa cuando entro por la habitación cada mañana. Oíros a Frank y a ti burlándoos el uno del otro.

—¿Es por eso que nos dejaste escapar la otra tarde? —preguntó Joel, casi con timidez.

Liam adoptó una expresión afable y se sentó al borde de la cama, apoyando las manos a lado y lado.

—Yo no dejé escapar a nadie. Permitir que os escabullerais habría sido una infracción grave de mis deberes como cuidador. De haberos visto, os habría detenido. Pero no os vi zambulléndoos entre los árboles como dos veteranos de la segunda guerra mundial detrás de las líneas enemigas.

Joel no pudo impedir que una sonrisita se extendiera por su rostro. Era una buena imagen. No la que él habría escogido para sí mismo, pero igualmente espléndida.

—Si te importo tanto, ¿cómo es que sigues insistiendo con esta cosa de la terapia? ¿Cómo es que estás siempre del lado de Ryan?

—Joel, te voy a decir esto con todo el cariño posible, pero a veces eres extraordinariamente bobo —dijo Liam con una sonrisa triste.

—Bueno, eso no ha sonado muy cariñoso.

—Tienes que dejar de pensar que esto es una guerra. Tienes que dejar de pensar que esto es una cárcel. Tienes que darte cuenta de que queremos ayudarte.

Joel intentó ver las cosas de otro modo. Intentó dejar de ver los barrotes en las ventanas. Intentó imaginarse la vida en Hilltop como algo que no fuera una prisión abierta. Era difícil.

—Mira —prosiguió Liam—, quiero que veas esto como una oportunidad. Va a pasar, de un modo u otro. Te reunirás con un psicólogo. Y, si ha de pasar, ¿por qué no aprovechas la oportunidad para charlar un poco? ¿Por qué no verlo como una ocasión para que ciertas cosas salgan a la luz? Por favor, has de entender que esto no se hace porque sí. No es un castigo. No es una penitencia. Es solo porque eres demasiado cabezota para admitir siquiera que necesitas ayuda.

—Eres un muchacho de lo más insultante cuando quieres —dijo Joel, intentando que no pareciera un mohín.

—Y tú eres un hombre de lo más exasperante cuando quieres. Un hombre bueno, generalmente. Pero exasperante.

Pareció que iba a decir algo más, pero en vez de hablar dejó una taza humeante al lado de Joel.

—Te he traído un té.

Le dio a Joel unos golpecitos reconfortantes en el brazo, se puso en pie y salió de la habitación. Joel no lo hubiera admitido nunca, pero era agradable poder hablar. Se había acostumbrado a hacerlo de nuevo, y el silencio se le hacía opresivo.

Sin mayor dilación, Joel saltó de la cama, o al menos se arrastró fuera de ella con una energía considerablemente superior a la que había exhibido con anterioridad; cogió el té y salió al pasillo.

Golpeó tres veces en la puerta de la habitación de Una. Fueron tres golpecitos regulares y apropiados. Una debió de saber que se trataba de él, pues abrió la puerta con expresión pétrea.

—Joel —dijo con tono gélido.

Nunca había estado fría con él, y durante una fracción de segundo Joel echó de menos los días en que se mostraba continuamente agradable, a veces de manera fatigosa.

—¿Puedo entrar? —preguntó él, nervioso.

—Puedes —dijo ella, apartándose para dejarle paso.

—Me gustaría hablar —dijo él.

Estuvo a punto de atragantarse con aquellas palabras.

—Muy bien —contestó ella, congelándolo aún con la mirada—. Habla.

Él le dio un sorbo a su té para serenarse. Frank sabría lo que tenía que decir. Algo ingenioso

que la desarmara. Lo diría con un centelleo en los ojos y con la máscara de De Selby puesta, y ella se reiría y entonces todo volvería a ser una balsa de aceite.

—Lamento que oyeras eso ayer —comenzó a decir él—. Nunca fue mi intención que alguien lo supiera.

—¿Pero por qué, Joel? ¿Por qué demonios pensarías algo así? ¿Qué demonios es tan espantoso sobre la vida aquí para que contemples siquiera hacerte eso? Tienes una hija y dos nietos encantadores.

—Lo sé, lo sé —dijo él—. Pero en realidad eso no cambia nada. Aquí no soy feliz. O al menos no lo era.

Lo había deseado, estaba seguro de ello, pero, de algún modo, el momento en que de veras quiso morir le parecía ahora muy lejano. Ahora ya no estaba tan seguro. Su mente era un batiburrillo. Dos noches atrás podría haberse arrojado al río. Habría acabado con todo. En cualquier otro momento podría haber hecho un nudo con el cinturón de su bata y acabar con todo.

Podría haber escogido cualquier momento para acabar con todo. Así que ¿por qué no lo había hecho?

—Y ahora, ¿eres feliz? —preguntó ella, con un ápice de esperanza en la voz.

Joel no quería hacerle daño. Pese a toda su rabia y furia en contra de él, seguía pareciéndole tan delicada, tan frágil...

—No lo sé, Una. No sé lo que soy. Había tenido suficiente, ¿sabes?

—No, Joel, no lo sé —contestó ella.

—Había tenido suficiente de todo esto, ¿sabes? —Estuvo a punto de ponerse a tartamudear; al principio las palabras se le habían pegado ligeramente a la lengua, pero en cuanto empezaron a salir ya pudo seguir adelante—. El sinsentido. El aburrimiento absoluto. Yo era un tipo útil. Reparaba cosas. Arreglaba coches. La gente me traía sus cosas rotas y yo conseguía que volvieran a funcionar. Incluso después de retirarme seguí arreglando cosas. En la casa. Lo reparaba todo. ¿Sabes que a menudo deseaba que algo se rompiera para poder sentirme útil? Lucey se encargaba de la casa. La mantenía limpia y ordenada, y yo me quedaba ahí sentado, como un enorme bulto inútil, quejándome de que me aburría en lugar de ayudarla. Y estaba el jardín. Teníamos un jardín hermoso. Pequeño y encantador. Ella cuidaba tan bien de él... Y yo, sentado dentro de casa, esperando a que se rompiera algo para arreglarlo.

Las palabras volvieron a quedarse atravesadas en su garganta, ineptas y patosas a sus oídos. Se acordó del jardincito y de las manos de Lucey manchadas de tierra y de cómo la observaba por la ventana mientras miraba el partido de fútbol, tan feliz cavando trabajosamente el suelo. Joel le preparaba un té y ella le sonreía. Intentó recordar cuándo había cambiado, cuándo se convirtió en algo nuevo y diferente. ¿Cuándo había olvidado cómo comunicarse? Se estaba esforzando por expresarse sin sonar débil ni estúpido, pero ya no podía detenerse.

—Incluso Eva, nuestra hija, cuando necesitaba algo acudía a Lucey, no a mí. Yo no hacía nada. Pero al menos tenía a Lucey, ¿sabes? Y tenía a mis primos, y a los vecinos, y a los amigos, no muchos, pero tenía amigos. Y se fueron. Se fueron uno tras otro. Algunos se mudaron, otros murieron. Entonces solo me quedó Lucey. Y, cuando ella desapareció, pensé que no me quedaba

nada. Y me aburrí tanto de no tener nada, de ser un inútil y de no hacer nada que...

Hizo una pausa. Notaba la empatía en ella; había algo en sus ojos, un indicio de reconocimiento, de que parte de lo que le estaba contando le resultaba familiar. Quizá fueran la inactividad y la falta de sentido, quizá fuera la implacable sensación de pérdida, o quizá esa lúgubre y terrible sensación de que uno podía ser el siguiente, esa idea invasora, siempre presente.

Sin embargo, se le habían acabado las palabras y se quedó ahí, estúpidamente inmóvil, esperando a que ella dijera algo.

—Lo sé —le dijo Una compasiva. Su mirada se había suavizado, y le puso una mano en el antebrazo.

—Lamento haberte arrojado todo esto encima —dijo Joel en voz baja.

—No me has arrojado nada, Joel, te lo prometo. ¿Crees que sigues queriendo hacerlo?

—No lo sé, Una. Honestamente, no lo sé.

—Eres un hombre dulce y encantador. Por favor, Joel, no nos dejes —dijo ella mientras las lágrimas brotaban de sus ojos. Se llevó una mano a la cara para secarse la mejilla.

Aquella intimidad, aquella carnalidad... era casi demasiado para Joel. Sintió que se mareaba. ¿Se había vuelto tan ajeno al afecto como para que este pudiera tener un efecto tan profundo en él?

En ese momento supo que le importaba a ella, que le importaba mucho. Quizá incluso lo amara. Dio un paso hacia ella y la rodeó con sus brazos, la envolvió con su cuerpo. Ella siguió llorando suavemente contra su pecho y le devolvió el abrazo. Joel pensó que quizá debiera sentirse culpable por aquello. Por el afecto y la calidez que sentía al abrazarla. Como si de algún modo hubiera estado traicionando el recuerdo de Lucey. Pero no fue así. No se sintió culpable en lo más mínimo.

Capítulo veinticuatro

Al día siguiente era martes. Y, aunque no trajo un mayor optimismo o esperanza a su mundo, Joel sí despertó sintiéndose mejor que el día anterior. Supuso que se debía a que se había acostado más feliz. Frank seguía sin hablarle, pero era agradable saber que Una estaba pasillo abajo y, mientras se quedaba dormido, sonrió al pensar en ella. Fue una sonrisa libre de culpa. Algo poco frecuente cuando pensaba en Una.

Cuando despertó, Frank se había marchado de nuevo a la sala común. Era tan habitual que madrugara que Joel se sintió ligeramente molesto. En su concepción del orden mundial, los actores y los creadores y gente de esa calaña dormían todos hasta tarde, y la mañana era para las personas productivas y los obreros cualificados como él.

En algún momento del fin de semana anterior, alguien había descubierto el papel en el pestillo de la ventana, y, la víspera, el enfermero Karl había revisado meticulosamente las ventanas antes de llevarles el té. Aquello hizo que Joel sonriera e hiciera una mueca de dolor a la vez. Era poco probable que Frank y él intentaran escaparse de nuevo a corto plazo.

Mientras picoteaba el desayuno y contemplaba su propia muerte inminente, o su inminente visita al terapeuta —un destino peor que la muerte—, también reflexionó sobre el problema de Frank. No quería estar enfadado con Frank, como tampoco quería que Frank estuviera enfadado con él. Quería que las cosas volvieran a ser como antes, cuando hablaban y se reían juntos. Quería que Frank le mirara como lo había hecho cuando se sentaron en el teatro derruido, como a un amigo, como a un amigo de verdad, un alma gemela pese a todas las diferencias que había entre ellos.

Ya era suficientemente malo que se estuviera enfrentando al posible fin de sus días, y no quería hacerlo solo. No después de haber encontrado un amigo tan bueno. Un amigo que quizá fuera capaz de ayudarlo a decidir si, después de todo, de verdad quería morir.

A primera hora de la tarde, su día se vio arruinado por completo a causa de la llegada de un chaval.

Joel tuvo la seguridad de que el chaval razonaría que se le debía considerar un adulto, pero, a ojos de Joel, lo que se presentó frente a él con sus nada amenazadores pantalones de traje y su camisa arremangada era un chaval. Ya podía tener todos los títulos que quisiera, y Joel estaba seguro de que el poca-cosa los tendría a montones. Con un alfabeto entero de títulos a su nombre. A Joel le importaban poco los títulos que pudiera tener un psicólogo. Al ver su sonrisa fría y tranquila, aborreció a la criatura al instante.

¿En qué otras vidas se había adentrado aquel chaval? ¿Qué daños incalculables había provocado en otros lugares? ¿Adónde más había ido, inoportunamente, para imponer su

presencia?

El enfermero Liam condujo al chaval a su habitación y apuntó con él contra Joel. Un arma, una pistola, otro carcelero, quizá un verdugo.

Joel casi pudo oír a su Frank interior diciéndole que se estaba pasando de dramático.

Se dispuso a cerrar el pico mientras el chaval arrastraba una silla hasta él y le dedicaba la menos amenazadora de sus sonrisas.

Aquel crío, aquella criatura adolescente, tenía el poder de encerrarle. De hacer que Hilltop lo enviara a alguna otra parte. A un lugar para gente con problemas mentales. A llevárselo de la última habitación que había compartido con Lucey. De la habitación que compartía con Frank.

—Joel, ¿cómo se encuentra? Soy Martin. Hoy vamos a charlar un poquito, espero que le parezca bien.

Capullo condescendiente.

No, no le parecía bien. Tampoco es que nadie se lo hubiera consultado. No quería hablar con el chaval. Si Frank estuviera allí sabría qué decir.

El muy sabelotodo.

Entonces lo vio claro.

Joel tuvo un momento de inspiración.

Frank sabría exactamente lo que había que decir. Lo único que Joel tenía que hacer era canalizar su propio Frank interior. Intentó imaginar lo que haría el viejo fantoche:

—Mi querido muchacho, espero que seas breve, ya que encuentro toda esta farsa un tanto innecesaria.

Pensó que aquello sonaba bastante frankiano.

El chaval se arregló la corbata sin dejar de ofrecerle su estúpida sonrisa libre de cualquier amenaza. Joel pensó que se mancharía las manos de aceite con solo tocarle.

—Intentaré no robarle mucho tiempo. Bien, antes que nada, ¿hay algo en particular sobre lo que le apetezca hablar?

Dentro de su cráneo, se repetían estas palabras: «No digas suicidio, no digas suicidio».

Frank le había dicho una vez que no tenía sentido de la tranquilidad. Joel sintió que aquello era un examen de mantener la calma. Su rostro no reveló nada. De hecho, pensó que estaba realizando un buen trabajo al imitar la enigmática sonrisa de Frank. La que transmitía la impresión de que entendía un chiste que a ti se te escapaba.

—Me gustaría poder conversar contigo sobre una amplia variedad de temas, jovencito, pero voy a dejar que tú elijas cuál, ya que has venido hasta aquí para verme.

Dentro de su cabeza: «No menciones cómo golpearon el pequeño esqueleto del señor Miller hasta matarlo en la cama de tu esposa».

En su voz de Frank:

—Odiaría que hubieras venido hasta aquí para que yo monopolizara la conversación.

Le estaba costando no arrastrar las palabras para imitar el acento interpretativo de Frank. Aquel en que su voz subía y bajaba, convirtiéndose a veces en un susurro, aunque sin sonar nunca

tan baja que no llegara hasta oídos de su público.

—De acuerdo —dijo el chaval, ligeramente confundido—. Entiendo que no siente mucho aprecio por esta residencia, para comenzar...

Joel reconoció que ese asunto debería ir con cuidado. Demasiada indiferencia y sabrían que estaba mintiendo. Demasiada vehemencia y lo encerrarían por ser una amenaza, o lo relegarían a algún rincón del pabellón psiquiátrico por estar demasiado enojado con el hecho de ser viejo.

Como si todos los demás no se sintieran furiosos por ello.

—Eso no es más que un malentendido, colega. Siento que no tengo la voz que debería, nada más.

Aquello sonó mucho a Frank. Tendría que haberse puesto un pañuelo para la charla.

—No tengo ningún problema con Hilltop. Mi problema es que estoy constantemente enjaulado aquí. El problema de ellos es, por supuesto, que me he escapado de la jaula un par de veces.

Probó con la sonrisa ladina que a Frank tanto le gustaba poner cuando sabía que estaba siendo ingenioso. Le preocupó que pudiera salirle algo penoso. Pero la falta de práctica sonriendo era la mitad del problema. Se preguntó si quedaría como un loco si se ponía en pie e iba a robar uno de los pañuelos.

—¿Y piensa que es poco razonable por parte de ellos?

Dentro de su cabeza: «Pues claro que sí, joder».

Su voz de Frank dijo:

—Vivimos en un mundo poco razonable, ¿no es así? Y esta es una época poco razonable. Lo que me gustaría es que me concedieran un poquito de flexibilidad.

¿Querían echarlo porque no deseaba pasar sus últimos momentos dentro de una cárcel? Ya estaba bien que no supieran lo cerca que estaba del final. Ni siquiera estaba seguro de que quisiera ese final, pero esa no era la cuestión. El poder que tenían sobre él. Eso no estaba bien.

El chaval paseó la mirada entre Joel y sus notas. Algo no le cuadraba. La Rino, o Eva, o alguien más le había avisado de lo que se encontraría, y no era aquello. Joel estaba ganando. Estaba derrotando a aquel pequeño imbécil prefabricado, con su estúpido traje y su expresión paternalista.

¿Podría aguantar así?

—Hábleme del señor Adams —pidió el chaval.

Dentro de su cabeza: «Un fantoche. Mi mejor amigo. Un gilipollas. El hombre más encantador que hayas conocido».

Su voz de Frank dijo:

—Bueno, ese tipo sí que necesita que lo vea un médico. Ciertamente, está algo pirado. Para ser honesto, me preocupa. Tiene que salir más. Necesita hacer amigos. Tiene que aprender a mostrar afecto.

Joel se detuvo cuando se dio cuenta de que estaba hablando sobre sí mismo, y a continuación se recordó que él no era Frank y que el meollo de la cuestión consistía en que no mencionara que quería suicidarse. Y, lo más importante, que no lo desahuciaran.

Le dirigió una sonrisa al chaval. Este se la devolvió. Tenía una cara a la que daban ganas de

golpear.

—Ya veo —dijo el chaval, sin dejar de sonreír—. ¿Y cree que usted le está ayudando?

—Creo que he hecho todo lo posible por él. Que lo he mantenido en marcha, por decirlo así.

Frank lo había hecho todo por él. Lo había mantenido en marcha. Quizá lo había mantenido en marcha durante demasiado tiempo. Quizá lo había hecho durante el tiempo preciso.

Joel echaba de menos desesperadamente a su amigo. Echaba de menos su compañía. Quería que Frank estuviera allí. Sentado a su lado. Mirando la televisión o leyendo en silencio.

El chaval continuó interrogándolo, sondeándolo. De manera suave, por supuesto, nunca con demasiado dureza. Y Joel siguió canalizando a su Frank interior para desviar las preguntas.

Estas fueron variadas. Sobre su infancia. Sobre su padre, el mezquino bastardo que fue. Joel las esquivó con una agilidad que ni el mismo Frank habría podido esgrimir. Joel descubrió que la máscara de De Selby era una herramienta poderosa para no tener que mostrar tus emociones. Su esposa. Su hija. El chaval se había preparado a conciencia.

Al cabo de un rato, Joel disfrutaba con aquel juego. Veía que el chaval garabateaba en el papel que tenía delante y asentía animándolo a continuar cada vez que él hablaba, y, cuando estaba a punto de concluir la entrevista, Joel pensó que le había ganado. Que se había escapado de él con un alarde a lo De Selby.

—Muy bien, señor Monroe. Creo que por hoy lo dejaremos aquí.

A Joel, el corazón le dio un salto.

Había derrotado al temido psicólogo.

—¿La semana que viene a la misma hora? —le preguntó el chaval.

A Joel se le cayó el corazón a los pies.

Había creído estúpidamente que sería cosa de una sola sesión. Y debió de reflejarse en su rostro.

—Señor Monroe, no es ninguna condena a muerte, es solo una pequeña charla —le dijo el chaval con una expresión que Joel consideró la que más ganas de golpear había sentido en el día—. Nos vemos, pues.

Joel se quedó mirando amargamente la espalda del chaval mientras este salía de la habitación. Había sido un idiota por pensar que iba a ser una sesión nada más. Siempre habría otra. Y ahora iba a parecer realmente loco, porque de ninguna manera podría seguir llevando a cabo la rutina De Selby. Cuando se le cayera la máscara, el chaval se daría cuenta, y entonces sí que tendría un problema. ¿Cómo demonios iba a librarse de aquello hablando?

Lo único que había conseguido era ganar tiempo. Quizá el tiempo suficiente para hacer su trabajo. Pero ahora tenía una duda, una duda que crecía dentro de él. La idea de abandonarlos se le estaba volviendo cada vez más difícil de imaginar. Una sobresalía en su mente. Y Lily y Chris. Y Liam. Y sobre todo Frank.

Frank, su amigo, que quizá le había salvado la vida. No quería volver a discutir con él.

El problema, por supuesto, era cómo disculparse. Joel Monroe sabía bastante poco sobre disculpas. Como todo el mundo parecía empeñado en recordarle, era un hombre exasperadamente terco, y ese tipo de cosas nunca habían formado parte de su manera de ser. Para el caso, tampoco

hablar, lo cual hacía que tanto las disculpas como los psicoanalistas le resultaran problemáticos. Estuvo considerando la cuestión durante un rato por la mañana, y para el mediodía se le había ocurrido una solución.

A primera hora de la tarde, Joel se dirigió a la sala común. Dentro, desperdigados entre varias mesas de la amplia estancia, se hallaban los diversos residentes de Hilltop. Pero quien estaba sentado en un gran sofá delante del televisor, esperando pacientemente a que comenzaran sus culebrones, era Frank. Joel se dirigió directamente hacia él y se sentó a su lado. En el sofá sobraba una plaza, pero Joel optó por dejarse caer directamente junto a Frank, casi cadera contra cadera.

Frank gruñó y le miró de reojo. Fue una mirada un tanto glacial, pero no demasiado. Joel tenía la vista fija en la televisión. Fingió que no reparaba en su mirada. Ni en la manera en que Frank entornó los ojos. Desde su mesita, detrás de ellos y a su izquierda, Jim, *el Poderoso* los vio y, con una sonrisa alegre y casi traviesa, se dejó caer en el asiento que quedaba libre.

—No hay sol sin su sombra —les dijo mientras se ponía cómodo.

Joel mostró su acuerdo asintiendo, pero siguió sin abrir la boca.

Durante las primeras dos horas estuvieron mirando concursos. Nadie dijo una palabra. La expresión de Frank era ilegible. También la de Joel. Este esperaba, y se sostenía en esa esperanza, que Frank adivinara por qué actuaba como lo hacía. Una estaba sentada cerca de allí. Joel casi podía notar su preocupación y su curiosidad. Los observaba y esperaba que la brecha que se había abierto entre ellos no se hubiera ensanchado tanto como para que les impidiera tender un puente.

Un rato más tarde, el enfermero Liam les trajo la comida al sofá, en las bandejas que generalmente se reservaban para las habitaciones, mientras intentaba, clara y contumazmente, sofocar una carcajada.

Los dos le dieron las gracias con un murmullo, sin llegar a expresar algo inteligible.

Durante las siguientes dos horas estuvieron mirando culebrones. Culebrones penosos, aburridos, extravagantes, desmesurados, con unas interpretaciones irritantemente dramáticas. Frank incluso cambió de canal para ver un culebrón extranjero, solo para que Joel tuviera que leer los subtítulos además de contemplar la sobreactuación de los actores. Entonces, Jim, *el Poderoso* abandonó el barco. Al parecer, incluso Jim tenía sus límites.

Joel no podía permitírselos. No en ese juego. Así que mantuvo la esperanza de que Frank supiera lo que estaba haciendo. No podía exteriorizarlo, pero cada vez se divertía más con la idea de que Frank sabía lo que él tramaba, aunque iba a tensar la cuerda todo lo que pudiera.

Continuaron sin decirse nada. Una continuaba observándolos.

Para poner duramente a prueba la resolución de Joel, Frank cogió del estante de los DVD la caja de *Días de gloria* y colocó un disco en la bandeja deslizante. Cuando volvía a tomar asiento, arqueó una única ceja a modo de desafío. Joel le devolvió la mirada con una aceptación serena, y entre las horas quinta y sexta permanecieron sentados en silencio viendo episodio tras episodio de aquel culebrón de principios de los noventa. Fue doloroso, pero Joel tuvo que admitir que su amigo era el intérprete más destacado del reparto. El que robaba todas las escenas.

Poco antes de la cena, Frank puso el episodio en el que se moría. Para regocijo de Joel, su

amigo sobreactuaba en el momento en que caía muerto de un ataque al corazón antes de poder revelar con cuántas mujeres se acostaba el dueño del bar del barrio en el momento culminante. Cuando se acabó, la mano de Frank se quedó flotando sobre el control remoto.

—¿Ya has tenido bastante? —preguntó con desinterés.

—No —contestó Joel débilmente—. Por favor, continúa.

—Oh, por el amor de Dios —gruñó Frank—. Hasta yo he tenido bastante. ¿Cenamos?

—Cenemos —aceptó Joel, intentando que no se le notara el alivio que sentía.

Los dos fueron a ocupar su lugar al lado de Una y la señora Klein.

Una miró al uno y al otro en una sucesión horrorizada.

—¿Entonces eso es todo? —preguntó incrédula.

—¿Qué es «todo»? —preguntó Joel inocentemente.

—¿Eso es todo? ¿Eso es todo lo que vais a hacer? ¿Os sentáis ahí a ver la televisión y ya está todo arreglado?

—¿Tienes alguna idea de a qué se refiere, compañero? —preguntó Frank mientras le ponían la cena delante.

—Ninguna —contestó Joel, haciéndose el loco.

—¿Honestamente me vais a decir que después de todo, después de todo el... con lo del otro día y el... —se quedó sin palabras, pero su mandíbula siguió trabajando furiosa.

—Parece enojada —señaló Frank.

—Así es. ¿Crees que habremos hecho algo que la haya molestado?

—No se me ocurre nada, compañero.

—Una —dijo Joel con toda la dulzura posible—, ¿te pasa algo con nosotros?

Ella cogió el periódico y comenzó a golpear frenéticamente a Joel y a Frank, que mantuvieron los brazos en alto para protegerse y aguantaron las arremetidas hasta que Una se quedó sin gasolina y, tras descartar el periódico enrollado, clavó los ojos en su cena.

—¿Me pasas la sal, Frank? —preguntó Joel.

Una se puso a comer de nuevo con gesto furioso, refunfuñando entre dientes. La señora Klein les sonrió a los dos, pero evitó deliberadamente mirar en dirección a Una.

Capítulo veinticinco

Aquello representó una victoria para Joel, pero en absoluto fue una victoria perfecta. El silencio amigable entre los dos hombres durante aquella tarde fue infinitamente preferible al silencio gélido de los tres días anteriores, pero en él había algo enorme o terrible que no se había explicitado. No hablaron de ello porque Joel se supuso incapaz de hacerlo, y a Frank no se le ocurrió una forma que no pusiera en peligro su frágil amistad.

Así que, a lo largo del miércoles y del jueves, los dos compartieron una amistad torpe y esperanzada, pero tensa. La camaradería natural de los días y semanas anteriores había desaparecido. La cháchara y las mofas habían sido reemplazadas por una charla vacía. Joel no era fan de aquella situación, pero tampoco estaba dispuesto a contemplar la alternativa.

—¿Un viejo concurso o algo? —sugirió Joel cortésmente la tarde del miércoles mientras miraban la televisión en su habitación.

—Oh, lo que te apetezca a ti —contestó Frank gentilmente—. Quizá lea algo, o me ponga a escribir un poco, si no te importa.

—¿Quieres que baje el sonido? —preguntó Joel, servicial.

—En absoluto —contestó Frank convenientemente mientras buscaba su libretita—. Apenas lo notaré en cuanto comience a escribir.

Y en ese tono se desarrollaron todas sus conversaciones.

Fue una jornada dolorosa de principio a fin. Por tratarse de una mejora considerable respecto al terrible aislamiento del lunes por la mañana, aquel mundo le pareció a Joel más feliz y menos lleno de ansiedad, más habitable, pero su relación con Frank no era así. Se trataba de una cosa frágil que habían creado conjuntamente y, esa noche, Joel la pasó despierto algunas horas intentando pensar desesperadamente una manera de romper el muro. En vano.

Al día siguiente, lo intentó de nuevo, y al otro también, pero lo había estropeado. Lo había estropeado todo con su cabezonería. Se negó a hablar de nada más relevante que la televisión o el personal de enfermería o los libros que ambos estaban leyendo, y el viernes por la noche se dio cuenta sombríamente de que lo que se interponía entre ellos era aquello mismo de lo que él estaba huyendo, aquello mismo que lo venía aterrorizando desde que viera a la enfermera Angelica intentando devolverle la vida a golpes al cuerpo del señor Miller.

Entre ellos, invisible, silenciosa y esperando su turno con paciencia, estaba la muerte. Específicamente, la muerte de Joel Monroe.

Su relación jamás podría ser reparada mientras Joel estuviera esperando la ocasión de suicidarse. Permanecería rota mientras Frank supiera que Joel podía en cualquier instante poner

fin a su vida.

No había nada profundo en ello, nada trascendental ni nada digno de un alegato; se trataba simplemente de una lúgubre y profundamente espantosa urgencia por liberarse del miedo, de la sensación de inutilidad, y ahora el secreto que los había unido antaño era lo que los mantenía separados a un brazo de distancia.

Era algo que resultaba especialmente doloroso por las dudas que asolaban a Joel. La certeza de querer morir se había visto reemplazada por un frágil pero creciente deseo de saber más sobre sus nietos, más sobre Una Clarke, más sobre Frank. Ya no estaba seguro de poder abandonarlos, y la única persona que podía ayudarle a aclararse estaba sentado en la habitación, con él.

Pero no se hablaban. No de verdad.

La solución a su problema, aunque en ese momento él para nada se dio cuenta de que se tratara de una solución, estacionó en el aparcamiento de Hilltop una soleada tarde de sábado, precisamente a la semana de su escapada para celebrar el cumpleaños de Frank.

Era un coche pequeño, pulcro y cuco, conducido por Lily, y de él salieron sus dos nietos. En su abandono y aflicción, apenas había pensado en ellos durante la semana, no se había planteado de qué modo podría haberlos afectado la tormenta. ¿Sabía Eva que se los había encontrado? ¿Sabía que se habían pasado la noche bebiendo y bailando con él, y que lo habían llevado a un puesto de kebabs?

Cuando bajaron del coche, se dio cuenta de que le importaba un bledo lo que supiera su hija, de que se alegraba demasiado de ver a sus nietos como para preocuparse por los motivos de su visita. Habían ido a verle sin necesidad de que los engatusaran, y por eso se sintió feliz en vez de amargado y resentido. El mundo resultaba mucho más agradable cuando disponía de cositas así, cálidas. Sabía que Frank era responsable de ello, de haber despertado en él aquel sentido de lo agradable. Le había tendido la mano y lo había guiado lejos de su aislamiento. Le dirigió una sonrisa y le agradó ver una sonrisa de satisfacción similar en el rostro de su amigo.

Lily, que fue la primera en entrar, iba tan bien vestida como siempre. Llevaba una especie de vestido, Joel supo reconocerlo, y además era elegante, aunque esto solo lo supuso. También pensó que parecía muy sofisticado, pero fue lo suficientemente sincero consigo mismo para admitir que no tenía la menor idea de lo que resultaba sofisticado en el terreno de la moda femenina. Lily también lucía la sonrisa de costumbre, encantadora y abierta y amigable.

Chris entró detrás de ella. Su aspecto no era sofisticado. De hecho, rayaba el desaliño, con una chaqueta demasiado grande para un día tan soleado, tejanos y zapatillas. Durante un segundo en que le asomaron los calcetines, Joel vio que no eran del mismo par. Pero no dejó que aquello le afectara. En los meses precedentes, en los años precedentes, en algún momento habría hecho algún comentario, pero en esa ocasión se limitó a dirigirle una sonrisa a su nieto. Chris se la devolvió, y se sacó de dentro de su extravagante abrigo una botella de *whisky*, que le entregó con presteza a Frank.

—Este es el que dijiste que te gustaba, ¿verdad? —preguntó Chris.

—Este es el que me gusta, en efecto, pero no recuerdo haberlo dicho... —le dijo Frank.

—¿En serio? —preguntó Chris, levantando las cejas por la sorpresa—. Te pasaste diez minutos

hablando de él.

Joel soltó una carcajada; ya irían conociendo mejor a Frank. En él, que se pasara diez minutos hablando de algo no era nada.

—No sé de qué te ríes —le dijo Chris a su abuelo—. Intentaste enseñar a bailar el vals a mi novia, que tiene veinte años, viejo pervertido.

Joel tuvo una imagen del sábado anterior. Lo recordó. La pobre chica ya sabía bailar el vals, pero él no le hizo ni caso, se lo quiso enseñar de todos modos. Se estremeció ante su propia estupidez y estuvo a punto de esconderse debajo de las sábanas por la vergüenza.

—No te preocupes, abuelo —dijo Chris—. Sigue pensando que eres genial.

—Todo el mundo piensa que sois geniales —les dijo Lily.

Joel vio que Frank, en su cama, resistía la tentación de pavonearse.

—De hecho —prosiguió Lily, sacándose algo de la cartera—, los porteros me han pedido que les dé esto a «los dos ancianos homosexuales» con los que pasé la noche.

Tenía dos tarjetas de algún tipo.

—¿Qué son? —preguntó Frank.

—Son pases VIP para el club, señor De Selby.

Joel soltó una sonora risotada ante lo cómico del asunto, y Frank estalló en una larga y ruidosa carcajada, el tipo de risa que Joel le conoció en su primer día en Hilltop. Sus risas resonaron contra las paredes e hicieron que Lily y Chris se echaran a reír también.

Lily le dio las tarjetas a Frank para que las guardara. Joel se preguntó si alguna vez llegarían a usarlas. Le hubiera gustado ser VIP en un club nocturno de lujo. Vestirse bien, con toda la elegancia posible, y acudir a ese local de moda. Se imaginó que la gente se los quedaría mirando, a él y a Frank, pero no le importó que pudieran pensar que era gay. ¿Por qué habría de importarle que pensarán que era gay, o heterosexual, o bisexual, o lo que significaran el resto de letras? Estarían viendo a un anciano que hacía lo que le daba la gana durante una noche en la ciudad, acudiendo allí donde ellos no podían acudir, en vez de ser al revés.

—¿Y qué les trae a mis dos adorables nietos a Hilltop un sábado? —preguntó Joel—. Seguro que tendréis cosas más importantes que hacer.

Los dos intercambiaron una mirada incómoda.

—Ante todo —dijo Lily—, queríamos disculparnos.

—¿Por qué? —preguntó Joel.

No quería escucharla. Si se disculpaba por haberle llevado a hacer algo que él había hecho completamente por cuenta propia, iba a gritar de frustración. Si le arrebatava ese momento...

—Por el papel que hayamos podido jugar respecto al lío en que os habéis metido —contestó ella, y Joel estuvo a punto de suspirar aliviado.

—En absoluto —dijo Frank desdeñosamente—. Somos lo bastante mayores y obsoletos como para saber muy bien en qué tipo de problemas nos estábamos metiendo.

Como siempre, Frank había acertado de lleno.

—Vosotros dos, ¿habéis tenido problemas en casa? ¿Vuestra madre sabe que salisteis conmigo?

—preguntó Joel.

La incomodidad volvió a sus rostros.

—No —dijo Chris finalmente—. Pero es que nos gustaría contárselo.

—¿Y eso? —preguntó Joel, que no deseaba que se metieran en problemas.

—Porque estuvo bien —intervino Lily—. Mamá está preocupada por ti, preocupada de veras. Y pensamos que lo estaría menos si supiera que te estabas divirtiendo. Pasándotelo bien. ¿Sabes?

Su voz se había ido apagando ligeramente. Joel los observó a los dos durante un largo rato.

Se parecían a su madre, y a su abuela. Supuso que también debía de haber parte de sus inútiles genes paternos en ellos, pero no veía dónde. Quizá también se hubieran fugado.

Eran tan listos, y tan amigables, y tan encantadores. ¿Cómo había podido permitir que la distancia entre ellos se volviera tan grande? ¿Por qué no había sido más como Lucey? ¿Por qué no le habían importado lo suficiente para esforzarse más?

Chris se había acercado a su mesita de noche y había cogido con aire distraído el letrero de «Mis herramientas, mis normas». Sonrió al leerla.

Joel lo miró largamente, y a continuación sus ojos se posaron en su penique de la suerte. Se acordó del trabuquete y de la expresión aburrída de los trabajadores en sus falsos puestos. Parecía haber transcurrido mucho tiempo desde aquella primera vez fuera de la residencia por su cuenta. Y en realidad había sido cosa de semanas. Se dio cuenta de que, desde entonces, su amistad con Frank se había transformado en algo profundo y poderoso. El penique de la suerte era un recordatorio de una buena tarde pero, sobre todo, de la presencia de Frank en su vida.

Joel miró la chapa del Royale, que descansaba al lado del penique. No se la había puesto desde la semana anterior. Había algo agri dulce en ella. «Salvad el Royale.» El Royale estaba condenado y ni siquiera lo sabía. Tan condenado como Joel creía estar. Al ver la sonrisa que le dirigía su nieto mientras dejaba en su sitio el letrero de «Mis herramientas, mis normas», Joel sintió que quizá, después de todo, se podía salvar al Royale. No al teatro, que iba a seguir fuera de su ámbito de control, pero sí a él mismo. Le importaba a un número suficiente de personas. Estaba seguro de ello.

Y entonces supo que no podría hacerlo.

Supo que no podría dejarlos.

De ninguna manera iba a poder suicidarse. De ninguna manera iba a privarse del tiempo que le quedara con ellos. Por ellos, iba a dar con una forma de resistirse a la urgencia por dejarlo todo y marcharse.

Parecía tan simple como eso. Lo había deseado. Incluso lo había ansiado. Había estado tan solo, tan completamente aburrido y tan asustado a la vez que había querido acabar con su propia vida. Ahora no estaba solo. Ahora las cosas parecían menos aburridas. Ahora el miedo no era tan fuerte.

Con Frank a su lado, se había ido alejando cada vez más de ese Joel, y aquello en lo que se había convertido ya no deseaba la muerte. Ya no la veía a la vuelta de la esquina. Aún tenía ganas. Aún quería irse, pero ahora tenía algo que oponer a aquel deseo.

—Sois buenos chicos —les dijo Frank, muy serio, Adams.

Frank se había dado cuenta de lo que estaban haciendo. De su pequeño papel en el rescate de su abuelo. Un abuelo que se había mostrado frío y distante y cascarrabias con ellos. Lo único que habían necesitado de él era algún tipo de destello, y ahora acudían al galope para rescatarlo.

Se lo debía a Frank. Frank le había devuelto la conexión con el mundo real; cada día que pasaba en compañía de su amigo lo alejaba un poco más de su vacío interior.

Y de ninguna manera podría dejar a Frank. Encontraría la forma de reparar el daño que le había causado a su relación. No lo iba a dejar.

El silencio estaba durando demasiado con Joel ahí, sentado en una especie de sobrecogimiento perplejo.

—Di algo, so capullo —le ordenó Frank.

—¿Qué necesitáis que haga? —preguntó Joel, que ahora estaba a su entera disposición.

—No nos gusta veros pelear —dijo Lily. Se parecía tanto a su madre que a Joel se le hizo un nudo en el estómago de solo mirarla.

—Bueno, a mí no me gusta pelearme —dijo, intentando que no se le entrecortara la voz.

—¡Ja! —observó Frank desde la cama de al lado.

—No me gusta pelearme con personas de verdad, Frank —le dijo mordazmente—. Tú no cuentas.

—¿No cuento como persona de verdad?

—Los bufones de la corte no son personas reales.

—Ah, entonces eso te convierte en el rey, ¿no?

—¿Y justo ahora te das cuenta? Estamos lentitos, ¿eh?

—Guau. Joel Monroe me está llamando lento. Las sartenes y los cazos repiquetean por doquier en señal de protesta.

Lily y Chris volvieron a sonreír, y Joel tuvo que controlarse para que no se le escapase otro suspiro de alivio. Quizá la relación de él y Frank no estuviera tan mal, quizá pudiera salvarse, siempre y cuando aquello no fuera otro espectáculo de De Selby.

—Continúa, cariño —le dijo Joel a Lily.

—Queremos que te disculpes... —le dijo Chris apresuradamente.

—¿Por qué? —preguntó Joel inexpresivo. Una cosa era que hubiera decidido no suicidarse, pero una disculpa quizá fuera llevar la cosa demasiado lejos.

—Por haberla asustado, por haber hecho que se preocupara y, lo más importante, por haberle dicho que prefería a la abuela antes que a ti.

Joel se había olvidado de aquello.

Una pequeña y desagradable pulla al final de una pequeña y desagradable discusión. No lo había dicho en serio, por supuesto, y la verdad que pudiera haber en ello era probablemente culpa suya antes que de cualquier otra persona. Le había pasado la pelota del bienestar emocional de su única hija a su esposa. ¿Cómo podía esperar que tuvieran una relación estable y que valiera la pena, cuando él había abdicado tan completamente de sus responsabilidades?

—Os lo ha contado, ¿eh? —preguntó, avergonzado.

—Eso la ha dejado muy triste, abuelo —dijo Lily.

La idea de que Eva pudiera estar triste era sorprendente, y le hizo sentirse incómodo. Ella era por lo general tan fuerte, tan capaz, tan resistente, que Joel dudaba que cualquiera de sus palabras pudiera llegar a traspasar la coraza de su piel.

—Bueno, quizá me haya pasado un poquito —balbuceó, incómodo aún con la posición en la que se encontraba por su culpa.

—¿Vendrás a pedirle perdón? —preguntó Chris.

Tenía que hacerlo. Si podía salvar su relación con sus nietos quizá pudiera hacer lo mismo con Eva.

—Lo haré —prometió—. ¿Cuándo?

—¿Mañana te va bien? —preguntó Lily.

—Mañana me va bien.

—¿Y usted, señor De Selby? —le preguntó Lily a Frank.

—Creo que dejaré que Joel se encargue de esta. Me parece que vuestra madre no me tiene un gran cariño —dijo con una sonrisa, evaluando aún su botella de whisky y los pases VIP del club nocturno.

Joel pensó que tenía sentido ir, y enfrentarse solo. De ninguna manera podría quitarse la vida, en caso de que siguiera deseando hacerlo, mientras su hija estuviera enfadada con él. Habría que hablar de cosas, cosas de las que no sabía si sería capaz, palabras que le habían eludido durante mucho tiempo pero que eran necesarias y largamente esperadas. Pasara lo que pasara a continuación, se aseguraría como mínimo de volver a llevarse bien con su hija. La quería, sinceramente y sin reservas. Quizá se pareciera a su madre, pero los rasgos y cualidades que más destacaban en ella los había heredado de su padre; se veía a sí mismo en su perseverancia y en su determinación y en la firmeza de su mirada.

—¿En qué hora estamos pensando, queridos? —preguntó Joel, animado de repente con su presencia. Por lo menos los iba a dejar con algo que pudieran recordar con cariño.

Joel se pasó la noche del sábado reflexionando en silencio. Dadas las quejas recientes acerca de su mala salud mental, esperó que nadie confundiera su silencio con una especie de reclusión. En realidad, estaba ensayando lo que le iba a decir a Eva al día siguiente. Nunca le había resultado fácil emplear palabras cariñosas. No las había conocido en su propia infancia, pero eso le parecía una excusa miserable.

Mientras ensayaba sus torpes palabras, fueron varias las ocasiones en que Frank lo miró de reojo desde el otro lado de la habitación antes de ponerse a escribir algo en su libreta. Lo hacía de manera cómplice, dramática, y Joel sabía que el dramaturgo deseaba desesperadamente que le preguntara por lo que estaba haciendo, así que Joel se sonrió para sus adentros, no dijo nada y continuó ensayando su discurso.

Cuando llegó el domingo, Joel se vistió bien. Mejor de lo que lo había hecho en mucho tiempo. Se había duchado, se había engominado el pelo y había lustrado con su propia saliva sus zapatos de piel de color marrón. Cuando hubo terminado, evaluó su aspecto delante del espejo.

—Los he visto peores —le dijo Frank, a modo de tibia declaración de apoyo.

—¿Estoy bien? —preguntó Joel.

—Estás mejor que bien. Estás muy bien.

Joel se arreglaba el cuello de la camisa y las solapas de la chaqueta de vestir. Frank seguía mirándolo de soslayo, sus vacilantes y progresivos esfuerzos por retomar su amistad continuaban siendo tirantes, y Joel se prometió que se ocuparía de ello después de haber hablado con Eva. Frank había cumplido con el rol de todos los amigos que de algún modo Joel no había llegado a tener a lo largo de su vida. Joel sentía que le debía más de lo que jamás podría llegar a pagarle, pero al menos iba a dejarle claro a aquel hombre mayor que él que le estaba agradecido.

Por su parte, Frank parecía empezar a darse cuenta de que algo importante se estaba removiendo dentro de Joel. Algo que iba más allá de simplemente ponerse un traje y arreglarse. Aquella no iba a ser una mera comida familiar, sino un momento trascendental para su amigo. Se dirigía hacia aguas básicamente inexploradas, y los primeros pasos del viaje, los que había empezado a dar con Frank hacía solo unas semanas, se estaban convirtiendo en saltos enormes, saltos de fe y hacia lo desconocido, pero que eran importantes para el anciano de un modo que él apenas comenzaba a comprender.

Frank se bajó de la cama para arreglar el cuello con el que Joel seguía peleándose. Le dirigió una amplia sonrisa a su amigo, le dio unos golpecitos en el hombro y volvió a meterse debajo de las sábanas.

Aquella tarde, los chicos escoltaron al prisionero por los pasillos de Hilltop. Una de las consecuencias de haber contrariado a la alcaidesa era que Joel se encontraba más o menos bajo supervisión constante. Se había considerado que ni él ni Frank eran dignos de confianza. Situación que Joel aceptaba como razonablemente justa, ya que no tenía la intención de renunciar aún a su maravillosa roca. Quedaba tiempo, no mucho, pero quizá sí el suficiente para una última noche en la ciudad si su plan funcionaba tal y como esperaba.

La enfermera Angelica le dirigió una leve sonrisa cuando el trío salía por la puerta. Seguía escamada con él. También era bastante justo, pensó Joel; se lo había ganado. Aunque ligeramente aguada, la sensación de atravesar las puertas de Hilltop en coche para salir a los espacios abiertos de la sociedad le resultó liberadora. Todo se veía diferente: la parada de autobús era significativa como nunca antes, y el muro que rodeaba Hilltop parecía más pequeño desde fuera de lo que él recordaba. Pasaron al lado de las casas que se alineaban a lo largo de la calle que llevaba a Hilltop. Joel había visto algunos de sus jardines traseros al dirigirse por el sendero bajo los árboles camino de su roca.

Se preguntó si la Rino estaría ese día en casa, jugando con su hijo, con el pelo suelto y un aspecto normal, como el de un ser humano.

—¿Vuestra madre sabe que vengo? —preguntó Joel.

—Sí —dijo Lily con voz alegre y animada, que algo ocultaba.

—Y no está contenta —aventuró Joel.

—Claro que sí —intervino Chris desde el asiento trasero.

Joel intentó volverse para clavar la mirada en su nieto, pero no pudo y se tuvo que contentar con un sonoro carraspeo.

Así era como iban a ser las cosas. Él estaba camino de disculparse y ella lo esperaba para aplastarlo de un sartenazo. Supuso que también se lo merecía. Parecía que las lecciones vitales estaban por todas partes.

La casa que su hija compartía con sus dos nietos era lo que algunos hubieran calificado como «modesta». Un adosado de tres habitaciones en una zona de la ciudad que nunca había conocido los desorbitados precios de la vivienda propios del *boom* económico. Era, a juicio de Joel, un barrio maravilloso lleno de gente maravillosa, pero no es que fuera muy codiciado.

Frente a la casa estaba aparcado el Primera plateado de Tony, y en el camino de acceso se encontraba el pequeño tres puertas de Eva. A Joel le costó un poco salir del coche, que consiguió ayudándose del firme brazo de Chris. Después de enderezarse, le pasó un brazo sobre los hombros y descubrió, con satisfacción, que Chris se inclinaba para darle un abrazo espontáneo. ¿Cuándo había abrazado de verdad por última vez a su nieto? ¿Cuando tenía ocho años? ¿Nueve? Joel no pudo recordarlo.

La puerta de la casa se abrió y allí estaba Tony, esperando para recibirlos. No era un hombre especialmente alto —era algo más bajo que Chris—, pero estaba tremendamente en forma para sus cuarenta y muchos, delgado pero musculoso. Había comenzado a perder un poco de su enmarañado cabello de color marrón, pero faltaba bastante para que la edad le arrebatara el atractivo y lo dejara mustio y destartado, que era como se sentía Joel.

—Señor Monroe —dijo Tony, muy formal, a modo de saludo.

Era cosa de Joel. Él lo había impuesto. Por lo que a él respectaba, en su día Tony había sido un intruso, y a Joel se le solía erizar el vello cuando utilizaba su nombre de pila.

—Tony, por favor, llámame Joel —le dijo.

Lily y Chris le dieron un abrazo al hombre que más o menos había reemplazado a su padre. Él se los devolvió con calidez. Era agradable ver que mantenían una relación positiva. ¿Cómo se las había arreglado Joel para mantenerse excluido de ella durante tanto tiempo?

—He traído vino —le dijo Joel a Tony, mostrándole la botella que se habían detenido a comprar por el camino.

—Estupendo —contestó Tony, que se sentía claramente incómodo delante de una versión de Joel que no había conocido hasta ese momento.

—Papá —dijo Eva para anunciar su presencia en lo alto del rellano.

Tenía un aspecto tan severo y autoritario, con la cuchara de madera en las manos y el olor a comida que llegaba desde la cocina. Cada día se parecía un poco más a su madre. En otro momento, aquello podría haber lastimado a Joel, pero entonces le agradó ver tanto de la mujer a la que amaba en la mujer a la que había ayudado a criar.

—He traído vino —dijo, con poca convicción.

—Gracias —contestó ella de mala gana.

—¿Podemos hablar un momento? —preguntó él, que comenzaba a sentirse atenazado por los nervios. Uno puede ensayar esas cosas tanto como quiera, pero cuando te han criado para que no

hables de tus emociones, lo único que te pueden provocar las conversaciones profundas y significativas es incomodidad.

Ella asintió, y su rostro empezó a distenderse. Había notado la incomodidad de su hija, y también —esperó Joel— su sinceridad. Fueron a sentarse al salón, mientras que Tony y los niños se metieron en la cocina.

—Es un tipo atractivo, ¿verdad? —dijo Joel, intentando retrasar las cosas.

—¿Cómo? —preguntó Eva, desprevenida.

—Tony. Es un tipo atractivo. Supongo que tiene sentido que lo sea. Tú misma eres una mujer hermosa, ya lo sabes.

Dijo todo eso con tan poca habilidad, con tanta torpeza... Los cumplidos no eran su especialidad.

—Gracias, papá —dijo ella, sonriendo ligeramente ante su sonrojo.

—Y estos chicos tuyos, son... —vaciló. Intentó pensar en la manera en que hablaba con Frank. Eso solía ser fácil. Habían tratado temas grandes e importantes, y por lo general les había resultado bastante sencillo a los dos—. Son fantásticos, eso es lo que son.

—Ellos también te aprecian mucho, papá —le dijo, cada vez más relajada.

El brillo severo de sus ojos, el que él se había ganado no ya durante las últimas semanas, sino a lo largo de los últimos años, comenzaba a desvanecerse. Joel se preguntó si Eva podía ver en él al hombre que solía ser cuando ella era pequeña.

—Bueno, no puedo decir que me lo haya ganado —confesó bajando la vista al suelo.

Ella no dijo nada. Quizá no quería mentir al corregirle, o quizá se sentía tan incómoda como él. Probablemente se trataba de lo primero, concluyó Joel.

—Te debo una disculpa —le dijo después de un largo y embarazoso silencio.

—Mira, está bien, papá... —comenzó a decir ella.

—No, por favor, déjame continuar... —Inspiró hondo—. Lamento haber sido un mal padre —dijo.

—No, papá... —dijo ella incorporándose en su asiento.

—Por favor, Eva —dijo para detenerla.

Ella se lo quedó mirando. Joel pensó que quizá fuera capaz de verlo, de ver que necesitaba sacarse aquel peso de encima. Eva se recostó de nuevo.

—Veo cómo eres con los chicos, cómo has sido siempre con ellos. Su madre y su padre a la vez. Has hecho un gran trabajo. Y yo no lo hice, ¿sabes? Cuando me convenía sí, sin duda, pero dejé que fuera tu madre quien lidiara con los temas difíciles. Me dije que no era mi trabajo. Mi trabajo consistía en ganar dinero. Me dije que no tenía las herramientas para sobrellevar esas cuestiones, ¿sabes? Dejé que tu madre lo hiciera todo. No debería haber sido así. Fue una maldad hacia ella. Y hacia mí mismo, ¿sabes? Me perdí cosas. Dejé de aprender cosas sobre ti, dejé de aprender quién eras. Me lo perdí por completo. No debería haberlo hecho.

Eva tenía los ojos llenos de lágrimas. En los ojos de Joel también había algunas, para el caso.

—Echo de menos a tu madre. La echo terriblemente de menos. No es una excusa por haberme comportado como un gilipollas. Frank dice que a veces soy un cabronazo mezquino. Tiene razón.

Suele tenerla. Me sentí muy solo, ¿sabes? Muy egoísta. Asustado, en cierto modo. Y no lo llevé bien. Quizá... quizá, si te hubiera conocido mejor, si te hubiera criado más, si hubiera pasado más tiempo contigo, habríamos compartido algo, ¿sabes? Supongo que no fui consciente de ello hasta que fue demasiado tarde, y para entonces pensé que estaba completamente solo. Eso también lo lamento.

Eva se levantó de la butaca y fue a sentarse a su lado en el sillón. Le puso un brazo sobre los hombros. Él se restregó una lágrima que había rodado hasta su mandíbula.

—Para mí es difícil —prosiguió—, para mí es difícil estar tan solo, sentirme tan inútil, sentir que simplemente estoy esperando a morirme.

Inspiró hondo.

—Así es cómo me siento. Siento que estoy esperando a morirme. Y estoy cansado de esperar. Estoy cansado de mirar hacia atrás por si llega la muerte. Una tos que se convierte en una neumonía, un bulto que resulta ser un cáncer, un dolor de cabeza que podría ser un tumor cerebral, el derrame por el que no hacen más que atracarme a pastillas, o podría irme igual que tu madre, en cosa de un minuto, se apaga el interruptor y ya no estoy. Y continuamente siento que no tengo motivos para estar aquí, que no hay motivos para que siga siendo un estorbo.

Ella lo miraba ahora de manera diferente. Profundamente diferente. Como si pudiera ver algo que antes se le había pasado por alto.

—Lo siento mucho, papá —susurró.

—No es culpa tuya. Es mía, pero no pasa nada. Quiero que sepas que voy a ser mejor. Hay un terapeuta de por medio... hablaré. Ahora tengo a Frank, y a Una, y a tus chicos, y también quiero volver a tenerte. Si no es demasiado tarde... Pero has de confiar en mí. Has de confiar en que yo sé lo que más me conviene. En que puedo tomar mis propias decisiones, y en que aún me queda vida por vivir. ¿Puedes hacer eso por mí? ¿Podemos hacerlo juntos?

Llorosa, ella lo abrazó. Y él lloró y dejó que lo abrazara.

Capítulo veintiséis

Joel regresó a Hilltop revitalizado. La impresión de que volvía a sentir algo, de que podía sentir de verdad después de tantos años estancado en su propia vida, resultaba fortalecedora, vigorizante. Pese a todo, Hilltop seguía pareciéndole una cárcel. La forma en que las puertas se abrieron para dejarle entrar fue tan ominosa como siempre, y la sensación de arrepentimiento al despedirse de su hija fue tangible. Ahora la veía de manera diferente, más fresca, en cierto modo rejuvenecida. El recuerdo de la niñita que había conocido parecía relucir sobre ella, y su sonrisa mientras le decía adiós con la mano fue genuina y sentida. Deseó desesperadamente pedirle que se quedaran sentados un rato dentro del coche, para hablar de cualquier cosa, para pasar un rato en su compañía tanteando los límites de su recién descubierta relación.

Cuando volvió a la habitación, Frank se incorporó en la cama sin dejar de sorber el líquido caliente de su taza, con aspecto de sentirse completamente satisfecho consigo mismo.

—¿Qué te tiene tan feliz? —preguntó Joel.

—Yo podría hacerte la misma pregunta, compañero.

—Una agradable comida dominical con la familia. Apenas me he peleado con nadie.

—Que alguien me pellizque...

—¿Y tú?

—Le he dado un toque irlandés a este café —dijo, claramente entusiasmado.

Joel soltó una carcajada.

—Y te has tomado varios, ¿no?

—Probablemente, más de los que debería. ¿Quieres uno?

—Por supuesto.

Joel pidió que le trajeran un café. Se lo sirvieron descafeinado, pero decidió no protestar. Ahora se estaba comportando y, si el personal había decidido que era demasiado mayor para ir tomando cafeína pasadas las siete de la tarde, al menos podía hallar satisfacción en el hecho de que no tenían ni idea de que al poco rato iba a estar borracho.

Los dos se quedaron sentados en sus camas, sorbiendo sus *whiskys* con café instantáneo descafeinado mientras miraban los concursos televisivos. Joel seguía notando una distancia entre ellos. Un malestar que persistiría mientras Frank temiera por la vida de su amigo. De ninguna manera iba a sacar algún tema más trascendente que lo que daban por televisión, por si tocaba una fibra sensible o lo abocaba a un pozo de oscuridad.

Joel decidió que la distancia entre ellos era inaceptable.

—Voy a ver al terapeuta —le dijo a Frank.

Por un instante, mientras Frank asimilaba la noticia, nadie dijo nada.

—¿Por qué? —preguntó al fin.

Aquello tomó a Joel por sorpresa. Había esperado que lo felicitara, una cálida y entusiasta ronda de aplausos por su saludable y muy madura decisión.

—¿Qué quieres decir con «por qué»?

—Hubiera dicho que es una pregunta que se explica por sí sola.

—Bueno, pues no lo es. ¿Qué quieres decir con «por qué»?

—Quiero saber por qué lo vas a hacer. ¿Por qué ahora? ¿Qué ha cambiado?

Joel oyó las preguntas que le hacía Frank. Pero, más importante incluso, oyó las preguntas que no le estaba haciendo.

—¿Quieres saber si sigo deseando suicidarme?

—Solo eres dos tercios de lo bruto que creo que eres —le dijo Frank con una amplia sonrisa.

—Voy a ver al maldito psicólogo —dijo Joel indignado—. ¿No te dice eso ya bastante?

—Quiero oír cómo lo dices.

—Bueno, pues no lo haré.

—Jajajaja. Eres terco como una mula, ¿lo sabes?

—Lo siento.

—No lo sientas. Es tu cualidad más exasperante, a la vez que la más adorable.

—Mira...

—No tienes que hacerlo.

—Quiero hacerlo. Más o menos.

—Prueba, a ver.

—Aún quiero suicidarme —confesó Joel—. Es solo que no quiero querer suicidarme.

—Es un comienzo —dijo Frank, que se bajó de la cama y atravesó la habitación tambaleándose, con paso inseguro. Era evidente que le llevaba mucha ventaja a Joel. Cuando llegó junto a su cama, le plantó un beso en la frente—. No me gustaría nada que te pasara algo malo, compañero. De verdad que no.

—La vejez te ha vuelto sentimental.

—Solo por tí, cabronazo gruñón.

Dijo aquellas palabras con tanto afecto que Joel tuvo miedo de echarse a llorar otra vez. Con una sonrisa, Frank se tambaleó de vuelta a su cama y su café. La melancolía de Joel se disipó. Habían regresado. Su amigo había regresado. Había razones para seguir.

La idea volvió a él mientras los dos permanecían sentados en un silencio satisfecho.

—¿Una de despedida antes de que dé el paso?

—Adelante —le invitó Frank, en cuyo rostro se abría paso una sonrisa taimada.

—Es por ese nuevo rumbo que estoy dando a mi vida, mi nuevo yo y todo eso. Ya he visto al terapeuta. Fingí ser tú y me salí con la mía.

—¿Fingiste que eras yo?

—Bueno, actué igual que tú.

—¿Y cómo actúo yo, exactamente?

—Ya sabes, adulator y arrogante.

—Punto para ti.

—Pero, cuando lo vea el martes, tendré que contarle la verdad.

—Cuanto antes mejor, si quieres saber mi opinión.

—Vale, vale, tranquilo —lo reprendió Joel—. Así que, ¿qué te parece una última juerga antes de que llegue mi nuevo yo y deje de ser gracioso? ¿Y si cogemos esos pases VIP y vamos a divertirnos un poco?

Frank soltó una carcajada que sonó a ladrido.

—Antes que nada, tú nunca has sido gracioso. Eres demasiado cascarrabias, pero ahora estoy pensando que quizá sí que estás loco.

—Venga —le insistió Joel—. Una noche más en la ciudad. Nunca he sido un VIP. No fui un actor famoso. No creo que haya sido un IP siquiera.¹

—¿Mañana por la noche?

—No se lo esperarán.

—Necesitaremos un plan de escape razonablemente bueno.

—¿Entonces te apuntas?

—No me lo perdería por nada del mundo.

Se sentía mal, un poco al menos, por estar maquinando algo de nuevo, pero esta vez iba a dejar una nota, o diez, o llamaría a su hija y le contaría lo que estaba sucediendo, o haría algo para compensar los daños, pero lo deseaba tanto. Quería una nueva oportunidad de ser un hombre que actuaba por su cuenta. Esperó, esperó fervientemente que el psicólogo no fuera a drogarlo, ni a encerrarlo, algo que podía pasar. Quizá nunca volviera a tener esa oportunidad. Al día siguiente podría estar muerto.

Estuvieron ideando un plan, borrachos, hasta que el personal de enfermería entró a apagar las luces.

1. Si VIP es el acrónimo de *Very Important Person* («Persona muy importante»), IP lo sería de *Important Person* («Persona importante»). (N. del T.)

Capítulo veintisiete

El cumpleaños de Jim, *el Poderoso* fue un acontecimiento notablemente más llamativo en Hilltop que el de Frank de Selby. Al mediodía sacaron al antiguo alcalde al exterior, fuera este consciente de la fecha o no, y le pusieron en la cabeza un sombrero de aspecto triste. Los demás residentes se congregaron a su alrededor para compartir las diversas chucherías y bebidas que se sirvieron en los pequeños cuencos y vasos de plástico que se reutilizaban en cada una de esas ocasiones. Joel era consciente de que se acercaba su propio cumpleaños—solo faltaban seis días—, y que tendría que volver a pasar por todo aquello. Esta vez no iba a poner pegatas, ni tendría una pataleta. Esperaba que Eva y Lily y Chris e incluso Tony vinieran a visitarle, y que se sentaran con él y con Una y con Frank, y Joel pensó que se lo pasaría medianamente bien. Siempre y cuando él cumpliera con su parte del trato.

Intentó no pensar en la posibilidad de que estuviera fuertemente sedado, o de que lo hubieran trasladado a un centro psiquiátrico por su propio bien. Intentó convencerse de que las probabilidades de que algo parecido sucediera eran escasas, pero esta duda, irritante, le daba vueltas en la cabeza, permanecía en ella y se negaba a marcharse. Intentó centrarse y recordó que tenía una tarea por delante.

Cuando apareció el pastel, sorprendentemente decorado y de aspecto delicioso, lo depositaron con delicadeza sobre el tablero de ajedrez de Jim, *el Poderoso*, lo que a este le provocó una inmensa confusión, cuando lo sentaron delante del mismo para que soplara las velas. Al darse cuenta de lo que pasaba, la confusión fue reemplazada por la felicidad, por una dicha pura y absoluta que pareció hacerlo brillar. Jim aplaudió con entusiasmo. Joel recordó la pena que le había dado Jim en tantas ocasiones debido a esta ignorancia, pero ahora se la envidió.

Cuando llegó el turno de las canciones, Joel aprovechó la oportunidad para escabullirse de la habitación; le hizo un guiño a Frank al pasar junto a él. Miró hacia todos lados, escrutó los corredores... examinó el lugar en busca de signos que indicasen la presencia de algún centinela. Al no encontrar ninguno, procedió a recorrer los pasillos de Hilltop. El «Te deseamos todos...» resonó contra las paredes a su espalda mientras avanzaba cuidadosamente hacia el puesto de enfermería.

El puesto en sí era un pequeño cubículo en el que apenas cabían tres personas, aunque por lo general lo ocupaba una sola. En su parte delantera había una ventanita con un panel que se deslizaba para abrirse y cerrarse. Y, según había previsto, tenía el tamaño suficiente para que pudiera introducir el tronco por él.

El enfermero Liam estaba en el puesto.

—¿Te puedo ayudar, Joel? —preguntó.

Aunque estaba demasiado paranoico para afirmarlo, Joel pensó que el enfermero Liam tenía toda la pinta de sospechar que estaba tramando algo.

—Creo que Frank no se siente demasiado bien —dijo. No era del todo mentira. Frank tenía una pequeña resaca, algo de náuseas y un dolor palpitante de cabeza.

—¿Ah sí? —preguntó Liam débilmente. Sospechaba algo. Joel supuso que tanto daba lo que Frank y él hicieran durante el resto de sus vidas, que siempre alguien iba a sospechar de ellos.

—Quizá sea algo que ha comido... —sugirió Joel.

—Ya veo —dijo Liam, que no se movió.

Lo que Joel quería estaba a su alcance, al otro lado. Estaba seguro de ello, justo junto al panel deslizante, pero Liam no se movía. Y no podía decirle que se fuera, porque eso no haría más que confirmar sus sospechas de que Joel estaba tramando algo, como así era.

—Bueno... —dijo Joel sin convicción—. Pensé que debía contártelo.

—Mantenme informado —dijo Liam con desinterés.

Oh, vaya si era perspicaz...

Joel regresó a la sala común y se puso al lado de Frank.

—Ponte enfermo —le dijo a su amigo.

—¿Cómo?

—Necesito que te pongas enfermo de verdad. En plan que vomites.

—¿Aquí?

—Aquí, en nuestra habitación, donde sea.

—¿Y por qué me he de estar enfermo?

—Liam sabe que estamos tramando algo. Le he dicho que no te sentías bien. No se lo ha tragado. Enferma y vendrá corriendo.

Frank le dirigió a Joel una mirada larga, apagada y de pocos amigos.

—Solo tenemos una oportunidad, colega. Tiene que ser mientras estén aquí.

La canción se estaba apagando, el personal había comenzado a recoger. Dentro de poco, volverían a sus diversas tareas. Frank hizo una mueca. Era demasiado tarde para que se les ocurriera un nuevo plan.

—Porque es un muchacho excelente... —empezó a cantar.

El personal y los residentes se le sumaron. Cuando hubo retrasado el fin de la celebración, inesperadamente, Frank se introdujo un dedo en la garganta y vomitó las chucherías que había estado picando. Parte del vómito aterrizó en los zapatos de Joel, quien estuvo casi seguro de que lo había hecho adrede.

Sin pensárselo, Joel salió rápidamente de la sala común y regresó al puesto de enfermería. Liam seguía allí, rellenando formularios y hojeando tablillas sujetapapeles.

—Ha vomitado —le dijo Joel.

La expresión desabrida que había lucido Liam se esfumó de la manera más satisfactoria, y salió disparado.

Por un instante dio la sensación de que iba a dejar la puerta del puesto abierta, pero tuvo los

recursos para dirigirle a Joel una última mirada desconfiada antes de tirar de la puerta para cerrarla a su espalda. En cuanto giró la esquina hacia el pasillo, Joel también se puso en movimiento.

Deslizó el panel de cristal de la pared divisoria y metió la cabeza en el pequeño cubículo.

La tablilla con los códigos mensuales de la puerta estaba colgada de un gancho en la pared interior. Metió la mano y sus dedos la rozaron. Alargó el brazo, sus dedos llegaron a cogerla pero no con el margen suficiente para poder descolgarla.

Volvió a escrutar el pasillo, a derecha e izquierda, antes de intentarlo de nuevo. En esta ocasión introdujo la cabeza y los brazos por el pequeño hueco, que, tal y como había supuesto, tenía el ancho suficiente para pasar por él, aunque apretujándose. Apoyándose en el escritorio del interior del despachito, se arrastró y encorvó el cuerpo, de manera que sus piernas quedaron colgando al otro lado del ventanuco, con el hombro izquierdo recostado en el tablero. Alargó el otro brazo, descolgó la tablilla y se apresuró a examinar la página. Su vista no era la de antaño, así que tuvo que ajustar la posición de la tablilla varias veces hasta que logró leerla. Y ahí estaba: «código de la planta baja: 3266D». Torpemente, con un esfuerzo tremendo, logró volver a colgar la tablilla en la pared y se deslizó torpemente hacia fuera.

Una Clarke estaba en el vestíbulo, observándolo con una ceja enarcada.

—Una —la saludó Joel fingiendo una inocencia despreocupada, como si unos segundos antes no hubiera estado con el culo por los aires y las piernas colgando.

—¿No te has metido ya en suficientes problemas? —le preguntó ella, cansada.

—Creo que no sé a qué te referes, querida —contestó él, y a continuación, intentando reproducir algo del encanto de De Selby, añadió—: Pero vaya, si esta tarde tienes un aspecto encantador...

Ella sonrió a regañadientes, pero negó con la cabeza mientras lo hacía.

—Honestamente —le dijo—, no sé cuál de vosotros dos es peor.

Él le ofreció la más amplia de sus sonrisas y un brazo, del que ella se colgó, y los dos emprendieron la marcha camino de las habitaciones. Al pasar por la sala común, vieron que estaban ayudando a Frank, tanto si él lo deseaba como si no, a volver a la habitación. Su amigo le puso mala cara a Joel.

—Espero que te encuentres mejor —le dijo este con calma, e intentó que no se le notara la diversión en la cara.

—Yo espero que te metas tu deseo por el culo —contestó Frank mientras se secaba la boca con un pañuelo.

Se tomaron el resto del día con tranquilidad. Se relajaron en su habitación, comieron en la sala común, contaron los minutos que faltaban hasta su última noche de diversión.

Joel esperaba que Eva no se enfadara con él, o al menos que no se enfadara demasiado. Necesitaba aquello. Una última vez antes de que lo obligaran a enfrentarse a sí mismo de un modo que no había hecho nunca. Una última ocasión para ser un VIP antes de que lo obligaran a comenzar la terapia, de que descubrieran que quería suicidarse, que ya había tenido bastante de la vida. Y, cuando lo descubrieran, estaba seguro de ello, lo drogarían o lo internarían o algo, y

entonces, ¿quién sabía lo que sería de su vida? Lo último que sabía de Joel Monroe estaba en aquella noche, porque a partir del día siguiente iba a ser algo diferente, otra persona, y esta idea lo aterrizzaba.

Se prometió que le iba a escribir una nota a Eva. A todos ellos. Incluso se disculparía ante la enfermera Ryan.

A medida que se acercaba el momento se fue sintiendo menos preocupado por lo que pudiera pensar la gente, o por quién se enfadaría con él y por qué. Había adorado su primera experiencia de libertad, cuando Frank y él se escaparon una tarde de domingo algunas semanas atrás, y se había quedado enganchado a esa sensación. Cuando miraba hacia el patio y su roca, pensaba en la maravillosa emoción que había experimentado al tocar con sus pies el suelo al otro lado del muro.

En voz baja y con entusiasmo contenido, los dos hombres comenzaron a planear su noche en la ciudad. Sin que Joel se lo pidiera y sin pedirle permiso, Frank se puso a escoger la ropa de Joel para aquella velada.

—¿Qué problema hay con lo que yo elijo? —preguntó Joel gruñón.

—Somos VIP, memo descomunal —dijo Frank—. No es lo mismo que ser OAP.¹

—Pero es que somos OAP.

—Ese es precisamente tu problema, viejo —le respondió Frank animadamente.

—Tú eres más viejo que yo —contestó Joel incrédulo.

—No lo vayas pregonando por ahí. No quiero que nadie piense que tengo más de mil años.

—Ay. Yo también tengo sentimientos, ¿sabes? —le dijo Joel.

Durante un instante pareció que Frank iba a lanzarle otra pulla, pero lugar de eso se volvió hacia él con una sonrisa.

—Sé que los tienes, amigo mío. Lo sé.

Joel no había pretendido que se tomara su comentario en serio, pero así había sido. Y la ternura del momento se le hizo incómoda, pese a la colección de momentos parecidos que diría había estado reuniendo últimamente.

Después de que se apagaran las luces, cuando el personal de enfermería hizo la última ronda del día y fue cerrando las puertas de las habitaciones a sus espaldas, Joel y Frank se escabulleron de sus camas. La nota que Joel dejó para los enfermeros estaba dirigida primer en primer lugar a Eva.

«Eva:

No te preocupes por mí esta noche. Mañana comenzaré la terapia y todo eso, y solo quería una velada más de libertad. Una nueva oportunidad para echar un trago con mi amigo. Nunca había sido un VIP. Volveré a casa más tarde.

Enfermera Angelica:

La parte de arriba solo es pertinente si llama a Eva. Si yo fuera usted, no la molestaría. No tardaremos en volver. Es solo que nos apetecía escaparnos para tomar un par de pintas.

Lo lamento si esto le ocasiona algún problema.

Sinceramente,
Joel Monroe.»

Sonrió al releerla. Se pondrían fuera de sí preguntándose cómo se las habían arreglado los dos ancianos para desaparecer de la residencia como Houdinis por tercera vez, al menos que ellos supieran. Los dos hombres se vistieron tan rápidamente como les fue posible y, cuando acabaron, se evaluaron el uno al otro bajo la tenue luz de la lamparita de lectura de Frank.

Frank se había puesto su único traje, de color marrón, con el chaleco complementario y una pechera postiza. Joel llevaba un traje de raya diplomática de color azul marino, uno de los pocos que tenía y que nunca se ponía.

—No está mal —gruñó Frank mientras miraba a Joel de arriba abajo.

—Es demasiado elegante, joder —dijo Joel frunciendo los labios.

—Ah —dijo Frank de repente—. Falta una cosa.

Se puso a rebuscar en el perchero al lado de su cama y sacó un pañuelo de seda de color azul cielo brillante con una orla blanca. Era una pieza magnífica y ostentosa, y Joel pensó que, de no haber conocido a Frank, no se hubiera puesto algo así en la vida. En cambio, le permitió a su amigo que se lo pasara alrededor del cuello y lo anudara.

—Y ahora está un poco mejor. Pero solo un poco.

Joel dejó que se anotara ese punto.

Entre la penumbra y que le fallaba la visión, Joel tuvo que buscar el panel de seguridad a tientas. Los dos hicieron una mueca de dolor ante el sonido que hizo el cerrojo al abrirse, y mantuvieron la puerta abierta unos pocos centímetros a la espera de oír el sonido de unos pasos. No les llegó ninguno. No habría manera de que pudieran explicar lo que estaban haciendo si los pillaban vestidos completamente de gala.

Fuera de la habitación, el pasillo estaba en silencio. Resultaba casi inquietante en la quietud de la noche. Joel se dio cuenta de que nunca había estado en el pasillo después de la hora de acostarse, salvo cuando llegaron borrachos la semana anterior. Aunque el aspecto de los corredores era fantasmal, transmitían a la vez una extraña sensación de familiaridad. De algún modo, era la misma sensación que experimentaba al ver el paisaje desolado de aquellos sueños que seguía teniendo. Una sensación alarmante y perturbadora.

—¿Estás bien? —susurró Frank.

—Cállate, idiota —contestó Joel con otro susurro.

En algún lugar del corredor, pasada la sala común, en la zona de recepción, una luz azulada iluminaba las paredes con un ligero murmullo. El enfermero de noche estaba mirando la televisión. Los dos aspirantes a fugados avanzaron en silencio por el pasillo, entraron en la sala común y abrieron lenta y cuidadosa y silenciosamente una ventana por la que entró el fresco aire nocturno. La sala común sobresalía respecto a la parte delantera del edificio, de modo que quedaba cerca de la ventana de su habitación, pero cuando se iba por el pasillo, por la distancia que debía recorrerse al ir de una a otra, no lo parecía. Joel salió primero, ayudó a Frank y en pocos minutos los dos ya eran libres.

Al final del camino de acceso se abrieron paso entre los matorrales y árboles que determinaban el amplio perímetro de Hilltop, y se dirigieron en silencio hacia su roca. Puesto que aquella noche habían salido más tarde que en sus anteriores escapadas, la oscuridad proporcionaba una bienvenida sombra para sus movimientos. Cuando, después de superar la roca, los dos se encontraron una vez más en lo alto del muro que daba a la casa de la enfermera Ryan, volvieron a mirar hacia la galería, a sus pies. Las luces estaban encendidas, pero allí no había nadie.

—Mueve tu viejo culo —le susurró Frank.

Pusieron la maniobra de escapatoria en práctica,; ambos se sintieron un poco más cómodos ahora que tenían algo de experiencia. Frank tomó tierra primero y ofreció su espalda como plataforma para recibir a Joel. Joel sintió que lo atravesaba el vértigo habitual cuando se dejó caer. Se preguntó qué cara pondría exactamente la Rino si saliera al jardín en ese momento y pillara a Joel Monroe utilizando a Frank Adams como escalera para que los dos, vestidos con toda la elegancia posible, pudieran ir a disfrutar de una noche en el centro de la ciudad.

—Deja de reírte —le dijo Frank mientras Joel descendía—. Vas a hacer que yo me ría.

Antes de que ninguno de los dos se diera cuenta, ya estaban en la parada del autobús, cepillándose mutuamente y arreglándose los pañuelos antes de salir.

—Caballeros —los saludó el conductor del autobús con una sonrisa mientras frenaba a su lado—. ¿Van al centro esta noche?

—Vaya que sí —le dijo Frank mientras se subían al vehículo y volvían a dejar Hilltop a sus espaldas.

1. Acrónimo de *Old Age Pensioners*, «jubilados». (N. del T.)

Capítulo veintiocho

Dieron una corta vuelta de quince minutos antes de escoger una puerta. Ese parecía ser el método de Frank para elegir un pub. Deambular un rato de aquí para allá y, cuando se cansaba, detenerse en el primer lugar que le pareciera conveniente.

—¿Qué crees que pasará cuando vuelva a ver al loquero? —preguntó Joel ya sentado a la mesa, dando sorbos a su pinta.

—No lo sé, compañero. Supongo que dependerá de lo que decidan sobre ti.

—¿Y qué crees que decidirán?

—Pues lo normal —le dijo Frank sin pensar—. Que eres un viejo cascarrabias, irritable, loco y paranoico.

—Venga, ¿qué piensas de verdad?

—Pienso que lo que de verdad necesitas es dejar de actuar como si esto fuera el fin del mundo y estuvieras en tu lecho de muerte.

—Pero ¿y si es el final de mi mundo? ¿Y si me encierran?

—No te van a encerrar, viejo cabronazo. Eso no es lo que hacen los psicólogos, Joel.

—Entonces, ¿quién se encarga de encerrar a los tipos que están locos?

—Vale. A veces lo hacen, pero, por lo general, no.

—¿Entonces hay una oportunidad?

—Por el amor de Dios —suspiró Frank.

—¿Tú has ido al psiquiatra? —preguntó Joel de repente.

Nunca se le había ocurrido que su amigo hubiera podido necesitar uno, después de todo lo que le había sucedido.

—No, nunca —contestó Frank—. Ojo, no tengo nada en contra de ellos. Conocí a algunos psicólogos en mi época. No es lo mismo que un terapeuta o un psiquiatra, claro, pero son campos parecidos.

—No son lo mismo, ¿no?

—No, memo...

—... descomunal —Joel acabó la frase por él.

—Sí. Eso.

—Entonces, ¿qué es un terapeuta?

—Cualquier persona que realiza una terapia.

—Pregunta estúpida, respuesta estúpida —concluyó Joel.

Frank se rio de él.

—¿Alguna vez has pensado en ir a uno? —preguntó Joel al fin.

—No lo necesito —dijo Frank con despreocupación.

—Yo tampoco pensaba que necesitase uno, pero estáis todos obcecados, joder.

—Bueno, para ser justos, te quieres suicidar.

—Está bien. Pero tampoco te iría mal desprenderte de algunas cosas.

Frank se quedó mirando fijamente su pinta. Evitaba el contacto visual. Apenas se movió.

A Joel, aquello le parecía mal. Estaba fundamental e innegablemente mal que Frank Adams/de Selby tuviera un problema tan grande con la persona que él, Joel, era. El problema estaba en la gente como él, concluyó. En los Joel Monroe del mundo, con su falta de miras y su cabezonería chapada a la antigua y su rechazo a mezclarse, a aceptar el mundo que los rodeaba. Esos Joel Monroe eran la gente que había pegado a Frank Adams cuando aún era un muchacho. Esos Joel Monroe lo habían abofeteado en el hospital cuando se enamoró. Esos Joel Monroe eran la razón por la que Frank Adams llevaba la máscara de De Selby allá donde iba y por la que no podía pronunciar la palabra «gay».

—Aunque yo no querría que cambiaras —dijo Joel.

Frank levantó la vista y le dirigió una mirada inquisitiva.

—No te cambiaría por nada en el mundo. Esas cosas de mierda que te pasaron... esas auténticas putadas... Supongo que los tipos como yo no te lo hemos puesto más fácil.

—Me preguntaste si me sentía atraído por ti —le recordó Frank.

—Sí. Bueno. Memo colosal y todo eso —aceptó Joel con una sonrisa—. Pero ahora en serio. Lo has conseguido. Has llegado a tu edad habiendo tenido que encontrarte con gente como yo durante toda la vida. Ahora, es diferente para los chavales. Ahora, a la mayoría de la gente no le importa una mierda, y aquellos a los que sí les importa tienen pinta de estar locos de remate. Pero en nuestra época era diferente, ya lo sabes. No es una excusa, sigue sin estar bien y tal, pero nos habían lavado el cerebro, ¿sabes? Nos lo machacaron mientras nos daban la paliza en la escuela. Y tú lo superaste. Lo hiciste. Y ahora...

Hizo otra pausa. Eran demasiadas veces en muy pocos días. Se estaba acostumbrando a hablar. A compartir sus ideas. Le resultaba ajeno, pero de algún modo era refrescante. Decidió que simplemente iba a zambullirse en ello.

—Y ahora eres la mejor persona con la que me he encontrado. Y lo has logrado tú, por tu cuenta. Te has convertido en la mejor persona del mundo pese a que tu propia familia te dijo que debías odiarte a ti mismo. Me siento orgulloso de ti. ¿Suena raro que lo diga? Estoy orgulloso de ti y estoy orgulloso de conocerte.

—No es raro que lo digas —susurró Frank, que se restregó los ojos con el dorso de la mano—. Venga —dijo entonces—. Vamos a ser VIP.

Atravesaron las calles del centro dejando atrás pubs y restaurantes y bares y cafeterías rebosantes de vida. El corazón del centro de la ciudad latía con fuerza. Había algunas personas mayores

mezcladas entre la multitud, pero eran pocas y había que esforzarse para encontrarlas. Joel las buscó con la mirada. Quería establecer contacto visual con ellas, decirles que las veía. Que se alegraba de verlas.

La mayoría eran personas jóvenes. Hasta hacía muy poco les había tenido un poco de miedo. Ahora, todas eran Lily o Chris para él. Una variante u otra de sus nietos. Y, mientras observaba cómo se movían en rebaño de un bar a otro, experimentó la necesidad urgente de cuidar de ellos, algo que no había sentido en mucho tiempo. Deseó cogerlos de la mano y mostrarles lo que era bueno para ellos y lo que no, lo que necesitaban para que les fueran mejor las cosas. Esperó que no fuera demasiado tarde para impartirles algo de esa sabiduría a sus nietos.

Estuvieron callejeando sin rumbo. Joel ya estaba casi convencido de que Frank se había perdido de nuevo cuando, al doblar una esquina que le resultaba familiar, vieron la amplia puerta doble que conducía al patio del club.

Cuando estuvieron ante la puerta, constataron que solo había uno de los porteros de la otra vez. Era el más bajito de los dos, el que Joel suponía que era el jefe. Joel se arregló su elegante pañuelo e intentó no parecer que le acomplejaba demasiado. El portero les dio la bienvenida con una sonrisa y se hizo a un lado para franquearles la entrada.

—Buenas noches, caballeros —les dijo cuando pasaban por su lado.

Eso estaba mejor, pensó Joel. Un poco de respeto. Nada que ver con la demostración de la semana anterior, cuando tuvieron poco menos que suplicar para que los aceptaran. Al pasar le dedicó al portero un cortés asentimiento, en vez de la embestida que quizá le hubiera propinado algunas semanas atrás. Frank prácticamente se deslizaba a su espalda, o por lo menos todo lo que una persona de su edad podría deslizarse. Pese a que haber hecho de escalera hacía un rato le había robado parte de la gracia con la que se movía, lo cierto fue que se propulsó hacia el interior del club con bastante garbo.

Ya dentro, había una mujer que, sentada a un pequeño escritorio, cobraba a los clientes y demás. Cuando vio a los dos ancianos se acercaban a ella, la mujer se puso en pie para recibirlos con una sonrisa.

—Caballeros —dijo con calidez.

A medida que se adentraban en el club, el ruido crecía. La música, el golpeteo del bajo, hicieron que un temblor recorriera la pierna de Joel. Fue casi como una descarga eléctrica y, en cambio, le pareció vigorizante, algo en ella le insuflaba vida y energía. Que la mujer se pusiera en pie para darles la bienvenida, su asentimiento cómplice cuando le dieron las tarjetas VIP, parecía sacado de una película. Joel se sintió como si se estuviera dentro de un film en el cual él y Frank eran los protagonistas, unos hombres poderosos cuya influencia, cultura y personalidad, hacía que la gente se alegrara de verlos y de conocerlos allí donde fueran.

La joven los guio hacia el sector VIP siguiendo la cara interna de una cuerda de terciopelo que separaba a los clientes normales de los exclusivos. Pasaron junto a quienes habían llegado primero, jóvenes que ya habían ingerido un montón de alcohol, y Joel intentó que su estatus no le hiciera mirarlos con demasiada petulancia. Algunos de los jóvenes les miraron y la sensación de Joel de estar dentro de una película se redobló. Los imaginó preguntándose: «¿Quiénes son esos

dos tipos tan importantes?».

A la entrada del sector VIP había otro portero, que comprobó sus tarjetas y, a continuación, los examinó a ellos. Fue un examen largo. Un examen insultantemente largo. Ellos permanecieron de pie, observando al portero, mientras este volvía a comprobar que no hubiera ningún error.

Joel sintió que se sonrojaba por la vergüenza. Finalmente, el portero se hizo a un lado, los dos le dieron las gracias a la joven y pasaron junto al gigante que hasta entonces les había estado bloqueando el paso.

El sector VIP, algo apartado de la zona principal del club, era más tranquilo, aunque seguía habiendo el ruido suficiente para que Joel tuviera que levantar la voz a fin de hacerse oír. La decoración, compuesta por sofás y sillones de felpa en torno a muebles de roble macizo, parecía nueva y cara. Unas palmeras en tiestos le añadían un tono exótico pero, al margen del bar en el otro extremo del local, donde dos miembros del personal sacaban brillo a la cristalería con gesto ocioso, podrían haber estado en la sala de espera de la consulta de un médico caro.

—Menudo gilipollas —dijo Joel furioso mientras se dirigían hacia el bar.

—No te alteres por eso —le recomendó Frank—. Solo estaba haciendo su trabajo.

—¿Pero tú lo has visto? Aunque lleváramos pases VIP seguía teniendo pinta de querer echarnos.

—¿Y qué? Estamos aquí —Frank se encogió de hombros.

—Pero es que nos iba a detener. ¿Por qué? Porque somos viejos.

—Habla por ti. Yo no soy viejo.

—En serio, ¿por qué nos iba a detener, si no? ¿Porque pensó que somos homosexuales?

—¿Es que has perdido la poca cabeza que te quedaba? —preguntó Frank.

—Solo quiero saber cuál era el problema.

Frank volvió a suspirar, y se detuvo junto a la barra. Se volvió hacia Joel y, mirándole a los ojos, lo cogió por los brazos.

—Joel, colega, tienes que dejar de convertir todo lo que te pasa en una especie de cruzada personal.

—Yo no hago eso —farfulló Joel, pero consideró que su amigo no se equivocaba.

—Pero es que sí lo haces. Básicamente con todo. Constantemente. A veces te tratan de manera injusta (para ser honesto contigo, probablemente sea así en la mayoría de los casos), pero a veces simplemente resulta que te encuentras con un portero gilipollas al que le ha dado la gana comportarse como un capullo. Y, cuando eso sucede, no tiene nada que ver contigo, tiene que ver con otras cosas, y la única manera de ser feliz es superarlo de una puta vez y continuar con tu vida.

En un instante, Joel reevaluó sus muchas quejas y enojos del mes anterior, más o menos desde la llegada de Frank a Hilltop. Se preguntó, acerca de todos esos insultos, si no serían malentendidos, si no los habría sacado completamente de contexto. Pobre enfermero Liam, pensó, pues al tipo lo había tratado a menudo a patadas.

—¿Todo bien, caballeros? —preguntó uno de los camareros.

—Todo bien, mi buen señor —contestó Frank, pasando con facilidad al modo De Selby—. Mi iracundo amigo estaba despotricando un poco contra vuestro portero.

—¿Quién, Gonzo? —preguntó el barman haciendo un gesto hacia el segurata que los había ofendido—. No le hagáis caso. Es un capullo.

Joel y Frank se rieron ruidosamente. Gonzo, *el Segurata* era un capullo. Joel se preguntó si quizá la gente había dicho lo mismo de él. Esperó que no, pero era tan probable que fuera que sí como que no. Concluyó, mientras continuaba examinando sus diferentes encontronazos y discusiones del pasado reciente, que había sido un residente particularmente difícil.

—¿Crees que en Hilltop habrá quien piense que soy un capullo? —le preguntó a Frank.

—Probablemente —le dijo su amigo sin pensarlo.

—Va, en serio...

—No lo sé, Joel. Has sido un tipo difícil. La pobre Angelica está acojonada contigo. Y supongo que a Karl tampoco le importaría disponer de la ocasión para darte de puñetazos en la cabeza.

—¿Y Liam?

—Por algún motivo, a Liam parece caerle bien, no me imagino los motivos.

—Yo tampoco —admitió Joel.

—Un raro episodio de honestidad por parte del residente-caso perdido de Hilltop.

—Pero no siempre me equivoco —insistió Joel.

—No, no te equivocas, colega —lo tranquilizó Frank mientras cogía la carta de cócteles—. Lo único malo es la forma con que lo afrontas.

Joel deseó contestar algo ingenioso que pusiera a Frank en su sitio, pero este ya estaba examinando la carta con incredulidad.

—¿Qué pasa? —preguntó Joel.

—¿Estos precios son correctos? —le preguntó Frank al barman.

—Me temo que sí —contestó el barman como disculpándose.

—¿Y los nombres?

El barman bajó la mirada, ligeramente avergonzado.

—¿Qué les pasa a los nombres? —preguntó Joel.

—¿Sex on my Face¹?

—¿Perdona?

—Uno de estos cócteles se llama «Sex on my Face».

Joel no pudo evitarlo y estalló en una risotada. Fue tanto por la inesperada mojigatería de Frank como por cualquier otra cosa. De haberse imaginado que existía la posibilidad de que alguno de ellos dos se quejara por un juego de palabras grosero en una carta de bebidas, Joel habría apostado porque sería él y no Frank.

—Continúa —le dijo a su amigo.

—¿Cock Sucking Cowboy²? —preguntó Frank mirando al barman, como si le hiciera personalmente responsable de los nombres y de los precios.

Joel volvió a soltar una risotada.

—Dios misericordioso —suspiró Frank al darse cuenta del precio de la bebida—, por esa

cantidad de dinero el *cowboy* lo haría gustoso...

Joel pensó que se iba a ahogar de la risa. El barman se unió a él con expresión un tanto culpable, y Frank tampoco pudo reprimirse.

Pidieron un par de Royal Fucks³ y se los bebieron mientras el sector VIP se fue llenando.

Había gente de todas las formas y tamaños. Jóvenes, mayores, hombres, mujeres, y algunos a los que Joel no acertó a identificar. El mundo, concluyó, avanzaba sin necesitar a los de su generación. Supuso que siempre había sido así, pero costaba más aceptarlo cuando uno estaba en el lado malo de esa ecuación.

Había sido testigo de la manera en que la generación de su padre se fue arrinconada con el ascenso constante de la televisión, de un planeta que aparentemente empequeñecía a cada año que pasaba. Ahora le había llegado el turno a él, o más bien a ellos. Les había tocado hacerse a un lado ante el ascenso de una generación que, como ninguna otra antes, había abrazado la tecnología y había creado mundos virtuales de los que la gente como él estaba excluida. De acuerdo, había unos pocos elegidos que se las habían arreglado para aprender sus maneras, pero en general se habían quedado fuera. Aquella generación se había forjado algo especial, cosa que la suya no había conseguido hacer. Más tolerancia, más aceptación, más diversidad. Más poder para ellos, pensó.

Si los jóvenes tenían suerte, llegarían a un punto en el que no se ensañarían con sus hijos por atreverse a ser las personas que eran desde su nacimiento. Quizá llegarían a un punto en el que los padres no perseguirían a sus hijos por toda la casa simplemente porque les apetecía pegarles.

Notó que se estaba poniendo de mal humor. Al parecer, ese era el efecto que dos pintas y un Royal Fuck tenían en él.

Pidieron unos Slippery Nipples⁴ intentando no reírse a carcajadas, y el barman recibió su entusiasmo infantil ante el grosero nombre del cóctel con una sonrisa y una enorme paciencia. Joel se preguntó qué pensaría Lucey de todo aquello. De que él estuviera en un bar pasada la medianoche, con un hombre homosexual, tomándose unos Slippery Nipples y riéndose y contando chistes obscenos. Pensó que le encantaría. De algún modo sentía que Lucey se reiría a carcajadas durante un buen rato, que le pasaría los dedos por el pelo y le diría algo así como: «Joel Monroe, nunca dejas de asombrarme».

Les sirvieron los Slippery Nipples en unos sofisticados vasos de chupito, reservados —según supuso Joel— para el sector VIP. Él depositó el suyo en la barra, pero Frank paseó la mirada por el local, frotó el vasito rápidamente con una servilleta y se lo metió en el bolsillo interior de la chaqueta.

—¡Eh! —le ladró Joel.

—No seas Gonzo —le contestó Frank animadamente mientras se volvía en su asiento para volver a contemplar el bar.

Su buen humor comenzó a atraer a un grupo de personas, mientras que otros VIP se acercaron a averiguar quiénes eran aquellos dos ancianos tan bien vestidos. Joel les contó que era un mecánico jubilado, pero no le creyeron. Aunque no les había mentado, de todos modos ellos no le creyeron. Como a Frank sí le creyeron todo lo que contó sobre su vida, siguió con su narración.

Les habló detalladamente de los pequeños papeles que había representado en películas menores, y de los premios que había recogido, y de los grandes actores con los que había compartido escenario, y la gente le escuchó encantada. La mayoría de ellos ignoraron a Joel, que, ya con varias bebidas en el cuerpo, seguía insistiendo ante quien quisiera escucharle que era un mecánico jubilado. Era importante para él que le creyeran. Pero no lo consiguió.

Sobre las dos y media de la mañana, se despidieron y salieron a la cálida noche veraniega.

—¿Nos vamos a casa para que nos canten las cuarenta? —preguntó Frank, arrastrando ligeramente las palabras.

—Yo lo retrasaría un poco, si no te importa —sugirió Joel.

Esperaba que todo el mundo no estuviera furioso con él. Había deseado tener otra oportunidad de ser él mismo, de ser un VIP y de que la gente lo mirara como si fuera alguien. Había querido sentir que era alguien y no un espacio desperdiciado, alguien que llenaba una habitación en la residencia en la que vivía, redundante, superfluo, innecesario.

—¿Un kebab? —preguntó Frank.

Joel se estremeció al recordar que, una semana atrás, se había pasado un día entero con el regusto del kebab en la boca.

—¿Y el parquecito al lado del río? —sugirió.

Se dirigieron hacia allí en taxi, sentados en un silencio amigable durante todo el camino. Joel sintió que la melancolía tiraba de él, pero solo un poco. Había sido una hermosa manera de pasar la noche. Una hermosa manera de completar su búsqueda de libertad.

Fueron a sentarse de nuevo en el mismo banquito delante del río. El sonido del agua que corría resultaba hipnótico, en cierto modo musical, y, en la oscuridad, los remolinos que hacían ondear el agua bajo la luz de las farolas parecían tentadores, atractivos. Joel contempló el agua del río pasar y se limitó a disfrutarlo.

—¿Te acuerdas de cuando me dijiste que eras gay? —preguntó de repente.

—Recuerdo que te dije que me gustaba Liam —contestó Frank.

—Me dejaste conmocionado.

—Te mostraste como un tontolaba de campeonato en este asunto —coincidió Frank.

—Me pillaste desprevenido. Pero ahora lo llevo mejor, ¿verdad que sí?

—¿Quieres que te dé una galletita por no ser un tontolaba?

—No, no es eso. Es que... —vaciló. El alcohol hacía que le costara darles una forma coherente a sus ideas—. Pensé que ya era demasiado tarde para mejorar, ¿sabes? Que estuviera fuera de mis posibilidades.

—Tonterías.

—Ya lo sé, ya lo sé. Y odio cuando la gente sugiere esas cosas, ¿sabes? En plan que porque soy mayor soy incapaz de ser responsables de mis ideas, ¿sabes? Pero es que fue así. Pensé que quizá fuera demasiado viejo.

—Entonces, ¿quieres que te dé una galletita por haber madurado un poco?

—Si tuvieras una galleta no te diría que no.

Los dos dejaron escapar una risita. No mentía. Joel se sentía un tanto orgulloso de sí mismo por haber logrado cambiar de parecer. Él mismo había pensado que Joel Monroe era demasiado viejo y cascarrabias para alterar sus perspectivas vitales.

—No llevo galletas, amigo mío, pero puedes quedarte con esto —le dijo Frank mientras se metía la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, de donde sacó el sofisticado vaso de chupito en el que les habían servido uno de los Slippery Nipples.

—Un vaso sucio de chupito —señaló Joel—. No deberías...

—Que sepas que el sarcasmo ni por asomo se te da tan bien como crees. Cógelo. Para tu colección.

—¿Colección? —preguntó Joel, confundido.

—Las chucherías que tienes en la mesita de noche.

Joel cogió el vasito con una sonrisa. Estaba esmerilado y pesaba. Decidió que sería un buen añadido a su colección.

—¿Te acuerdas —prosiguió— de cuando te dije que iba a suicidarme?

Eso no les hizo soltar ninguna risita.

—Lo recuerdo —dijo Frank con gravedad.

—He tenido un poco de tiempo para pensar en ello.

—¿Conclusiones?

—Creo que no me molestaré en hacerlo.

La luz de la farola le permitió ver que Frank sonreía, feliz.

—Bueno, eso está bien.

—Es por ti, ¿sabes?

—¿Por mí?

—Sí. Creo que de algún modo había olvidado que la gente está bien. Nunca había tenido un gran amigo aparte de mi esposa. Ahora lo tengo. Es agradable.

—¿Y de niño?

—No. Mi padre no me dejaba salir de casa. Era un hombre estricto. Religioso. Muy religioso. No tuve muchos amigos.

—Vaya mierda.

—No es ideal, no —coincidió Joel—. Pero sigue siendo mejor que la mierda que tuviste que superar tú.

—Correcto —dijo Frank—. Entonces no te vas a suicidar. Eso está bien.

—La verdad es que sí.

—Se me ocurren pocas cosas mejores que no suicidarse, para serte sincero.

—Algunas hay.

—¿Cuándo lo has decidido?

—Supongo que hace tiempo que estoy cambiando de idea. Creo que comenzó la primera vez que Lily me miró como si yo no estuviera malgastando un oxígeno que podría destinarse a mejores causas. Creo que fue en ese momento que decidí que no era una mala sensación, y que quizá

valiera la pena quedarme aquí para ver de repetirla.

—¿Entonces fue cosa de Lily?

—Lily ayudó. Pero fue cosa tuya, principalmente. Gracias.

Frank sonrió y le dio unos golpecitos a su amigo en el hombro.

—Aunque también se me había ocurrido un suicidio de primera.

—¿Ah, sí? —Frank enderezó la espalda—. Adelante.

—¿Has traído tu libreta?

—La he dejado en casa. Pensé que traerla conmigo incentivaría el mal comportamiento.

—¿Has dejado de escribir la obra de teatro?

—De momento, pero ya la retomaré.

—¿Por qué la has dejado?

—Al principio pensé que sería divertido escribirla, entonces pensé que me iba a servir para convencerte de que no lo hicieras, pero acabó poniéndome triste. No creo que hubiera podido escribir un drama acerca de un hombre que supiera que quiere suicidarse de veras.

—¿Y ahora que sabes que no quiero hacerlo?

—Oh, sí, sin duda. Me dedicaré de lleno a ella.

—De acuerdo. El caso es que tenía que ser algo religioso.

—¿Por qué?

—Creo que siempre fue así, ¿sabes? Mi padre era un hombre religioso. Un cabronazo cruel.

—Pero tú no eres religioso, ni cruel. No eres él. Eres un hombre fundamentalmente bueno.

—No. Pero creo que eso formaba parte de la cuestión. Que yo no tenía que ser él. La declaración de principios, ya sabes —dijo Joel.

Frank asintió con gesto reconfortante, le dirigió una breve mirada llena de ánimo y de confianza.

—Bueno, para comenzar teníamos que colarnos en el castillo.

El castillo, donde habían pasado su primer día fuera de Hilltop. Por entonces, Joel ignoraba lo que era un trabuquete. La verdad era que había recorrido un largo camino.

Joel se había imaginado que él y Frank podrían colarse allí. El centro de visitantes, en el extremo más alejado del castillo, podría facilitarles el acceso fuera del horario de oficina si se espabilaban. Joel estaba dispuesto a admitir que quizá habrían tenido que documentarse para mejorar sus habilidades a la hora de realizar un allanamiento de propiedad, pero no le parecía algo especialmente complicado.

En el peor de los casos, simplemente podrían entrar andando de día, aunque eso quizá atrajera sobre ellos una atención que no necesitaban, por la cuestión del hábito de monja.

Joel había decidido que se iba a suicidar vestido de monja. Con un hábito, preferiblemente uno que incluyera algún tipo de capa ceremonial. Si no había hábitos con capas, tendrían que añadirse ellos mismos, porque era una cuestión de crucial relevancia.

Dentro del castillo les esperaba el trabuquete. La vieja catapultas medieval que podía lanzar piedras inmensas por los aires a enorme distancia. Joel se iba a acercar a ella vestido de monja,

pero con el hábito lleno de piedras. Quizá sería un poco pesado cargar con ellas, pero había supuesto que se las arreglaría.

Se había imaginado una estoica y ligeramente lacrimógena despedida con Frank. Los dos se darían la mano mientras Joel, vestido de monja de pies a cabeza, se subía al trabuquete. Frank, vistiendo sus mejores galas y con su pañuelo más elegante, esperaría hasta que Joel se hubiera colocado correctamente y, cuando este le hiciera una señal, maravillándose ante el valor de su amigo, cortaría la cuerda que mantenía la cuchara en su sitio y arrojaría a Joel por los aires, por encima del muro del castillo y directamente entre los dos puentes.

Joel se había imaginado surcando las alturas como una monja voladora mientras la gente, atrapada en el tráfico de los puentes o en el embarcadero opuesto, sacaba rápidamente el móvil para tomar imágenes borrosas o vídeos, cortos e impactantes, de él. La monja voladora trazaría un elegante arco en el aire y se estrellaría contra el agua. Donde, debido al peso de las piedras, Joel se hundiría hasta el fondo.

Ya veía los titulares y las fotos con mucho grano en las portadas de los periódicos, mientras se intensificaba la búsqueda de la monja voladora. Algún tiempo después se preguntarían qué había intentado probar, cuál era su mensaje, qué quería decirle al mundo, y ese precisamente sería su mensaje. Que se hicieran preguntas. El desconcierto. Comprender que la mayoría de cosas tienen sus motivaciones y hay que analizarlas.

Pero no encontrarían un motivo. Y esa sería la lección. La falta de sentido.

Joel decidió que se trataba sencillamente del mejor plan que se le había ocurrido.

—Bueno, ¿qué te parece? —le preguntó a Frank en cuanto acabó de entretenerle con su relato.

Frank no dijo nada.

—De todas maneras, no lo voy a hacer, así que no tienes por qué preocuparte. Dime sinceramente lo que piensas, y no hace falta que te pases con las críticas.

Frank siguió sin hablar.

—Vale, quizá no sea muy filosófico, y es posible que me haya inventado ahora toda la parte del final, pero tienes que admitir que sería graciosísimo, y que moriría con las botas puestas.

Frank no dijo nada.

Fue un momento curioso, un instante, en realidad. Joel notó un sabor a té en la boca, o más bien el recuerdo de ese sabor, antes de reparar en lo familiar que le resultaba aquella situación. Frank guardaba silencio. No es que estuviera callado. Estaba en silencio. De él no surgía ningún sonido. Seguía sentado con el cuerpo recto, pero la cabeza se le había caído hacia delante. Después, Joel siempre iba a recordar que en la comisura de los labios de Frank se dibujaba una sonrisita. Su sonrisa habitual. Como si él supiese algo que uno ignoraba.

—No, no, no... —suplicó Joel mientras comenzaba a sacudir a su amigo.

Lucey estaba sentada en la cama. Hablando. Y un minuto después se había ido.

—Tú no, por favor, por favor. Oh, Dios, te lo ruego, por favor, no. —Joel comenzó a sollozar, sacudiendo aún el inmóvil cuerpo de Frank Adams—. No puedes, tú no, no puedes hacerme esto, Frank. Levántate, por favor —intentó engatusarlo mientras le levantaba los párpados.

Frank no dijo nada. No hizo nada.

—Que te den, Frank, despierta. Por favor. Por favor, Frank, no te vayas. Por favor, no me dejes —imploró Joel mientras bajaba el cuerpo de su amigo al sendero enladrillado que rodeaba aquel pequeño parque.

Joel no sabía hacer la RCP. La verdad era que no. Lo había visto en televisión. Había visto a la enfermera Angelica con el señor Miller. Buscó el pulso de Frank.

—Por favor por favor por favor —susurró mientras sus dedos palpaban el cuello de su amigo. Nada.

Se inclinó, apretó la nariz de Frank e intentó espirar parte de su propia vida hacia el interior del cuerpo de su amigo. No era tan solo su aliento, solo oxígeno. Joel Monroe intentó liberar su fuerza vital y su espíritu hacia lo que había sido Frank Adams.

Hizo presión con las manos contra el pecho de Frank. Lo apretó siguiendo el ritmo con el que había visto trabajar a la enfermera Angelica. Le dio miedo apretar demasiado fuerte. Le dio miedo no apretar con la fuerza suficiente.

—¡Respira! —le gritó Joel a la cosa flácida que había sido Frank Adams, más conocido como Frank de Selby—. ¡Respira, por favor, respira!

Le apretó la nariz y lo intentó de nuevo. Intentó imponer su fuerza vital a los pulmones del cadáver. Hizo presión contra su pecho y le siguió rogando que respirara.

Al final, después de una eternidad, o después de diez segundos, o en algún punto entre ambas posibilidades, Joel Monroe se detuvo. Notó que el cuerpecito de su amigo comenzaba a marchitarse bajo la fuerza de sus manos, parecía ya una cosa frágil, cuando en su momento había estado tan lleno de energía. Odió esa sensación. Odió la sensación de que, de algún modo, podía estar haciéndole daño a Frank. Aunque ciertamente no era así.

Había estado tumbado de lado, ligeramente dormido, de cara a la ventana, cuando oyó que Lucey pedía entre susurros una taza de té. No volvió a oír su voz nunca más. Nunca volvió a conocer ese sonido.

Ahora, mirando la forma inmóvil de Frank de Selby, en su día conocido como Frank Adams, Joel se puso a llorar a gritos su dolor y su aflicción. Una parte de su mente buscó a la desesperada las últimas palabras de su amigo.

«Eres un hombre fundamentalmente bueno», le había dicho.

Joel no iba a escuchar su voz de nuevo. Se había perdido. Se había convertido en un recuerdo, en algo que ya no era real. Que ya no estaba presente.

Volvió a gritar y lo hizo con una especie de lamento animal, incontrolable. Las voces que ya no volvería a escuchar. Las voces que le habían abandonado, solo de nuevo.

Un rato más tarde, una pareja que pasaba camino de su casa oyó sus sollozos y lamentos, y llamó a la policía.

Joel apenas los vio. No hacía más que llorar y esforzarse desesperadamente por recordar el sonido de la voz de Frank.

1. Literalmente, «Sexo sobre mi cara.» (N. del T.)
2. «Vaquero chupapollas.» (N. del T.)
3. «Polvos reales.» (N. del T.)
4. «Pezones escurridizos.» (N. del T.)

Capítulo veintinueve

Joel estaba tumbado de lado, de cara a la ventana de Hilltop, envuelto en una manta de pena y conmoción, contemplando el lugar donde sabía que estaba su roca. A su espalda, el vaso de chupito, el regalo de Frank, descansaba junto a los demás objetos de su pequeña colección. Tumbado en su cama, entre la roca y el vaso, Joel miraba el jardín en dirección a la primera. No tenía ni idea de lo que estaba contemplando. La influencia mágica que el pedrusco ejercía en él había desaparecido. Ahora sentía el mismo interés por la roca que por las conversaciones en susurros entre el personal y los residentes de Hilltop que tenían lugar a su espalda. A su espalda, donde estaba la cama. La cama que había pertenecido a Lucey y luego al señor Miller y luego a Frank de Selby. No había dónde llevar las pertenencias de Frank. Nadie iba a venir por ellas. Ni siquiera existía un número para localizar a algún familiar, ni forma de saber dónde podría haber alguno, ni si le importaba todo aquello. Aunque hubiera dispuesto de la energía o los recursos para localizarlos, Joel no lo habría hecho. No merecían heredar las posesiones de Frank, por exiguas que fueran. No se merecían todos esos libros, ni todos esos pañuelos, ni los demás recuerdos que Frank había acumulado.

Joel había conocido a Frank durante apenas cinco semanas. Pero en ese tiempo había llegado a conocerlo de verdad. Habían compartido algo. Se habían querido. Joel sentía que tenía más derecho a que le permitieran mirar las posesiones de Frank que ningún miembro de la despreciable y repugnante familia de su amigo.

La noche anterior, cuando la policía llegó al lugar, los agentes consideraron si arrestar o no a Joel. No es que lo dijeran, pero vagamente, en los límites de su consciencia, Joel fue consciente de su presencia. Pensaron que había matado a su amigo. Los únicos testigos eran una pareja de veinteañeros borrachos que habían llegado tambaleándose cuando ya era demasiado tarde. Los agentes discutieron en voz baja si se trataba de un asesinato. Joel no pudo decirles nada. ¿Qué sentido tenía?

A continuación llegó la ambulancia, y los paramédicos apreciaron que sufría un choque emocional nada más verlo. Lo envolvieron en una manta y le hablaron lentamente y en voz alta. Joel recordaba los rasgos de sus caras mientras le hablaban, pero no tenía ni idea de lo que le habían dicho. Pensó que uno de ellos se parecía un poco a Chris. Se concentró en eso. Estuvo mirando al paramédico Chris hasta que este lo miró a él. Cuando sus ojos se encontraron, el paramédico le dedicó una mirada tan llena de compasión que Joel se echó a llorar de nuevo. La paramédica, que no se parecía a nadie a quien Joel conociera, lo abrazó. Fue un gesto cálido y afectuoso. Él estuvo sollozando contra su hombro hasta que ella lo dejó cuidadosamente con otra persona.

Incluso apenado como estaba, Joel reconoció su olor. No tuvo que mirarla. Sintió que su hija lo rodeaba con los brazos y se echó a llorar de nuevo.

Quiso subirse a la ambulancia que iba a conducir a Frank a la morgue, pero los paramédicos le dijeron que no era posible. Su hija lo invitó a alejarse acallándolo suavemente hasta que se metió en su coche. Cuando las puertas de Hilltop se abrieron ante él, Joel dejó de llorar. No supo por qué había escogido ese momento para parar, ni los motivos por los que de repente había dejado de sentir la necesidad de expresar su pena; simplemente fue así. De modo que se bajó del coche y se dirigió arrastrando los pies en dirección al edificio principal. Arrastrando los pies. Como un anciano destrozado, los hombros caídos, la cabeza caída, arrastrando los pies durante todo el camino. Nunca se había sentido tan viejo.

Ya en la habitación, se hizo un ovillo sobre la cama, de espaldas a la de Frank y al vaso de chupito, y se quedó mirando por la ventana. Se despertó, algunas horas más tarde, en la misma posición. Hecho un ovillo, con la mirada al frente, la cama a su espalda. Y, al final del jardín, más allá del sinuoso camino de acceso y detrás de la línea de árboles que señalaba los límites de la Residencia de Ancianos Hilltop, se hallaba la roca.

Se había hecho un ovillo en la cama y había deseado estar muerto. Otra vez.

—Joel —le susurró una voz. Una voz suave. Amable. Afectuosa. La voz de Liam—. ¿Te traigo algo para desayunar?

—No. —Oyó un graznido, y supuso que lo había emitido él.

—Lo siento mucho —le dijo Liam. Su voz sonó entrecortada. Con un indicio del sollozo que había reprimido.

Joel deseó darse la vuelta para mirar a Liam. Deseó decirle que Frank lo amaba. O que por lo menos le encontraba atractivo. Y, supuso, que también lo envidiaba. Que había visto que llevaba una vida que a él no le estaba permitida. Joel deseó hacerlo, pero siguió tumbado.

Eva se presentó también por la mañana. Se abrazó a su cuerpo anciano y huesudo, y le estuvo susurrando cosas reconfortantes. Él intentó sonreír y darle las gracias, pero su cara no le pertenecía. No respondía a sus deseos. Hacía lo que le daba la gana. Y no le dio la gana sonreírle a Eva.

Aquella fue la mañana posterior a la muerte de Frank Adams, generalmente conocido como Frank de Selby. Durante un día entero, Joel permaneció tumbado de lado y estuvo pensando en el señor Miller, y estuvo pensando en Lucey, y estuvo pensando en su amigo. Y deseó morir.

Esa noche, después de que todo el mundo hubiera pasado a verle con sus palabras amables y sus condolencias para marcharse a continuación, cuando cerró los ojos, Joel deseó desesperadamente no despertarse más.

La mañana siguiente representó una amarga decepción para él.

No solo seguía vivo, sino que necesitaba ir al baño. Lo cual significaba que tenía que levantarse de la cama, y eso significaba que tendría que admitir que había un lecho vacío a su espalda. Le costó sentarse al borde de la cama, aún de espaldas a la otra, y se quedó allí un rato intentando reunir la fuerza de voluntad para moverse. Se dio cuenta de que estaba en medio de una especie de carrera, donde su creciente fuerza de voluntad se enfrentaba a la creciente necesidad

de orinar. Al final venció la biología, y se puso en pie.

No era más que una cama. Se sintió decepcionado por segunda vez en el plazo de apenas unos minutos. La cama parecía normal y corriente. Las cosas de Frank seguían allí, algo por lo que se sentía agradecido, pero la aterradora cama que se había mostrado tan reacio a mirar seguía siendo solo una cama. Joel había deseado que fuera algo más. Algo profundamente feo, o profundamente hermoso. Algo significativo. Le echó la culpa al lecho. Le había arrebatado a varias personas. Le perseguía. Era ridículo que algo que venía atormentando su vida tuviera un aspecto tan ordinario. Se merecía haber tenido pinchos, o cadenas, o púas, o algo.

Pasó junto a la cama asqueado. Esta ni siquiera tuvo la amabilidad de mostrarse impresionante.

Descubrió que lo mismo se podía decir de su reflejo cuando le echó un ojo después de aliviarse. Era un rostro muy poco impresionante. Intentó recordar la última vez en que lo había mirado y se había sentido orgulloso de lo que allí veía. Siempre había pensado que parecía más viejo de lo que se sentía, pero en ese momento se sintió tan desmejorado como su aspecto. Avejentado. Y un poco roto.

—Monroe —se dirigió a su reflejo—, ¿por qué no estás muerto?

Se quedó esperando que al fin le diera el derrame cerebral. Prácticamente rezó porque ocurriera.

—No, señor Monroe, aún no, por favor —dijo Angelica en voz baja.

Su voz le provocó una sacudida.

Obviamente, la enfermera había entrado a ver cómo estaba mientras él hacía sus necesidades. Joel se lavó las manos en silencio, esperando a que se fuera. Se sentía avergonzado en su presencia, e incómodo. Sus manos carnosas seguían dándole un poco de miedo. El recuerdo del cuerpo de la enfermera haciendo presión sobre el del señor Miller, mezclado con el recuerdo de la manera en que él había intentado devolverle la vida a Frank, hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas. Se las secó enojado con la mano. Llorar otra vez como un crío. No lo iba a hacer. No allí.

Se tomó su tiempo para secarse las manos y prestó atención en espera de que Angelica se marchara. El sonido no se produjo. Deseó quedarse esperando en el baño, pero aquello no iba a funcionar. Había una línea que ni siquiera Joel Monroe podía cruzar, y aparentemente consistía en esconderse en el baño.

Cuando salió, la enfermera estaba plantada allí, delante de él. Parecía tenerle miedo. Aún. Pese a todo lo que había pasado, aún parecía tenerle miedo.

—Aún no, señor Monroe, por favor —repitió con su suave acento.

—¿Por qué no? —preguntó él, notando la amargura en su voz.

—No queremos que se vaya —le dijo ella. Fue amable por su parte.

Joel le dirigió una pequeña sonrisa. Ya casi había recuperado el control de su rostro.

—Estoy cansado, Angelica. Muy muy cansado.

—Lo sé. A veces yo también me siento así. A veces estoy exhausta. Llevo dieciocho años trabajando aquí. ¿Lo sabía usted, señor Monroe?

No lo sabía. En su egoísmo, nunca se había preocupado por averiguarlo. Tuvo la seguridad de

que Frank sí que lo supo. Una sin duda lo sabría. Llevaba allí casi cuatro veces el tiempo que Joel.

—No lo sabía, enfermera Angelica. Lo siento. No me tomé la molestia de preguntarlo.

—No pasa nada, señor Monroe. Lo entiendo.

Le dirigió una mirada llena de comprensión. Joel se sorprendió, pese a que tenía sentido. De una manera que él nunca había considerado, tenía todo el sentido. Llevaba dieciocho años allí. Los pasillos estaban atestados con los fantasmas de la gente a la que ella había cuidado, gente a la que ella había conocido, a algunos en profundidad y a otros no tanto. Ella le comprendía porque también estaba cansada de aquello. De repente, Joel la vio con otros ojos.

—¿Cómo puede hacerlo todo el tiempo? —preguntó.

—Simplemente lo hago —contestó ella—. ¿Qué otra cosa podría hacer?

—¿Y si yo no puedo? —preguntó Joel.

—Señor Monroe, si cualquier otra persona me preguntara eso tendría que pensar mi respuesta, pero nunca he conocido a nadie como usted. Creo que usted puede hacer todo lo que se proponga. Se ha fugado de aquí tres veces...

—Cuatro —la corrigió él distraídamente.

—Cuatro —dijo ella con una sonrisa—. Solo tiene que querer seguir adelante. Por favor, señor Monroe, siga adelante por mí, ¿de acuerdo?

Él le dirigió una nueva sonrisa, esta vez algo más cálida, pero aún débil.

—Creo que me gustaría dormir un rato más —dijo mientras pasaba junto a aquella corriente cama.

Esa tarde se quedó adormilado y volvió a soñar. Otro paisaje árido y con colinas, poblado por esqueletos de los señores Miller y Adams. Buscó entre la muchedumbre de huesos intentando dar con De Selby antes de que fuera demasiado tarde. A lo lejos, Lucey y Una lo perseguían, le llamaban; se movió de aquí para allá entre los esqueletos que escapaban de ellas, manteniéndose al frente, incluso ganándoles terreno, hasta que un sonido grave y estrepitoso llenó sus oídos. Joel miró a su alrededor y vio que la roca del extremo del jardín bajaba por la colina, rodaba hacia él y se volvía cada vez más grande al tiempo que iba aplastando los esqueletos de los señores Miller y Adams, que se le acercaban inexorablemente. Giró sobre sus talones hasta dar una vuelta completa, buscando una vía de escape, pero la roca lo ocupaba todo y al final lo único que pudo hacer fue levantar los brazos para protegerse y esperar...

Despertó con las sacudidas que le daban las nudosas manos de Jim, *el Poderoso*. El anciano le miraba fijamente, directamente a los ojos, su cara a apenas unos centímetros de la de Joel.

—El luto infinito es una carga demasiado pesada —le dijo a Joel. Tenía un aspecto serio. Convencido. De ojos claros y brillantes, y no nublados, como tan a menudo parecía tenerlos.

—He tenido una pesadilla —dijo Joel mientras intentaba sacudirse la sensación de desastre inminente.

Jim, *el Poderoso* lo miró con expectación. Joel reparó en la caja del juego de ajedrez que tenía

en las manos. Era un gesto encantador, si es que aquel hombre era mentalmente capaz de algo así. Joel pensó que quizá lo fuera, pero en cualquier caso no le apetecía jugar, así que negó con la cabeza.

Ese día tampoco comió. Esa tarde, el enfermero Liam le miró preocupado cuando entró a recoger la cena. No había tocado el plato.

Lily y Chris fueron a verle. Le llevaron bombones y flores. Lily se obligó a lucir un semblante alegre, como si al pasearse por la habitación con vigor y energía pudiera contagiarle todo ello a su abuelo. No funcionó. Chris intentó hablar con él. Sobre temas banales. Le preguntó algo sobre los motores de coche que había montado en casa con la esperanza de que los viejos tiempos le devolvieran algo de vida. Tampoco funcionó.

Por la noche, antes de irse a acostar, Una fue a verle.

—No soporto verte así —le dijo.

—Lo siento —contestó él, y era verdad.

—Todos estamos destrozados, Joel. Todos. ¿Sabes que desayunaba conmigo cada mañana? Mientras tú seguías durmiendo, él y yo desayunábamos juntos. También era mi amigo.

—Lo siento —dijo Joel, y la necesidad de llorar comenzó a acecharlo.

Pues claro que Frank iba a desayunar con ella cada mañana. Era uno más entre los gestos típicamente caballerosos de aquel hombre. Sacar a su vecina a desayunar a diario, por más que ello solo implicara tener que caminar hasta la sala común. Joel se había preguntado lo que el viejo granuja hacía por las mañanas.

—Te necesitamos, Joel —dijo Una con seriedad—. Así es como funcionan las comunidades. Compartimos la vida y compartimos el luto.

Él asintió para mostrarle que estaba de acuerdo. Tenía razón. Se tumbó y se hizo un ovillo de cara a la ventana para que ella no le viera llorar.

Durmió toda la noche. Fue un sueño profundo, sin pesadillas, pero se despertó débil y exhausto. La cabeza le daba vueltas y a duras penas logró incorporarse en la cama.

El enfermero Liam volvía a estar allí. Un nuevo turno. Un nuevo día. Joel deseó poder ser más fuerte, por él. Por todos ellos. No eran en absoluto la terrible pandilla en que los había convertido.

Todos ellos valían su peso en oro.

Deseó ser capaz de decírselo. Ojalá, durante las breves y hermosas semanas en que se había sentido vivo de verdad, cuando se había vuelto a sentir como una persona, cuando había caminado más erguido y se había reído a carcajadas y había cenado con su amigo, ojalá les hubiera dicho a todos ellos que les tenía mucho afecto.

Deseó no haber sido un cabronazo egoísta durante tanto tiempo. No haber sido un cabronazo mezquino. Quizá, cuando no estuviera, ellos se acordarían de los buenos momentos. Esperó que así fuera.

—Joel. —La voz de Liam sonó a una distancia tremenda, igual que las voces que lo atormentaban y perseguían en sus pesadillas. Le llegó flotando por el éter—. Desayuna algo, por favor.

Había un deje en su voz, un deje de mando y de autoridad. Era la voz que usaba normalmente cuando llamaba a Joel «señor Monroe». Esperaba que ese tono traspasara su voluntad, que alcanzara la parte de Joel que a veces, aunque a regañadientes, hacía lo que se le indicaba. Pero no fue así. Joel miró al enfermero Liam. Esperó que su mirada le transmitiera lo mucho que lo sentía, y lo mucho que apreciaba lo que el joven estaba haciendo por él, lo que llevaba mucho tiempo haciendo por él.

—Joel, si no comes tendremos que conseguir una orden judicial para hacerte comer, o te tendremos que alimentar por goteo, o algo. Por favor, Joel, no nos obligues a hacerlo. Nadie lo desea.

El chaval regresó. El terapeuta. Con la camisa arremangada. De verdad que era un poca cosa, endeble e insustancial. En aquella ocasión no le sonrió pacientemente, ni practicó su mirada completamente inofensiva: estuvo solemne.

—Señor Monroe, he pensado que quizá hoy quiera usted hablar.

—Pues se equivoca —graznó Joel con la voz seca y rota.

El chaval lo atosigó un rato con sus preguntas. Joel, sentado en la cama, lo miraba fijamente. Ya no le importaba que el chaval supiera que deseaba suicidarse. Este, a cada minuto que pasaba, se volvía más insustancial, como si su forma se estuviera deshaciendo, el fantasma de una cosa. ¿De verdad le había tenido miedo a aquella criatura intrascendente?

Cuando se marchó, Joel intentó dormirse de nuevo. Lo intentó y fracasó.

Joel se preguntó si iba a morir de ese modo. No con un suicidio elaborado, que lo llevara a salir catapultado de un castillo, ni con el suicidio rabioso de un hombre con más vigor, furia y energía de las que podía desplegar, sino consumiéndose, demasiado cansado y hartado para hacer nada, demasiado solo y triste y asustado de su muerte como para intentar detenerla cuando viniera a llevárselo.

El enfermero Liam pareció estar al borde de las lágrimas cuando se llevó la bandeja con el desayuno intacto. Joel volvió a quedarse dormido.

Entonces, Eva estaba allí. Sentada al lado de su cama. Y la Rino también estaba. Vestía uniforme, pero solo a medias, y su cara mostraba una expresión de tristeza y preocupación. Tenía un aspecto demasiado humano. Demasiado apenado para tratarse de ella.

—Papá —le dijo Eva con suavidad mientras él salía de su aturdimiento.

Joel la miró e intentó sonreír. Parecía tan sólida. Tan real. Siempre había sabido que su hija iba a convertirse en una fuerza a tener en cuenta. Una mujer dura. Suave a su manera, pero muy capaz. Al menos se sentía orgulloso de eso.

—Papá, mira, no quería tener que contarte esto... —Vaciló. Sus manos no dejaban de jugar con un librito.

Joel lo miró. Era la libreta de Frank. La reconoció.

—Papá, sé que estás muy triste. Sé que esto es devastador, pero por favor... —Titubeó de nuevo. Parecía tan sincera. Tan preocupada—. Sé que a veces es difícil lidiar conmigo —dijo—. Sé que podría haberte puesto las cosas más fáciles. No lo hice y lo siento. Estuve demasiado absorta en mí misma.

Le estaba diciendo lo mismo que él deseaba desesperadamente decirle antes de irse.

—Pero pensé que teníamos la oportunidad de arreglar las cosas —prosiguió—. Me hizo tan feliz que vinieras a verme el otro día. Si no lo hubieras hecho...

No acabó la frase. Sus implicaciones para ambos eran ya bastante claras. Quizá él se hubiera muerto antes de que pudieran reparar su relación.

—No quiero quitarle méritos. Sé que le querías mucho. Lo sé. Y no queríamos contártelo, porque no queríamos hacerte daño, pero ahora estamos muy preocupadas. Creemos que deberías saberlo.

Seguía jugando con la libretita. Él sabía que se trataba de *El insólito final del señor Monroe*.

—Papá, Frank era un hombre terriblemente solitario. Creemos que iba a suicidarse.

—¿Cómo? —preguntó Joel incrédulo.

Se incorporó en la cama.

Sus expresiones revelaron sorpresa al ver que hablaba, y siguió un atisbo de esperanza.

—Hemos encontrado el librito que estaba escribiendo. Está lleno de ideas para suicidarse. Está repleto de ellas. Frank estaba muy mal, papá. Hablaba de pegarse un tiro o de colgarse de la torre del reloj. Sé que es terriblemente triste que se haya ido, pero quizá haya sido lo mejor que le podía pasar.

Habían encontrado *El insólito final del señor Monroe*. Pero, puesto que Frank no había escrito el título ni identificado a los personajes de ningún modo, habían deducido que se trataba de un texto autobiográfico y que era Frank el que quería suicidarse.

Habían imaginado que Frank quería suicidarse de las maneras más estúpidas que cupiera imaginar.

Joel rompió a reír.

Era una risa débil, a la que le faltaba la vitalidad que había dejado escapar de su cuerpo en los días precedentes, pero era sentida, real, sustancial.

Se rio y se rio hasta resollar, y hasta que le lloraron los ojos. Por un instante pensó que sus carcajadas lo llevarían a morir asfixiado, y anda que no hubiera sido estupendo, pero no fue así. En su lugar, tragó grandes bocanadas de aire e intentó sofocar otra carcajada. Alargó el brazo para beber un poco de agua y se encontró con el vaso de chupito. Aquello le hizo reírse de nuevo. La miradita culpable que Frank había lanzado al local antes de guardárselo en la chaqueta. Un vaso de chupito en lugar de una galletita.

Eva y la Rino observaban con total perplejidad cómo se reía y tosía.

Joel recobró la compostura.

—Oh, no, cariño —tranquilizó a Eva mientras intentaba incorporarse un poco más en la cama y negaba con la cabeza—. No, no, no...

—Pero lo escribió todo aquí —protestó ligeramente la Rino señalando la libreta.

Su voz no era fría. Sonó cálida. Preocupada. Joel supuso que era la voz con la que debía de dirigirse a sus hijos. Le pareció encantadora a un extremo que jamás hubiera considerado posible.

A continuación intentó imaginarse a Frank en cualquiera de las absurdas situaciones suicidas que Joel le había contado. Frank con el chaleco bomba. Frank embistiendo a la policía. El absurdo

vino acompañado de una nueva tanda de carcajadas. Debieron de pensar que se había vuelto loco. Alargó el brazo, cogió el vaso de chupito y lo hizo rodar entre sus manos mientras hablaba.

—No, cariño —le dijo a Eva con una sonrisa de oreja a oreja—. Frank de Selby nunca se hubiera suicidado. Disfrutaba demasiado de la vida. La amaba. Prácticamente cada minuto de ella.

—¿Y por qué escribió todo esto?

—Es una historia. Un drama. Un ejercicio de escritura. Algo en lo que estaba trabajando, pero que no es real —le dijo—. Frank tuvo algunos problemas. En su familia eran una panda de cabrones y le dejaron algunas cicatrices. Pero Frank de Selby amaba demasiado su vida como para hacer algo así. Le encantaba vivir. Le encantaba la gente. Le encantaba enfrentarse a las cosas cara a cara. No existía nada que no pudiera superar.

—Papá, a veces todos...

—No, cariño —le dijo con suavidad pero con firmeza—. Frank no. Te prometo que Frank no. Verás, tenía un poder. Un gran poder. No era un ser sobrenatural, ni un superhombre, ni nada por el estilo. Simplemente tenía la capacidad de ser Frank, y lo hacía de manera excelente.

Joel las miró para ver si le entendían. Eva continuaba perpleja, pero la Rino, no. La Rino le miraba con una expresión que él no había visto nunca. Había un brillo en sus ojos.

—Yo no... —contestó Eva, confundida.

—Era tan desgraciado como cualquier otra persona, ¿sabes? Tenía los mismos problemas que el resto del mundo, a veces peores, pero de algún modo había encontrado la manera de superarlos. Y de disfrutar al superarlos. Miraba los culebrones y hacía las mismas cosas que hace la gente por aquí, pero había dado con la manera de extraer un gozo inmenso de ello. Le encantaba. Todo...

La voz de Joel se apagó al figurárselo.

A Frank le encantaba todo. Afrontaba sus días con entusiasmo. Incluso valoraba la indolencia de los días perezosos. Le encantaba beber pintas sentado a la barra de un bar tanto como desayunar al lado de Una entre barrotes. Quizá incluso pensara también que Hilltop era una cárcel pero, en vez de enfurecerse por ello, se había limitado a disfrutar de su encierro.

Cada día, sentado en su habitación, había escuchado a Joel quejándose de su vida. Y Frank Adams había encontrado la forma de disfrutar también de ello. Veía la vida de manera diferente. Todo lo veía de manera diferente.

Mejor aún: había arrastrado a Joel, entre patadas y gruñidos y lamentos, hacia el interior de su forma de ser. Había hecho todo lo posible por retrasar la muerte de Joel mientras este avanzaba lenta y estúpidamente hacia un lugar mejor de su vida.

La constatación de que ya no estaba allí era doblemente desgarradora, pero en ese momento Joel experimentó algo profundo y esplendoroso. Sintió una gratitud enorme por la vida de Frank.

La víspera del funeral, Joel estaba en la sala común, sentado ante el tablero de ajedrez con Jim, *el Poderoso*.

—Tendría que haberle metido una en toda la cara —dijo Jim mientras movía la primera pieza.

—Una apertura inteligente —le dijo Joel antes de mover.

No fue una decisión táctica muy meditada. Simplemente, desplazó el caballo.

Jim, *el Poderoso* entornó los ojos inquisitivamente. Reflexionó durante un instante antes de mover otra pieza.

—Una jugada audaz —dijo Joel, y movió. Una vez más, lo hizo antes de pensar lo que hacía.

Siguieron jugando de ese modo, al tuntún. Pero, a medida que la partida avanzaba, Jim tardaba cada vez más en decidir sus movimientos, y Joel descubrió que también lo disfrutaba más y más. Llevó su reina a una casilla amenazada.

—Qué absurdo... —dijo Jim rascándose la cabeza, confundido.

Estuvo observando el tablero durante largo rato. Tanto, de hecho, que Joel decidió también prestarle atención. Mate en seis. No había escapatoria. Jim fue a coger una pieza y se detuvo. Fue a por otra y se detuvo de nuevo. Retiró la mano y miró largamente a Joel.

Entonces le dedicó una amplia sonrisa, llena de calidez y felicidad, y simplemente se levantó de la mesa y se fue a la zona de la televisión.

—¿Así, sin más? —preguntó Joel.

Jim, *el Poderoso* no le prestó atención. Habían puesto los culebrones.

El día del funeral, Joel se vistió con sobriedad. Una Clarke le ayudó. En su expresión se mezclaban el alivio y la irritación, como si deseara regañarlo pero no pudiera. Sí aprovechó la oportunidad para ocuparse de su aspecto algo más de lo que resultaba necesario. Él se lo tomó con buen humor. En realidad, era lo mínimo que le debía.

A la hora convenida fue a plantarse sobre la gravilla del jardín delantero en espera de que llegara el coche. Los vehículos aparecían en grupos de dos y de tres, y los residentes de Hilltop estaban allí fuera con su mejor y más sombrío aspecto. Era un día soleado. El tipo de día idóneo para que fueras a pasear por el centro hasta que te entrara la sed, y Joel se sonrió ante los recuerdos. Le lastimaron un poco, fueron como pequeños cortes en su corazón, pero llegaron acompañados de una gran oleada de afecto. Cogió a Una de la mano mientras Lily y Chris detenían el coche para recogerlos.

Sus nietos se mostraron claramente aliviados al ver que había recuperado algo cercano a la salud, pero la conversación fue poco natural, casi forzada. Su declive y la reciente tragedia les habían robado algo a todos. Pero Joel no iba a permitir que aquello continuara mucho tiempo. Frank tampoco lo habría consentido.

—¿Conocéis a Gonzo, *el Segurata*? —preguntó desde el asiento trasero.

—¿Gonzo? ¿El del club?

—Sí. Un tipo enorme, con cara de zopenco.

Los dos se miraron, regocijados y sorprendidos.

—Sí, yo lo conozco —contestó Chris.

—¿Me equivoco o es un capullo a tiempo completo?

Chris se aclaró la garganta ruidosamente.

—No te equivocas —dijo Lily—. También es un tipo siniestro. ¿Cuándo lo conociste?

—El lunes pasado —dijo Joel.

Y les obsequió con la historia del club nocturno y «los pezones escurridizos» y «los *cowboys* chupapollas». Describió con todo detalle la inesperada reacción mojigata de Frank. Ellos se rieron con la historia y le contaron las suyas. Lily le pasó el móvil a Una para mostrarle las docenas de *selfies* que tenía de Frank con todos sus amigos, hasta arriba de alcohol, bailando en la pista de un club nocturno del centro de la ciudad repleto de gente a la una y media de la mañana. Una se rio por lo bajo con todas ellas, pero sobre todo con una en la que aparecían Frank y Joel juntos.

Joel la estuvo mirando durante largo rato con los ojos ligeramente acuosos.

Junto a la tumba, Joel se quedó solo. Solo a la vez que rodeado de gente. Frank Adams, acreditado en los escenarios y pantallas como Frank de Selby, tenía una familia biológica en alguna parte. Pero no estaban ante su tumba. En su lugar, había una familia distinta. Los residentes y el personal de Hilltop aguardaban al lado de una pequeña representación de gente del teatro y el productor de *Días de gloria*, además de la mitad del elenco pasado y presente de la serie. Una multitud había acudido a despedirse de Frank de Selby. Pese a ello, cuando llegó el momento y el oficiante preguntó si alguien deseaba hablar, nadie se movió. Frank no le había mentado en el teatro Royale; su máscara de De Selby había mantenido a la mayoría de la gente a una distancia discreta. A Joel le pareció bien. De todos modos, no quería que aquellas personas hablaran de Frank. Sabía que tenía que ser él, sabía que él lo había conocido mejor que nadie. Cinco irrisorias semanas juntos y aquella era una verdad innegable. La gente fue asintiendo de modo alentador cuando Joel se adelantó para ofrecer una especie de panegírico.

No dijo mucho. No estuvo seguro de tener la fuerza necesaria, pero cuanto dijo estuvo cargado de tristeza y de humor y de sinceridad y de calidez. Los asistentes aplaudieron efusivamente y, cuando comenzaron a bajar el cuerpo de su amigo, Joel volvió a sentirse superado. Una pena densa y pesada se posó sobre él, pero la acompañaban el amor y el sentido de comunidad y la amistad y todas las demás cosas que creía haber perdido mucho tiempo atrás.

Y uno a uno, se fueron acercando a él para demostrarle que aquello les importaba. La Rino fue la primera, le abrazó con fuerza mientras él lloraba en silencio. Sus nietos, con lágrimas también en los ojos. Los hombres jóvenes le dieron la mano bruscamente, pues pensaban que eso era lo que tenían que hacer, y las mujeres jóvenes le besaron suavemente las mejillas. Su hija, tan cálida y compasiva, le dio un beso y le dijo que todo iba a salir bien. Los residentes, el personal de enfermería, los viejos compañeros del teatro, le estrecharon la mano y manifestaron su duelo mientras él intentaba contener sus sollozos.

Finalmente, fue el turno del enfermero Liam y la enfermera Angelica. Los dos tenían los ojos enrojecidos por haber estado llorando, por haber participado de su pena tal y como sentían la suya propia. Era un último regalo de su viejo amigo, esa comunidad a la que Joel ignoraba pertenecer. A través de las lágrimas, Joel le dirigió una sonrisa a su compañero.

Al acabar la ceremonia, la multitud desfiló en un silencio profundo, casi reverencial. Nadie sabía qué hacer a continuación. Joel se dio cuenta de que aquella era la atmósfera más ajena posible a Frank. Algo que él no hubiera permitido. Frank se las habría arreglado para rescatarlos a todos de su pesadumbre con algún generoso acto de humanidad. A Joel se le adivinó cuál podría

haber sido.

—¿Vamos a tomarnos una pinta? —sugirió.

Epílogo

Joel se anudó el pañuelo por quinta vez. Estaba nervioso, lo sabía. Y no estaba acostumbrado a usar pañuelos de cuello.

—¿Te traigo algo, abuelo? —preguntó Lily desde la puerta del salón.

—¿Otro terapeuta? —preguntó—. ¿Uno que no parezca tener doce años?

Martin, *el Chaval*, que estaba sentado delante de él preparándose para su reunión semanal, sonrió con ironía. Eva había dispuesto que los encuentros tuvieran lugar en su casa, pues supuso que aquello haría que Joel se sintiera más relajado. Había sido una mejora respecto a Hilltop. A Joel le gustaba más allí, en la casa, en aquel cómodo salón lleno de cómodos muebles. A medida que pasaban las semanas fue descubriendo que cada vez se sentía más relajado al hablar con Martin, y que este hasta le caía ligeramente bien. Claro que, con Joel, a veces costaba un poco dilucidar quién le caía bien y quién no. Sin duda era más sencillo que antes, pero seguía siendo difícil.

Lily se alejó por el pasillo riéndose, y al pasar dijo algo en voz alta a los ocupantes de la cocina.

Mientras Martin ordenaba sus cosas y se ponía cómodo, Joel se esforzó por escuchar la conversación que tenía lugar en la cocina. La tarde estaba avanzada, Eva estaba cocinando y aquello venía acompañado de sus propios aromas y sonidos.

Oyó que Eva hablaba con una voz suave a la vez que autoritaria. También la oyó reír. Y oyó a Lily y a Chris, que probablemente se estaban burlando un poco de su madre. Disfrutaban con aquello. Eran perspicaces. No tanto como Frank, pero casi. Joel se sintió orgulloso del ingenio de sus nietos.

También oyó la voz de Una. Melodiosa y agradable. Le había acompañado para cenar juntos, y para llevarlo de la mano durante los difíciles comienzos de la terapia. Y es lo que había hecho, literalmente: lo había llevado de la mano hasta la puerta. Joel fingió que le habían molestado todas las atenciones que le dedicaba, pero tampoco es que hubiera retirado la mano.

Una sabía algo que Eva ignoraba. Algo que los chicos ignoraban. Una sabía que Joel había deseado suicidarse.

Lo había deseado.

Pero ya no. Pensaba.

Martin también lo sabía. Joel se lo había contado. El chaval asintió comprensivo y siguió a lo suyo. No encerró a Joel. No lo juzgó. No hizo otra cosa que seguir preguntándole. Siempre empezaba las sesiones con la misma pregunta.

A Joel no le importaba. Frank de Selby le había regalado una nueva perspectiva. Ahora tenía un poco menos de miedo. Ahora estaba ciertamente menos aburrido. Había inaugurado un club de ajedrez.

Los muros de Hilltop ya no le parecían tan aterradores. Jugaba con Jim, *el Poderoso*. Ahora ganaba tantas partidas como partidas perdía. Tenía redes sociales. No las entendía, pero tenía la esperanza de que acabaría haciéndolo. Lily y Chris colgaban sus fotos en la Red. Completos desconocidos de lugares en los que no había estado nunca le daban a «me gusta». El mundo se había vuelto más pequeño con aquella nueva generación, y Joel se había aferrado a sus faldones traseros, dispuesto a cabalgar sobre ella durante todo el tiempo que fuera posible.

Nada era tan terrible como le había parecido y, de hecho, aunque Joel tardara un poco en admitirlo, el estado de las cosas podía llegarse a describir como bueno. Muchas de ellas eran francamente mejores de lo que le habían parecido al principio.

—Señor Monroe —comenzó Martin—, ¿desea usted morirse?

—No, mi querido muchacho —dijo Joel, arreglándose el pañuelo otra vez—. Todavía no.

Agradecimientos

Ha hecho falta todo un pueblo para criar a esta pequeña criatura mía. No lo habría conseguido sin el apoyo constante, los ánimos y el cariño (en ocasiones crítico) que he recibido, además de todos esos cafés.

Ante todo, a Pete Moles. Sin ti, esta historia no habría sido ni la mitad de lo que es. Me ayudaste a dar forma a Joel y a Frank, y te estoy tremendamente agradecido. Ding ding ding.

A mamá, papá, Ciara, Jean, Paul, Tara, John P., Mike Sr., Ellen, Mikey, Emily, Grace, Joe, Megan, Maeve y Daniel... Guau. Sois una gran familia inmediata. Gracias por haberos mostrado siempre pacientes conmigo. Os quiero a todos. Y a las tías y tíos y a los primos y a la gente que resultó que no eran familia pese a que siempre los había llamado tíos, tías y primos, gracias por vuestro apoyo.

Mantendré una admiración y respeto eternos hacia Alex Dunne, quien una vez más ha ejercido de inspirado editor, y hacia Grainne O'Brien, que simplemente es mejor que yo. Ya está, ya lo he dicho.

A Lauren Parsons y Liz Stein y David Forrer y, de hecho, a toda la gente tanto de Legend Press como de Park Row Books. Me encanta el cariño que habéis puesto todos en este libro, y me encanta aún más que lo hayamos acabado. Gracias por todo el esfuerzo y la reflexión que le habéis dedicado. Espero que responda a las expectativas.

A los lectores cero: Eadaoin O'Neill, John *Chilli* Kearney, Maureen Mooney, Jean Mooney, Emma Langford, Kennedy O'Brien y, por supuesto, Christine Burnell. Gracias por vuestros comentarios. Amorosos en su mayoría, pero a veces brutales. Que es como debería ser este proceso, creo yo.

A Ross, que parece ser aún más partidario de mi trabajo que yo mismo. Tu fe eterna en mí es tan impresionante como esa caída de ojos que haces cuando crees que no te estoy mirando.

A Eric Kelleher, mi agradecimiento por el sitio web y por explicar las cosas de modo que los idiotas pudieran entenderlas.

Al grupo WritePace de Limerick —cuyos miembros son todos una inspiración como escritores, panaderos, cocineros, comentaristas deportivos y amigos—, os doy las gracias por vuestro tiempo y por vuestros oídos. Comencé este libro en vuestra compañía y lo he acabado igual, así que sois sus padrinos. Os guste o no. Un agradecimiento especial a Sarah Moore Fitzgerald y a Bob Burke, que ayudaron a Joel y a Frank a fugarse un sábado por la mañana.

A todos los demás grupos, clubes y sociedades... A mis compañeros de trabajo en el Centro de Control de Shannon, por su paciencia y buena voluntad incluso cuando los aburro hasta las

lágrimas. A los Torch Players y a los College Players, a quienes no parece importarles que me pase de dramático. A la Banter Brigade —espero que no cambien nunca—, al Young Munsters RFC, al Limerick FC, al MRSC y muchos más.

A Will y John: ¿por qué no habéis cambiado aún?

A Paul de Copy That, antes conocido como Moviedrome. Me siento agradecido por la ayuda y por las resmas de papel y por la paciencia para aguantarme.

Por último, a Christine, que me anima, me apoya, me da golpecitos en la espalda, me dice que soy guapo y que ha sido mi roca personal durante todo este libro. No puedo agradecerte bastante todo lo que haces por mí. Te amo.

Escribir los agradecimientos es más difícil que escribir el libro: me aterra la posibilidad de haberme olvidado de ti. Si lo he hecho, lo siento y puedes exigir tus pintas/café en el Charlie Malones. La verdad es que nunca he llegado a ninguna parte por mí mismo. Siempre he necesitado de tu ayuda. Seas quien seas.

Levántate y pelea.

Primera edición: noviembre de 2019

Primera edición digital: noviembre de 2019

Título original: *The Great Unexpected*

Diseño de la colección: Enric Jardí

Imagen de la cubierta: © 2019 Harlequin Books S.A.

Producción del ebook: booqlab.com

© 2018 Dan Mooney, por el texto

© 2019 Milo J. Krmpotić, por la traducción

infocatedral@catedralbooks.com

Edición original publicada por Legend Press, Ltd.

La edición española de este libro se ha negociado a través de Asterisc Agents

ISBN EPUB: 978-84-18059-07-0

Cualquier tipo de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta al CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que autorice la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas.